



APRENDIZ DE HOMBRE

SALVADOR VAQUERO

SALVADOR VAQUERO

Aprendiz de Hombre

Librosenred

OceanofPDF.com

Sinopsis

En pleno reinado de Felipe IV, la muerte en cadena de varias meninas contratadas por el rey se convirtió en una pesadilla que amenazaba con resquebrajar los cimientos de la monarquía.

A principios de 1631, en pleno reinado de Felipe IV, España estaba sumida en una turbulenta situación bélica en Flandes e Italia, enfrentada al Vaticano y en estado de preguerra con la Francia de Richelieu. En ese contexto, la muerte en cadena de varias meninas que había contratado el rey para el cuidado de los infantes se convirtió en una pesadilla que amenazaba con resquebrajar los cimientos de la propia monarquía.

Había que actuar pronto y descubrir no sólo al culpable de los crímenes, sino al instigador de una maraña de intrigas y sublevaciones que estaban desestabilizando al país.

El rey había depositado su confianza en el gobierno de España en D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, pero éste no sabía cómo poner fin a aquella pesadilla, mientras el monarca se dedicaba a contratar pintores para decorar los salones del Buen Retiro y bufones que le distrajeran de sus ocupaciones...

Autor: Vaquero, Salvador

©2005, Librosenred

ISBN: a52531c9-fe1d-4cff-bf9f-9dc278527735

Generado con: QualityEbook v0.75

OceanofPDF.com

Aprendiz de Hombre

Salvador Vaquero

“Todos los hombres de una forma u otra anhelan la inmortalidad, buscan dejar una huella impresa de su paso por el mundo. A veces esa huella es un hijo, otras un libro, otras un cuadro. Pero de todas las formas de la inmortalidad ninguna como la de la imagen. Hoy en día los medios técnicos hacen muy fácil que podamos dejar nuestro retrato como legado a nuestros descendientes, pero en el siglo XVII eso no era posible, excepto a través de los cuadros de los grandes maestros de la pintura, y eso estaba sólo en manos de unos pocos...”

El Autor

A MODO DE INTRODUCCIÓN:

A veces las mentiras no son más que verdades a medias, del mismo modo, a veces la historia que conocemos sólo es una parte de lo que de verdad sucedió en una época determinada de la que se han excluido acontecimientos —importantes aunque no decisivos— sin los cuales el resultado final de un siglo resulta incomprensible.

En una ocasión durante la visita a los archivos de Coria para buscar información sobre la época de dominación del Duque de Alba en tierras extremeñas, encontré unos manuscritos de un tal Santiago González Linares —un cronista de la ciudad de la época ilustrada— sobre ciertos aspectos desconocidos de la dominación del Duque que me intrigaron sobremanera y me mantuvieron durante meses de archivo en archivo, siguiendo el hilo de una desconocida y sombría época en los anales de las tierras extremeñas.

En sus manuscritos González Linares recopilaba información del tiempo en que la ciudad era grande por la presencia de los Alba, como el gasto de un millón de maravedíes en la construcción de la barrera y el foso del castillo, y hablaba de las aventuras de los soldados del Duque al internarse en las tierras del noroeste, por los montes que separan las actuales tierras extremeñas de Portugal y de los montes de las Batuecas.

Sin desvelar todas sus fuentes, el cronista cauriense mentaba a un tal Justino de Garciaz, a la sazón uno de los bachilleres que vivió en la Corte del Duque, sirviendo de escribano, quien al parecer había conocido en persona a alguno de los habitantes de aquellas tierras lejanas aún por descubrir en una época donde el sol no se ponía jamás en nuestros reinos.

González Linares comenta en uno de sus relatos más extensos de la época ducal —no por eso mejor conservado— la historia del enano Calabacillas y su llegada a la Corte, donde fue pieza clave en la investigación —según manifiesta expresamente el cronista— “de uno de los sucesos más extraños de la época de Felipe IV, como fueron los crímenes de las cortesanas de Palacio”.

Aquella frase levantó mi curiosidad y me llevó a investigar a fondo la historia de Calabacillas, pero la pérdida de algunas de las páginas originales —tal vez por descuido de bibliotecarios y cronistas o por orden expresa de ciertos personajes de la época— y el desconocimiento de muchos de los personajes nombrados en el relato que debían ser hartos famosos en la época, me obligó a tomar caminos que se entrecruzaban y adentrarme durante algunas semanas siguiendo al pista a las andanzas del bufón del Rey en los Archivos de Indias, el Archivo Nacional de Madrid, el Archivo Provincial de Valladolid y la Biblioteca de la Universidad de Salamanca. Conseguí así algunas menciones de su presencia en La Corte y escasa información sobre

su pasado, lo que llegó a decepcionarme tanto que durante meses dejé en el olvido mis investigaciones.

Un día, casualmente cayó en mis manos un libro sobre “Procesos inquisitoriales en el Siglo de Oro Español”, de Ramiro Liceu, Barcelona, 1968, donde se hace referencia a la ejecución de un tal Fernando del Amo a manos del inquisidor fray Jimeno Benítez de Posada con motivo de haber practicado la brujería en Sevilla, el libro indicaba que en aquella época el inquisidor había investigado sin demasiado éxito la misteriosa muerte de varias sirvientas de Palacio (pág 212, párrafo. 56).

Esa nueva pista alentó mis olvidadas investigaciones y, al comprobar una vez más que apenas nada existía sobre la figura del enano Juan Martín Calabazas, cuya fama residía sobre todo en su doble inmortalización por el genial Velázquez (es el único de los bufones del Rey que fue retratado dos veces) intenté conseguir más información tomando otras líneas de investigación a través de la vida de los principales personajes de la época en busca de indicios y nuevas referencias a los crímenes, para lo que leí con apasionado interés el manuscrito “Epítome de las Historias de la Gran Casa de Guzmán”, finalizado en 1638 por Juan Alonso Martínez Sánchez Calderón, “Historia de la Decadencia Española” publicada en Madrid en 1854, los “Estudios del reinado de Felipe IV” publicados en Madrid en 1888, la biografía de Felipe III bajo el título “Un mecenas español del siglo XVII”, escrita por Alfonso Pardo Manuel de Villena, marques de Rafal, las Cartas de Andrés de Almansa y Mendoza publicadas en Madrid en 1886, “Caída del Conde-Duque de Olivares” de Ernst Werner, publicada en 1927, donde se reproduce el plano del Alcázar, el libro de Fernand Braudel “En Espagne au temps de Richelieu et d’Olivarés”, publicado en 1927, “Epistolario inédito del reinado de Felipe IV” publicado por José María Martínez Val y Margarita Peñalosa, el libro de Marañón sobre el Conde-Duque de Olivares y “Grandes anales de quince días” de Francisco de Quevedo.

Adentrarme en el corazón de la España de Felipe IV se convirtió en una aventura apasionante y obsesiva que me llevó durante año y medio a conocer muy de cerca no sólo a muchos de sus principales protagonistas sino incluso el pensamiento de aquellos próceres en una época de

decadencia sin paliativos poco conocida y demasiado denostada. Estaba muy cerca de darme por vencido y dejar de intentar cerrar las lagunas abiertas en el relato de Justino de Garciaz cuando encontré nuevos y singulares indicios sobre su veracidad en los legajos de Echevarria Becigalupe titulados “La diplomacia secreta” y en una copia hallada por casualidad sobre “Medidas económicas para la financiación del Estado del Duque de Olivares” cuyo original data de 1838, aunque fue traducido en 1933 por Antonio Argensola, y en cuya página 356 habla de la imposición del impuesto sobre la sal como medida fiscal más igualitaria entre la población “en un momento en que eran necesarias medidas contundentes para frenar el hundimiento del imperio no sólo económico, sino también por los asesinatos de varias cortesanas del Alcázar a manos de un desquiciado”,

Animado por tales hallazgos proseguí mi sinuoso camino por la historia y, durante más de nueve meses de búsqueda, conseguí identificar los movimientos de los principales personajes de la época en el tiempo de los sucesos, a partir de las obras de José Simón Díaz “Dos privados frente a frente: el Cardenal F.Barberini y el Conde-Duque de Olivares”, “Richelieu and Olivares” de Elliott, “A portrait Drawing by Velázquez” de Jonathan Brown, publicado en “Master Drawings” en 1976, “A history of slavery in Cuba, 1511 to 1868” de Huberthe H.S. Aime, publicado en Nueva York en 1907, “The spanish borderland frontier, 1513-1821”, publicado en Nueva York por John Francis Bannan en 1970, “The Key of the Caribbean spanish Cuba, 1492-1898” publicado por G. Campbell León en California en 1975, y en la “El gobierno de Don Gaspar de Guzmán” publicada en “El Bibliotecario” de Madrid en 1841, y la fundamental “Memoria y legados del reinado de Felipe IV, de la gloria a la decadencia del Imperio” de Sebastián Hidalgo Quintanilla, Madrid 1871, donde se enumeran no sólo las muertes, sino los nombres y procedencia de las sirvientas asesinadas durante el gobierno del Duque de Olivares (págs 451 a 456). (Aderecé todo ese conocimiento con otros muchos libros que excuso enumerar para no aburrir al lector y que podrá encontrar al final de la novela).

Por fin tenía pruebas definitivas de que había sido cierto. Prácticamente todos los datos concordaban y dejaban constancia de que todos los personajes incluidos en el relato de Garciaz habían coincidido en las fechas

indicadas por él, siendo bien sabidas y conocidas las hazañas de algunos de ellos como las memorables batallas del general Spínola o las gestas contra los piratas del capitán Álvaro de Ovando, a través de las investigaciones de Fausto Domínguez “El inicio del fin del Imperio en Ultramar” publicado con motivo de la Expo 92 de Sevilla y Cornelius Gorlinga “Los holandeses en el Caribe” publicada por la Casa de las Américas en La Habana.

Quedaba tan sólo unir las piezas y conseguir restaurar la historia que me había llegado a las manos gracias al relato de González Linares. A esto me dediqué con empeño y no pocos sacrificios durante los meses siguientes, para lo cual me vi obligado a releer muchos de los textos ya nombrados con el fin de recrear el ambiente, los personajes, las situaciones y el contexto en que se produjeron los hechos que a continuación voy a proceder a relatarlos.

Sería injusto no desvelar todas estas fuentes antes de pasar a su lectura, ya que podría parecer que se trata de un relato de ficción y —con la honestidad que me es obligada— he de confesar que pese a mis modestas aportaciones literarias y mi fatigoso viaje por la historia de la primera mitad del siglo XVII, la crónica de los hechos que conmovieron al Madrid de la época no me pertenecen. Soy responsable, eso sí, de traer al presente sucesos que durante siglos se perdieron entre citas aisladas, documentos deteriorados y bibliografías leídas con poca atención. No obstante, a qué negarlo, de todas las fuentes de las que bebí, ninguna como aquel cuadro en El Prado, donde el enano me miraba con una sonrisa idiota para esconder —tímido bajo su disfraz de vanidoso irrefrenable— todo su innegable encanto y su portentosa inteligencia, que llegó a subyugar a Duques y Reyes, esperando que un día alguien fuera capaz de entender por qué había sido inmortalizado por el mayor genio de la pintura que han conocido la historia del mundo.

CAPÍTULO I

Nada parecía presagiar que en unos minutos aquel hermoso paisaje fuera a convertirse en una matanza. Acababa de despuntar el alba en medio de la niebla que envolvía los campos y los soldados afilaban sus espadas y se ajustaban los cintos prestos para la batalla. Hacía frío y los efectos de la helada se hacían sentir en los miles de milicianos, que intentaban calentarse las manos echándose el aliento y se tapaban hasta las orejas, en un intento por combatir el aire que barría la llanura.

ANTE las mismas puertas de la ciudad de Breda, que abría paso a los dominios holandeses, los movimientos de miles de hombres anunciaban que iba a librarse una formidable batalla entre los Tercios españoles y el ejército protestante que defendía la ciudad del asedio católico desde hacía nueve largos meses. Había sido aquella una empresa extraña desde sus inicios, en agosto del año anterior, cuando Ambrosio de Spínola, marqués de los Balbases y Comandante en Jefe Militar de los Ejércitos Españoles en los Países Bajos partiera con un ejército de 18.000 hombres para sitiar una de las plazas más inexpugnables de los holandeses, donde se encontraba la casa del caudillo militar enemigo, Mauricio de Nassau, porque la estrategia de los asedios había sido prácticamente desechada a nivel global ya que tenía un coste ruinoso y diezmaba los ejércitos de manera alarmante. De hecho, durante todos aquellos meses, Spínola se vio obligado a construir alrededor de Breda un laberinto de fortificaciones con casi un centenar de reductos, cerca de cuarenta fuertes y cuarenta y cinco baterías llanas para

aislar completamente la ciudad impidiendo su abastecimiento, pero aquella situación era insostenible por más tiempo para los propios batallones imperiales que custodiaban la ciudad, y cuyo estado era aún peor que el de los sitiados.

Disciplinadamente, los dos ejércitos fueron tomando posiciones uno frente a otro, acompañados de un coro de chirridos producidos por el ajuste de los cañones y el metálico sonido de los mosquetes, las picas y las espadas.

Llevaban horas esperando aquel momento y sólo los veteranos de guerra habían conseguido dormir acurrucados en sus toscas tiendas, mientras los nuevos levados padecían en silencio el lento paso del tiempo ante la imposibilidad de descansar, nerviosos ante su bautismo de fuego y su primer encuentro cara a cara con la muerte. Pertenecían a las gloriosas tropas de uno de los ejércitos más poderosos del mundo pero en esos momentos echaban de menos las cálidas tierras de Castilla, Aragón y Andalucía, el olor al terruño encharcado por la lluvia del otoño y el calor del hogar, que ahora se antojaba tan lejano.

Las órdenes de los capitanes y los sargentos de compañía sonaron como ladridos e hicieron moverse como un resorte a la infantería de los Tercios españoles, que avanzaron en milimétrica formación al encuentro con el ejército holandés. Las primeras líneas estaban compuestas por centenares de piqueros, quienes cubrían sus cabezas con capacetes y defendían sus cuerpos con petos, espaldares, escarcelas, falsetes, brazales y manoplas, completando sus atuendos con calzas rojas y zapatos de cordobán. Las largas lanzas se elevaban hacia los cielos, prestas a conformar una muralla inexpugnable para la caballería, mientras el sol reverberaba en las rodela de los piqueros. Tras ellos, los mosqueteros avanzaban prestos a tomar sus posiciones entre las líneas de picas y a lanzar contra el enemigo su terrible carga de fuego. Tenían fama de ser los mejor ataviados del mundo, con sus cargas de pólvora repartidas en los doce estuches de cobre que colgaban de su bandolera y que jocosamente llamaban “los doce apóstoles”. Los mosquetes que portaban habían cambiado el vetusto sistema de encendido por mecha por un sistema de rueda que accionaba un percutor con forma de

quijada provisto de una pieza de ágata que, al golpear a otra de pedernal, inflamaba el cebo con la chispa producida y permitía disparar más rápido.

Tras las líneas de infantería avanzaba la caballería, también en perfecta formación, conformada por soldados armados de picas cortas de veinte palmos y medio, y espadas. Y cerrando las compañías los pífanos y tambores rompían el silencio con marchas militares que se hacían eco hasta las puertas de Breda. En la retaguardia quedaban los acemileros y carreteros, los médicos y cirujanos en sus hospitales de campaña con todo preparado para cortar miembros y parar las hemorragias de los inevitables heridos, los capellanes que horas antes habían dejado el aliento confesando uno a uno a los soldados y dándoles su bendición y la promesa de que la muerte les llevaría directamente a los cielos, y los mariscales, prestos a socorrer a los caballos que regresaran dañados de la batalla.

Frente a la ciudad, las tropas protestantes esperaban el avance del ejército católico, situando estratégicamente las líneas de artillería para asestar un golpe mortal al centro de las columnas de hombres, lugar por donde debía penetrar la caballería tras recibir el golpe de gracia de los mosquetes de infantería.

Durante al menos dos horas, las primeras líneas de las diecinueve compañías de los Tercios de Nápoles, mandadas por don Rodrigo de Toledo, y los casi cinco mil soldados del Tercio de Flandes, bajo la dirección de don Gonzalo de Bracamonte, fueron haciéndose cada vez más visibles para los holandeses, hasta que las figuras de los soldados fueron totalmente reconocibles. Entonces realizaron una parada final para situar correctamente las tropas que tomarían la iniciativa del primer ataque. En uno y otro bando los soldados estaban impacientes, muchos visiblemente nerviosos, la gran mayoría en silencio, preparando sus armas y santiguándose ante el que podía ser el último día de sus jóvenes vidas.

Los grandes tambores, conocidos entre la soldadesca como “cajas de guerra”, marcaron ritmos militares y toques de ordenanza que escondían secretas órdenes de ataque y las primeras líneas de infantería españolas avanzaron en formación con sus picas apuntando al enemigo. Ante el avance de las tropas los cañones de Breda comenzaron a vomitar fuego a raudales, afinando el tiro sobre las posiciones de las primeras líneas

protestantes. Tras ellos, los caballos relinchaban nerviosos ante el tremendo estruendo de la artillería. Frente al terreno que dividía a ambos ejércitos, las nubes de polvo indicaban repetidamente donde impactaban los proyectiles disparados por los cañones, que comenzaron a hacer mella en las primeras líneas de infantería, sembrando el desconcierto y precipitando la carga inicial.

Una nueva orden y los soldados españoles iniciaron el avance en formación de combate. Paso a paso el ejército holandés comenzó a hacerse cada vez más real, hasta que fueron perfectamente distinguibles los rostros de sus soldados, que en esos momentos estaban cebando con pólvora las cazoletas antes de apuntar con sus mosquetes, apoyados sobre las horquillas. Entre sus filas, los piqueros componían una inexpugnable muralla de protección ante la inminente carga de la infantería.

De pronto bramó la batería de cañones y en las primeras filas de españoles se abrieron enormes agujeros. En medio de la humareda y el griterío de los heridos se produjo el choque contra los holandeses, que aguantaron a pie firme el primer envite. El olor de la pólvora hacía casi irrespirable el ambiente y los soldados españoles caían destrozados ante los disparos de las primeras líneas de mosquetes. Parecía como si en el punto exacto en que ambos ejércitos confluían existiese un invisible abismo por el que centenares de hombres desaparecían, en medio de una intensa humareda y del retumbar de los mosquetes que descargaban su mortífera carga a bocajarro contra los infantes de ambos bandos.

Nuevo redoble de tambores, una señal inequívoca que atravesó el campo de batalla y llegó a oídos de Álvaro de Ovando, quien se había sentado sobre sus manos para intentar calentarlas mientras esperaba paciente la señal para entrar en acción. El joven jinete se ajustó el cinto y, elevando la espada, se giró sobre la silla para hacer una señal inconfundible a la compañía de caballería siguiendo las órdenes recibidas apenas unos minutos antes de su hermano Pedro de Ovando, el oficial del que era “paje de rodela”. La compañía avanzó entonces movida por un disciplinado resorte, rodeando un pequeño montículo y esperó el anuncio de las trompetas para entrar en batalla. La infantería española había conseguido destrozarse las primeras líneas enemigas gracias a sus temibles piqueros, que

penetraron abriendo un enorme agujero en la zona central de las tropas protestantes. Entonces redobles acompasados de los tambores en la retaguardia anunciaron a los soldados holandeses la entrada en combate de su caballería; se abrieron las líneas y el relinchar de las bestias anunció un ataque fulgurante sobre el avance de piqueros castellanos. Fue una auténtica matanza. Los infantes de caballería holandeses cayeron sobre los lanceros disparando a bocajarro sus arcabuces y penetraron en las líneas blandiendo sus espadas, abriendo peligrosos huecos sobre la infantería española que a duras penas los recibía disparando sin cuartel.

En aquel momento, un toque de ordenanza de los tambores de su compañía y la señal de su hermano Pedro indicaron a Álvaro de Ovando que debía entrar en liza. Sin perder un instante sus soldados de caballería, que habían permanecido escondidos tras un montículo a la espera de la señal, se pusieron en marcha con sus lanzas apuntando a los cielos, posicionándose en la retaguardia de la caballería enemiga para caer sobre los mosqueteros de las Siete Provincias.

Para Álvaro de Ovando era su primer combate en campo de batalla tras una corta pero dura preparación militar en Italia, auspiciado por su apellido, señal inapelable de la limpieza de sangre que corría por sus venas. Además, los servicios que prestara su bisabuelo a las órdenes de don Juan de Austria en Lepanto, al frente de una de las “galeazas” que barrieron con su metralla el eje central de las galeras turcas de Alí Pachá, le habían granjeado el reconocimiento de sus superiores y, sobre todo, el estar a la sombra de su hermano mayor, quien había sido herido meses atrás en la defensa de Oswul contra los protestantes, demostrando una valentía y un arrojo en la batalla que le llevaron a ser uno de los capitanes más jóvenes de los ejércitos de su majestad. Él idolatraba a su hermano, soñaba con ser su imagen y sobre todo con que se sintiera orgulloso de tenerlo a su lado. No obstante ese día, como reconocería más tarde a López de Carvajal, uno de sus grandes amigos y compañeros de batalla, había sentido miedo, un miedo terrible que le había secado la garganta, provocándole pinchazos en el estómago muy parecidos a los que sufriera por el hambre, cuando era un hidalguillo segundón en su lejana ciudad.

Justo en aquel instante volvió la cabeza para ver la impresionante imagen de la caballería en formación a punto de lanzarse al abismo de la batalla. La niebla estaba apoderándose cada vez más rápidamente de la llanura y pareció divisar una imagen espectral montada a caballo que le sonreía a pocos metros. Fue tan sólo un momento. El relincho de un caballo le hizo volverse. Junto a un grupo de jinetes, escondidos tras los árboles para no desvelar su presencia, uno de los soldados le resultó especialmente familiar y su retina quedó clavada en la bizarra imagen de aquel hombre, cuyo caballo relinchaba de un modo extraño, aterrador. Le estaba mirando. Bajo el casco, las oquedades de los ojos resultaban espeluznantes. No tenía ni un jirón de piel en el rostro. Por un momento creyó que la dama de la guadaña le estaba anunciando su inmediato encuentro y se persignó por tres veces, rezando en susurros y pidiendo a Dios que le diese fuerzas y le hiciese merecedor de su apellido.

Entonces, sin poder evitarlo, tuvo un ataque de terror que le produjo fuertes convulsiones que pusieron nervioso y rebelde a su fiel caballo. De hecho, estuvo a punto de volver la grupa y escapar al destino y si no lo hizo fue porque ante él veía la gallarda figura de su hermano avanzando sin vacilaciones y tuvo la convicción de que no podía abandonar, porque no sólo defendía su vida, sino también su honor, el apellido que le dio su padre y que honró su bisabuelo en las tropas de don Juan de Austria durante la batalla del Golfo de Patras, batiéndose hasta la muerte contra los turcos.

Estaba obligado a ser como su hermano y hacerse merecedor de los blasones que decoraban la portada principal del palacio familiar en su lejana ciudad de Cáceres, antigua morada construida por su abuelo, Hernando de Ovando, hermano de fray Nicolás de Ovando, el que fuera primer gobernador de La Española. Por eso, sólo por eso, se mordió los labios hasta sangrar y, todavía aterrado por el combate, optó por lanzarse al vacío de la lucha, quizá de la muerte, siempre de la locura.

La fina lluvia comenzó a arreciar de nuevo convirtiendo el campo de batalla en un barrizal apenas visible. La batalla no estaba ni mucho menos decidida. Los mosqueteros holandeses se revolvieron contra los atacantes y, en una carga suicida, pusieron en fuga al grueso de la primera línea de

caballería que les atacaba por la retaguardia al mando de Pedro de Ovando, en medio de un caos de sangre, barro y cuerpos destrozados.

Intentó escudriñar la lluvia para ver a su hermano pero no distinguió nada, tan sólo pareció adivinar la figura del caballo de Pedro desbocado, escapando como un diablo sin rumbo fijo, pero entonces la explosión de un cañonazo nubló toda la escena y, cuando logró volver a ver el lugar, sólo había una maraña de soldados muertos.

Tras unos momentos de indecisión siguió las órdenes recibidas de su hermano y atravesó a caballo por la zona donde resonaban los enormes tambores, que marcaban con sus ritmos las órdenes de formación a la infantería protestante, para sorprender al enemigo por un lugar donde no esperaba el ataque. Aunque ese no era su objetivo, se dio cuenta de que si conseguía enmudecerlos no habría modo de que los holandeses reorganizaran sus tropas. Era una idea insubordinada, ya que modificaría bajo su responsabilidad las órdenes recibidas del propio Pedro.

La duda apenas duró un momento porque, en vez de dirigirse contra las líneas donde había sido destrozada la primera carga de caballería, Álvaro de Ovando, enarbolando la lanza para hacerse bien visible, apuntó el arma hacia los tambores. A continuación, espoleó a su caballo y penetró en las líneas holandesas seguido por un centenar de jinetes, ensartando literalmente en sus picas los cuerpos de los enemigos, que comenzaron a darse a la fuga de forma desordenada, quitándose precipitadamente los correaes que les unían a los tambores para poder escapar.

Álvaro notó como el corazón le bombeaba con ferocidad hasta sentirlo con absoluta claridad sobre su pecho. El inconfesable temor dio paso a la desatada violencia. Le faltaba el aire para respirar y, tras el primer encontronazo, su lanza ensangrentada se partió y tuvo que echar mano de su espada. Un piquero enemigo intentó descabalarle, pero Álvaro empujó a su caballo contra él, desviando el arma con su espada de un golpe desesperado y, con un revés, golpeó con saña el casco del soldado. El cuerpo cayó entre espasmos mientras la celada volaba y dejaba al descubierto el rostro destrozado de un muchacho de no más de quince años, pero no tuvo apenas percepción de la imagen, porque en ese momento una explosión cercana paró en seco la carrera de su caballo.

En un primer momento hizo una pirueta al sentirse lanzado y rodó sobre la tierra para evitar que el animal le aplastase, tal y como había hecho tantas veces cuando galopaba por las sierras y su cabalgadura tropezaba en la raíz descubierta de algún alcornoque. No tardó un suspiro en levantarse, con la espada por delante para evitar el golpe de otro soldado que, armado también de una espada, se disponía a rematarlo. Era un luchador formidable y con un gran instinto de supervivencia, lo que le llevó a agacharse y evitar el mortal envite de su oponente, mientras hacía una certera finta atravesando a su rival de parte a parte. Sin tomar aliento, al escuchar un grito enemigo a su espalda, se giró lanzando un feroz barrido de su espada, a la vez que se agachaba, dando un tremendo tajo a un nuevo soldado a la altura del pecho que le hizo caer postrado sobre la tierra. Gritos, sangre, muerte, apenas respiraba entre golpes, descargas, quiebros y ataques desmedidos. Quería matar de forma enloquecida, como si dar muerte al contrario fuera la única posibilidad para la supervivencia y apenas si tenía tiempo para exhalar el aire casi irrespirable entre las nubes de pólvora y barro.

Un golpe en el rostro le nubló la vista y cayó al suelo intentando incorporarse cuanto antes para evitar la muerte, apenas quedaba esperanza sino en la locura y en un último intento por escapar de la parca luchó como un poseso, destrozando cada enemigo que se cruzaba en su camino a golpe de espada, sin contemplaciones, con una desatada violencia que escondía en lo más profundo el miedo del adolescente, enfrentándose a la muerte cara a cara, hasta acabar sin aliento, extenuado, sin apenas fuerzas para respirar.

Tras el enmudecimiento de los tambores y el desconcierto de la retaguardia protestante las compañías de piqueros españoles avanzaron en cuña, tomando en una tenaza a la caballería enemiga. Los holandeses, agotados por la carga, intentaron volver grupas para reorganizarse, encontrándose de frente el ataque de las tropas de refresco que había comandado Ovando y recibiendo el feroz envite de los piqueros.

Álvaro apenas era consciente de la situación de la batalla, pero poco a poco el número de enemigos fue decreciendo a su alrededor y divisó a varios de sus soldados debatiéndose también en tierra contra los infantes de las Siete Provincias. En ese momento oyó un disparo y sintió un fuerte golpe en su hombro izquierdo, antes de caer a tierra con una herida

candente, abrasada por un fuego terrible. El mosquetero que le había disparado fue atravesado de parte a parte por un piquero castellano quien, tras su acción, hizo un gesto al oficial indicándole que no estaba solo. Por suerte, todos los enemigos que había a su alrededor se encontraban luchando cuerpo a cuerpo contra los soldados castellanos y nadie aprovechó el instante de indefensión para acabar con su vida.

La herida le abrasaba, a duras penas conseguía mantenerse en pie, tan grande era el dolor que pensó que todo estaba perdido y por un momento estuvo a punto de quitarse la vida y acabar con todo de una vez, pero entonces algo llamó su atención. Fue una imagen oscura e imprecisa, apenas visible entre el humo y las salpicaduras de barro. Con su ensangrentada manga intentó limpiarse el rostro para poder ver con más claridad, pero lo que acertaron a descubrir sus ojos hizo que se le erizase todo el vello del cuerpo en un estremecimiento de terror. Frente a él estaba un espectro, en medio de un montón de cadáveres, mostrando una sonrisa desdentada, tenía la ropa hecha jirones y en sus manos empuñaba todavía una espada. No le asustó la visión ni el hecho de que aquella criatura sobrenatural le estuviese mirando a través de sus oquedades vacías. Sí le asustaron los susurros que llegaron a sus oídos para decirle la noticia que no quería escuchar, que íntimamente denostaba, algo que marcaría su existencia para siempre. Su hermano había muerto.

La imagen se desvaneció cuando otro golpe en la espalda le derribó de nuevo. El dolor se fue haciendo todavía más intenso hasta hacerle desfallecer entre los heridos ensangrentados. Aquí y allá los gritos de los moribundos pedían indistintamente la salvación o la muerte. Un nauseabundo olor a carne quemada lo invadía todo. A duras penas consiguió ponerse en pie para intentar alcanzar la línea protectora de su ejército, porque sabía que si permanecía en aquel lugar tarde o temprano acudiría la muerte a segar con su guadaña su bautismo de fuego.

Los ecos de órdenes en idioma extranjero le indicaron que los soldados holandeses se batían en retirada, pero la falta de trompetas había impedido que la indicación llegase a tiempo y, en esos momentos, los soldados españoles se daban un baño de sangre, aniquilando sistemáticamente las líneas enemigas.

Los gritos de victoria de los Tercios de Flandes dieron paso al último acto de la batalla, la que Álvaro de Ovando jamás hubiera podido imaginar. Cientos de soldados huían campo a través saltando sobre los cuerpos moribundos de sus compañeros y, tras ellos, los piqueros corrían aullando y ensartándolos como conejos. Jamás olvidaría el suboficial de compañía aquella terrible visión de hombres con sus propias enseñas saltando como hienas sobre sus enemigos, destrozándoles en cuestión de segundos, machacando a los heridos y despojándoles de todo lo que portaban de valor.

Álvaro asistió atónito a aquella sangría humana, inmovilizado por su propio dolor e incapaz de entenderla. Por primera vez, el sentido del honor de las tropas españolas que tanto había escuchado a sus superiores se desmoronó con la sola visión de aquellos centenares de lobos abalanzándose sobre los despojos de los heridos, destrozando cadáveres mientras se peleaban por sus casacas y sus botas. No era aquello lo que esperaba tras una victoria, ni siquiera se había planteado estar bajo la bandera de los vencedores pero, ahora que lo estaba, sentía repulsión hacia los que habían peleado a su lado, bajo los estandartes del imperio y el catolicismo, y de los que no se sentía más cerca que de los propios protestantes.

Sin rumbo fijo, desangrándose un poco más a cada paso entre el bosque de cadáveres, vagó intentando buscar al menos mentalmente un sentido a su destino, pero sin saber a ciencia cierta si después de todo el estar bajo la enseña española o protestante no era sino una cuestión del lugar donde se naciera. Fueron esos, sin duda, los momentos más duros y difíciles de la batalla para Álvaro de Ovando. Instantes de duda, de desazón, de desconcierto, de impunidad, de inevitable resignación, de insufrible dolor, de desesperanza.

Justo a unos pasos de donde se encontraba, un joven holandés de una edad no muy distinta a la suya lloraba desconsoladamente, tirado en el suelo aferrándose con las manos la barriga. Un soldado castellano pasó a su lado y, de un golpe seco, le separó la cabeza del cuerpo con su espada; después comenzó a saquear el cadáver aún caliente. Pese al dolor de su herida, en un ataque de rabia, Álvaro de Ovando se abalanzó desesperadamente contra el soldado y de una patada le lanzó al suelo.

—Maldito carroñero, vuestra merced si que merecéis la muerte. Así dominaremos el mundo, pero jamás podremos gobernarlo —dijo al sorprendido soldado, que yacía en el suelo mirando a su ensangrentado superior sin entender su ira.

—Señor, si en vez de nosotros hubiesen ganado ellos no hubiera sido distinto —se excusó el joven a la vez que aferraba su espada pensando en la posibilidad de matar de un golpe al molesto intruso, pero la llegada de nuevos soldados con la enseña de los Tercios puso fin al altercado. Fue justo a tiempo. En ese momento Ovando se desmayó.

Lo llevaron a una tienda del campamento donde entre terribles gritos de dolor, cientos de heridos se amontonaban esperando la muerte o, en el mejor de los casos, el contacto del hierro candente que impidiese la infección de sus heridas. El espectáculo era dantesco, hasta tal punto que, cuando entreabrió los ojos dos horas más tarde, la visión de aquellos hombres, muchos de ellos heridos de muerte, restó importancia a su propia situación. Cirujanos abnegados intentaban multiplicarse para llevar gasas y agua caliente con que limpiar las heridas de los mutilados, pero eran del todo insuficientes y, de cuando en cuando, uno de los soldados sollozantes callaba para siempre. Casi de inmediato, era arrastrado hasta la parte de atrás de la gigantesca tienda, donde cargaban a los muertos en un carro para darles cristiana sepultura en una fosa común.

Por el fondo del improvisado hospital de campaña vio avanzar al coronel Diego de Baeza, Vizconde de la Puebla de Alcocer, junto al propio Ambrosio de Spínola.

Álvaro de Ovando sintió que le subía la fiebre e intentó acurrucarse para entrar en calor, pero era un intento banal, porque el aire de la tarde penetraba por los mil agujeros de la destartada tienda y creaba una corriente terriblemente fría. El herido que se encontraba a su lado dejó de chillar anunciando su muerte. Con la determinación que hace inevitable la supervivencia, Álvaro despojó al fallecido de su casaca de cuero, forrada de vellón, y se tapó para intentar soportar la fiebre. Los minutos se hacían interminables y ningún cirujano parecía dar señales de vida.

De pronto, el general llegó hasta él y le saludó.

—No es casualidad que me encuentre aquí, venía presto a buscarle. Nos honra que hombres con su apellido luchen por nuestro Rey. Vuestra merced es un valiente. He sido informado de su acción y he de confesar que ha sido digna de todo un estratega. Su valor es envidiable. Permítame que le muestre mis respetos y le anuncie un inmediato ascenso. Hombres así son el orgullo de nuestras tropas.

Álvaro de Ovando sentía un lacerante dolor y temblaba por efecto de la fiebre pero, por un momento, intentó levantarse para presentar sus respetos a su superior. No llegó siquiera a sentarse cuando la cabeza le dio vueltas y la debilidad le hizo desplomarse sin sentido. A lo lejos, las voces se perdían y dejaban de ser comprensibles.

—¡Llame a mi doctor! ¡Rápido!. ¡Hay que auxiliar a este hombre cuanto antes! Un soldado así merece todos nuestros cuidados. ¡No se quede ahí mirando! ¡Hay que salvar su vida como sea, a cualquier precio! —ordenó el general a uno de sus ayudantes, quien obedeció sin poder reprimir un conato de envidia contra aquel joven que parecía gozar de todo el respeto de su admirado superior.

CAPÍTULO II

DETRÁS de los cortinajes burdeos del salón de recepciones, una araña extendía su fina tela desde los gruesos tejidos hasta uno de los cuarterones de la ventana. A él le gustaba verla, con una mezcla de miedo y terrible atracción, como si el hecho de pasar tanto tiempo mirándola lo convirtiese en su amigo e impidiese así cualquier peligro frente a sus quelíceros venenosos. Era una araña pequeña y demostraba la escasa diligencia del servicio de limpieza en sus paseos diarios por la imponente estancia, donde los grandes espejos y los muebles de caoba y maderas preciosas monopolizaban la mayor parte del tiempo de los sirvientes, que no miraban tras las grandes cortinas más que para abrir y cerrar los cuarterones y comprobar que los cristales estaban impolutos. Pasaba mucho tiempo viéndola tejer y cuando podía, cazaba alguna mosca y la echaba con cuidado en la red para que fuese devorada por su peligrosa amiga. A veces tenía sueños en que se veía enredado en la tela, el animal aparecía multiplicando su tamaño hasta ser igual al de un hombre y, con las patas delanteras, le enlazaba con su seda hasta que quedaba inmóvil, y entonces se le acercaba, abría la boca, y él solía despertarse en ese momento, sudando copiosamente y con el vello erizado por el terror vivido.

El salón de recepciones era realmente impresionante. El oro y el verde competían decorando las paredes con lujosas filigranas. La bóveda estaba adornada con pinturas flamencas y de sus paredes colgaban cuadros de los grandes maestros; además estaban los espejos, que multiplicaban una y otra vez las imágenes dando a la estancia una perspectiva de profundidad casi

interminable. Los espejos nunca habían sido sus aliados. Una vez más detestó la imagen deplorable que le devolvían. Se dio cuenta de que era él a quien veía multiplicado y no pudo contener la angustia de saberse prisionero en aquella imagen terrible y desconsoladora. Por un instante clavó las torcidas pupilas en los rasgos reflejados y sintió una profunda desazón muy alejada de la lástima que provocaba en el resto de los mortales. ¿Cuál había sido su pecado si la vida apenas le dio la oportunidad de pecar? Sin duda, pensó, el buen Dios conocía cosas que él jamás alcanzaría a saber y en su infinita Misericordia le tenía dispuesto un destino igual al del resto de sus siervos. ¿Pero entonces por qué? Se rebelaba contra aquellos ojos de idiota, aquel cuerpo pequeño y deforme, aquellos rasgos desgraciados y las palabras que tantas veces escuchara de su confesor no lograban reconfortarle.

Volvió la mirada hacia los cortinajes del salón donde se escondía su amiga la araña, en parte para compartir su secreta existencia y en parte para olvidar los espejos y, como tantas veces, intentó sentirse dichoso ante su innegable situación de privilegio. Si su padre, el viejo Juan Martín Calabazas, le viera ahora no podría creerlo. Allí en Palacio, unido al séquito del Rey, quien personalmente le ofrecía sus favores, rodeado de lujo y derroche, de metales preciosos y telas de valor incalculable. Debía sentirse el ser más afortunado de la tierra, porque ¿era o no un milagro que un “medio hombre”, fuera un popular miembro de La Corte?

El viejo Juan Martín Calabazas había muerto cinco años atrás. Aquel invierno fue extremadamente duro y ni los higos secos ni las bellotas fueron suficientes para mantener a la familia en la aldea maldita donde le tocó nacer, allá en los confines de los dominios del Duque de Alba, su señor, de quien tan sólo tenían noticias por un monje que les adoctrinaba en los Evangelios y oraba por sus almas cuando con frecuencia algún miembro de la comunidad moría de hambruna.

Una mañana gris —recordaba mientras mantenía los ojos fijos en la tela — su padre hizo un hatillo con lo poco que tenían y, cargándolo al hombro, les dijo que le siguieran, que debían ir hacia el sur, donde había trabajo y prosperidad y hornos donde se hacía un pan crujiente por fuera y blanco por dentro, sin penurias ni miserias. La familia Calabazas contaba entonces con

seis miembros, incluyendo a la madre de su progenitor, su propia madre, su padre y dos hermanos frente a los diez que habían llegado a ser apenas dos años atrás. El hambre y las maldiciones habían acabado con el resto y amenazaban con no dejar una sola alma sobre la tierra si se quedaban allí. Por eso partieron, siguiendo los pasos de Juan Martín Calabazas sin preguntarse si sabía o no hacia dónde iba. Tenían una fe ciega en su padre porque, como todos decían, era una buena persona, y Dios no puede dejar de lado a las buenas personas, o al menos eso creía entonces.

Al tercer día desde la partida llegaron hasta lo alto de una montaña y les sorprendió una fuerte tormenta. Habían comido sólo raíces hervidas y les dolía la barriga. Se guarecieron bajo los salientes de una roca que les permitía escapar del aguacero, pero no del frío, y Juan Martín Calabazas les dijo que se apretasen con fuerza porque así se darían calor los unos a los otros. Todavía recordaba el olor de las andrajosas pieles que cubrían el cuerpo de su madre y el miedo cuando comenzó a soplar con fuerza el viento desatando su ira contra ellos. En sus retinas las imágenes de la muerte fueron de nuevo tan reales como aquella noche. Se descubrió al alba abrazado al cuerpo yerto e inerte de su madre, cada vez más frío, mientras frente a él su padre permanecía de rodillas, sollozando casi en silencio en un balbucear de oraciones apresuradas, con el rostro desencajado por el dolor y las lágrimas ensuciándole la cara. Viéndole despierto, Juan Martín Calabazas cogió a su hijo de la mano y, sin mediar palabra, comenzó a andar con él hacia el sur. Sólo los dos. Atrás quedaron su madre, su abuela y sus otros dos hermanos. No había nada que preguntar. El buen Dios les había llamado a su presencia y ellos debían seguir su camino. Apenas un trecho y volvió el aguacero. Arrancaron unas raíces e intentaron comerlas, pero eran muy duras para el desdentado Juan Martín Calabazas y el pequeño Calabacillas pronto se dio cuenta de que su padre hacía como si comiera para animarle. Al atardecer mordisquearon unas bayas amargas y bebieron de un arroyo en la otra parte del monte. Ya apenas avanzaban y sus pasos eran lentos y torpes. Juan Martín Calabazas lloraba continuamente y pedía perdón a Dios mientras iba caminando. Él le apretaba la mano porque quería a su padre y hubiera dado cualquier cosa por verle sonreír como aquella vez que le vio sacar un cabritillo de las entrañas de la vieja cabra, en

los tiempos en que llegaron a tener un rebaño de hasta diez animales. Hubiera dado su propia vida porque aquel hombre salvara la suya y recompensar así los muchos sacrificios por sacar adelante a su familia.

El tierno roce de unos dedos encallecidos por el trabajo le hizo albergar la ingenua esperanza de que todo se solucionara. Pararon de golpe. Su padre respiraba apresuradamente, como si el oxígeno no le llegase a los pulmones, pero le sonrió mientras se esforzaba por darle ánimos con palabras que se diluyeron en el frío aire haciéndose incomprensibles. Entonces lo comprendió. Juan Martín Calabazas lo había dado todo por perdido. Tan sólo animaba sus pasos la responsabilidad de intentar guiar a su hijo superviviente hasta una posible salvación. En una de las paradas orinó sangre y supo que la muerte tampoco tardaría mucho en quitarle el aliento. Estaba derrotado, vencido después de tanto sufrimiento, fracasado como hombre por no haber sacado adelante a los suyos y, de haber estado solo, no hubiera dudado en despeñarse cuanto antes por uno de los acantilados del monte y poner fin al calvario que estaba sufriendo.

Los acelerados pasos de los soldados de la “Guardia Amarilla” de Felipe IV corriendo por el pasillo que daba acceso a la estancia le sacaron de sus fantasías. Fue sólo un instante. Después los recuerdos volvieron con la fuerza de las pesadillas y, pese al fuego de las chimeneas que iluminaban la estancia, sintió un escalofrío como si todavía estuviese en lo alto de las cumbres hurdanas, avanzando lentamente hacia la tierra prometida que nunca llegó. La oscuridad de la noche trajo de nuevo el frío y el pertinaz aguacero. Al abrigo de las rocas se apretó contra su padre y por primera vez en todo el día se permitió un sollozo. “Padre, tengo hambre”. No había querido decirlo, pero eran tan fuertes las punzadas en el estómago que no pudo ocultar su necesidad. Por toda respuesta, vio como su padre salía a la tormenta y regresaba minutos después con unas pobres bayas de majuelo en las manos, ofreciéndoselas como un tesoro, el único que tenía y que podía dar a su hijo. La lluvia no le dejaba adivinar el rostro, pero sabía que estaba llorando porque no podía darle nada más. Las comió como tantas veces, sabiendo que no harían sino engañar a su estómago y provocarle ardores que quizá le durasen toda la noche.

Como había supuesto, no pudo dormir. Las punzadas del estómago vinieron acompañados de una repentina fiebre que le hizo debatirse entre fuertes temblores. Su padre se quitó entonces su abrigo de piel de cabra y se lo echó encima para darle calor. “¿Y tú, padre, ¿como te abrigarás tú?”, recordaba haberle dicho, recibiendo la mirada afable de Juan Martín Calabazas por toda respuesta. La fiebre subió y subió hasta hacerle perder el sentido en más de una ocasión durante aquella noche interminable, fría, lluviosa, terrible, imborrable en los años de su memoria.

Al amanecer unos soldados del Duque que estaban batiendo el monte en busca de venados descubrieron el cuerpo sin vida de Juan Martín Calabazas sobre el de su hijo, en un desesperado intento por darle el calor de la vida que a él se le había ido consumiendo. El niño, arropado con unas pieles, estaba ardiendo por la fiebre y, semiinconsciente, balbuceaba cosas incomprensibles. Uno de los soldados quitó con cuidado el cadáver del hombre, cuyos brazos fríos e inertes se abrazaban con tenacidad al bulto de pieles y cargó al pequeño en su caballo. No era infrecuente en aquellos tiempos encontrar hombres muertos por el hambre en los caminos, pero sin duda la salvación de aquel pequeño era un milagro, pensó. Después siguieron su camino hacia la fortaleza del Duque en la cercana ciudad de Coria, donde los matasanos y los clérigos podrían intentar salvar el cuerpo y el alma de aquella criatura.

Las manos del niño se aferraron a los ropajes del soldado con una fuerza nacida más de la desesperación que de la voluntad, mientras repetía una y otra vez “Padre, tengo frío”, “padre, tengo frío”. Al soldado le recordaba a un hermano pequeño que perdió un año atrás por culpa de las fiebres maltas; también él se aferraba a su padre en aquel entonces diciéndole que tenía frío. Por eso pararon e hicieron una fogata adonde arrimaron al niño mientras le daban vino caliente para intentar reconfortarle. Al poco tiempo se quedó profundamente dormido, entre sudores que traían buenos presagios y por eso los rudos soldados del Duque aguantaron pacientemente una hora más antes de decidirse a tomar el camino hacia Coria y poder llegar así con las últimas luces del día.

Al atardecer, la poderosa imagen de la torre pentagonal de la fortaleza se adivinó en la distancia. Era sin duda una de las ciudades más imponentes

de aquella parte del reino y se enorgullecía de su pasado glorioso en los tiempos de la reconquista, cuando se convirtió en baluarte de las tropas cristianas en su avance contra el infiel. Recordaba vagamente aquella imagen entre los delirios de la fiebre, agarrado al corpachón de su salvador, mientras sus labios reseco repetían una y otra vez la llamada a su padre, sin voz, sin aliento, sin convicción, como la única fórmula que mantenía viva su tenue esperanza. De cuando en cuando el soldado le acariciaba la mejilla con sus toscas manos en un gesto de profunda ternura y él se abrazaba a su pecho apretando las manitas. Entonces surgía la voz casi marchita: “Padre, tengo frío padre”, y en un par de ocasiones aquel hombre, acostumbrado a la guerra y las penalidades, se sentía conmovido por el chiquillo y se limpiaba una lágrima furtiva con el revés de la mano para que no lo vieran llorar el resto de sus compañeros.

Apenas recordaba nada más de aquel día ni jamás pudo agradecerle todo lo que hizo por él aquel soldado, días después le dijeron que había marchado apresuradamente con un regimiento para frenar a un grupo de musulmanes que se dedicaban a asaltar las caravanas a su paso por el Tajo y murió en una escaramuza, herido por uno de sus propios compañeros. Ese día, recordaba, él también lloró amarga y profundamente y maldijo a la fortuna que le arrebató a todos aquellos seres que le habían dado su ternura.

El ruido de pasos de la Guardia Real por el cercano pasillo le devolvió a la realidad y se escondió tras las cortinas burdeos, cerca de donde la araña tenía su tela, porque no les gustaba que estuviese en el Salón de los Reinos, también conocido como la Sala de Audiencias, donde el Rey solía recibir a los dignatarios y embajadores de otros reinos para departir con ellos e intercambiar los presentes que marcaba el protocolo. Había cierta inquietud en Palacio pero él era ajeno a todo aquello. Por alguna razón desconocida una angustia demasiado familiar le había traído los trágicos recuerdos de su infancia, grabados a fuego en su memoria y apenas era capaz de soportar la tristeza y el desasosiego. Tal vez porque la lluvia otoñal, que golpeaba con fuerza las ventanas del acogedor salón, le trasladaba a aquellos días grises, lluviosos y gélidos. Sin embargo allí, a su lado, a la araña no le importaba la

lluvia y esperaba paciente que algún insecto se enredase en su tela para amortajarle con un traje de seda antes de devorarlo lentamente.

De pronto vio con sorpresa una polilla saltando sobre las cortinas. Con movimientos felinos se acercó cuanto pudo y lanzó con fuerza su mano para atraparla. Fue en vano. El insecto descubrió a su atacante y voló intentando escapar. El no se desanimó y, durante unos minutos, persiguió a la polilla por todo el salón hasta que en uno de los ataques consiguió aplastarla sobre un cuadro. El animal cayó al suelo destrozado y con sumo cuidado, él levantó su presa y la examinó. No entendía por qué a su amiga la araña podía gustarle aquello. La acercó más hasta sus ojos y pensó que si era buena para la araña tal vez también lo sería para él y le daría el poder de tejer seda para poder inmovilizar a sus enemigos. Por eso abrió la boca y se metió en ella la polilla, tragándosela sin poder reprimir una arcada por el desagradable sabor del insecto.

De nuevo los pasos acelerados de los guardias resonaron sobre las losas del pasillo, pero esta vez se pararon a la puerta del Salón de Audiencias. Juan Martín Calabazas, conocido por todos como “Calabacillas”, corrió a esconderse tras los cortinajes para escapar a la reprimenda que le esperaba si le descubrían jugando en la estancia. Las puertas se abrieron y el Rey entró seguido de su secretario y de varios sirvientes. Entre las cortinas, el pequeño bufón consiguió ver a Felipe IV sentado en su despacho donde solía recibir a las autoridades, mientras daba órdenes a los sirvientes que el bufón, en su nerviosismo, no fue capaz de entender. De nuevo se abrió la puerta de la estancia y entró el padre fray Antonio de Sotomayor, regente de la Iglesia de Nuestra Señora de Las Claras, donde habitualmente oía misa el Rey.

Los sirvientes salieron de la sala dejando a solas al monarca y a su confesor quienes hablaron en voz baja sin que Calabacillas acertara a escuchar una sola de sus palabras. De pronto el Rey se levantó y se arrodilló besando la mano del sacerdote. Éste con un gesto le hizo erguirse porque el monarca tenía privilegio de poder confesar sin postrarse ante el ministro de la iglesia. No fue una confesión larga, pero la voz del prior se elevó de pronto haciéndose perfectamente audible.

—Nuestro Señor no permitirá que la vida de nuestro Rey esté en peligro. Creedme majestad, en su Justicia Infinita hará que no sea cierta la inquietud que os incomoda y permitirá que viváis muchos años para poder tener descendientes y gobernar las tierras de nuestros reino con la sabiduría que sólo vuestra merced ostenta.

Después la voz bajó de nuevo y la invocación en latín al perdón de los pecados se perdió en un susurro que Calabacillas no pudo ni pretendió entender. Estaba inmóvil, completamente inerte y aterrado por el temor de que pudiesen descubrirlo. Jugar en salones no permitidos era motivo de reprimenda, pero espiar al Rey en sus confesiones podría ser realmente motivo de castigos inimaginables.

Pasaron lentamente los minutos sin que apenas tuviese valor para hacer ruido al respirar. El prior salió de la estancia dejando al Rey completamente solo, probablemente orando la penitencia impuesta para el perdón de sus pecados, pensó Calabacillas. Durante un tiempo indeterminado el enano se convirtió en un ser inanimado, incapaz de pestañear siquiera. Después también salió el monarca, pero el bufón se mantuvo impasible intentando desentrañar el sonido de las pisadas al alejarse por los pasillos enlosados. El silencio era absoluto y la calma era total. De pronto notó algo en su hombro derecho, un leve movimiento que le hizo estremecerse y erizó sus cabellos. Al volver el rostro, descubrió a la araña moviéndose lentamente.

Y sin poder evitarlo, se desmayó.

CAPÍTULO III

EL olor a óleo inundaba la amplia estancia. En el medio, un hombre se esforzaba extasiado por dar pinceladas ordenadas y precisas sobre un enorme lienzo. Al fondo posaba una mujer. Su figura era perceptible bajo la luz impenitente de un ventanal. No estaba totalmente desnuda, cubría su cuerpo con un blusón transparente por el que sus pezones firmes se transparentaban provocando una excitación tan fuerte como el deseo de las mentes que pudieran observar su imagen reflejada en el cuadro.

Su edad no rondaría más allá de los diecisiete. Su pelo era negro como sus ojos, grandes y hermosos. Sus formas voluptuosas hacían estremecer a cuantos la conocían y eran la envidia de las mujeres de La Corte que, por más que estrecharan sus corsés, jamás conseguían un talle tan hermoso, una cintura tan proporcionada y unos senos tan insolentes, unidos en un escote tremendamente sensual. Al propio Velázquez le costó centrarse en la pintura, por más que se repetía una y otra vez que sólo era una mujer, no una musa o una diosa. Cuando intentaba apartar sus libidinosos pensamientos la veía de nuevo en el lienzo, pintada por sus propias manos, con una fuerza irresistible, prometiendo noches de alcoba y apasionados romances sin final.

Hacía poco tiempo que el pintor había regresado de su viaje a Italia y el contacto con los maestros de Roma y Nápoles había motivado su trabajo multiplicando sus horas en el estudio para realizar nuevos cuadros con los que decorar el Salón de Reinos del Buen Retiro. El nuevo palacio había sido construido vertiginosamente por iniciativa del Conde-Duque de

Olivares a principios del año anterior, y éste había instado personalmente al pintor para realizar un buen número de encargos que le obligaron a contratar a nuevos aprendices para que le ayudaran a poder hacer frente a tanto trabajo, aunque personalmente siempre se encargaba de las manos y los rostros, en cuyos trazos no había pincel que le igualase.

Los más afamados críticos afirmaban que, tras el regreso de Italia y la influencia de Peter Paul Rubens durante su estancia en La Corte antes de su viaje, el Pintor del Rey había intensificado en su estilo la indefinición de los contornos, la pérdida de corporeidad física de las figuras a base de un juego de iluminaciones claras y uniformes envolviendo a los objetos. A él todo aquello le parecía demasiado prosaico y prefería definir su obra como un camino en el estudio hacia la perfección que no terminaría nunca. Ese camino incluía el estudio de la anatomía humana, pero también de las luces, los volúmenes, los espacios, la policromía, las sombras, las dimensiones, las distancias y la psicología de los personajes a través de los rasgos más significativos de su personalidad captados en un instante de su existencia. “Un retrato no debe ser sólo un momento de la vida, sino ser capaz por sí mismo de sintetizar la forma de ser y de pensar de una persona, debe transmitirnos no sólo lo que vemos a través de su cuerpo sino también lo que esconde su alma”, solía decir a sus aventajados alumnos mientras retocaba magistralmente alguno de sus cuadros.

Velázquez proseguía así experimentando con la fuerza de la luz en sus retratos, iluminando cuerpos de anatomía espléndida y matizando el rostro con esa expresividad sin precedentes que tanta fama le había dado ante los maestros Bernini y Guercino. Ciertamente es que en aquel tiempo tenía pendiente un retrato del príncipe Baltasar Carlos, nacido poco después de que marchara a Italia año y medio atrás, pero quería dejarse llevar por el culto a la belleza de los cuerpos retratados por el maestro Reni e inmortalizar a las hermosas cortesanas que había contratado el Rey para cuidar al pequeño heredero y decorar con ellas los salones del Buen Retiro, “el que debía ser el mejor Palacio del mundo”, según las pretensiones del Conde-Duque.

De pronto, se escuchó el atronador sonido de un disparo en la estancia contigua. El pintor salió apresuradamente, todavía con la paleta y un pincel entre sus manos. El cuarto se encontraba entre penumbras. No había nadie.

Los enormes cortinajes burdeos dejaban entrar los últimos rayos de sol de la tarde y, entonces, un grito ahogado precedió al silencio ensordecedor que solía ocupar las estancias del palacio.

Nada adivinaba tragedia ni comedia, sólo un enorme espejo reflejaba la imagen del pintor, repetida reiteradamente en otro espejo frente a él, y más allá en otro, y en otro, convirtiendo su rostro desconfiado en infinito. Sin duda, la conocida «Sala de los Espejos» había cosechado merecidamente su fama asombrando y, a veces, aterrorizando a sus visitantes.

Una carrera de pasos acelerados rompió el silencio de nuevo por unos segundos. Parecía alejarse hacia las escaleras que daban acceso a las estancias inferiores. Todavía con la paleta y los pinceles en la mano, el pintor regresó a la estancia donde había estado trabajando. Nada más entrar intuyó que algo terrible había pasado; el lienzo había sido certeramente rajado por una mano implacable y apenas dejaba adivinar las suaves y sensuales formas de la muchacha semidesnuda que había retratado. Y entonces se percató de que la joven estaba en el suelo, en el mismo lugar en el que había estado posando, con las manos abiertas y la mirada fija y lejana, el blusón ensangrentado y abierto por el mismo cuchillo que tal vez había rajado el lienzo, arrebatando la vida real e inmortal a la desdichada.

Diego Velázquez no pudo contener un espasmódico temblor e intentó adivinar al asesino escondido en algún rincón de la estancia. Pero no había nadie. Después arrojó la paleta y el pincel y salió de la estancia como si el mismo diablo le persiguiese buscando llevarse su alma, hasta llegar al piso inferior, donde dos guardias perfectamente uniformados y armados impedían la entrada al salón donde pasaba audiencia el Rey. Sólo entonces paró y, entre gritos entrecortados, logró esbozar algunas palabras: “¡Han matado a Clara Salazar, una de las cortesanas!. ¡Hay un asesino en palacio!”.

Lo que sucedió después resulta difícilmente comprensible desde el prisma de la racionalidad. Pasos agitados, gritos que hacían correr la noticia como si del fuego en un campo seco de paja se tratase, algún llanto. El eco de las órdenes convirtió en un huracán el palacio y, pasados unos minutos, los alabarderos reales penetraron en las estancias del pintor inspeccionando

palmo a palmo el lugar, sin lograr otra cosa que dar un terrible susto a una rata que fue a morir aplastada por el pisotón certero de un soldado.

Con la prestancia que le caracterizaba el capitán Villanueva, máximo responsable de la “Guardia Amarilla”, la temible Guardia personal del Rey, dio orden de cerrar todos los accesos al Alcázar nada más conocer la noticia e hizo sonar las trompetas anunciando el toque de queda en Palacio.

El propio Felipe IV salió de sus estancias sobrecogido por el estruendo de sus guardias. El capitán Villanueva se presentó ante él sudoroso, respirando con dificultad, para informarle de lo sucedido y las medidas que había tomado para garantizar su seguridad en el suntuoso palacio en el que residía sobre las riberas del Manzanares, al oeste de Madrid. Le dijo además que había mandado detener a todos los desconocidos que estuvieran en su interior para interrogarlos, y ya en aquellos instantes eran más de una veintena las personas detenidas por la guardia de entre visitantes, vendedores, bordadoras, toneleros, aguadores, cortesanas y demás personas ajenas a los contratados de Palacio que se encontraba por una u otra razón en el edificio.

El minucioso interrogatorio que tuvo lugar en las horas siguientes no dio resultado alguno, como tampoco la inspección pormenorizada de las estancias. Todos los detenidos demostraron encontrarse realizando su trabajo y ninguno resultó sospechoso por llevar armas escondidas ni conocer siquiera a don Diego Velázquez. Al caer la noche se reforzaron los controles de la “Guardia Amarilla”, se cerraron todos los accesos al recinto y los centinelas recibieron órdenes expresas de disparar a matar contra cualquiera que intentase salir de la fortaleza sin identificarse. El capitán Villanueva sospechaba que el asesino se encontraba escondido en alguna estancia y esperaba la noche para poder escapar y, sin embargo, no hubo fugitivo alguno ni nadie salió del lugar fuera de los aguadores y el propio relevo de la guardia.

Al día siguiente se celebró en la capilla del propio Palacio el funeral por la muerte de la joven. Un nutrido grupo de la más selecta nobleza de La Corte estuvo presente, entre ellos el propio Conde Duque de Olivares y el mismísimo Duque de Béjar Marqués de Gibraleón y Conde de Benalcázar y Bañares, a quien el ilustre Cervantes dedicara su más famosa novela. El

dolor era patente en el rostro de los presentes, no en vano la joven era una de las cortesanas al cuidado del príncipe Baltasar Carlos más hermosas y prudentes de cuantas en esos días vivían bajo el favor real, y la impronta de su belleza hacía si cabe más execrable el crimen para los presentes.

El Arzobispo de Toledo fue el encargado de celebrar las exequias. Fue una ceremonia larga y monótona, casi tediosa, lo que permitió a los fieles concentrarse cada uno en sus asuntos personales y olvidar el doloroso hecho que les había unido aquella mañana. Desde lo más alto de la cúpula, sustentada sobre pechinas, podía descubrirse a decenas de personas con la cabeza gacha, en su mayor parte personal al servicio de Palacio que apenas habían llegado a conocer a la joven. En los primeros bancos sus compañeras de la Casa de las Muñecas. Algunas llorando discretamente, otras enjugando los ojos con sus pañuelos bordados.

El tiempo fue pasando lentamente al son de las palabras del Arzobispo que por su grandilocuencia y excesivo celo parecían dirigidas al propio Rey, aunque Felipe IV no estaba allí. Al final la gran mayoría tenía prisa porque aquello terminase y volver a sus quehaceres cotidianos, aunque hubo quien no tuvo pudor en mirar alrededor e inspeccionar a cada uno de los presentes, sospechando que quizá tras el rictus aburrido e impersonal de aquellos rostros podía esconderse la sangrienta daga del criminal.

El capitán Villanueva había tomado medidas excepcionales al no poder encontrar al asesino, paralizando prácticamente la vida de Palacio. Prácticamente nadie podía acercarse a las estancias reales sin un salvoconducto personal firmado por el secretario del Rey y sellado por el propio Villanueva, pero en la realidad había fisuras que eran del todo inevitables, ya que el monarca se negaba a permanecer encerrado en sus estancias y se movía como si nada hubiera pasado. Ante este hecho el capitán se sentía impotente y apenas si podía mantener una vigilancia constante del Rey a base de los generosos esfuerzos de una docena de guardias siempre preparados para entrar en acción, que se sucedían en relevos diarios cada seis horas, convirtiéndose literalmente en la sombra del monarca.

—No os preocupéis Villanueva —le había dicho don Fernando, hermano de Felipe IV, escondiendo una dolorosa pesadumbre nada habitual

por la muerte de una simple doncella— A la joven la ha matado algún amante frustrado de entre nuestros más cercanos caballeros. Había desdeñado a demasiados hombres en poco tiempo, y el orgullo es algo que se paga con la vida cuando se es una mujer hermosa y castigadora.

El capitán asintió respetuoso aunque su rostro no dejó traslucir ninguna expresión, sin dejar siquiera una leve pista para adivinar sus pensamientos, que se centraban en analizar la cercanía que había tenido el asesino sobre las estancias reales, guarnecidas tan sólo por cuatro alabarderos cuando ocurrieron los hechos. Había algo que no le encajaba, pese a que era prácticamente seguro que el inteligente infante tuviera razón y que aquél desgraciado suceso tuviera más que ver con una historia de celos y amoríos que con poner en peligro la vida del Rey e iba a quedar impune durante mucho tiempo si no surgía algún indicio que delatase al asesino.

Dos días después del funeral por la joven asesinada, un cocinero descubrió por casualidad un cuchillo con restos de sangre dentro de la cajonera de las cocinas del Alcázar. No pertenecía al castillo, dado que toda la vajilla Real estaba grabada con las iniciales de los Hasburgo y se ordenaba todos los días. Por el tamaño del acero era uno de esos cuchillos de procedencia toledana que se utilizan habitualmente para sacar lonchas finas y jugosas de los preciados jamones procedentes de las matanzas, que colgaban oreándose en las alacenas. Sin perder un instante, se lo hizo saber al maestro de cocina y éste al capitán Villanueva, quien lo identificó al instante como el arma homicida como la que había asestado las tres puñaladas que sesgaron la vida de la hermosa joven.

“¿Quién había tenido posibilidad de esfumarse como el humo por las estancias de Palacio, recorrerlas con presteza y seguridad, llegarse a las cocinas, siempre repletas de gente, y dejar allí un cuchillo ensangrentado sin dejar sospecha?. ¿Sabía el asesino que hasta el último de los cuchillos reales se encontraba grabado o creía que, como en los tiempos del emperador Carlos, sólo la vajilla que se colocaba en las mesas de Palacio tenía ribetes de oro y podría por tanto confundirse con uno de los cuchillos que se utilizan para degollar cerdos?”. El capitán Villanueva comenzó a albergar una sospecha inquietante, tan inquietante que se dio una vuelta por los pasillos hasta volver a pasar frente a las estancias reales y preguntar a la

guardia si había alguna nueva. Nada, todo tranquilo, como si nada hubiera pasado. “De acuerdo —pensó Villanueva— estoy enloqueciendo, tengo que tranquilizarme y dormir un poco. Por mucho que quiera no voy a coger hoy a ese maldito matakortesanas”. Todavía notaba un gato en el estómago cuando logró conciliar el sueño abrazándose a la almohada de su cama, en el ala izquierda de Palacio. Había algo que no encajaba en todo aquello y Villanueva lo intuía, aunque no lograba adivinar qué era lo que le intranquilizaba.

Esa noche soñó con un pintor sin rostro frente al hermoso cuerpo desnudo de una menina. En un momento indefinido, el artista enarbolaba un pincel convertido en cuchillo y avanzaba hacia la joven. Él intentaba gritar y decirle que escapara, pero la doncella estaba preocupada en arreglarse la túnica transparente que cubría su cuerpo y no se daba cuenta del peligro. El pintor llegaba entonces frente a la mujer, y ésta le miraba al rostro y descubría la cara descarnada de un esqueleto.

Fue un momento terrible, marcado por la impotencia, que le devolvió al mundo de los vivos sudoroso y buscando sus armas en la oscuridad. “Vaya noche —pensó el malogrado capitán— No consigo quitarme de encima esta pesadilla”. Usando el pedernal encendió un cirio para iluminar la cabecera de su cama. Hacía un calor insoportable, aunque no estaba seguro de que fuera la canícula o el sofocón lo que le había hecho emerger del sueño. Salió de la estancia en dirección al exterior para tomar un poco de aire, y por eso tomó el camino que llevaba a las estancias donde reposaba su majestad.

Entre las sombras de los inmensos pasillos descubrió un raro objeto sobre la pared. Se acercó lentamente, y el asombro volvió de nuevo a su rostro. La pesadilla se tornó presente. Sobre el pecho prominente de una de las cortesanas, en un cuadro pintado por el mismo Velázquez, alguien había clavado una daga. El arma tenía restos de sangre y el capitán Villanueva sospechó que aquel reseco líquido de la vida escondía un nuevo asesinato.

Al día siguiente, uno de los palafreneros se levantó nada más despuntar el alba y se dirigió presuroso hacia las caballerizas. La tarde anterior una yegua se había mostrado especialmente nerviosa y el mozo presumía que podía tratarse del anuncio de un cólico. Por eso el joven acudió con una

prontitud inusual a las caballerizas, iluminadas sólo por las primeras luces del nuevo día que todavía no acababa de nacer, en medio de un silencio sólo interrumpido por el canto de los gallos y el relincho aislado de alguna del más del centenar de magníficas bestias que se alojaban en los lujosos establos.

Al doblar la esquina junto al cementerio de los sirvientes, por la parte sur del muro de la iglesia, vio un cuerpo tendido muy cerca de la puerta trasera del camposanto. Medio tapada por la hojarasca caída de los chopos, una mujer yacía extendida en el suelo. El mozo se echó las manos a la boca y seguidamente se persignó una y otra vez, enloquecido por la visión de la joven cuyo pecho había sido apuñalado mientras sus manos atadas abrazaban una herrumbrosa cruz de hierro.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IV

LA intensa niebla cubría las calles de Bruselas y una fina lluvia convertía en irreal y prácticamente invisible cada uno de sus rincones. El tacto de la empuñadura de su espada le otorgaba una vez más una seguridad que lo convertía en un enemigo ciertamente peligroso. Por eso se aferró a ella bajo la capa, sabedor de que jamás le traicionaría, que estaría ahí dispuesta a convertirse en un apéndice de su cuerpo y zanzar en un instante cualquier peligro. Nunca había sido un gran esgrimista y lo sabía, pero no le importaba porque siempre, en el momento preciso, ante el temor a la muerte, su velocidad le arrojaba a la acción vertiginosamente y, antes de que su enemigo pudiera siquiera afrontar el ataque, se abalanzaba sobre él y terminaba el combate de una sola estocada.

Álvaro de Ovando, embozado hasta los ojos, aprovechó la oscuridad para adentrarse en los callejones de la zona vieja y acudir a la cita a la que misteriosamente le había convocado el propio general Spínola.

Aquellas calles empedradas y señoriales le recordaban vagamente a la lejana Cáceres, con sus palacios y casas adornados por los escudos de los Golfines, los Ojalvo, los Pereros, los Carvajales, los Ovando... Instintivamente se tocó el bolsillo de su chaleco donde guardaba escondida la carta lacrada que le había hecho llegar el escribano del general esa misma mañana y se preguntó si no hubiera sido mejor destruirla.

Pasó ante la catedral, cuyos pináculos renacentistas buscaban los cielos desapareciendo en la niebla como puentes hasta el infinito. Más allá, cruzó dos calles empedradas hasta dar con una escalinata que bajó con sumo

cuidado. Vaciló ante una nueva bifurcación, pero la señal de una madre selva trepando por un muro le valió como indicación inconfundible de su destino. Por fin llegó a las puertas del Palacio de piedra indicado en el mensaje. En su exterior tenía un escudo que no supo distinguir a causa de la niebla, cada vez más espesa. Golpeó cinco veces seguidas la puerta de madera utilizando un picaporte de bronce con forma de sirena. Al pronto no sonó nada. Después se abrió una puerta lateral de la que emergió un hombre con un candil de aceite que le hizo indicaciones para que le siguiese, internándose por un laberinto de pasillos hasta el corazón del grandioso edificio. Llegaron a una enorme biblioteca donde cientos de libros reposaban perfectamente ordenados sobre las estanterías de madera de haya que tapizaban las paredes. No había nadie en la estancia, y el criado le indicó que esperase mientras encendía dos faroles de aceite que iluminaron escuetamente la habitación.

Durante algunos minutos, Álvaro de Ovando esperó paciente con el convencimiento de que el general quería hacerle saber algún secreto y buscaba la discreción más absoluta, aunque no pudo evitar acariciar su espada y la daga que escondía bajo el antebrazo izquierdo y que desenfundaría en segundos si surgía el peligro de entre aquel laberinto de libros. “¿Quién puede tener tiempo para leer todo esto?”, se preguntaba cuando sonó un chasquido a su espalda que le hizo volverse a la vez que desenfundaba su daga. Frente a frente se encontró con el general, elegantemente vestido con camisa bordada con ribetes de oro, chaleco militar cruzado y calzas de seda, quien sonrió al comprobar la velocidad de reflejos del oficial Ovando. Una de las estanterías de libros había girado parcialmente y daba entrada a otra estancia de donde había salido Spínola. Le acompañaban tres hombres, también ataviados con exquisitos ropajes de lino y seda y capas de rico terciopelo azul oscuro rematadas con bordados de oro.

—No temáis oficial, estáis entre amigos y patriotas —dijo el general tranquilizando a Álvaro de Ovando mientras le indicaba los sillones acolchados que se encontraban alrededor de una mesa en el centro de la estancia.

Todos se sentaron sin ningún protocolo, mientras Spínola abría las puertas de uno de los armarios y sacaba una botella de vino de rioja y unos vasos.

—Oficial, —dijo sin preámbulos mientras servía el vino en los vasos a sus invitados— Estos señores son don Manuel Sueyro y don Gabriel de Roy de la Compañía Comercial de Flandes, que tiene su base en Sevilla, y don Enrique Van Der Bergh, mi segundo y hombre de confianza. Señores, tengo el gusto de presentarles a Álvaro de Ovando, un hombre de mi entera confianza que demostró su valor e hizo honor al apellido de su familia bajo mi servicio en Breda.

—¿La Compañía Comercial de Flandes? —preguntó inocentemente Ovando, quien desconocía los entresijos y entidades que había creado la administración real.

—La Compañía —explicó el marqués de los Balbases— fue fundada hace meses en Sevilla por el Almirantazgo con el fin de combatir los intereses comerciales de los holandeses, poder frenar de ese modo la financiación de las tropas enemigas y poner fin a esta maldita guerra. Hace tiempo que hice saber personalmente a don Gaspar de Guzmán, tercer Conde de Olivares y primer Duque de San Lúcar y, como sabéis, ministro del Rey, que en mi opinión jamás ganaríamos esta guerra con las armas si no conseguíamos terminar con el comercio holandés, sitiar sus rutas y hacernos fuertes en su propio terreno, mejorando nuestra flota y garantizando la llegada de refuerzos y víveres a través del Atlántico. Hasta ahora hemos hecho importantes progresos con nuestros corsarios de Dunkerque, quienes siguiendo mis órdenes asaltan tanto a grandes navíos como a los barcos pesqueros. Pero no somos los únicos que pensamos así. De hecho, el señor Gabriel De Roy, aquí presente, quien ha sido designado para realizar en Lübeck una importante misión, ha venido a informarnos de un peligroso comentario que ha llegado a sus oídos...

Spínola dejó la frase entrecortada mirando al recién mentado para que éste prosiguiera, mientras daba un pequeño trago al rioja de su vaso, degustando el cuerpo de un vino que le traía recuerdos de las viñas de su tierra natal.

—En realidad mi información procede de un comerciante de S^t Hertogenbosch a quien detuvimos hace diez días con un cargamento de armas proveniente de Inglaterra con destino al ejército holandés —explicó De Roy con un innegable acento extranjero— Tras hacerlo hablar en el potro, el comerciante nos dijo que un oficial del ejército le prometió que muy pronto iban a pagarle todas las deudas que le tenían pendientes con plata española de las minas del Perú.

—La misma que llega a España en los galeones y que sufraga los gastos de nuestros soldados, lo que supondría que están planeando atentar a gran escala contra nuestra flota y abordarla en sus rutas hacia España para poder hacer frente a sus cuantiosas deudas— intervino Manuel Sueyro mostrando un acento holandés todavía más patente que el de su compañero.

—El comerciante —prosiguió De Roy— tachó de mentiroso al oficial al recordarle la derrota que las naves españolas habían inflingido a la flota holandesa en Bahía, y fue entonces cuando el oficial holandés le dijo que ahora la cosa iba a cambiar, que tendrían junto a ellos como aliados al país que contaba con la armada más poderosa del mundo, y que esta vez no iba a suceder en las tierras de ultramar sino en las mismas tierras de España. No conseguimos sacar al comerciante el lugar donde planean desembarcar ingleses y holandeses, porque probablemente el desdichado tampoco lo supiese. Pero no es difícil imaginar que intentarán entrar por el sur, cerrando así el paso a los galeones que llegan cargados con los tesoros de ultramar y al mismo tiempo atacar las posiciones españolas en los principales puertos del caribe, especialmente La Habana.

—Tras conocer la noticia, enviamos un correo urgente al Conde-Duque para que pusiera en sobre aviso a nuestro Almirantazgo, ya que el desabastecimiento de las tropas y la falta de paga que acusamos en los últimos tiempos podría suponer una catástrofe y deserciones en masa si ocurriese tal como planean nuestros enemigos —dijo entonces Spínola, mientras volvía a llenar las copas de rioja demostrando su grata diligencia como anfitrión— Esta mañana ha llegado un correo de Madrid con una carta de puño y letra del propio Olivares, en la que nos confirma que ha dado órdenes urgentes a don Fernando Girón para que extreme la vigilancia en Cádiz, donde se encuentran ya fondeados y listos para el combate más de

una docena de galeones de la armada de Fabrique de Toledo que han participado en la expedición a Brasil, además de otros navíos de menor tonelaje, e incluso barcasas de pescadores desde donde se llevan a cabo maniobras de vigilancia de la costa. En su misiva también me ha confirmado que, durante los últimos meses, los corsarios holandeses e ingleses han multiplicado sus ataques contra los galeones españoles, hundiendo al menos veinte navíos en lo que va de año y dando muerte a más de quinientos hombres entre marineros y soldados.

—Sabemos que, probablemente, una ofensiva contra las tierras españolas tiene pocas probabilidades de éxito —explicó De Roy, mientras tanto Spínola como Sueyro mostraban su conformidad con sendos golpes de cabeza— Sin embargo, si los holandeses apoyados por los ingleses atenazan nuestras rutas comerciales será francamente difícil mantener nuestras tropas por mucho tiempo, la ofensiva comercial será un fracaso y la guerra estará sentenciada.

—Don Gaspar de Guzmán tiene una excesiva confianza tanto en mí como en el Ejército de Flandes —dijo retomando la palabra el general tras un largo sorbo de vino— pero vuestra merced conoce tanto como yo el ánimo de nuestras tropas y, pese al optimismo del valido del Rey, sin una buena paga que les motive nuestros soldados no seguirán arriesgando la vida en una empresa que día a día se convierte en más peligrosa. Por eso, no es de locos afirmar que la campaña de Flandes se disputará en tres frentes bien diferenciados, el primero aquí, siguiendo nuestra política de asedios y estrangulamiento comercial, el segundo en la costa, donde ya se han tomado medidas especiales para que no nos coja desprevenido un ataque, y el tercero en ultramar, de donde provienen los millones de ducados con los que pagar a nuestras tropas y sostener los ejércitos del Rey.

—La ofensiva contra nuestras colonias es inevitable —sentenció Van Der Berg confirmando la posición del general— tanto como la necesidad imperiosa que tiene el Conde-Duque de controlar la situación y asegurar que los galeones de la Flota de Nueva España lleguen a la península, para garantizar la misión por la que me encuentro aquí y que representa el golpe de mano más importante desde el inicio de la guerra.

Por un momento, ninguno de los presentes habló, como si con una nueva ronda de vino se digiriesen mejor todos los secretos de estado que acababan de verterse sobre la mesa. Álvaro de Ovando no parecía entender qué pintaba él en todo aquello ya que, aunque era indudable la confianza que el general mostraba hacia su persona, poco o nada pesaban sus opiniones sobre los temas tratados en cuestión, pero se dio cuenta de que era él, y no otro, el protagonista de todo aquel coloquio en el que el resto de personajes, que previamente habían hablado entre sí, no hacían sino instruirlo antes de hacerle saber el papel que le estaba predestinado en aquella comedia.

—El Conde-Duque me ha confesado en su misiva que necesita la ayuda de mandos experimentados en la batalla para hacer frente a los ataques que se suceden en los puertos de ultramar, especialmente en La Habana, donde se concentran todos los galeones cargados con plata antes de partir con destino a España. Desconfía de nuestros mandos y no sin razón —dijo Spínola dirigiéndose sin titubeos a Álvaro de Ovando— Por eso se justifica vuestra presencia con nosotros hoy. Quiero ascenderos al grado de capitán y recomendaros a don Gaspar de Guzmán para que os ponga al frente del destacamento que defiende La Habana, con el fin de detener el ataque de nuestros enemigos contra la ciudad y garantizar la seguridad de nuestros galeones. Sé que sois un oficial leal, valiente, inteligente y suficientemente experimentado pese a vuestra juventud. Un oficial al que sus tropas seguirán sin titubeos porque es la viva imagen de la victoria, y vuestra merced tanto como yo sabe que en el momento de la batalla no cuenta sólo la soldada sino, y sobre todo, la confianza de los Tercios en sus mandos.

—Vuestra excelencia me honra mucho más de lo que merezco —contestó honestamente Álvaro de Ovando en respuesta al general— y, como soldado, no dudaré en combatir a los enemigos del cristianismo allá donde sea necesaria mi presencia. No obstante es un hecho cierto que jamás estuve en ultramar, desconozco las defensas de las ciudades portuarias e incluso jamás realicé travesía alguna en barco, con lo cual de poco puede servir mi experiencia en batallas terrestres cuando de lo que se trata es de la defensa de ciudades costeras. Además, los soldados del Nuevo Mundo no me conocen y las tropas que defienden nuestras posesiones son en gran medida

reclutados forzosos procedentes de nuestras prisiones cuando no desertores extranjeros de otros ejércitos o levados a la fuerza en nuestras tierras.

—Espero no estar recibiendo una excusa en vuestras palabras —dijo Spínola, endureciendo su tono de voz ante una respuesta que no era de su agrado del que era uno de sus mejores oficiales y hombre de absoluta confianza— De hecho, ¿qué puede saber más que vuestra merced un oficial de La Corte que jamás vio frente a sí al enemigo por mucho que haya vivido frente a la costa?. De cualquier manera os estoy pidiendo que organicéis la defensa terrestre de La Habana contra los ataques de corsarios y filibusteros, no que dirijáis una flota en plena batalla naval y, al mismo tiempo, que hagáis gala de vuestros dotes de conocedor de la naturaleza humana que esta a vuestro servicio y vuestra indiscutible talla de estratega, que tanto han servido en nuestras campañas, aplicándolos contra nuestros mismos enemigos pero en otros escenarios. Por mi parte, tengo decidida vuestra proposición al Conde de Olivares y me gustaría que la aceptaseis de buen grado, no defraudando mi confianza. De vuestra decisión depende no sólo mantener el orden en nuestras colonias, sino ganar la guerra a los holandeses en su terreno: el mar, y garantizar que seremos capaces de dar su soldada a nuestras tropas y de mantener un ejército suficiente para darnos la victoria. Por encima de nuestros intereses y gustos personales está nuestra nación.

Álvaro de Ovando sabía que toda negación hubiera provocado la inmediata pérdida de confianza de su superior y quizá un suicidio en su meteórica carrera militar, por eso contestó levantando la copa y brindando por el triunfo de las tropas en Flandes y Nueva España.

Como respuesta a su gesto, Sueyro sacó de una cartera de piel de ternero varios documentos que puso sobre la mesa.

—Ahí tenéis toda la información que hemos podido conseguir de la fuerza naval de los holandeses. Las posiciones de sus navíos indican que, efectivamente, un nutrido número de galeones y naves de guerra que actualmente controlan al Atlántico están fondeando en puertos ingleses con un fin desconocido que bien pudiera ser un desembarco en la península. Pero sobre todo es importante esto —dijo abriendo un mapa cartográfico de Nueva España— al menos treinta y cinco naves al mando del almirante

holandés Piet Heyn se han concentrado en Barbados al amparo de la impunidad de las tierras de los filibusteros. Es demasiada casualidad que, después de todo lo que sabemos sobre las intenciones del mando holandés, no vaya a tener lugar a un asalto en toda regla sobre las posiciones españolas en el caribe. Si vuestra merced estuviese al mando de toda esa fuerza, ¿cuál sería el objetivo sobre el que centraríais vuestra mirada?.

La pregunta era en sí una respuesta, y Sueyro hizo un significativo gesto indicando la bahía de La Habana, que tanto Spínola como De Roy acompañaron con un gesto de complicidad.

—Tenemos los indicios, las pruebas de los movimientos de la poderosa fuerza naval de nuestros enemigos y un oficial valiente y dispuesto a plantar cara al asalto. Sobran palabras y falta premura, ya que el viaje es largo y los preparativos para la defensa de La Habana no permiten ni un minuto de tardanza. La sorpresa será nuestro principal aliado y el tiempo nuestro enemigo. Si el almirante holandés recibe la orden de asalto antes de que estemos preparados para repelerlo, todos nuestros esfuerzos habrán sido en vano —dijo el general Spínola a Álvaro de Ovando, entregándole varios documentos que sacó del interior de su lujosa casaca— Tengo preparadas las órdenes de vuestro traslado y vuestro ascenso a capitán, así como un pequeño destacamento que os servirá de guardia personal por Lorena y Saboya hasta el mediterráneo. Desde allí viajareis en barco al condado de Barcelona y vía Madrid hasta Cádiz, donde un galeón de don Fabrique os llevará a La Habana. Vuestra misión es absolutamente secreta, ya que la jugada consiste en que el enemigo jamás sepa que intuimos sus intenciones. Partiréis mañana al despuntar el alba, por lo que apenas queda tiempo para que hagáis vuestro equipaje y descanséis un poco. Si tenéis alguna pregunta este es el momento, capitán.

—Agradezco una vez más la confianza que depositáis en mí, general. Acataré como siempre mi destino de soldado, pero me pregunto qué pasará si en el transcurso de mi viaje es atacada La Habana.

—Entonces, capitán —dijo el general dando cierto tinte dramático a sus palabras— no habremos podido evitar uno de los mayores desastres de nuestra historia militar. Difícilmente La Habana está preparada en la actualidad para repeler un ataque corsario de semejantes dimensiones y, si

perdemos la bahía de La Habana, nuestros galeones cargados con la plata para sostener nuestros ejércitos serán fácil pasto para los carroñeros del mar y todo se habrá perdido. No obstante, habéis de saber que el almirante Benavides se encuentra en la zona con más de cuarenta naves para garantizar el regreso de la flota de Nueva España pero, si nuestros cálculos son ciertos, nuestra fuerza naval no sería capaz de soportar acciones conjuntas en varios frentes.

Cuando volvió a salir a las calles de Bruselas, el joven capitán Álvaro de Ovando no logró evitar cierto estremecimiento, no sólo por la ineludible responsabilidad que el general Spínola había depositado sobre sus espaldas, sino porque había demasiadas piezas sueltas que no le acababan de encajar. Sabía que en aquella misión además del abastecimiento de los ejércitos de Flandes se jugaba más que nunca su propia vida.

Nada más llegar a la casona del acuartelamiento militar y lejos de ponerse a organizar su equipaje, el recientemente nombrado capitán llamó a Lope de Carvajal, a quien intentó resumir aceleradamente la misteriosa reunión.

—No entiendo cuál es la trascendental y misteriosa misión a que se refirió De Roy, —se preguntó en alto para hacer partícipe de sus sospechas a su amigo y hombre de confianza— ni por qué me pidieron opinión sobre mi nuevo destino— Hubiera bastado con que el general se hubiera entrevistado conmigo y me hubiera ordenado el traslado sin más, no era necesario todo aquello y, mucho menos, la intervención de dos hombres que no tienen ningún rango sobre mí.

—Nosotros somos soldados al fin y al cabo y acabáis de conocer la otra cara de las guerras y la política—le contestó Carvajal, aunque a ciencia cierta la pregunta no le hubiese sido formulada.— Lejos del honor derrochado en las batallas también se hace la guerra, frente a los mapas y averiguando, de una y mil maneras, los movimientos del enemigo y su capacidad ofensiva.

Tranquilizado por la sincera reflexión de Lope de Carvajal, el capitán Álvaro de Ovando comenzó a abrir los arcones que trasladarían sus escasos bienes y a introducir cuidadosamente sus pertenencias.

—Sigo sin entenderlo —continuó— porque hay otros oficiales también experimentados y siempre sería más lógico que defendiese la Plaza de La

Habana un conocedor del Caribe, de sus gentes, y alguien acostumbrado al clima y las enfermedades de aquellas tierras y no un oficial castellano que no ha hecho sino luchar en Flandes soportando el fuego del enemigo y los fríos inviernos del norte. Además, están las tropas del Nuevo Mundo. Ya le dije al comandante que no será nada fácil hacerse con el mando de un ejército de buscadores de fortuna, penados y mercenarios. Mis posibilidades como capitán son muy limitadas, diga el general Spínola lo que quiera, pese a la confianza que ha depositado en mí.

—Convenceos, capitán —dijo Carvajal, haciendo especial énfasis, orgulloso al dar el nuevo título a Ovando— de que hay pocos hombres en nuestras tropas con vuestras características, valor y fidelidad al Rey y la causa del cristianismo. Si por la soldada fuera, que llega mal y tarde, ya habríais regresado a vuestras tierras, o estaríais planeando un viaje a Nueva España para buscar la fortuna, como tantos de vuestros vecinos. Por eso vuestra merced es el elegido. Además, cuenta con el apoyo y confianza casi absoluta del general Spínola y, como bien sabéis, Spínola cuenta con el favor del Conde-Duque. Hay demasiados enemigos, como el Duque de Lerma, que estarían gustosos de zancadillear al Ministro de la Guerra para ocupar su puesto como antaño junto a Felipe III, y si se perdiera La Habana tened bien presente que el primero en caer sería don Gaspar de Guzmán.

—Pero si la política se hace en Palacio, ¿no sería más fácil atentar directamente contra el comandante Spínola o contra el Conde-Duque? —preguntó de pronto Ovando como si fuese el producto de largas deliberaciones internas— Si yo fuera uno de esos enemigos del privado no perdería el tiempo e intentaría acabar con la vida de don Ambrosio o, si esto no fuera posible, haría que el Rey perdiera su confianza y le destituyera.

El oficial López de Carvajal sonrió y susurró con cierta precaución.

—No debe ser fácil, pero ¿cómo sabe vuestra merced que no lo están haciendo ya?.

CAPÍTULO V

AL amanecer, un sirviente lo encontró tendido sobre el enlosado del Salón de Audiencias y corrió a llamar a los doctores con el temor de que fuera una nueva víctima de la maldición que se cernía sobre Palacio. Lo llevaron a sus aposentos y allí permaneció varias horas, sumido en un profundo sueño. Todos creían que una maldición desconocida le había llenado el pequeño cuerpo y que pronto dejaría de respirar. Ninguno podía imaginar que sólo era víctima de una tremenda impresión que estuvo al borde de provocarle un ataque cardíaco. El día siguiente lo descubrió sonriente y, a cuantos le preguntaron qué hacía en las estancias reales donde fue hallado les respondió que no sabía cómo podía haber llegado hasta allí, dando todos por hecho que sin duda el travieso bufón jugaba al escondite y se había dado un mal golpe en una de sus travesuras.

No pasaron ni tres días hasta que de nuevo Calabacillas deambulaba por Palacio como si nada hubiera pasado. No obstante, los extraños sucesos acontecidos en los últimos tiempos habían provocado que el Rey prácticamente no quisiese contar con su presencia ni tuviera tiempo ni condición para chanzas y burlas de bufones, por eso Juan Martín Calabazas se encontraba esa tarde ocioso, observando a las arañas y dedicado a fantasear con sus recuerdos de los días felices en Coria y su llegada a La Corte. Una historia que le gustaba rememorar porque marcó una etapa decisiva en su existencia y le llevó donde jamás su pobre padre hubiera podido imaginar.

En aquellos lejanos días —recordó—, había recibido junto a los hijos y sobrinos del Duque instrucción personal de eminentes escribanos y doctores caurienses que habían conseguido, gracias a la tenacidad y al afán de superación del enano, enseñarle a leer y a escribir, además de conocimientos sobre literatura, lenguas clásicas, aritmética, geometría, astrología e incluso física, aunque de todas las capacidades intelectuales era sin duda su portentosa memoria lo que más maravillaba a cuantos le conocían.

Una lluviosa mañana, la llegada de un correo trajo como nuevas que el Rey mandaba llamar al Duque de Alba para hacerle el honor de nombrarle “Mayordomo Mayor”, sucediendo en el cargo al Duque del Infantado, al haber concluido recientemente su mandato como Virrey de Nápoles. Era un cargo que se le había prometido hacía tiempo y que resultaba un reconocimiento apropiado para el representante de una de las casas más poderosas y leales de Castilla. Por eso —recordaba el enano—, dos días mas tarde se pusieron en camino hacia Madrid, integrando un séquito de cuarenta hombres entre soldados y sirvientes, precedidos por dos imponentes soldados a caballo que portaban orgullosos los blasones del poderoso Ducado de Alba.

Fue un camino largo, en interminables días de lluvia que les llevaron en una semana por la ciudad de Plasencia hasta Toledo, pasando por Jarandilla y Oropesa. Tierras de encinas y alcornoques saludaron sus pasos, jalonadas en sus valles por ríos de limpias aguas donde los alisos, los fresnos y los sauces formaban boscajes inescrutables. Al anochecer solían parar en alguna fonda del camino o forzaban la marcha para poder pasar las horas de sueño en algún palacio, donde una vez reconocidas las banderas eran siempre bien recibidos. Pero a veces la oscuridad les sorprendía en camino, y fueron esos los momentos que más impresionaron a Calabacillas, porque el silencio nocturno era roto a pedazos cada cierto tiempo por el lejano aullido del lobo y, entonces, recordaba las tierras de su infancia y el miedo de sus padres cuando en el invierno sentían como las bestias intentaban abrir las puertas de madera de su chabola, atraídas por el olor de las cabras, junto a las que dormía la familia todas las noches para salvaguardar la única riqueza que poseían.

Ya en Castilla desaparecieron los bosques y las tierras se abrieron en grandes llanos donde los campesinos se afanaban por sembrar trigo y centeno, y solían salir al camino a saludar a la comitiva ofreciéndoles pan e higos secos, pidiendo a cambio algunos maravedíes. Eran gente humilde y esforzada, apenas vestida con toscos harapos y a menudo malolientes, pero de buen corazón, que recordaban a Juan Martín Calabazas a los campesinos de Coria, nacidos para el trabajo y el sacrificio, pero siempre alegres y esperanzados ante la tranquilizadora visión de sus señores.

Y al séptimo día llegaron a Toledo. La visión de aquella impresionante ciudad eclipsó cualquier recuerdo de grandeza del resto de villas conocidas por el enano. No en vano, le explicó el Duque, Toledo había sido capital de todos los reinos hasta 1561, cuando Felipe II decidió convertir a Madrid en el centro político del país. Los vestigios de grandeza eran evidentes en la majestuosidad de su muralla, sus calles, sus blasones anunciando en sus palacios la grandeza de sus moradores. Calabacillas descubrió a lo lejos un grandioso edificio de singular estructura que el Duque le desveló que era Prisión de Estado para enemigos del Rey y que debía su majestuosidad a que anteriormente había sido residencia real de Carlos V.

—No temáis, —le dijo divertido— para entrar en esa prisión hay que tener rancio abolengo, por lo que alojaros allí queda fuera de vuestras posibilidades.

El enano rió de buena gana la gracia de su señor y pensó que incluso para ir a la cárcel existían desigualdades en España.

Agradeciendo el interés del enano por los monumentos el Duque no tuvo reparos en contarle la historia de cada uno de ellos, que conocía con bastante precisión merced a visitas realizadas con anterioridad a parientes no lejanos de la alta alcurnia castellana. Por fin la comitiva paró su marcha ante la catedral de San Juan de los Reyes, donde les esperaba en persona el Arzobispo de Toledo.

-Fue levantada por el arquitecto Juan Guas por orden de los Reyes Católicos en acción de gracias por la victoria en la batalla de Toro —explicó el Duque a Calabacillas— y aunque la reina tuvo el deseo de que la obra sirviera como panteón real, al final fue entregada para dar morada a los hermanos franciscanos. ¿Veis esas cadenas? —le dijo mientras indicaba con

el dedo al crucero del ábside— Fueron mandadas colgar por la reina Isabel en recuerdo por la reconquista de territorios del sur por su marido y la liberación de los cientos de cristianos cautivos que tenían en sus mazmorras los infieles.

No hubo más momento para explicaciones. Varios dominicos esperaban al pie de la carroza que descendiera el Duque de Alba para llevarle ante el Arzobispo. Calabacillas les siguió cuando penetraron en el templo, quedándose retrasado extasiado ante la exquisita distribución de la luz de la iglesia, por la luminosidad que la especial disposición de las vidrieras conferían al altar.

A la tarde y tras el encuentro con el Arzobispo la comitiva del Duque se dirigió al palacio de don Diego de Silva y Mendoza, segundo hijo varón de la Princesa de Éboli, descendiente del Gran Cardenal Mendoza.

—Tengo especial aprecio por don Diego —le había confesado el Duque de Alba mientras volvía a subirse a la carroza, sin referirse ni un momento a la larga entrevista que había mantenido con el Arzobispo— Nos quedaremos a dormir en su casa, donde gentilmente he pernoctado en más de una ocasión durante mi estancia en Toledo. Ya veréis, es una persona muy interesante y un político influyente, aunque a decir verdad ahora está en horas bajas, alejado de la Corte y dedicado a la poesía, lo cual dice mucho a su favor.

No erraba en sus escuetos apuntes biográficos el Gran Duque —recordaba con cierto regusto Calabacillas— don Diego de Silva y Mendoza fue nombrado por Felipe II Capitán General de la Frontera de Zamora en 1580, Capitán General de las Costas de Andalucía en 1588 y más tarde Veedor de Hacienda en el Reino de Portugal, a cuya administración se dedicó hasta 1622, merced a la procedencia lusa de su padre, Ruy Gómez de Silva. Estuvo diez años a la cabeza del Consejo de Portugal y llegó a ser el último Virrey en Lisboa en 1615, representando al Rey Felipe IV y siendo jefe de sus ejércitos en Portugal ante la nueva guerra con los holandeses, aunque fue relevado en su cargo finalmente por el Conde-Duque de Olivares y dejó Portugal en 1622 pese a seguir formando parte de su Consejo de Estado.

En el Palacio del heredero del Cardenal Mendoza pernoctaron y fueron obsequiados además de con una velada literaria a partir de la lectura de los sonetos de don Diego, con una espléndida cena en la que no faltaron perdices en salsa, capones sabiamente especiados y castañas con leche y miel que hicieron el deleite de todos los miembros de la comitiva —pese a que se rumoreaba que las precarias finanzas de don Diego eran la razón que le había llevado a abandonar la Corte.

Al amanecer del día siguiente partieron hacia Madrid, dejando atrás las magníficas murallas que cercaban aquella ciudad a orillas del Tajo y que Calabacillas no dejó de admirar hasta que se perdió en el horizonte.

En apenas una jornada llegaron a su destino final. Jamás olvidaría el enano Juan Martín Calabazas su llegada a Madrid. Pasando el río Manzanares la capital del imperio se abría fastuosa y ofrecía a los viajeros la impresionante visión de sus palacios y amplias calles llenas de vida. Pese a que lloviznaba la vida fluía con fuerza y las calles eran un hervidero de gentes, deambulando, buscando fortuna, mostrando blasones en jubones ricamente bordados o haciéndose notar paseando en sus elegantes carrozas. También había pordioseros y sobre todo soldados, contratados por sus propios capitanes para unirse a los ejércitos de su majestad en su lucha contra los protestantes holandeses.

En la calle que daba acceso a Palacio se celebraba mercado y había multitud de puestos donde los comerciantes, los conversos y los charlatanes ofrecían todo tipo de telas, ungüentos y amuletos para vestir el cuerpo y el alma, alejar demonios, atraer al amado o la amada y llevar mensajes a los muertos. La muchedumbre que llenaba la calle tenía una variopinta procedencia y entremezclaba a damas y jóvenes doncellas con soldados de fortuna, espadachines de tupido mostacho y sombrero de ala ancha, mesoneros ambulantes ofreciendo desde sus carretas vinos de las cepas manchegas, putas agraciadas ofreciendo sus servicios a los soldados y a un sin fin de personajes que formaban un cuadro de gran colorido y vistosidad hasta la misma entrada al amurallado recinto al que sólo unos pocos elegidos tenían acceso.

En la puerta un destacamento de la “Guardia Amarilla”, ricamente ataviado, les dio el alto y paró el paso a la comitiva más para darles la

bienvenida que para comprobar su identidad, porque los blasones de la Casa de Alba dejaban bien claro la nobleza e indiscutible linaje de su pertenencia. Un nutrido grupo de sirvientes, secretarios y mozos de cuadra acudieron para dirigir a los recién llegados hasta sus respectivos lugares de estancia con el fin de que pudieran descansar del viaje y tomar un tiempo para el aseo y el acomodo. Calabacillas, junto al Duque y una docena de sirvientes fue llevado hasta el ala norte de Palacio, por un laberinto de pasillos ricamente adornados con grandiosos espejos y enormes cuadros sobre motivos religiosos y guerreros de los principales maestros genoveses, venecianos, sevillanos y flamencos. Allí se separaron, el duque de Alba fue acompañado hasta las estancias de los invitados de la nobleza y todos los demás miembros de su séquito hasta el último piso, destinado a los sirvientes de los señores, donde compartieron una estancia amplia y apenas amueblada con lo imprescindible para sentirse cómodos. Después les enseñaron las partes de Palacio por las que les estaba permitido moverse. El propio confesor del Rey fray Antonio de Sotomayor les mostró la iglesia de Nuestra Señora de las Claras que, pese a no tener el tamaño de las grandes iglesias de la época, sí contaba con la magnificencia de los templos góticos, elevándose majestuosa hacia los cielos en columnas sin capiteles que parecían no tener final y permitiendo la entrada de luz a raudales por sus enormes vidrieras de vistosos colores. El altar mayor, presidido por un enorme crucifijo, estaba siendo reformado y presentaba un aspecto de dolorosa desnudez en sus cuerpos superiores.

—Va a ser decorado con dos pinturas sobre el Nuevo Testamento de don Diego Velázquez —explico el sacerdote, lo cual no era una novedad, dado que desde su regreso de Italia el Rey no había hecho mas que encargos al artista para que decorase el Palacio con enormes óleos que parecían dar vida a sus muros.

Al terminar, con una amabilidad impropia del clero de la nobleza, el propio confesor del rey se ofreció para tomarles confesión con el fin de que purificasen su alma antes de la comida. Como el resto de sirvientes, Calabacillas no pudo por menos que aceptar la invitación, y uno a uno cumplieron el sacramento, mientras el resto esperaba rezando en los bancos de madera lujosamente tallados.

Apenas una hora mas tarde un sirviente pulcramente uniformado se presentó en las estancias superiores buscando a Calabacillas. Sin dar explicaciones lo llevo hasta las habitaciones del Duque y con sumo tacto llamó dos veces a la puerta antes de recibir la aprobación para entrar. Al abrirse la puerta apareció su señor con un traje sumamente elegante que a ojos de Calabacillas mostraba todo el porte de un grande de España. El Duque le informó que el propio Rey deseaba encontrarse con él cuanto antes, y deseaba que el bufón le acompañase. Por ello siguieron sin demora al sirviente por un laberinto de pasillos hasta las dependencias reales, custodiadas por alabarderos con uniforme de gala de la “Guardia Amarilla”. Por fin llegaron ante el despacho real. Otros dos alabarderos guardaban el acceso. El criado se identificó y las puertas se abrieron para dar paso a su interior, donde el infante don Fernando, hermano de Felipe IV esperaba impaciente la llegada de sus ilustres invitados.

La lujosa estancia había sido amueblada de nuevo, observó el Duque y, sin embargo, mantenía la decoración suntuosa con muebles en maderas nobles y gruesos cortinajes burdeos que tanto habían gustado al abuelo del joven monarca. El mismo infante, adelantándose a su secretario, se levantó a recibirles y estrechó calurosamente la mano del Duque, sin permitirle siquiera la inclinación respetuosa que marcaban las tácitas aunque de todos conocidas reglas de la Corte. En aquel momento descubrió a Calabacillas y entre divertido y extrañado posó su mirada en el bufón medio bizco que se ocultaba tembloroso tras el corpachón de su señor.

—Pues sí que es tímido el enano, nadie lo diría por los comentarios que circulan, muy al contrario, dicen que es todo un portento en la sátira y su lengua es más afilada que un florete. También dicen que es capaz de recordar pasajes enteros de los libros que lee...

—Pero enano al fin y al cabo —dijo el secretario rompiendo el silencio con el fin más de agradar al infante que de vilipendiar al hombrecillo.

—Sólo los idiotas miden a los hombres por su peso o su altura y no por su inteligencia, pese a que es bien sabido que “suele Dios ayudar al buen deseo del simple como desfavorecer al malo del discreto” —dijo Calabacillas rememorando la cita del Quijote, mientras sonreía y se inclinaba respetuosamente frente al infante, haciéndole un mutis al

secretario, que sintió como la sangre le bombeaba las sienes en un acceso de indignación ante la humillación recibida.

—Sin duda que efectivamente la naturaleza no forjó vuestra inteligencia acorde con vuestro tamaño. Dicen que, además, sois culto y conocéis el Quijote de don Miguel de Cervantes. ¿Es eso cierto, apreciáis de veras el valor de las letras? —dijo complacido don Fernando haciendo gala de no haber reconocido la fuente de la cita con la que Calabacillas le había obsequiado.

—El don de la escritura y el arte son legados de Dios y merecen nuestra consideración y respeto. Cuando se conjugan y conforman obras maestras merecen además admiración en la humildad de nuestras limitaciones —fue la pronta respuesta del enano, que satisfizo de forma evidente al infante.

—Parece que en verdad admiráis las peripecias de un loco en un mundo de cuerdos donde, no obstante, la fuerza de las armas es más importante que la de las letras —dijo don Fernando, visiblemente interesado en la profundidad de conocimiento sobre el Quijote que parecía tener el enano.

—La fuerza da el poder por un tiempo, pero el arte confiere la inmortalidad para siempre. El acero de las armas se oxida, pero las letras son eternas y llegan a la profundidad del ser humano, más allá de los músculos y huesos que puede hendir el arma —contestó Calabacillas.

—Impresionante, realmente impresionante —murmuró el infante ante las contundentes palabras de aquel ser cuya apariencia distaba mucho del conocimiento literario que le estaba demostrando sobradamente.

De pronto la puerta lateral de la estancia se abrió, estaba disimulada entre dos enormes cuadros, de ella salió un hombre elegantemente vestido de negro. Tenía nariz generosa, cabellos rubios, amplios bigotes, una perilla muy rala y ojos mustios que delataban su parentesco con el infante. Éste le saludó con una tímida reverencia, al igual que su señor el Duque, Calabacillas les imitó, sin duda se trataba del Rey en persona.

—Ya veo que ha traído vuestra merced a vuestro renombrado enano —dijo Felipe IV dirigiéndose al Duque con una afable sonrisa y después posando sus ojos sobre el hombrecillo— Dicen que pese a vuestro pequeño tamaño sois buen conocedor de las artes y las letras, además de la filosofía y del arte de conversar.

—Acaba de demostrármelo hace un instante —refrendó don Fernando.

—Majestad, la fama es una brisa pasajera que unas veces lleva el barco a buen puerto y otras sin embargo le hace chocar contra las piedras —contestó Calabacillas haciendo de nuevo una respetuosa reverencia— Las artes son un legado de Dios que aleja al hombre del primitivismo animal para acercarnos tenuemente a la esencia del Creador.

—Ya que sabéis tanto de la naturaleza del hombre —dijo el monarca interesado por la verborrea del enano— decidme, ¿cuál es a vuestro entender la mayor virtud que debe tener un buen siervo para un rey?.

—La lealtad. Muy pocos la tienen por encima de sus vidas, y esos pocos son vuestra mejor garantía —contestó el enano.

—El gobierno del estado viene dado por Dios y obliga a los súbditos a otorgar lealtad a su rey, sin embargo es difícil mantener tan escogida virtud ya que el enemigo acecha en cualquier lugar, ¿o los enanos conocen el secreto que garantice la lealtad eterna de los hombres? —preguntó Felipe IV maliciosamente.

—No llega a tanto mi sabiduría —contestó Calabacillas— pero recuerdo que don Quijote aconsejó a Sancho que tomara con discreción el pulso a lo que pudiera valer en su oficio de gobernante de la ínsula y, si debía dar librea a sus criados, debiera dársela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, e incluso repartirla entre sus criados y los pobres, y así tendría pajes para el cielo y para el suelo.

—En verdad que además de ingenioso y culto sois prudente, virtudes a las que estamos poco acostumbrados —sonrió de nuevo Felipe IV, invitándoles a entrar en un lujoso comedor adyacente donde una impresionante mesa de cerezo presidía la estancia, adornada por dos grandes candelabros de oro. Sobre las paredes había algunos cuadros de Tiziano y de los maestros de la escuela de Sevilla y los grandes ventanales estaban custodiados por cortinajes de terciopelo.

—Me pregunto si no sería mejor poner al frente de nuestra flota a un medio-hombre como vuestra merced, que duplica el valor y la lealtad a su tamaño, y no a almirantes mediocres que nos llevan a la ruina con su falta de arrojo —dijo el Rey con voz solemne mostrando en un momento de debilidad sus preocupaciones más ocultas. En su mente estaban muy

presente las recientes derrotas de Hertogenbosch, y sobre todo la de la bahía de Matanzas, en la que el almirante Benavides, frente a una flota inferior en número al mando del almirante holandés Piet Heyn, se había dejado arrebatar la plata que transportaba la Flota de Indias dejando en una grave situación financiera a la Corona, lo que había obligado al rey a confiscar un millón de ducados pertenecientes a particulares de los galeones llegados de La Habana a Sanlúcar ante el nerviosismo de los mercaderes sevillanos que traficaban con las Indias por no cobrar los abultados préstamos reales. Además, con los beneficios obtenidos por Piet Heyn, los holandeses habían sufragado los gastos de una gigantesca armada de 61 buques y 7300 hombres con la que se apoderaron de Pernambuco en 1630.

—Yo no sé de barcos, mi señor, —dijo Calabacillas sonriendo con la simpática vitalidad que le era característica— pero el valor y la lealtad no precisan el tamaño de un hombre, sino el de sus hechos.

—Quiero que os incorporaseis a mis órdenes —dijo entonces el infante don Fernando sabedor de que era un honor inesperado para el enano que no podría en modo alguno desdeñar, mientras su señor el Duque apoyaba aquel ofrecimiento con una sonrisa— Creo que seríais un sorbo de agua fresca en un mundo donde sólo el ingenio de los artistas consiguen hacernos más soportable los ineludibles asuntos de estado.

Un par de palmadas de las manos reales y penetró en la estancia un ejército de criados, mostrándose eficientes y serviciales, y portando bandejas con perdices, capones, palomas y faisanes finamente cocinados, jabalí en adobo, y cordero asado con hierbas aromáticas. Acompañaron el festín con vinos castellanos de mucho cuerpo y fuerte aroma, que hicieron las delicias de los comensales.

No lograba recordar hasta cuando comieron aquel día, tal vez porque los nervios le impidieron grabarlo todo en su privilegiada memoria, pero sí podía rememorar que estaban en los postres cuando unos pies apresurados llegaron hasta la puerta de la estancia y unos nudillos fuertes golpearon las nobles maderas. El capitán Villanueva apareció por primera vez ante su vista, con el rostro desencajado y pidió quedarse a solas con el monarca. Los dejaron durante unos minutos, pero en aquella ocasión Calabacillas tuvo la precaución de no cerrar del todo la puerta de la estancia y, mientras

el Duque miraba por los amplios ventanales el patio central del suntuoso palacio, el enano ponía todo su empeño y su oreja en la ranura para poder escuchar de forma entrecortada las frases con las que el sofocado Jefe de la “Guardia Amarilla” explicaba al Rey la nueva tragedia.

—Tenéis que extremar la precaución, anda suelto y puede ser cualquiera, es la tercera muerte en un mes y creo que sea quien sea se mueve con demasiada facilidad por Palacio como para no ser alguien que lleve en él mucho tiempo y conozca tanto las estancias como las personas y sus costumbres —dijo Villanueva.

—¿Quién ha sido esta vez? —la voz de Felipe IV sonó entrecortada.

—Teresa de Toscana, la menor de las cortesanas, respondió el soldado.

—¿Dónde ha sucedido? —preguntó el monarca— ¿Dónde?.

—Cerca de la Casa de las Muñecas —contestó el aludido, sin sospechar que en ese mismo instante el enano Calabacillas había cerrado de nuevo la puerta y se apresuraba a unirse con el Duque para informarle de todo cuanto había escuchado.

Extasiado por las noticias que acababa de oír el Duque apenas consiguió evitar un rictus de curiosidad al ver salir al Rey de su despacho. Sin dilación, el monarca le hizo una señal para que le siguiese. Juntos se dirigieron hacia el pasillo, tomando las escaleras de mármol que les llevaron a la planta inferior y luego se encaminaron directamente a la entrada para llegar hasta la plaza. Desde allí avanzaron hacia la llamada línea divisoria de los Patios del Rey y la Reina, que partía en dos el edificio, donde se ubicaban los pabellones de los criados y con su inequívoco color azul oscuro, la torre conocida como “Casa de las Muñecas”. Era llamada así porque albergaba a las sirvientas que se ocupaban del príncipe Baltasar Carlos, en realidad las elegidas del Rey —eso, recordaba Calabacillas, no lo supo hasta mucho más tarde— aquellas que eran llevadas en determinadas noches al dormitorio real por túneles secretos o que recibían al propio Felipe IV en sus aposentos, dando rienda a sus frenéticos arrebatos de amante que nunca pasaban de la media hora de placer. Aunque la ley del silencio prevalecía en La Corte alrededor de la reina, doña Isabel de Borbón, con quien Felipe IV había casado en 1615, era de sobra conocida la

afición del monarca por satisfacer sus fantasías sexuales con jóvenes y hermosas doncellas.

El monarca se paró ante la puerta de acceso al lugar, precedido por su “Guardia Amarilla”, y esperó la llegada presurosa del Duque, antes de hacer un gesto para que cuatro de los doce soldados permanecieran en la puerta y el resto les abriese camino hasta las estancias superiores. Allí se encontraba su diligente secretario y ante él, tapada por una gasa de seda blanca, estaba la última víctima del asesino de mujeres. A los pies de la cama, tapizada por un hermoso dosel de lino sobre columnas de madera de roble, lloraban cuatro mujeres con el rostro desencajado por el miedo y el dolor.

El Rey apartó con delicadeza la tela del rostro femenino y la cara dulce de la joven Teresa de Toscana emergió pálida y marmórea, todavía realmente hermosa, como si más que morir hubiera penetrado en un sueño.

Calabacillas recordaba aquella escena con especial nitidez, como si volviese a estar presente cuando vio aquellos rasgos cincelados con genial precisión por un angelical artista y, colocándose hábilmente en primera línea, había aprovechado para observar cómo la víctima, completamente desnuda, presentaba una puñalada a la altura del abdomen y otra en el costado izquierdo. «Sin duda —pensó en aquel entonces y rememoraba ahora— le habían retirado las ropas ensangrentadas y estaban a punto de vestirla de nuevo y prepararla para las exequias, pero el suceso no había ocurrido allí, de eso no le cabía la menor duda, porque la sala no presentaba ningún vestigio de la tragedia. El rostro no tenía signos de violencia y la expresión final no dejaba entrever ningún tipo de reacción, como si la víctima conociera a su asesino y no hubiera sentido miedo ante la llegada de la muerte».

El capitán Villanueva se acercó al Rey. Le mostró un puñal y un anillo que habían sido encontrados entre los objetos personales de la víctima — Calabacillas recordaba aquella escena como si acabara de ocurrir— Llevaban un escudo de armas inconfundible.

CAPÍTULO VI

UNO de los cañones de largo alcance de la Fortaleza de “El Morro” hizo fuego y detuvo en seco el avance de la primera de las quince naves de guerra de los corsarios que, bajo bandera holandesa, se dirigían a todo trapo hacia la bahía de La Habana.

El almirante Joseph Leyden hizo señas a la tripulación para que recogiesen el velamen y mantuvieran inmovilizado su galeón. Tenía absoluta confianza en aquel barco, perla de la flota holandesa, en el que habían suprimido los refuerzos verticales del casco, para no ralentizar la marcha del navío. La proa llevaba encima del punto de flotación de la roda un gran castillo cuadrado, y habían colocado “portas” sobre los cañones, a modo de ventanas, situadas en los costados y en la popa, que modificaban el aspecto de la “amurada” y permitían esconder las piezas de artillería en los “entrepuentes” al retroceder las piezas que los sostenían. El afamado capitán esbozó la sonrisa de un jugador aventajado mientras oteaba en la distancia el potencial de fuego de la fortaleza, sabedor de que al menos cinco grandes galeones cargados con metales preciosos estaban fondeados en la ciudad. En un principio, su idea era atacar por sorpresa y apoyar la llegada de tropas terrestres para tomar la Habana, pero la fama de inexpugnable fortaleza que había detenido incluso al temible Francis Drake, le hacía ser prudente, pese a la innegable confianza que tenía en sus hombres.

Toda prudencia no era en vano. En 1589 se habían iniciado las obras de construcción de “San Francisco de la Punta”, una fortificación menor frente

al “Castillo de los Tres Reyes del Morro”, en la bahía de La Habana, que permitía disponer a la ciudad de un potencial fuego cruzado capaz de rechazar un ataque de envergadura por su puerto. Eran años en los que la piratería de ingleses, franceses y holandeses estaba siendo alentada por las propias monarquías de toda Europa, en un exitoso intento por reducir el dominio español en ultramar y comenzar la colonización de las Antillas.

Leyden se mostró así paciente, y determinó reunirse con el resto de los capitanes de su flotilla para ultimar el plan de ataque que traían premeditado desde su salida del puerto de Barbados. Sabía que era su oportunidad ya que su compatriota, el almirante Piet Heyn, estaba decidido a realizar una acción semejante tras su sonada victoria meses antes en la bahía de Matanzas. Si no lo había hecho todavía era debido al bloqueo marítimo al que estaba sometiendo a las naves españolas, en una campaña de desgaste destinada a debilitar la economía de Felipe IV hasta llevarla a la bancarrota.

De nuevo una andanada y las granadas de “El Morro” cayeron a no más de media milla del barco insignia, lo que sobresaltó a la tripulación, que jamás había visto un fuego de tan largo alcance. No obstante Joseph Leyden se sabía seguro conocedor, a través de un soldado fugitivo capturado en Martinica del alcance de aquellas baterías. Estaba esperando el desembarco de tropas de infantería a una jornada de La Habana, que tomarían la fortaleza desde tierra, permitiéndoles el paso o al menos entreteniéndolos a la guarnición mientras sus barcos penetraban por la bahía. Era una maniobra arriesgada y lo sabía, pero estaba seguro de que los oficiales españoles no esperaban un ataque conjunto por mar y tierra, orgullosos de la inexpugnabilidad de su famoso baluarte.

De pronto, el viento comenzó a soplar con demencial fuerza y se desencadenó una de esas tormentas tropicales de las que tanto había oído hablar. Todas las naves echaron anclas y permanecieron inmóviles mientras las olas se elevaban furiosas y zarandeaban sus pesadas estructuras como si se tratara de cáscaras de nuez. Fue una noche oscura, interminable y llena de presagios agoreros en la mente de los supersticiosos corsarios holandeses. Por dos veces la tormenta estuvo a punto de provocar un auténtico desastre en la nao capitana, la primera al caer uno de los palos tras

la investida de una ola, que abrió una grieta en los camarotes de popa, la segunda al romper los amarres de una botavara, que comenzó a barrer la cubierta desestabilizando el barco y provocando el pánico entre la aguerrida tripulación.

El amanecer descubrió a los marinos exhaustos, pero las naves estaban prácticamente intactas y la tormenta no había dejado más que desorden en las cubiertas, un tremendo cansancio y vestigios del peligro que acechaba en los mares tropicales.

Con los rayos del sol y el fin de la tormenta todo parecía haber entrado en una calma mortecina pero, en ese instante, el vigía de la nao capitana comenzó a hacer sonar su cuerno de forma desaforada.

Por la bahía de la Habana emergieron cinco pesados galeones españoles con todo el velamen abierto para que sus cuatro velas cuadradas se hincharan y le dieran velocidad, aprovechando el nacimiento del día y el estado de los navíos corsarios, con todo el trapo recogido como consecuencia de la tormenta.

En poco tiempo el primer galeón español se colocaba a la izquierda de la flotilla, aprovechando más las fuertes corrientes de la bahía que el empuje de sus velas hinchadas. Tras él, las otras naves avanzaban también a gran velocidad, rumbo a mar abierto, sin poner proa contra los temibles corsarios.

El capitán Joseph Leyden creyó que los galeones intentaban escapar intuyendo que sus naves podían tener daños por la tormenta y no les perseguirían, por eso ordenó que no soltaran todo el trapo, para dar a entender daños en el velamen de sus tres palos que constatasen la imposibilidad de una persecución. Pero al llegar al final de la bahía los galeones españoles giraron en redondo y, haciendo una maniobra que demostraba la pericia de sus oficiales y el conocimiento que tenían de aquellas aguas, pusieron proa contra las naves holandesas, cerrándoles el paso hacia mar abierto.

Leyden no dudó entonces que la maniobra intentaba arrojar sus barcos contra la costa, y ponerlos a tiro de los cañones de “El Morro”. Por eso ordenó la inmediata suelta de todo el trapo y el ataque frontal de los galeones, intentando restar así ángulo de tiro sobre sus naves y preparando

el inmediato abordaje en el que sus hombres sin duda tendrían ventaja sobre los soldados españoles.

Tras analizar los movimientos del enemigo, el capitán Álvaro de Ovando ordenó a sus tropas prepararse para la entrada en combate, mientras acariciaba la vieja herida de su hombro izquierdo que le había hecho perder parte de la movilidad de su brazo más de una década atrás. Hacía sólo unos meses que había llegado a La Habana y, en su acelerada formación sobre la defensa de posiciones costeras, todavía se agolpaban las historias del asalto que más de medio siglo atrás protagonizara el francés Jacques de Sores. El pirata permaneció un mes en la ciudad y pasó a cuchillo a la mayoría de sus hombres mientras violaba a las mujeres y desvalijaba cada rincón habanero. Aquellos asesinos no tenían ningún tipo de piedad ni conocían el respeto por otra cosa que no fuese el rugido de los cañones. Pero Álvaro de Ovando estaba dispuesto a que prevaleciese la justicia y a matar a todo aquel que osara forzar a una mujer, algo por lo que había luchado toda su vida desde aquel lejano día en que conoció la historia del alcalde Pedro Crespo, quien ajustició en la Plaza de Zalamea a un capitán del mismísimo ejército de Felipe II por violar a su hija.

Con un grito atronador, el capitán Ovando ordenó hacer fuego a su batería de cañones, intuyendo la maniobra que el galeón de Leyden iba a realizar tras soltar todo el trapo. Treinta y dos piezas de artillería de las sesenta y cuatro que portaba el navío barrieron el mar desarbolando los dos palos de la nave capitana. Después callaron un instante a la espera de la rendición de los holandeses. No hubo tal señal, sino todo lo contrario, los cañones que quedaron inmunes de la embarcación corsaria abrieron fuego mientras una vía de agua comenzaba a anegar los almacenes del barco. Álvaro de Ovando dio una nueva orden tras recibir el furioso impacto que desmanteló una de sus cuatro velas y, mientras el timonel giraba de nuevo el galeón acercándose en paralelo a su objetivo, una nueva descarga abría enormes vías de agua en la línea de flotación enemiga. Los holandeses comenzaron entonces a saltar del barco sin ningún tipo de orden, buscando la salvación de las aguas antes de que el fuego pudiera llegar a la “santabárbara” y hacer saltar el navío en mil pedazos. Pero no llegó a producirse tal explosión, porque apenas pasados unos minutos las

numerosas vías de aguas inundaron completamente el galeón y la perla de la flota holandesa se hundió llevándose consigo los ambiciosos sueños del almirante Leyden.

El resto de los barcos corsarios intentaron seguir la línea de la costa para usar las corrientes de la bahía y alejarse de los pesados galeones asaltantes pero entonces, el que había iniciado la maniobra, recibió de lleno los certeros disparos de los cañones de gran alcance de “San Francisco de la Punta”, hundiéndose a los pocos minutos y sembrando el pánico del resto de la flota holandesa, que optó por virar y presentar batalla a los galeones españoles.

Una nueva descarga cruzada entre “San Francisco” y la fortaleza de “El Morro” acertó al velamen de otros cinco navíos, desarbolándolos completamente. Se trataba de dos “Jabeques” de casco aerodinámico, provistos de veinte cañones y tres velas latinas, y tres “cúter” de un palo, muy maniobrables y de gran velocidad gracias a la vela “cangreja” que llevaban montada sobre una pequeña vela triangular conocida como “escandalosa”. Dos de las naves comenzaron a arder y poco después explotaron, mientras las otras, inmóviles como corderitos, fueron barridas por el fuego cruzado de otro galeón español.

La tripulación del séptimo navío holandés, un galeón de sesenta y cuatro cañones, luchaba desesperadamente por desplegar todo el trapo y conseguir salir de las corrientes de la costa, sin avanzar apenas, pero fuera del fuego que había arrasado a las otras embarcaciones. Tal situación permitió a la guarnición preparar apresuradamente una nueva andanada, trabajando con la eficaz disciplina que habían ensayado tantas veces en las últimas semanas. Los cañones de largo alcance de “El Morro” fueron empujados sobre sus raíles, avanzando unos metros decisivos para ajustar treinta grados en su ángulo de tiro. Diligentes oficiales señalaron a los cañoneros el momento de la descarga y con un nuevo estruendo, rompiendo la serenidad del día con la intensidad y la fiereza de un trueno, todo el fuego de sus bocas partió contra el barco holandés, alcanzando de lleno su “santabárbara” y haciéndolo saltar por los aires.

Quedaban todavía cinco naves maniobrando a la desesperada sobre las aguas de la bahía, con todo el trapo suelto a la espera de que el viento les

alejase de los peligrosos cañones de la costa y de los barcos enemigos, pero las corrientes les llevaban directamente hacia el galeón español del capitán Ovando, que se encontraba preparado para una nueva descarga. Disciplinados marinos tensaban las cuerdas para impedir el violento retroceso de los cañones mientras los cañoneros cargaban la pólvora y las bombas que abrirían enormes vías de agua al contacto con la madera. Todos estaban preparados para una nueva orden de ataque. El sudor resbalaba por los rostros, los músculos estaban tensos, las miradas fijas e inmóviles en el galeón enemigo. No podían fallar y lo sabían. Álvaro de Ovando tomo aire, todos esperaban el sonido de su voz y la orden resonó como un trueno.

Hubo un segundo de feroz concentración. Después el rugido de los cañones hizo temblar la cubierta como si hubiera un terremoto. El galeón holandés comenzó a arder por los cuatro costados. Los gritos de los corsarios arrojándose al agua anunciaban la tragedia inminente. Unos minutos después se hundió para siempre, arrastrando consigo a los filibusteros que no se habían ahogado todavía.

De nuevo, el retumbar de los cañones del galeón anunció otra feroz andanada, esta vez sin demasiado acierto, lo que permitió a dos de las naves holandesas disparar y desarbolar dos de los tres palos del galeón de Ovando, dejándolo prácticamente inmóvil. Pero el auxilio de los otros dos barcos de guerra españoles evitó el desastre y en poco menos de media hora los dos galeones corsarios se hundían en las aguas.

Aprovechando la distracción de la batalla los dos últimos galeones de la flota holandesa habían intentado llegar hasta las corrientes de la bahía y virar presentando la proa, dificultando así el impacto de las balas mientras se abrían paso hacia la salvación del mar abierto. La nave corsaria que avanzaba más retrasada consiguió colocarse en el paralelo de un galeón español, cruzando fuego con el navío y dañando el palo de mesana, dejándolo así prácticamente inmovilizado, pero recibiendo a cambio una vía de agua en la popa que comenzó a hundirla lentamente.

Sólo quedaba un galeón que, llevado por las corrientes, se dirigía hacia la desarbolada nao capitana de los españoles. Utilizando espejos a modo de señales, Álvaro de Ovando pidió ayuda a los otros dos galeones para que acudiesen ante un inmediato abordaje, mientras apuntaba su catalejo sobre

la cubierta y se preguntaba si los piratas eran realmente luchadores tan temibles como contaban los habaneros. Para su desgracia los otros galeones españoles se encontraban seriamente dañados y apenas si podían afrontar su regreso a puerto por las vías de agua que tenían abiertas.

En su desesperación, el capitán Ovando observó como la tripulación de corsarios holandeses se apelotonaba sobre cubierta, armados hasta los dientes y deseosos de entrar en un cuerpo a cuerpo en el que se sabían favoritos. Al mismo tiempo miró a sus tropas de infantería, muchos de ellos jóvenes hidalgos alistados por sus familias a la búsqueda de una oportunidad en las islas, pero carentes de la experiencia en combate de sus antiguos compañeros de Flandes. Había miedo en sus miradas y la muerte se dibujaba feroz sobre la cubierta holandesa, esperando una oportunidad para segar con su guadaña las vidas de aquellos infantes españoles que todavía luchaban por una pobre soldada, cuando no para defender el discutible honor de sus apellidos.

Y sus recuerdos volvieron a las llanuras flamencas, la vista de las tropas enemigas, el olor de la pólvora, el color de la sangre brotando en cada cuerpo mutilado, y el miedo, y la enloquecedora violencia adueñándose de su mente, y supo entonces que si llegaban a abordarles habría una auténtica sangría de jóvenes almas entre sus tropas y, tal vez, su propia muerte.

—¡Culebrinas y bombardas —gritó a viva voz dirigiéndose a sus oficiales— traed armas de fuego y preparadlas para barrer su cubierta, corred, hay que acabar con esos hijos de perra!. ¡Vamos, vamos!. ¡Llamad a los carpinteros y que os traigan todos los clavos y puntas que tengamos en los almacenes y llenad con ellas los cañones!. ¡Hay que matar a esos hijos de Satanás!.

Mientras una frenética actividad convulsionaba el galeón inmóvil y los marineros arrastraban las culebrinas de popa hasta el lugar del barco donde tendría lugar el abordaje, el capitán Ovando sentía los latidos de su corazón en la vieja herida del hombro izquierdo, que le había dejado una gran cicatriz y una soldadura de huesos que le anunciaba claramente los cambios de tiempo. Por un momento, en pleno frenesí, entre las voces de los marinos, las órdenes de sus oficiales y el estruendo de las culebrinas arrastradas sobre cubierta, Álvaro de Ovando se sintió cansado de todo

aquello, como si lo hubiera vivido demasiadas veces. De una rápida ojeada examinó una vez más a sus soldados y descubrió las asustadas caras de cientos de jóvenes aterrados ante la idea de morir. Alguien le dijo que el temor a la muerte era el primer paso para su llamada, pero el capitán entendía ese temor, lo había sentido demasiadas veces en sus carnes y le había dejado señales evidentes de esa presencia en cada una de las numerosas cicatrices que decoraban su cuerpo. Y entonces lo vio de nuevo, también estaba allí, apoyado en el mástil de la vela mayor el espectro le miraba y sonreía con un rictus sobrecogedor. Gruesas lágrimas corrieron por el rostro del capitán, había algo inconfesable que le estallaba en las sienes, algo irrespirable, casi peor que la muerte, el recuerdo de un lejano día a las puertas de Breda, cuando perdió a su hermano.

No había tiempo para sentimentalismos y Álvaro de Ovando lo sabía. Cientos de hombres dependían de una orden suya, y tenía que concentrarse en que su experiencia y su intuición le llevaran a la victoria. Por eso ordenó que escondieran las bombardas para no desvelar sus intenciones, y esperó un poco más el choque de la nave holandesa, hasta que fue posible observar a simple vista las sonrisas desdentadas de los filibusteros a punto para saltar sobre el galeón. En verdad era un espectáculo terrible, aquellos rostros mostraban una seguridad y una determinación que no dejaba lugar a dudas sobre su temible fiereza. Espadas, hachas, dagas, mosquetes, fuertes brazos asidos a las cuerdas que les arrojarían sobre el galeón español como buitres cayendo sobre la carroña. Todo aquel espectáculo se grabó durante un segundo en la retina del capitán, el mismo instante de silencio que barrió la cubierta esperando de nuevo la voz que les llevaría a la victoria.

Era el momento. Álvaro de Ovando se irguió sobre cubierta con su espada alzada y grito la orden de ataque. “¡Por Santiago y por el Rey!”, y el silencio se rompió hecho añicos por un estruendoso movimiento de hombres y armas. Las bocas de bombardas y culebrinas vomitaron una andanada de fuego que barrió la cubierta del buque holandés y una intensa nube de humo procedente de la pólvora impidió por unos segundos su visión, pero tremendos aullidos de dolor y muerte ratificaron la sangría que se había producido entre las filas de corsarios holandeses.

Antes de que el humo se disipase totalmente, una nueva andanada procedente de la infantería española volvió a barrer la cubierta. Al tiempo, el capitán Álvaro de Ovando mantenía desenvainada su espada con su mano diestra y, enarbolándola, juró a gritos muerte a los asesinos para motivar a sus hombres. Un choque terrible sacudió a las dos embarcaciones y durante unos minutos todo fue confuso. Sin perder tiempo, el capitán ordenó una nueva andanada de su artillería contra la cubierta enemiga, que terminó con la vida de los primeros corsarios que intentaban descolgarse sobre la cubierta del galeón español.

—¡Disparad, disparad contra esos perros! ¡No dejéis ni uno con vida! —gritaba con toda la fuerza de su voz, mientras una nube de pólvora y de olor a cuerpos quemados lo invadía todo y transformaba la cubierta en una atmósfera irreal— ¡Muerte a los enemigos de la Iglesia!. ¡Viva el Rey!.

Amartillando su arma, Álvaro de Ovando descerrajó de un disparo a un corsario que acababa de caer sobre cubierta con un machete en la boca y que se dobló espasmódicamente antes de caer muerto.

Entonces, como si su propio cuerpo fuese un estandarte, gritó la señal de abordaje y saltó entre los primeros sobre el bajel, seguido de un montón de soldados que no hubieran dudado en lanzarse tras él a un mar lleno de tiburones. De nuevo le asaltó la misma enloquecedora violencia que le llevó a convertirse en un poseso en las tierras de Breda, una valentía que escondía el mismo miedo a la muerte y le empujaba a convertirse en un peligroso asesino de hombres, esquizofrénico de su propio terror.

Las espadas chocaron y el primer enemigo cayó al mar con el pecho abierto por un enorme tajo, el capitán cayó sobre cubierta y un fornido corsario le atacó con un hacha que forzó a Ovando a rodar sobre si mismo para evitar el imparable golpe, después, dando un instintivo mandoble, barrió con su espada el suelo alcanzando los pies de su atacante y cercenándole limpiamente uno de los tobillos. El enemigo aullaba en el suelo cuando la espada de Ovando le atravesó con presteza y sin pérdida de tiempo porque otros dos piratas se abalanzaban ya sobre él. Golpes enfurecidos, sangre a borbotones, sudor, violencia desmedida, rabia nacida del odio más oculto y al final: muerte. Sobre cubierta cayó una de las manos del enemigo, cortada de un tajo y el cuerpo sin vida del otro, atravesado de

parte a parte. Ovando aspiró el aire que le faltaba como si se encontrase bajo el agua y consiguiera llegar a la superficie. Se hallaba tremendamente agotado y ya sólo se movía por impulsos nacidos más de su instinto de supervivencia que de sus propias fuerzas. La violencia le seguía cegando y quería matar sobre todas las cosas, como si dejar de matar fuera un seguro pasaje hacia la muerte, pero estaba exhausto.

El asalto masivo de la infantería española acabó con los escasos holandeses que todavía presentaban batalla. Sobre la cubierta no quedaron más que un montón de cadáveres y cientos de heridos por la atronadora lluvia de metralla con la que les había barrido la artillería.

Álvaro de Ovando dio un feroz alarido anunciando la victoria y su grito fue coreado por decenas de soldados del rey que se crecían como gigantes y aplastaban a los últimos corsarios, motivados por la valentía y la grandeza de su capitán. Y lo vio de nuevo, el espectro también levantaba su espada y le hacía señas que no entendió pero que apuntaban a tierra.

En aquel momento el capitán oyó claramente el sonido de los cañones de la fortaleza de “El Morro” soltando fuego y adivinando de inmediato un ataque terrestre a La Habana, se encaramó al puesto del vigía del galeón. Utilizando un espejo y usando las señales establecidas dio orden al resto de los galeones para que se dirigieran a la bahía y apoyasen desde el mar con sus cañones el rechazo a las tropas invasoras.

Sin la ayuda de la flotilla del capitán Joseph Leyden, bajo el fuego de las fortalezas de “El Morro y “San Francisco” y el ataque por mar de los galeones españoles, los oficiales holandeses de los mil quinientos hombres que atacaban por tierra se dieron cuenta muy pronto de que no conseguirían tomar la ciudad, e intentaron la retirada a través de los bosques de La Habana, siendo perseguidos por las tropas de la guarnición española, que les infligieron cientos de bajas, masacrándoles en la huida con una violencia inusitada que dejó los campos sembrados de moribundos.

Al caer la noche de aquel memorable día del mes de julio decenas de corsarios colgaban del palo mayor del único bajel holandés capturado que había sobrevivido a la batalla, mientras cientos de cadáveres eran pasto de los tiburones en la bahía o rematados por la infantería española en los claros de los bosques habaneros.

Desde su despacho en la fortaleza cubana, el joven y victorioso capitán redactó una carta al general Spínola en la que le informaba del cumplimiento de su misión y se mostraba generoso en halagos hacia las tropas que habían combatido a sus órdenes; significando la indudable valentía de sus hombres y el arrojo que habían mostrado, “y eso que muchos apenas cuentan con más de quince años, han sido movilizados mediante levas y arrancados de las faldas de sus madres para traerles a unas tierras donde el enemigo es cruel y las enfermedades del mosquito y las prostitutas diezman cada día nuestros efectivos” —confesaba en su carta.

Durante cinco días se celebró la victoria en La Habana con repartos de ron entre las tropas y permisos que los soldados consumieron prestos en los burdeles de los alrededores de la ciudad. Álvaro de Ovando decidió soltar tensiones bebiendo y riendo junto a sus oficiales en el “Castillo de la Real Fuerza”, donde no faltaron ni las barricadas de ron de caña ni exuberantes mulatas que fornicaban hasta la extenuación. La vida en las colonias caribeñas se tornaba hasta tal punto agradecida que el capitán Ovando llegó a confesar a sus hombres de confianza que no le importaría echar raíces en aquellas tierras y perpetuar su estirpe en la Nueva España.

Esa noche conoció a Nula. Con apenas dieciocho años era morena y hermosa, de rostro dulce, ojos muy negros y formas suaves y sensuales. Álvaro de Ovando apenas lograba dejar de mirarla, viendo como se reía maliciosamente, mostrando unos dientes muy blancos, en los primeros compases de la noche, cuando era presentada al resto de oficiales como una dama, siguiendo los mismos esquemas que en las fiestas oficiales que daba el gobernador. Él era el héroe y ella lo sabía, por eso, acercándose para provocar un encuentro casual con el afamado capitán, le obsequió con una sonrisa tan dulce como el ron de caña invitándola a seguirla. Dejaron atrás al resto de oficiales con las otras prostitutas y subieron hasta la cubierta de la fortaleza. Allí, bajo las estrellas del Caribe, envuelto en el halo que le proporcionaba el alcohol, Álvaro de Ovando casi perdió el sentido entre los pechos pequeños de oscuros pezones y los muslos fuertes y cobrizos de las piernas de Nula.

Las luces del alba le descubrieron en lo alto del castillo, profundamente dormido como un niño, seguro por primera vez durante meses de vigilia de

que había encontrado el lugar donde poder descansar. Cuando el calor comenzó a hacerse insoportable despertó. Nula no estaba. Bajó hasta la sala de la fiesta y encontró allí a un par de oficiales dormidos sobre los sillones, con evidentes síntomas de embriaguez. El resto de las prostitutas también se habían marchado, tal como era costumbre para que la puritana sociedad española en las Antillas no descubriera en qué gastaban su tiempo de ocio sus victoriosos oficiales.

En los dormitorios del primer piso consiguió descubrir al fin a Martín de Alegría, el “Guarda del Parque de Fortificaciones” que había buscado a las prostitutas. Estaba completamente borracho y solo, desnudo boca abajo sobre una cama desecha donde a buen seguro había estado con una de las mujeres. Con una jarra de agua le despertó y le preguntó dónde vivían sus exuberantes amigas. Alegría, con los ojos en blanco y todavía medio ebrio le indicó el lugar y después se dio la vuelta y siguió durmiendo.

Álvaro de Ovando no tardó mucho en llegar, montado en su corcel negro zaino, que le había regalado el “Sobrestante Mayor” de la fortificación de “El Morro” cuando llegó su nombramiento como “Comisario de Guerra” de su majestad en La Habana. Eran unas casas bajas, de adobe y techado de palmera, toscamente pintadas y con ningún lujo evidente. La puerta estaba abierta. Álvaro de Ovando penetró en el interior y buscó lo que parecían los dormitorios. En uno de ellos estaba Nula, compartiendo lecho con otra de las prostitutas. Se acercó con sigilo y la besó con la profundidad y la pasión de un enamorado. Ella abrió los ojos y sonrió. Después la tomó en brazos, la subió al caballo y partieron hacia las playas de poniente, en el Malecón, donde pasaron horas durmiendo sobre la arena bajo la sombra de las palmeras después de hacer el amor como posesos.

Sólo los mosquitos de la tarde consiguieron hacerles despertar y entonces se bañaron desnudos, con las primeras sombras de la noche, en el cálido océano infinito y después, entre bromas y risas, volvieron a La Habana, donde a esas horas estaban a punto de comenzar a buscarles.

—Me gustaría verte de nuevo esta noche —le dijo Álvaro de Ovando.

—Pero si ya es de noche —contestó Nula.

—Por eso — y los dos rieron al unísono y respiraron el olor del mar con una pasión que se prometía sin final, maravillosa, como sólo pueden apreciar los que han sufrido mucho alguna vez.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VII

*“Yo sé que muero; y si no soy creído,
es más cierto el morir, como es más cierto
verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto,
antes que de adorarte arrepentido.*

*Podré yo verme en la región de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tu hermoso rostro está esculpido”.*

Doña María Isabel de Tolosa sonrió agradecida por los versos que el bufón real le acababa de leer. Era una hermosa pelirroja de largos cabellos y tez blanca como el mármol, hermanastra segunda de don Diego de Arce, ilustre de España venido a menos, que fue llamada a instancias del mismo Rey como menina de Palacio y como tal, ocupaba una habitación en “la Casa Azul de La Muñecas”. Pese a ser mujer había sido instruida en las letras por

su familia y gustaba mucho de escuchar tocar a los músicos de La Corte y recitar sus obras a los poetas. Por eso accedió gustosa a oír al bufón cuándo éste le contó la historia del enamorado Lotario no correspondido por la ingratitud de su adorada Clori y, abriendo el grueso tomo de El Quijote, le prometió que escucharía versos que le llegarían al alma.

—Si no fuera porque sois sólo un bufón bien podríais haber sido el más galante caballero de La Corte que haya conocido jamás Madrid —le dijo obsequiosa— sin duda mucho más sensible que la mayor parte de los aduladores que sólo buscan las prebendas del Rey y no saben hablar más que de armas y caza como atributos inexcusables de su estatus varonil.

Calabacillas tomó la mano de la joven y la besó arrodillándose a sus pies en un claro gesto de galantería al que ella premió con un fingido beso.

—¿No será tal vez que sólo buscáis el deseo?, enano o no sois un hombre al fin y al cabo —dijo entonces la pelirroja con marcada ironía.

—Os amaré siempre, sin importarme que la rosa se marchite y sus pétalos pierdan el rojo que ahora prende en mis retinas como el fuego del infierno. Entregadme vuestro amor y mi castidad será rota tan sólo cuando vuestro deseo así lo quiera, porque mi amor es tan puro como vuestro rostro y mucho más grande que mi humilde estatura, mayor que el de cualquier caballero que os pretenda, tan grande que ni siquiera os exige celibato ni pretenciosa posesión —contestó el enano manteniendo la broma aunque sin poder olvidar que estaba jugando a amores con una de las cortesanas del propio Rey.

—Mucho parecéis saber de amores, en verdad que otros muchos caballeros y grandes de La Corte deberían aprender de vuestra merced, que tiene el don de la seducción en sus palabras —comentó María Isabel aludiendo tácitamente a la frialdad con que el monarca trataba a sus amantes— aunque recordad que el amor puede convertirse de una mar tranquila en un océano tormentoso.

Por toda respuesta, Calabacillas leyó los tres últimos versos del soneto que resultaron suficientemente esclarecedores para la querida del Rey:

*-¡Ay de aquél que navega, el cielo oscuro,
por mar no usado y peligrosa vía,*

Adónde norte o puerto no se ofrece!.

—Peligroso es en verdad escuchar vuestros labios —terció la joven— sois un peligro para las doncellas inocentes que como yo caen rendidas a los pies de los poetas nada más escuchar sus rimas.

—No es necesaria una respuesta inmediata —dijo Calabacillas, sabedor de que aquella muchacha no estaba tomando en serio sus palabras— pero no dejéis que el tiempo pase y disfrutad vuestra lozanía. Yo seré vuestro esclavo, vuestro perro fiel, vuestro guardián en la noche y vuestro sol en el día. Pedidme la vida y os la daré gustoso. Pero no me dejéis morir de amor en el desamparo, en la soledad sin vuestra merced, en el infierno de los condenados por no ser correspondido.

Por toda respuesta la bella pelirroja rió abiertamente mientras se marchaba, para ella la broma del obsequioso bufón había terminado, para él no existía más verdad que las palabras que había pronunciado. Hubiera podido pasar la vida entera mirando a los impresionantes ojos claros de aquella hermosa mujer sin necesidad de otra cosa. Era la única persona que había conocido en La Corte que le hacía olvidar su careta de personaje sarcástico e insensible y se ponía tremendamente nervioso cuando le descubría mirándola con adoración. Sabía que se tomaba a broma sus coquetas galanterías, pero él, sabedor de que su amor era una causa imposible, se contentaba con mirarla y leerle en ocasiones algún verso extraído del Quijote.

A la mañana siguiente, los más allegados al Rey participaron de una misa por los difuntos en la Iglesia de las Claras, lo que permitió de nuevo al enano poder deleitarse con la imagen de doña María Isabel de Tolosa, discretamente colocada en la parte trasera de la capilla. No muy lejos, pudo observar como un joven y atractivo soldado le hacía pequeños guiños, rompiendo en secreto la posición marcial de los guardias reales. Si el Rey se enteraba el soldado sería inmediatamente enviado lejos de Palacio, probablemente a las campañas de Flandes o Mantua, donde encontraría la muerte.

Mientras la homilía de fray Antonio de Sotomayor retumbaba entre las columnas del edificio gótico, haciéndose eco en los altos muros e

invadiendo hasta la más intrincada capilla de la grandiosa nave, Calabacillas intentaba cada vez que le era posible destinar una mirada a doña María sin que esta lo advirtiera y, sólo en las ocasiones en que sus ojos se cruzaban, hacía un cómico gesto de complicidad que ella le devolvía. Las palabras del sacerdote sobre «la supeditación del arte a la glorificación de Dios y el pecado de la vanidad humana al pretender la inmortalidad a través de las artes», le sonaron tan huecas como las miradas de su platónico amor. Entonces doña María de forma descuidada excusó su presencia antes de terminar la misa para pasar ante el guardia de Palacio y dejar caer descuidadamente una nota a sus pies.

Calabacillas observó toda la escena y dejó atrás la potente voz del clérigo pidiendo la exaltación de la Iglesia a través de las artes, para seguir a su amada hasta el patio exterior del edificio. Segundos después salió también el soldado de la guardia, quien había manifestado un repentino malestar a su superior para poder abandonar su puesto durante unos minutos, y se dirigió hacia los exuberantes jardines que embellecían los alrededores de la iglesia. Allí, la figura del aguerrido joven desapareció repentinamente. El enano se aproximó sin hacer ruido hasta el lugar donde había visto al soldado por última vez. Escuchó entonces un gemido tras los frondosos setos de aligustres y, tan sigiloso como un felino, se abrió paso entre la maleza para descubrir por una pequeña oquedad la figura del soldado con las calzas bajadas, fornicando como los perros con la hermosa doña María Isabel.

Sin poder aguantar tal visión, Calabacillas retornó a la iglesia y, a la salida de los oficios, vio como el guardia se encontraba de nuevo en su puesto mientras que la bella Cortesana no había vuelto al lugar, probablemente para no levantar sospechas. Al pasar junto al soldado, observó que sus medias estaban sucias de tierra a la altura de las rodillas y tuvo que reprimirse para no darle una patada por arrebatarse lo que anhelaba en lo más profundo de su corazón.

Ese mismo día, Calabacillas recibió órdenes del secretario real para que preparara el equipaje, ya que Felipe IV acompañado de su séquito iba a acompañar a la hermana del Rey, en la primera parte de su viaje hacia Hungría, para contraer nupcias.

Lejos de parar en Alcalá de Henares, donde en un principio se pensaba que el Rey y sus hermanos se despedirían de doña María, la comitiva real siguió camino hacia Guadalajara y después hasta Zaragoza, donde gobernaba DON Fernando de Borja, el Virrey de Aragón, quien había tenido una influencia decisiva en la preparación de Felipe IV cuando éste era solo Príncipe de Asturias. Allí Calabacillas recibió una de las sorpresas más gratas desde su traspaso al servicio del Rey: la llegada de su antiguo señor, el Duque de Alba, quien había sido llamado misteriosamente por su majestad, al no sentirse “convenientemente servido”.

—Es indudable que el Rey desearía poder tener más presencia sobre los asuntos internacionales y restar poder a su ministro don Gaspar de Guzmán, que en los últimos años no ha hecho sino dejar exhaustas las arcas del estado, sin cosechar más que insignificantes victorias desde la toma de Breda y el rechazo de los holandeses en Bahía —le dijo confidencialmente el Duque cuando pudo encontrarse con él en privado— DON Gaspar nos arrastra a nuevas campañas en Italia, y todo hace sospechar que también contra Francia, sin que la plata americana apenas pueda pagar los intereses de los usureros banqueros que fían en millones de ducados a la Corona.

—¿Por eso os ha hecho llamar el Rey? —preguntó Calabacillas.

—En realidad mi presencia aquí se debe a que su majestad quiere que acompañe a su hermana hasta Italia y prepare toda la seguridad y protocolo que requiere el viaje —explicó el Duque de Alba a su antiguo bufón— aunque al mismo tiempo ha organizado una reunión con el Condestable de Castilla, el duque de Medina de las Torres, el Marqués de Camarasa y Carpio y el Conde de Sástago y de Puebla para informarnos de algo que para todos es evidente, como son los movimientos del Cardenal Armand du Plessis de Richelieu, mano derecha del Rey de Francia, quien está armando una fuerza de invasión para entrar en Italia.

—Eso significa una nueva guerra...-zanjó Calabacillas.

—No necesariamente, o al menos no directamente —puntualizó el Duque— porque si de algo estamos todos seguros, y tanto el rey como el Conde-Duque y el Consejo de Estado tienen bien presente, es que no podemos seguir imponiendo a la población nuevas levadas e impuestos. Las malas cosechas de los últimos años han sumido en la pobreza a la mayor

parte de nuestros campesinos, los impuestos han sido incrementados año tras año para financiar la guerra de Flandes, la movilización forzosa ha dejado sin brazos para trabajar a miles de familias castellanas y muchos de los reinos están al borde del levantamiento contra tales abusos. Por eso, hoy por hoy, no estamos en disposición de un nuevo enfrentamiento militar contra Francia sino todo lo contrario, estamos intentando forzar una paz negociada con Holanda e Inglaterra. La actual campaña de Italia no es sino una locura más a la que nos ha llevado la prepotencia de la absurda política exterior del Conde-duque.

—¿Por qué no informáis de todo eso al Rey? —preguntó inocentemente Calabacillas.

—Lo sabe, o al menos debería saberlo —contestó el Duque— pero no quiere darse cuenta de que sería mejor, tal como le ha dicho propio don Fernando de Borja, dedicarnos a fortalecer nuestras posiciones en ultramar e Italia que proseguir una guerra de desgaste contra los protestantes holandeses, cuando la Liga Católica poco o nada han hecho por apoyarnos y el propio Papa Urbano VIII propugna el entendimiento por encima de las guerras de religión.

El bufón real no escondió su asombro por el amplio conocimiento de la situación internacional que tenía su antiguo señor e intentó descubrir aún más sobre asuntos de los que nada sabía, pese a su estancia en Palacio.

—¿Y qué hay de los asesinatos? —preguntó al Duque.

—Nadie sabe nada al respecto —dijo el señor de la Casa de Alba, mostrando en su voz cierto aire misterioso— Según se rumorea, y al parecer cree hasta el propio Rey, se trata de otra estratagema del Cardenal Richelieu para mantener en jaque a la Corona y hacer tambalearse el gobierno de Madrid, lo que sin duda está consiguiendo, ya que Felipe IV está más preocupado por la muerte de sus cortesanas que por las campañas de Flandes y Mantua.

—Y vuestra merced, ¿qué piensa? —prosiguió indagando el enano.

—No lo sé —contestó el Duque con franqueza— Resulta realmente extraño que alguien pueda moverse en Palacio sin despertar sospechas y acabar con la vida de las sirvientas reales con tanta facilidad, esfumándose como un fantasma ante las narices de todo el mundo. Si es un agente de

Richelieu es realmente audaz y peligroso, pero no creo que quiera o pueda atentar contra el Rey, porque si así fuera ya lo habría hecho. En cualquier caso debéis tener mucho cuidado, ya que si se le acaban las cortesanas podría comenzar a matar a los bufones del rey, y hoy día sois su preferido.

—Gracias a mi señor —dijo Calabacillas haciendo una educada reverencia ante tan sarcástica muestra de humor, que el Duque agradeció con una palmada en su espalda antes de marcharse a sus aposentos.

Tal como había anunciado el señor de la Casa de Alba, al día siguiente tuvo lugar la secreta reunión del Rey con algunos de sus nobles más leales para pedirles consejo acerca de los informes venidos de Francia, que hablaban de nuevas levadas y movimientos de tropas con destino a una invasión en Italia. En el despacho cedido a Felipe IV por el Virrey de Aragón se encontraban el propio don Fernando de Borja, el Condestable de Castilla, el duque de Medina de las Torres, el Marqués de Camarasa y Carpio, el Conde de Sástago y de Puebla y el Duque de Alba. Pese a que la reunión se había planteado como meramente informal, la presencia de tantos Grandes de España le daba un carácter ciertamente especial, sobre todo porque por primera vez en varios años no se encontraba presente don Gaspar de Guzmán. Se trataba de un gesto que todos comprendieron como una demostración de poder del Rey, al obviar la presencia de su primer ministro.

Era una estancia espaciosa y lujosamente decorada, con una amplia mesa de madera de roble en el centro, alrededor de la que se sentaban codo con codo los invitados, siendo presidida por el Rey en uno de sus extremos y dejando vacío el otro, que en otras ocasiones habría ocupado el Conde-Duque. Varias armaduras decoraban la sala, tapizada por los blasones de los diferentes reinos de España y los escudos de armas del Virrey de Aragón. También había grandes espejos enmarcados en formidables ingletes dorados repujados en madera que multiplicaban los espacios y gruesos cortinajes que cerraban los amplios ventanales.

Durante más de una hora, Felipe IV explicó a los nobles las noticias que le habían llegado de Francia sobre las levadas a los campesinos, la contratación de tropas y cierto correo enviado al negociador papal Giulio Mazarino, en el que el mismísimo Richelieu manifestaba que la situación se

tornaba en insostenible y, si era necesario, el ejército francés intervendría en Italia, lo que podría suponer una nueva guerra.

—Si me permitís, majestad —intervino el Duque de Alba respetuosamente— abrir un nuevo frente de combate tal vez exija sacrificios que no podemos sufragar. Las cargas de las campañas actuales son ya de por sí bastante altas y no están dando demasiados frutos.

—Cierto —confirmó Felipe IV con animosidad— Pero la guerra abierta con Francia es sólo cuestión de tiempo y ante el inalcanzable final de la guerra con Holanda, estamos negociando un urgente tratado de paz con Inglaterra que incluirá una alianza frente a las Provincias Unidas, lo que podría significar el final de la campaña de Flandes y dedicar todos nuestros esfuerzos y hombres a hacer frente a las amenazas de Francia.

—Necesitamos victorias y campañas con resultados que permitan justificar todos los sacrificios ante nuestros vasallos —criticó don Fernando Borja— y según tengo entendido, el comandante de las tropas en Flandes, que desde hace años gasta el dinero a manos llenas para mantener las posiciones, es ahora el elegido para negociar en la campaña de Italia.

—La excesiva confianza de Spínola en creer que es capaz de dirigir a la par las campañas de Flandes e Italia nos están llevando al desconcierto —dijo el Rey— y tal como nos ha confirmado el abad Scaglia, tiene una delicada salud que apenas le permite mantenerse erguido para poder observar los mapas. Por eso tenemos previsto llevar a cabo una negociación paralela que nos facilite un acuerdo de paz lo antes posible.

—¿Y qué hay de los crímenes en Palacio? —preguntó sin miramientos el Duque de Medina de Las Torres— Hay quien dice que son avisos de los agentes de Richelieu antes de atentar contra vuestra persona.

—Una de las razones de mi presencia aquí, que tan hospitalariamente ha apoyado el Virrey de Aragón —dijo el Rey sonriendo a DON Fernando de Borja— ha sido el permitir que mi guardia personal interrogase a todos los sirvientes y comprobase sus identidades hasta dar con el asesino. Desde la primera misteriosa muerte he extremado las precauciones hasta hacer prácticamente imposible que el criminal pueda llegar hasta mí.

—Pero es un hecho por todos conocido que el asesino existe, se mueve por Palacio y no ha sido detenido todavía, pese a los esfuerzos de vuestra

guardia —intervino por primera vez el Conde de Sástago— Lo que nos lleva a pensar que puede ser cualquiera.

—Agradezco vuestra preocupación —contestó el Rey con una agradable mueca de complicidad— Habéis de saber que muy pronto habrá detenciones. El capitán Villanueva tiene la sospecha de que el agente francés no es alguien ajeno a La Corte, sino que se encuentra entre nosotros desde hace tiempo y está estrechando el cerco sobre la personalidad del asesino. En cualquier caso nos enfrentamos a alguien muy hábil, lo que no debe extrañarnos sabiendo quién es su señor.

—¿Y pude saberse de quién sospecháis? —preguntó sin mucho interés el Marqués de Camarasa.

Por toda respuesta, el Rey abrió la puerta de acceso a la sala y penetró en su interior el Jefe de su Guardia Personal, el capitán Villanueva, quien portaba en sus manos un puñal y un anillo que depositó sobre la mesa. Durante unos momentos, uno a uno se fueron pasando ambos objetos, en los que un escudo resultaba realmente delatador.

—Es el puñal con el que al parecer quitaron la vida a la joven Teresa y el anillo que se encontró entre sus pertenencias y, tal vez, vuestra merced puede decirnos a quién pertenecen —explicó Villanueva dirigiéndose al de Camarasa, quien tenía los ojos abiertos como si se encontrase ante la presencia de un fantasma.

—Puedo explicarlo todo —dijo el Marqués visiblemente nervioso— Confieso que doña Teresa y yo mantuvimos un discreto romance a espaldas de mi Rey y, en uno de nuestros encuentros, le regalé mi anillo y mi propio puñal como prueba del afecto que sentía por ella. Nadie más que yo ha sufrido por su muerte. De hecho no pude haber sido yo, lo juro por Cristo Nuestro Señor.

—¿Podéis demostrar que eso es cierto o tendremos que conformarnos con vuestra palabra? —dijo el capitán Villanueva sin esconder su escepticismo.

—Tan cierto como que fue mi primo, el propio Conde-Duque quien me envió en esas fechas a Cataluña, con la misión de avisar al Conde de Barcelona de la presencia de agitadores de Richelieu intentando forzar un levantamiento entre la población. Al parecer hay indicios más que evidentes

de la presencia de espías franceses entre los Corregidores de Cataluña que están empañando el buen nombre de nuestro rey y haciendo crecer bulos sobre futuros impuestos de su majestad que encarecerán de forma usurera los bienes de primera necesidad para sufragar los gastos de nuevas campañas militares. Don Gaspar de Guzmán es mi testigo y, si recuerda su majestad, el día de los crímenes a los que se refiere yo no me encontraba en La Corte. De hecho si os fijáis bien podréis comprobar que el puñal está inmaculado, sin restos de haber sido usado jamás —el Marqués levantó el arma para que todos pudiesen verlo, refrendando así sus palabras, después prosiguió— No obstante, mi palabra debería ser prueba suficiente para demostrar que no soy un asesino de cortesanas, muy al contrario, a Dios pongo por testigo de que jamás he osado proferir siquiera una mala palabra contra el buen nombre de una dama.

Camarasa se volvió entonces hacia el capitán Villanueva, sus ojos estaban rojos por la ira y, elevando el tono de voz, dijo amenazadoramente: “Acusar en falso a un hombre honrado es un delito, acusar a un fiel servidor del Rey una villanía y si encima pertenece a una leal familia supone un ultraje a sus antepasados, por eso no cejaré hasta veros pagar la falta de respeto que habéis mostrado hacia mi persona”.

Después hizo una presurosa reverencia ante el rey y salió de la estancia haciendo chocar con fuerza sus tacones contra el enlosado, dejando constancia de su tremenda ira.

Dentro de la sala se hizo un denso silencio mientras todos los presentes, incluido Felipe IV, volvieron su cabeza y miraron con reproche al capitán Villanueva, quien sintió que por un momento la tierra se abría a sus pies.

CAPÍTULO VIII

LOS ecos de la victoria corrieron más rápidos que los disparos de los cañones y no habían pasado más de cinco meses y medio desde la victoriosa batalla cuando llegó un mensajero procedente de Madrid con una misiva lacrada con el sello del Conde-Duque de Olivares. En ella se daba la enhorabuena al capitán Álvaro de Ovando por su sonada victoria y se le pedía que se presentase en la capital para ser nombrado Capitán del Regimiento de Guardias del Rey por el propio monarca y su ministro de la guerra. Junto a la misiva el correo le entregó también un pequeño cofre de madera ricamente labrado, en su interior, envuelto en terciopelo rojo, había un pequeño mosquete con empuñadura de marfil finamente labrada y boca corta, mucho más corta de lo que jamás había visto el capitán. Era una pieza de arte y estaba firmada por Juan Curcio, el fundidor de Lieja, dueño de las fábricas de artillería de Santander.

—Don Gaspar de Guzmán os envía este presente como prueba del reconocimiento que siente por vuestra merced. Es un arma novedosa de origen francés que permite disparar sin tener que apoyar el cañón en una horquilla, una de las primeras fabricadas en España. Don Gaspar me dijo personalmente que desearía que os hicieseis cargo de la Guardia del Rey—dijo el correo una vez quedó a solas con el capitán Ovando, identificándose como José González, uno de los secretarios y hombres de confianza del Ministro— También me ordenó que os informase que están ocurriendo una serie de asesinatos en La Corte que amenazan con desestabilizar el país y cree que sois la persona ideal para resolver el problema y garantizar la

seguridad del Rey. Vuestra fama es realmente grande en Madrid y todo el mundo quiere conoceros, no es extraño pues que se os dé el honor de servir en Palacio y en el futuro os espere algún marquesado como pago a vuestros brillantes servicios.

Para el capitán Álvaro de Ovando aquellas noticias significaban el reconocimiento a su valor personal, la más alta distinción a su carrera militar y sobre todo, la gloria. En aquellos momentos le hubiera gustado que vivieran su padre y su hermano para que se sintieran orgullosos de él, para conocer que había sido distinguido por su valor y por defender el honor de su familia sin reparar en sacrificios. Lo había conseguido, el propio Conde-Duque había mandado a buscarle para llevarle a La Corte como capitán de los famosos “Archeros de cuchilla”, más conocidos como “la Guardia Amarilla” por el color de sus medias, los soldados mejor preparados y valerosos del mundo. Era el sueño que siempre había deseado.

Cuando logró serenarse se dio cuenta de que había una razón en contra de todo aquello, en el tiempo que había pasado en La Habana se había acostumbrado a la vida tranquila, sin los sobresaltos de la guerra, y a disfrutar de los placeres de Nula. Por eso pensó en negarse, pero no podía rechazar todo por lo que había luchado y convertirse en nada menos que el Jefe de la “Guardia Amarilla”, una de las distinciones más relevantes a las que como militar podía acceder.

Mientras hacía su equipaje pensó que tal vez sería bueno probar las mieles de la gloria en La Corte y más tarde, cuando fuese capaz de poner fin a la empresa que ahora se le encomendaba, volvería a pedir traslado a las tierras caribeñas e invertiría allí todos sus dineros para echar raíces, tener hijos y hacer el amor hasta la extenuación en las cálidas noches habaneras.

Aquella noche, cuando llegó ante la nueva casa donde vivía Nula no se atrevió a entrar. Pertenecía a uno de los Administradores de Víveres de la fortaleza, y se la había alquilado hacía más de dos meses, cuando propuso a la mulata que dejase su vida de prostituta y se dedicara sólo a él. Desde entonces cada noche salía de sus dependencias en la fortaleza y envuelto en las sombras se dirigía hasta la casa. Nula le esperaba bordando con la mesa puesta y algún exquisito dulce caribeño. Nada más llegar dejaba todo y se

echaba en sus brazos desnudándolo con desmedida pasión para caer sobre él jadeando, y provocar un terremoto de lujuria que les invadía por completo. Hacían el amor en los pasillos, en la cocina, en el zaguán hasta caer con la respiración entrecortada uno junto al otro, apenas rozándose pero sintiéndose muy cerca, cómplices de una felicidad que jamás habían conocido antes, que jamás habían sospechado.

Sabía que ella no podría entender por qué tenía que marcharse y probablemente no se lo perdonaría. Por eso pasó un largo rato frente a la puerta, luchando contra sus ganas de echarlo todo por la borda y dedicarse a vivir intensamente, sin pensar en el mañana, sólo en los impenitentes pechos de la mulata y las formas suaves que llevaban a su pubis. Durante aquellos minutos maldijo a la diosa fortuna, que le exigía un nuevo sacrificio en los momentos más felices de su vida, pero también pensó en los honores de La Corte, como capitán de la “Guardia Amarilla”, y recordó a su padre, y los préstamos que tuvo que pedir para comprarle a él y a su hermano los caballos y el equipamiento que precisaban para enrolarse como caballeros en los Tercios de Flandes veinte años atrás. Al fin tomó una decisión y con la cabeza baja y un dolor angustioso en su interior se dio la vuelta y no entró.

Pasó el resto de la noche escribiendo una extensa carta para Nula en la que intentaba explicarle por qué actuaba así y sobre todo pedirle disculpas por romper su propia felicidad, además de garantizarle una cantidad de ducados suficiente para que se mantuviese viviendo holgadamente hasta su vuelta, que en la tinta adivinaba pronto aunque en su fuero interno no estaba seguro de que fuese cierto.

Al día siguiente zarpó en compañía de José González en el mismo barco que había traído a éste, escoltados por tres ligeros “jabeques” y seis naves de guerra con sesenta y cuatro piezas de artillería. Aprovechando el convoy militar partieron también diez galeones de la flota de Nueva España cargados con plata peruana, que esperaban desde hacía una semana la llegada del resto de los galeones antes de iniciar la partida hacia Cádiz.

José González le informó de forma pormenorizada de los acontecimientos que estaban horadando los cimientos del Palacio, a los que como nuevo Capitán de la Guardia tendría que hacer frente, sin mencionar

la desesperación del Rey por las continuas muertes de las cortesanas el confidente no restó importancia alguna a los hechos acaecidos, y le entregó una grueso y lujoso cofre procedente de las fábricas de marroquinería toledana donde se amontonaban libros en los que se detallaban listados de todos los integrantes del séquito real, los sirvientes, la guardia, las cortesanas, hasta los mensajeros que de forma discontinua se encargaban de hacer llegar las órdenes reales a los nobles.

—Por cierto —le dijo el secretario de Olivares al atardecer del primer día de viaje— habéis de saber que vuestro protector, el marqués de Balbases y comandante Ambrosio de Spínola ha fallecido víctima de una misteriosa enfermedad cuando se encontraba en la guerra de Mantua.

Álvaro de Ovando enmudeció ante la noticia. No había vuelto a saber nada del general desde su partida hacia La Habana y desconocía por completo el envío de éste hacia la ciudad italiana de Casale para su asedio y la grave enfermedad que había padecido en los últimos meses y que le había llevado a la muerte. Por un momento dudó de tal enfermedad y no pudo sino recordar las misteriosas palabras de Lope de Carvajal el día de su despedida en Bruselas.

—Malas nuevas para España —acertó a contestar tras varios minutos de honda reflexión, lágrimas furtivas corrieron por su rostro, pero no hizo ningún movimiento para limpiarlas— El general Spínola no sólo era un gran hombre, también un valeroso patriota que ha entregado su vida al Rey y que no escatimó esfuerzos ni horas robadas al sueño para luchar por la victoria de nuestros ejércitos.

—Es cierto —corroboró González— de hecho si he venido a por vuestra merced es porque don Gaspar de Guzmán opina que no tenemos mandos tan leales y eficientes como él en nuestro ejército y necesita a su lado a un capitán joven y valeroso, capaz de poner fin a los misteriosos asesinatos e informarle de la situación de nuestras tropas tanto en ultramar como en Flandes. Vuestra merced es uno de los pocos oficiales que ha salido victorioso de todas las empresas que se os han encomendado y el Duque cree que en modo alguno tales hechos se deben a la casualidad —El enviado del Ministro cogió aliento antes de proseguir y bajando la voz como si fuese a descubrir un secreto vital le dijo— De ahora en adelante

debéis extremar vuestra seguridad, ya que el Duque cree que intentarán atentar contra vuestra vida, al parecer no sólo nuestro Ministro os cree un hombre vital para nuestros reinos y hasta sus oídos ha llegado la preparación de un atentado para acabar con vuestra vida.

—Pudisteis haberme informado de esas nuevas en La Habana y me hubieseis ahorrado el viaje —protestó Álvaro de Ovando visiblemente ofendido por las noticias que ahora le desvelaba el enviado del Ministro.

—No os hubiera servido de nada —dijo José González como si ya esperase la reacción del capitán— en realidad el atentado iba a perpetrarse en cierta casa que os había alquilado un Administrador de Víveres de El Morro, que a estas horas ya ha sido ajusticiado por traición al Rey. Sabían por él que pasabais las noches en sus dependencias con cierta prostituta de indudable hermosura que tenía especial debilidad por los ducados de oro y a la que dejabais muchas horas aburrida, horas que aprovechó para tomar contacto con cierto Jean de Solre con quien tenía más que intereses comerciales...

El correo del Ministro no pudo seguir, Álvaro de Ovando le había agarrado con la mano izquierda y con la derecha le había cruzado el cuello con su espada a una velocidad vertiginosa.

—Tendréis que probar vuestras palabras —le dijo con los ojos inyectados en ira— y si no son verdad os mataré sin contemplaciones.

—Lo sé —dijo con calma González— Por eso debéis acompañarme a la sentina del barco. Allí podremos aclarar todas vuestras dudas.

Con la espada desenfundada apuntando a la espalda del secretario de Olivares el capitán Álvaro de Ovando siguió a éste hasta el corazón del galeón, atravesando los grandes almacenes de su parte inferior para llegar hasta la sentina que abría paso a la “santabárbara” de la nave. Allí Gutiérrez golpeó en la puerta mientras gritaba el santo y seña pactado.

—¡Traición y muerte! —fueron las palabras de González. La puerta se abrió. Dentro había otro soldado y en el centro de la estancia, encadenados a un poste estaban un hombre y una mujer. Estaba bastante oscuro y las luces de los candiles de aceite que iluminaban la habitación eran muy débiles, lo que obligó a Álvaro de Ovando a adelantarse hasta los dos cuerpos desfallecidos para descubrir el rostro de Nula desfigurado por los

moratones. El capitán se arrodilló y abrazó a la mujer mientras le agarraba el rostro con ambas manos y la besaba una y otra vez frenéticamente.

—Os mataré, os mataré a todos, lo juro —decía una y otra vez mientras intentaba reanimarla.

La mujer abrió los ojos a duras penas y cuando vio a Álvaro de Ovando se sobresaltó y despertó repentinamente.

—Perdóname —le dijo— perdóname, no podía hacer otra cosa.

Entonces dejó de acariciarla y se puso en pie lentamente, sin poder apartar su mirada de aquella mujer a la que no reconocía, intentando comprender el significado de sus palabras, digerir la realidad de una traición que hasta unos minutos antes desconocía. La tierra pareció resquebrajarse bajo sus pies y durante unos segundos fue tan profundo el desaliento que estuvo a punto de desfallecer. Después fue recobrando el ánimo y consiguió abrir los labios, sus palabras sonaron débiles, escondían una profunda desazón.

—¿Por qué?, yo te quería —le dijo.

—Lo sé, él me obligó —contestó Nula indicando con la cabeza al hombre inconsciente que estaba encadenado junto a ella— era mi amante desde hacía tiempo y me prometió que me llevaría con él a Francia, a vivir en su castillo si le ayudaba a quitarte la vida. Ahora sé que estaba equivocada. Ayúdame por favor y te prometo que jamás te seré infiel. Ayúdame, no dejes que sigan torturándome.

El capitán Ovando no pudo o no quiso seguir escuchando las terribles revelaciones que acababan de terminar con sus sueños de La Habana. Hasta hacía unos minutos toda su vida se sostenía sobre el pilar de una mujer esperándole y una misión que debía resolver cuanto antes para regresar junto a ella y ser feliz para siempre. Ahora todo volvía a ser asquerosamente humano, peor que la propia guerra, donde siempre había sabido distinguir al enemigo y plantarle cara. Una sensación de asco y absoluta soledad le invadió hasta la médula y por un momento, lejos de sentir odio hacia la mujer que le había engañado, sintió lástima de sí mismo, como si ella no hubiese hecho más que lo que debía hacer. Las fuerzas se le escaparon, la mirada se le nubló un instante e hincó las rodillas en tierra mientras gruesas lágrimas corrían por su rostro desencajado.

—Era una prostituta y ya se había vendido cuando os conoció —dijo José González a su espalda— Es duro pero tenéis que asumirlo. No hagáis caso a sus peticiones de clemencia, son sólo producto del miedo al castigo. Os ha engañado desde el primer momento y lo peor de todo es que iba a ser cómplice de vuestra muerte.

Álvaro de Ovando se volvió lentamente hacia su interlocutor y habló con la voz rota del condenado.

—¿Qué va a ser de ella?.

—La llevamos a España para que sea interrogada junto a su amante —contestó el secretario de Olivares— Creemos que trabajan para un hombre de confianza del mismo Richelieu y que vuestra muerte era una muestra de lealtad del Cardenal para formalizar una alianza con los holandeses, pero ni tengo toda la información al respecto ni puedo proporcionárosla. De hecho muy probablemente intentarán de nuevo daros muerte. Corren tiempos tempestuosos en nuestra política internacional y los enemigos de España se esconden por todas partes.

El capitán asintió amargamente y salió de la estancia sin volver la cabeza. Quería conservar la imagen de Nula como hasta entonces y olvidar todo aquello como si de una pesadilla se tratase. Se sentía profundamente derrotado, vencido como jamás lo había estado en el campo de batalla.

—Sólo una cosa: Tratadles como a cristianos, ha sido a mí a quien querían quitar la vida, pero no por eso deben sufrir más que su encierro —dijo Álvaro de Ovando antes de separarse de González para dirigirse hacia su camarote.

Esa noche, el capitán Ovando bebió ron hasta la extenuación. Solo, en cubierta, mirando al Atlántico, mientras sentía la fría brisa marina en el rostro. Nada tenía sentido ni valor, sólo el aire del mar. El alcohol le quemaba la garganta en cada sorbo, hasta que de pronto el estómago no pudo soportarlo y vomitó una y otra vez, entre estertores, cayendo adormecido y sin poder levantarse sobre cubierta, encima de su propio vómito. Horas más tarde fue descubierto por un grumete y llevado a su camarote por dos de los marinos. Estaba tiritando y le echaron mantas en el catre para darle calor. El doctor que le vio dijo que viviría si deseaba vivir, pero no estaba seguro de que lo quisiera, y así pasaron dos largos días en los

que Álvaro de Ovando viajó entre la vida y la muerte, con grandes fiebres que convertían su lecho en un mar de sudor, y envuelto en pesadillas donde la señora de la guadaña se convertía en una mujer hermosa que le arrastraba al pecado, transformándose en una calavera llena de gusanos en el momento en que estaban fornicando.

Por fin, al tercer día, Álvaro de Ovando recuperó la razón, comenzó a tomar sopas calientes que le reconfortaron y juró que pasase lo que pasase jamás volvería a emborracharse ni a perder la razón por una mujer. Las horas le fueron devolviendo a la cordura y el aire fresco del amanecer del cuarto día le descubrió de nuevo en cubierta, mirando las oscuras aguas del Atlántico y rogando a Dios que le hiciera olvidar a Nula cuanto antes.

Durante el resto del largo viaje por el Atlántico la única novedad fue que la flota tuvo que sortear varias tormentas y enfrentarse a peligrosos vientos que llegaron a rasgar una de las velas del galeón del capitán antes de que la tripulación fuese capaz de recoger todo el trapo. Parecía como si el destino quisiese anunciar una y otra vez a Álvaro de Ovando que nada bueno le traerían los aires de Madrid y que el imperio, a cuya grandeza había contribuido con su sudor y su propia sangre, comenzaba a desmoronarse.

Por fin la flota de Nueva España fondeó en el puerto de Cádiz entre el regocijo de los corregidores, los administradores de Indias y los banqueros y prestamistas, que esperaban como aves de rapiña la llegada de la plata peruana con la que el estado pagaba los numerosos créditos para sostener sus campañas militares.

Una carroza real esperaba en la villa al capitán y al secretario de Olivares para llevarles con prontitud a Madrid. Antes de abandonar el barco Álvaro de Ovando vio como bajaban a los prisioneros y no pudo reprimir un escalofrío al imaginar los interrogatorios con los que los verdugos les harían confesar lentamente todos los pormenores de su traición hasta hacerles suplicar la muerte. Una vez más no sintió odio hacia Nula, sino piedad y una profunda frustración. Le invadió el sentimiento amargo de la derrota y se preguntó si merecía la pena tanta lucha, tanto sacrificio, tanta heroicidad y honor para ser traicionado por la mujer a la que amaba. A medida que se acercaba al carruaje seguido por su escolta y el resto del

séquito el andar fue haciéndosele pesado y el humor huraño, no estaba acostumbrado a tan dolorosas derrotas.

—¡Juro por mi apellido que jamás entregaré mi amor a una mujer! — masculló entre dientes, intentando grabar a fuego aquel juramento en lo más profundo de su cabeza. A su lado, José González no pudo reprimir una sonrisa, sabía que aquel juramento no era sino un signo de debilidad de un hombre que intentaba enterrar un fantasma.

—No quiero partir ahora mismo —dijo de pronto Ovando al secretario del Conde-Duque— necesito descansar. Pasar unas horas solo. Por favor, dejadme en una posada y mañana al amanecer os juro que partiré con vuestra merced, pero ahora necesito un poco de tiempo para pensar.

Por toda respuesta González habló con el cochero y llevó al capitán hasta la Fonda de Sebastián Heredia, un antiguo palacio convertido en un alojamiento limpio y respetable con cierta fama entre los hombres de negocios, donde solían ir los banqueros de Sevilla cuando viajaban a Cádiz a esperar la llegada de la Flota de las Indias.

Álvaro de Ovando tomó una habitación con vistas al mar y, por primera vez en más de una semana, disfrutó de un baño en una lujosa estancia, destinada habitualmente para huéspedes de rancio abolengo. Después se cambió las ropas y buscó en las cercanías de la fonda un barbero que le rasuró la barba y le cortó parte de la melena que llevaba atada a la nuca, en una larga coleta. El aire de Cádiz le traía aromas casi olvidados de las tierras de España, olores a frituras, a pescado pasado, a lombardas y repollos cocidos a fuego lento, a grandeza y miseria, a niñez y adolescencia. Paseó durante horas por el puerto, viendo el trasiego de los porteadores descargando los galeones de la Flota bajo la mirada atenta de los banqueros y comerciantes y después se aventuró por la zona de las tabernas, donde decenas de marineros y hombres de fortuna buscaban el encuentro con un capitán que les contratara para alguna misión en Nueva España. En su paseo tuvo la sensación de que no estaba solo, pero por más que intentó adivinar quién podía seguirle volviendo varias veces la cabeza de forma repentina, no lo consiguió en ningún caso. Al final decidió que era probable que estuviera equivocado y que los meses de peligros en el Caribe le habían

convertido en demasiado desconfiado, porque ahora se encontraba en España, el corazón del imperio de su majestad Felipe IV.

El anochecer le descubrió en una taberna del puerto, aferrado a una jarra de vino, bebiendo discretos sorbos para sentirse bien pero sin intención de emborracharse, tal como se había prometido que jamás volvería a pasar. Jugó a atusarse el bigote y la perilla y durante un rato estuvo examinando el mosquete que le había regalado el Conde-Duque. Mientras miraba el arma con atención se preguntó si sería cierto que, cómo decían, muchas de aquellas armas eran innobles y por eso explotaban al dispararlas y quemaban el rostro de quienes las usaban como si de pequeños cañones se tratase.

Una tabernera entrada en carnes y mostrando un pecho esplendoroso por su soberbio escote le ofreció otra jarra mientras no disimulaba sus encantos por si precisara algún otro tipo de servicio por un módico precio, pero el capitán desechó el ofrecimiento con una media sonrisa. Era la primera vez que una mujer se dirigía a él desde Nula y estaba tan escaldado que ni siquiera pensó en la posibilidad de desfogarse con aquélla. Pasó bastante tiempo jugando con los recuerdos, como si aquella noche significase una ruptura con el pasado y el devenir, una línea que le separaba de un tiempo en el que se creyó afortunado y sólo fue un cornudo y le llevaba a otro donde todo era incierto y según sabía, peligroso.

Junto a su mesa se sentaron dos hombres de aspecto bohemio aunque lucían el mostacho terminado en punta que tan de moda se había puesto entre los licenciados e intelectuales. Tomaron varios vasos de vino antes de comenzar a hablar en voz alta y con sorna sobre la decadencia de las letras y la soberbia de ciertos “plumillas de tres al cuarto” por compararse con los clásicos. Cada vaso de vino propiciaba que su discurso elevase su tono y pese a que la taberna registraba un lleno considerable y no era fácil alzar la voz sobre el murmullo general, en su entusiasmo se les escuchaba perfectamente atacar sin pábulo las moralejas anquilosadas del “Licenciado Vidriera” y el “Celoso Extremeño” cervantinos. Uno de ellos extrajo del jubón un libro de reciente edición manifestando a su colega de tertulia que era una de las mejores y más corrosivas obras jamás publicadas en España. Se trataba de “El Chitón de las Tarabillas” que, aunque se tildaba de

anónima, toda la caterva intelectual de Madrid otorgaba a don Francisco de Quevedo y según decían, afirmó bajando un poco la voz aunque para el capitán Ovando resultaba perfectamente audible, “el licenciado Todo lo Sabe” que en su ignorancia difamaba al rey y a su privado no era otro que don Mateo Lisón y Biedma, antiguo procurador en Cortes por Granada y adversario conocido de don Gaspar de Guzmán”.

Mentar al Conde-Duque atrajo la atención de Álvaro de Ovando, que movió su banquetta aproximándose de espaldas un poco más a los dos hombres, para captar mejor la conversación que de pronto había bajado mucho su tono, buscando la intimidad que antes no pretendieran. Contestando al que sacara la obra, el más joven de los dos hombres dijo entonces que se rumoreaba que la Inquisición iba a incluir en su índice de obras prohibidas a aquel libro, porque había sido acusado de escandaloso y “proclive a la sedición”. “Acaba de editarse una obra llamada el Tapaboca que según parece no es sino la réplica de Lisón y Biedma contra “El Chitón” —comentó bajando aún más el tono de su voz hasta hacerla difícilmente audible para el capitán, que tuvo que esforzarse para poder captar todas las palabras— en dicho libro se acusa de repartir favores y oficios al privado real, dándose los nombres de muchos familiares del Ministro que hoy ocupan cargos importantes en La Corte, como su hijo el conde de Ricla y la caterva de Guzmanes que invaden nuestro gobierno”.

Los dos hombres dieron por finalizada su disertación y pidiendo la cuenta se despidieron, dejando al capitán de nuevo ante otra jarra de vino ya casi vacía, preguntándose si todos aquellos “prohombres” que criticaban en las tabernas no eran sino el cáncer que corroía lentamente el espíritu de grandeza del imperio y si los hombres de letras no eran sino cobardes que escondían su incapacidad para el valor tras la tinta y la pluma, haciendo fintas con la palabra que no se atrevían a hacer con la espada.

Al salir del lugar se dio cuenta de que se le había hecho bastante tarde. Entre las sombras del puerto avanzó con presteza hacia su hospedería, pero al girar tras una barca medio calafateada que estaba varada en tierra se dio de bruces con cinco hombres, espada en mano, que le rodearon con presteza. Apenas le dio tiempo a desenvainar antes de sentir el acero entrando en su carne a la altura del hombro izquierdo, sin duda una

estocada errada que había buscado su corazón para terminar cuanto antes, lo que le desveló que no se trataba de un asalto para quitarle sus pertenencias sino de una emboscada para quitarle la vida.

Con un feroz grito se lanzó hacia adelante y su acero golpeó con fuerza el de la otra espada resbalando hasta la cazoleta. Entonces realizó un rápido y violento movimiento circular en molinete que hizo perder el arma a su adversario, ensartándole con la misma presteza. Sin tomar aliento se echó sobre un segundo enemigo siguiendo la misma técnica aprendida en los largos días de su entrenamiento como soldado, sabía que la sorpresa más que su espada era en ese momento su única esperanza. Los metales chirriaron y la hoja de su arma resbaló hasta la empuñadura española del arma de su enemigo. Empujó con todas sus fuerzas y su oponente pareció ceder perdiendo el pie y cayendo hacia atrás, momento en que dio un veloz mandoble que le segó el cuello limpiamente. De nuevo sintió la herida de otra espada al hundirse en su costado y con un violento golpe barrió la sombra que le atacaba hiriendo mortalmente a su oponente, pero mientras retrocedía intentando recuperar fuerzas supo que no resistiría un nuevo ataque de los dos asaltantes que quedaban.

Espada en mano les hizo frente sin poder ver siquiera sus rostros en la oscuridad y se preparó para un nuevo, tal vez el último, ataque. Sabía que no podría esquivar a ambos y por eso dio dos pasos atrás buscando poder retrasar el asalto final y, entonces, vio otra sombra a su espalda, y un rayo de luna reverberó en el acero de otra espada que como la suya apuntaba hacia sus asesinos. Las armas chocaron y los desmotivados mercenarios fueron conscientes de que se encontraban ante formidables hombres de armas, lo que provocó que tras una nueva acometida infructuosa volvieran sobre sus pasos y huyeran a la carrera perdiéndose en los callejones del puerto, que conocían perfectamente.

—Agradezco mucho vuestra ayuda, de no haber sido por vuestra merced a estas horas estaría en el infierno —dijo el ensangrentado capitán Ovando al recién llegado.

—Sólo cumplo órdenes del Conde-Duque con respecto a vuestra seguridad, e intervine porque vi. que podía peligrar vuestra vida, pero os juro que todo lo que había oído contar de vuestra persona acaba de

empequeñecer ante la visión de vuestra temeridad y valentía —respondió José González mientras agarraba a Álvaro de Ovando para que se apoyara en su hombro.

Durante varios días los doctores gaditanos del Hospital de Nuestra Señora de la Merced limpiaron las heridas del capitán, cauterizándolas con hierros candentes y le dieron aceite de ortigas y ungüentos de raíces que facilitaron su pronta recuperación.

—Habéis tenido suerte capitán —le dijo al abandonar el hospital un doctor de avanzada edad, haciendo valer en sus palabras muchos años de sabiduría y experiencia en la curación de heridas de arma blanca— el acero buscó vuestras zonas vitales sin acertar en ninguna, pero no tentéis a la fortuna. Sois un gran soldado, pero de carne y hueso como el resto de los cristianos y la muerte viene a buscar por igual a ricos que a pobres, a mendigos que a reyes. Cuidaos mucho, por esta vez sólo os quedarán unas cicatrices como recuerdo de vuestras escaramuzas. Dios os guarde muchos años.

En la puerta del hospital esperaba la carroza para dirigirse a Madrid, seguida de la escolta real que garantizaría su traslado por caminos no siempre seguros. Y así comenzó un viaje durante el cual el capitán Álvaro de Ovando apenas dejó escapar más de las palabras estrictamente necesarias, mostrándose reflexivo y ausente, intentando concentrar toda su atención en su nueva misión y en las pequeñas aldeas por las que pasaban.

—Es grande nuestra España, allende los mares me pareció que demasiado grande para poder entenderla y que sus hombres sepan reconocerse, sólo la Cruz de Nuestro Señor nos permite soñar en un futuro común —dijo a González en una de las escasas ocasiones en que salió de su letargo para hacerle partícipe de sus pensamientos.

—Estos son tiempos difíciles —contestó el secretario del Conde-Duque, confiándole a su vez opiniones tal vez demasiado reservadas en otros círculos— y nuestros dominios excesivos. Tal vez sería mejor abandonar algunos y garantizar la defensa de otros para no perderlos todos. Pero ya se sabe, nuestros enemigos están al acecho y a la espera de que soltemos prenda para dejarnos en cueros.

El capitán Ovando no pareció oír aquellas palabras, o al menos no les prestó excesivo interés mientras sus ojos se perdieron a través del cristal en los interminables campos de encinas y alcornoques que conformaban aquella imagen de las tierras peninsulares que tanto le gustaba y que, de nuevo, le hacía viajar en los recuerdos hasta los lejanos tiempos de su infancia.

Se concentró en su nueva situación. Iba a convertirse en Capitán de la Guardia Real y este pensamiento le hizo sentirse fuerte y seguro de sí mismo. Sería mucho más poderoso de lo que había sido nunca jamás, y conocería los placeres y el lujo de La Corte que tantas veces había oído nombrar. Era como un sueño en el que debía sumergirse y no estaba dispuesto a estropearlo con pesadillas de hombre prudente.

En ese largo y polvoriento camino intuyó que por primera vez en su dilatada vida militar iba a enfrentarse a un enemigo mucho más peligroso y cruel que los que hasta ahora había conocido. Un enemigo sin escrúpulos al que alguna razón poderosa le llevaba a asesinar jóvenes muchachas y esfumarse entre los muros de Palacio. No importaba. Él era el capitán Álvaro de Ovando, Jefe de la “Guardia Amarilla” y héroe de Breda y La Habana, ¡que temblase aquel criminal! porque le haría prender en lo más alto de las torres del Alcázar hasta que los cuervos se lo comiesen en vida. No tendría piedad ni aunque del mismo Satanás se tratase.

CAPÍTULO IX

-ESTAMOS viviendo momentos difíciles, muy difíciles, y todo el mundo tiende a ponerse demasiado nervioso, incluso el Rey parecía fuera de sí tras la reunión, creo que hubiera matado con sus propias manos al capitán Villanueva por hacer un ridículo tan espantoso —las palabras del Duque de Alba pusieron fin a más de una hora de conversación en la que había explicado a su fiel Calabacillas el desarrollo del encuentro con el monarca el día anterior.

—En verdad que tuvo mala pata el Jefe de la Guardia por no tener en cuenta que el Marqués de Camarasa pudiera no ser el asesino —dijo Calabacillas.

—¿Mala pata? Vive Dios que no fue mala pata, se cavó su propia tumba—contestó el Duque— Pero lo más terrible es que el asesino sigue suelto y puede volver a actuar de nuevo. Desde el primer criado hasta el propio Olivares, cualquiera puede ser el degenerado que se mueve a sus anchas por Palacio matando mujeres y tal como están las cosas en Italia dudo que su majestad quiera dejar el timón y marcharse a pasar una temporada de vacaciones a alguno de sus palacios.

—¿Pero no hay indicios de quién puede estar detrás de todo esto? —preguntó inocentemente el enano— Los consejeros del Rey deben tener alguna respuesta.

—Ninguna. Estuve hablando un momento con su majestad y me confesó que descartado el de Camarasa no había ninguna prueba que inculpase a nadie en los asesinatos. De momento se ha encargado

personalmente de redoblar las guardias y controlar a todo el personal de Palacio. Nadie entrará o saldrá sin una credencial con el sello del propio Rey y sin conocer un santo y seña que será cambiado a diario, pero no tiene gran confianza en que esas medidas sirvan de mucho, visto lo visto el asesino es capaz de escurrirse por el ojo de una cerradura, en realidad parece un fantasma más que un cristiano de carne y hueso —zanjó el Duque.

—Perdonad mi impertinencia, mi señor —prosiguió Calabacillas, visiblemente interesado porque la conversación sobre los asesinatos no terminase— No creo que haya más de un centenar de personas que puedan andar libremente por Palacio sin levantar sospechas, entre las que me cuento. De ellas no habrá siquiera una treintena con capacidad de acceso a las salas donde se han producido los crímenes en las horas que tuvieron lugar y si tenemos en cuenta los requisitos físicos y la fuerza que se exige para llevarlos a cabo, tal lista puede quedar reducida a apenas una veintena de personas. No creo que sea tan difícil vigilarlas y saber qué hacen cada una de las horas del día.

—Lo sé —asintió el Duque— De hecho también sé que su majestad ha encargado a don Fernando de Borja, el Condestable de Castilla, que lleve a cabo personalmente esa lista. Yo os pido, leal amigo, que si sois capaz de descubrir la más leve prueba o tener la menor sospecha sobre el posible criminal me lo hagáis saber lo antes posible.

—¿Por qué no se lo ha encargado al Conde-Duque, al fin y al cabo es el primer ministro y ostenta un poder casi absoluto en los asuntos de estado —insistió el enano como si la pregunta se le acabase de ocurrir en aquel momento.

—Creo que el distanciamiento entre su majestad y don Gaspar de Guzmán es un hecho a todas luces evidente —contestó solícito el Duque— pero sobre todo creo, aunque sólo sea una intuición personal, que el Conde-Duque encabezará esa lista de sospechosos.

En los días siguientes el enano Calabacillas vivió en sus propias carnes las medidas tomadas a cabo para garantizar la seguridad del monarca, pero muy pronto se dio cuenta de que tales medidas provocaban un auténtico caos entre el personal de Palacio, que llegaba tarde a sus tareas cotidianas o

no podía acceder sin más a limpiar los lugares donde se encontraba el Rey. Estaba claro que la desconfianza estaba a punto de generar un auténtico drama en el funcionamiento orgánico del Alcázar y nadie sabía a ciencia cierta si tales medidas daban algún resultado más allá del desconcierto.

Una vez más el Duque de Alba no se había equivocado y el Condestable de Castilla se encontraba al frente de todo aquel aparato militar en busca de un fantasma. “Resulta cómico —pensó Calabacillas— que la nación más poderosa de la tierra se esté tambaleando por causa de un solo hombre”.

Había que hacer algo y el bufón decidió actuar. Con más dificultades que si hubiera querido llegar al propio infierno logró acceder a última hora de la mañana junto al cementerio de los sirvientes, por la parte sur del muro de la Iglesia de las Claras, donde habían hallado el cuerpo sin vida de la segunda menina asesinada abrazando una cruz de hierro oxidada. Durante un rato estuvo dando vueltas por los alrededores, simulando estar preparando piruetas para algún montaje teatral de los que tanto gustaban al monarca. De vez en cuando pasaba una patrulla de guardias reales armados en perfecta formación marcial. Una y otra vez se preguntó por qué había sido asesinada allí, probablemente porque había salido del templo y se había topado de frente con el criminal. Sin llegar a conclusión alguna se centró en la cruz de hierro, necesitaba verla para poder tener un punto de referencia sobre su origen. Se dirigió entonces hacia el edificio donde se encontraba el Cuerpo de Guardia. Curiosamente la entrada estaba menos vigilada que cualquiera de los accesos a Palacio. Al atravesar el umbral fue parado en seco por un alabardero que le pidió el pase lacrado y el santo y seña. Después le preguntó dónde se dirigía.

—¿No lo sabéis? —dijo mostrando su expresión más inocente y bobalicona— Se está preparando un Auto de Fe para ahuyentar al demonio y distraer a su majestad y me han pedido que vea la cruz que tenía la doncella asesinada para buscar una cruz parecida que arderá en la hoguera como sacrificio contra el maligno. Ya sabéis, son cosas del «Maestro de Ceremonias», que pretende tenerlo listo para Cuaresma.

—Desconozco dónde se encuentra esa cruz, pero preguntad al Jefe del Cuerpo de Guardia, se encuentra en esa estancia —dijo el soldado indicando con la cabeza el despacho principal al fondo del pasillo.

Durante más de una hora el enano tuvo que repetir dos veces su historia y fue conducido de un lado a otro, con largos compases de espera en los despachos, sin que nadie supiera a ciencia cierta dónde se encontraba la cruz. Por fin un Oficial de la Guardia, visiblemente cansado de tanto ajeteo y pocas horas de sueño, pareció recordar.

—Está en el cementerio de los sirvientes —dijo de mala gana— Ha sido devuelta al lugar del que procedía, al parecer fue arrancada de la tumba de una muchacha que murió de fiebres maltas hace dos veranos, creo que se llamaba María Eulalia y trabajó como doncella de la infanta. No tenía nada de particular, es una cruz de hierro en espiral muy vieja, probablemente estuvo anteriormente en otra tumba. Podéis quemar cualquier cruz y nadie lo distinguirá, es una cruz tan vulgar como otra cualquiera.

Sin perder tiempo el enano volvió de nuevo al cementerio. Era ya la hora del almuerzo y por los alrededores no se encontraban ni los guardias que había visto por la mañana. La puerta del recinto estaba abierta. No tardó mucho en encontrar la tumba de la joven. Una tosca madera indicaba su nombre y había muchas flores, probablemente porque tenía familiares o amigos trabajando en Palacio. La cruz que presidía la sepultura era efectivamente una cruz vieja y herrumbrosa que no indicaba nada. Fue arrancada de allí y puesta en las manos de la asesinada con alguna misteriosa intención. “Tal vez porque el asesino pretendía que todos relacionasen el suceso con el mundo de los muertos y así evitar sospechas, como si la muchacha fallecida por las maltas se hubiera levantado de su tumba y se dedicara a matar a otras cortesanas, pensó Calabacillas, o tal vez, porque el asesino quería indicar algo, ¿pero qué?”.

En ese momento una idea se cruzó por la cabeza del enano. Rodeó la tumba y agarró la cruz con las dos manos tirando con fuerza hacia arriba. Pese a que había sido clavada hacía poco tiempo y la argamasa aún no había fraguado suficientemente la cruz no salió. De nuevo dio un tirón, nada. Se apoyó empujándola hacia un lado y luego hacia el otro y tiró de nuevo. Tuvo que repetir tres veces la operación. Por fin el hierro salió. En su parte inferior se abría en dos pletinas que lo sujetaban y que habían hecho tan difícil su extracción. La cruz era pesada y tuvo que sostenerla con ambas manos para poder guardar el equilibrio y poder colocarla de nuevo. El

enano sonrió, “la muerte por fiebres maltas debilitaba mucho a los enfermos, sin duda si el fantasma de la joven María Eulalia había salido de su tumba se encontraba en perfecto estado de forma y tenía la fuerza de un hombre adulto”, pensó con sarcasmo.

Estaba muy excitado por los descubrimientos y en vez de ir a almorzar a las cocinas, como hacía habitualmente, fue hasta el pabellón del servicio donde se encontraban los sirvientes. Desde allí se dirigió a la cercana “Casa de Muñecas” donde se alojaban las cortesanas. Conocía perfectamente a las damas de compañía de la infanta, las deslumbrantes mujeres que todo el mundo sabía eran amantes del Rey y, aunque en secreto, buscaba poder ver a su amada doña María Isabel de Tolosa, se encontró de frente con Encarnación de Salazar, una jovencita muy hermosa y habladora, rolliza de carnes, de tez blanca y pelo negro zaino a la que en más de una ocasión había adulado con sus memorizados sonetos. La muchacha se alteró un poco al ver allí al enano a quien jamás había visto pisar por aquellos pagos.

—¿Vuestra merced viene de parte del Rey? —preguntó— Hace tiempo que no nos llama y no sabemos si tiene miedo de que la maldición que se ciñe sobre nosotras le sea contagiada.

—Es normal que con tanto revuelo su majestad quiera evitar cualquier peligro —dijo el enano evitando contestar la pregunta— pero no se preocupe vuestra merced, seguro que en poco tiempo el criminal será apresado y las aguas volverán a su cauce. Si estoy aquí es porque tengo el encargo secreto de llevar unas flores a la tumba de una muchacha que murió hace dos veranos de fiebres maltas, tal vez la conocierais, se llamaba...

—María Eulalia, también la conocían como “la segedana” —terció la joven— no estuvo aquí mucho tiempo, en realidad fue contratada como doncella pero tenía una salud muy frágil y apenas pasó con nosotras un mes, fue internada en el hospital de Palacio con fiebres maltas y una semana después murió, aunque todo el mundo sospechó que había sido envenenada. Procedía de la familia de los Zúñiga, aunque en segundo o tercer grado, según dicen. Era muy tímida y devota, iba a misa dos veces al día y rezaba el rosario todas las noches. Estuvo poco tiempo pero la queríamos mucho, el Rey nunca tuvo contacto con ella porque temía por su mala salud, la verdad es que era muy buena persona, dulce y desinteresada

como jamás he visto a nadie. Todas teníamos la convicción de que no iba a durar mucho, y creo que ella también lo sabía, pero lejos de hundirse nos ayudaba a coser la ropa y a arreglarnos para las fiestas. Ella nunca asistió a ninguna. La recuerdo perfectamente. Fue una lástima que muriera.

—¿Sabe vuestra merced si tuvo alguna mala relación con doña Inés, si no se llevaban bien? —preguntó el enano como quien no quiere la cosa.

—¿Por qué dices eso?. No creo que “la segedana” tuviera jamás algún encontronazo con nadie. No puedes ni imaginar la clase de persona que era. Algo fuera de lo común. Era discreta y tímida, pero en cuanto se la conocía se volvía muy dulce y agradable. De haber sido un hombre me hubiera gustado tener a mi lado a una mujer como ella, pero el infortunio le perseguía y ya veis como acabó —Encarnación Salazar hablaba más para sí misma que para su interlocutor, pero Calabacillas seguía con avidez cada una de sus palabras, intentando encontrar la clave de algo que sospechaba le aclararía muchas cosas— Dicen que era una auténtica doncella y que murió siendo una santa. Yo no lo pongo en duda. Después de conocerla cualquiera de las demás me parece una víbora, y eso que como sabéis yo me llevo bien con todas, pero en estos tiempos que corren raro es que alguna de las chicas no levante rumores ni te apuñale cuando menos te lo esperas. María Eulalia era distinta, bien distinta, por eso todo el mundo la recuerda con afecto, incluso con mucho afecto, se dice que el Conde de Sástago y Puebla la pretendió entre otros antes de venir a La Corte, y que ella le desdeñó por el amor de un sirviente que murió en extrañas circunstancias, pero ya sabéis que se cuentan muchas cosas...

Mientras regresaba a sus aposentos Calabacillas sentía que la cabeza le daba vueltas intentando retener todo lo que Encarnación de Salazar le había dicho y encajarlo con el resto de datos que había obtenido en sus investigaciones. Poco a poco una extraña idea iba tomando cuerpo en su mente y por más peregrina que le parecía, una corazonada le llevó a pasar la tarde mirando al techo de su cubículo, dándole vueltas a su imaginación, con la misma concentración con que observaba en ratos perdidos los lentos movimientos de las arañas.

Con la caída de la tarde las tripas comenzaron a chirriarle y recordó que no había comido nada en todo el día. Entonces fue hasta la cocina, donde

también tuvo que mostrar su credencial lacrada y dar el santo y seña del día, y cenó junto a los sirvientes que hacían turno durante la noche. Todo el mundo hablaba en voz baja y el ambiente, más que nunca, estaba impregnado de una tensión desconocida. Apenas cruzó unas cuantas frases con el resto de personas sentadas en los bancos de madera que comían a toda prisa y sin levantar apenas la cabeza, como si el hecho de demostrar tensión y recogimiento fuese un indicativo de inocencia. La sopa estaba sosa y el tocino con huevos muy salado, como si la tensión hubiera hecho también mella entre los cocineros, siempre tan correctos, y les hubiera hecho olvidar hasta las recetas más insignificantes.

De postre tomó una granada y jugó un rato con las pepitas rojas antes de devorarlas con avidez. Después también tomó un membrillo de la cesta de la fruta, le gustaba la carne áspera y el fuerte sabor que dejaba la lengua pastosa. Era curioso pero prefería tomar el membrillo como fruta que degustar el afamado dulce que con tanto esmero hacían los maestros de cocina y que le resultaba demasiado dulce. Por un momento y sin saber por qué se reprochó aquel pensamiento, no podía evitar en momentos de gula el recuerdo de aquella noche lejana, las punzadas del hambre y ver a su padre internarse en la niebla para buscar a duras penas unas bayas de majuelo con que poder engañar al estómago para evitar la muerte. El viejo Juan Martín Calabazas había demostrado que le quería más allá de su propia vida, y por más tiempo que pasase Calabacillas no podría olvidar aquel gesto tan generoso, algo que jamás había vuelto a ver jamás en ningún ser humano, y que a él le había salvado la vida.

De nuevo salió al patio de Palacio. Ahora los últimos rayos de luz se filtraban entre las nubes y un viento frío presagiaba que habría helada. Por más vueltas que le daba no conseguía encajar en su mente algunas de las piezas de la triste historia de Maria Eulalia “la segedana”, lo que le llevó a dirigirse de nuevo hacia la Casa de las Muñecas. Esta vez no se topó con ningún guardia en el camino, probablemente porque era la hora de la cena. No encontró a Encarnación Salazar ni a María Isabel de Tolosa, tan sólo halló bordando en la sala de estar a otra de las cortesanas, Isabel Siruela, quien le dijo que probablemente ambas estarían en capilla y que no tardarían demasiado. El enano decidió quedarse a esperarlas interesándose

falsamente por los bordados de Isabel, la mayor de las cortesanas, que un día fuera favorita del Rey y que desde hacía meses no tenía otra ocupación que la costura. Era una mujer muy atractiva, que no pasaría los treinta años, y a quien el tiempo le había dado un encanto especial, aunque en Palacio era bien sabido que Felipe IV las prefería jóvenes, y que si seguía en la Casa de Muñecas no era sino para instruir a las nuevas cortesanas.

—Siempre me ha maravillado el que enhebrar agujas pueda provocar obras de arte, sobre todo porque soy un completo inútil y no sería capaz de hacer un zurcido —dijo el enano para romper el hielo.

—Es sólo cuestión de práctica— contestó ella visiblemente halagada— Para mí es realmente entretenido, a veces se me pasa el día sin darme cuenta. No es mucho lo que hay que hacer aquí, y ahora encima apenas nos dejan salir por los asesinatos.

—¿No tiene miedo de que pueda pasarle a vuestra merced? —interrogó Calabacillas.

—Siempre es posible, estamos en manos de Nuestro Señor —dijo la mujer persignándose— pero creo que el asesino será apresado muy pronto, antes de que pueda cometer nuevos crímenes. Si nos toca nos tocó, nadie sabe lo que pasa por la mente de ese loco, imaginaos que ahora le da por matar bufones.

El enano sonrió cogiendo al vuelo el sarcasmo, se había dado cuenta de que aquella mujer era muy inteligente, además de tener grandes dotes para la costura, y le gustó saber que entre aquellas cortesanas había alguien con sentido del humor y sangre fría, alguien que tal vez le pudiera servir de gran ayuda.

—¿Conocisteis a María Eulalia, la segedana? —se atrevió a preguntar.

—¿Por qué lo preguntáis? Debéis saber que la conocí porque soy la más veterana de cuantas ocupamos esta casa y ella estuvo aquí sólo hace dos años.

—Hasta morir...

—Hasta morir de fiebres maltas. No creo que eso tenga nada que ver con los asesinatos hechos con arma blanca por un criminal —dijo mientras dejaba a un lado el bordado y dirigía la penetrante mirada de sus ojos verdes al inquieto enano.

—¿Sabéis que antes de venir aquí tenía muchos pretendientes, entre ellos algún grande de España? —siguió interrogando Calabacillas.

—Por lo visto os habéis informado bien, ¿pero en verdad no sospecháis que todas las que entramos aquí somos pretendidas por muchos, grandes o chicos de España? ¿No os dais cuenta de que entre estas paredes se encuentran las flores más esplendorosas de todo el imperio? —contestó mostrando de nuevo una sonrisa sarcástica.

—Claro, no hay más que veros —fue la rápida respuesta del enano.

—No me refería a mí, yo ya hace tiempo que superé la necesidad de mantener mi espíritu con los halagos de los hombres, aunque siguen haciéndolo. Quería haceros entender que, por nuestra belleza, somos escogidas para servir a los infantes y de paso servimos las necesidades del Rey...

—No era necesario que os explicarais, todo el mundo en Palacio lo sabe —dijo Calabacillas empezando a incomodarse al haber perdido el rumbo de la conversación.

—Entonces ¿a dónde quiere llegar vuestra merced? ¿A le diga que tal o cual grande de España enviaba mensajes de amor a Maria Eulalia “la segedana”. Y a que le confirme que ese “grande” era don Francisco Vinuesa, el Conde de Sástago y Puebla?. ¿Acaso ahora vive de los chismes en vez de bufonadas?. —el humor ácido de Isabel Siruela tenía al enano contra las cuerdas, que no sabía si se estaba equivocando al hacer sus preguntas o por el contrario estaba en el buen camino.

—Eres mucho más listo de lo que pareces, ¿verdad? —prosiguió la mujer sin dar cuartel a su interlocutor— Dicen las chicas que eres capaz de recitar versos enteros del Quijote, y que los sonetos de Lope o Calderón no tienen secretos para vuestra merced. Alguien tan inteligente, con tanta memoria y que conoce tantos chismes podría muy bien ser peligroso para esos “grandes” de quienes habláis. Y ahora, querido bufón, deja de portarte como un imbécil y de hacerme preguntas cuya respuesta conoces y dime de verdad por qué estás esperando a Encarnación Salazar. ¿Tal vez para entregarle una inocente nota del Duque de Medina de las Torres, a quien tantas veces se ha negado a ver, o para concertar una cita secreta con algún segundón de La Corte?.

Calabacillas no tuvo que contestar. En esos momentos el azorado llanto de una mujer les llevó hasta la puerta. Allí estaba Luisa Magdalena de Jesús, una de las más jóvenes cortesanas, llorando desenfrenadamente y tapando su rostro con ambas manos. Fuera se oían pasos precipitados y los inconfundibles gritos de la “Guardia Amarilla” dando la voz de alarma.

Lo que ocurrió luego era ya intuido por Juan Martín Calabazas e Isabel de Siruela, ambos no se inmutaron cuando acertaron a escuchar la voz de uno de los soldados en medio de la noche. “¡Han matado a otra mujer, han matado a otra de las cortesanas! ¡Llamad al Condestable, que vengan refuerzos!”

Los dos sabían que Encarnación Salazar no volvería a entrar jamás en aquella casa.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO X

SEVILLA era en aquellos tiempos mucho más que una ciudad, era la capital del Mundo. Uno de los pocos lugares de la Tierra donde se daban cita capitanes aventureros y soldados de fortuna en busca de un barco con destino al Nuevo Mundo, monjes y sacerdotes con el anhelo de convertirse en los evangelizadores de los indígenas del nuevo continente, banqueros ambiciosos ávidos de plata, hidalgos en decadencia, holgazanes y pícaros en busca de rapiña, tahúres y estafadores a la caza de ingenuos hacendados, putas e inquisidores prestos a atrapar a sus víctimas, prometedores artistas, extravagantes poetas, espadachines a sueldo, lozanas vírgenes vendiendo su tesoro al mejor postor, seminaristas complacientes y gentes de toda clase y condición en busca de un sueño a orillas del Guadalquivir. Sevilla era más que un lugar, era un destino y por eso aquella tarde el carruaje de caballos paró su marcha a las puertas del Palacio de Rodrigo de Antequera, Conde de Feria y Hortaleza, en San Juan de Dios, a la entrada de Triana, para dejar que sus ilustres pasajeros pasaran la noche en las confortables habitaciones que les tenía preparadas.

Era un palacio fastuoso, abrazado por una muralla con garitas adosadas y una cornisa de arquillos que le daban una imagen de fortaleza. Atravesaron la puerta donde un soldado del Conde les dio la bienvenida y les informó que su señor les estaba esperando. En el patio de la lujosa mansión dos hombres, espada en mano, ejercitaban con destreza el arte de la esgrima. El sonido del carruaje apagó al de las espadas y ambos pararon su duelo para ir a recibir a los recién llegados. Eran singularmente distintos,

uno alto y corpulento, con el pelo corto y la mirada noble que promete lealtad eterna. El otro era más bajo y delgado, con el pelo largo cayéndole sobre el rostro, los ojos de un verde azul intenso y la mirada segura de quien se sabe un ganador antes de levantar las cartas. En aquel momento Rodrigo de Antequera salió por la puerta principal mostrando una encantadora sonrisa y los brazos abiertos al recién llegado. Álvaro de Ovando abrazó al conde más en reciprocidad que otra cosa ya que, pese a haberle conocido años atrás, jamás había mantenido una relación más que cortés con el eufórico noble. Tras él bajó del carruaje el secretario José González, quien como hombre de mundo saludó sin excesos y se mantuvo en un discreto segundo plano.

—Ante vuestra merced tenéis a mis guardias Fernando del Amo y Lorenzo Gadir, más conocido por todos como “el cordobés”, ambos son de mi entera confianza y velarán por vuestra seguridad en Sevilla —dijo el de Feria mientras los dos guardias bajaban la cabeza en señal de respeto— Son dos de las espadas más temibles de Andalucía, y no dudarán en dar su vida por proteger la vuestra en todo momento, aunque en verdad no creo que nadie que haya oído hablar de vuestra merced intente enfrentarse cara a cara con vuestro acero.

—No exagere vuestra merced —contestó amable el capitán— he escuchado leyendas sobre mi persona nada más desembarcar que sobrepasan con mucho la realidad. Al fin y al cabo allá en La Habana no somos más que soldados defendiendo el honor de su patria y su rey, y debo confesar que mis éxitos en la guerra tienen mucho que ver con el valor de los hombres que combatieron a mi lado.

—Queráis o no —dijo entonces “el cordobés”— del último mercader a los grandes prohombres de Sevilla, todos dicen vuestro nombre con respeto y admiración. Sois un estandarte, un reflejo de la grandeza de nuestro país y un ejemplo que guía los pasos de centenares de jóvenes que parten para la conquista y defensa de nuestras posesiones de ultramar.

—Me honran las palabras de vuestra merced, pero esconden demasiada responsabilidad para espaldas tan pequeñas como las mías —contestó Álvaro de Ovando sin esconder una vanidosa risotada— Espero que si

tienes que defender mi vida con tu acero no dudes en darme ayuda por creer que mi sola espada sea invencible.

Por toda respuesta la mano derecha del bizarro guardia tocó el pomo de su arma en señal de que estaba preparado y volvió a bajar la cabeza en señal de respeto.

Tras instalarse en una lujosa habitación de la primera planta de Palacio y deshacer el escaso equipaje que llevaba, el capitán Ovando bajó de nuevo al patio donde los dos guardias seguían entrenándose en el manejo de la espada. Ambos, al volver a ver al recién llegado le mostraron sus respetos y se pusieron a su servicio para acompañarle a visitar la ciudad, lo que éste aceptó de buen grado, evadiéndose así de la vigilancia constante que hasta ahora había tenido de José González, quien se había quedado descansando en su estancia.

Era un día caluroso y el sol reverberaba en las casas blancas y las aguas limpias del Guadalquivir. Álvaro de Ovando se mantenía en un discreto silencio mientras los guardias charlaban infatigablemente, alegres al compartir paseo con tan ilustre héroe militar, sin embargo, el capitán apenas escuchaba sus chanzas y dejaba volver a sus recuerdos de La Habana, al escaso espacio de tiempo en que conoció la felicidad antes que el desencanto, más allá de las ciénagas, los piratas, las enfermedades, el mosquito y las escaramuzas que tanto tiempo le habían mantenido en jaque.

Las callejuelas de Sevilla tenían el pacífico encanto de una ciudad motivada por la plata y las leyendas del nuevo mundo. Había en el aire una ilusión que se transmitía de rostro en rostro, como si la fortuna estuviera allí más cerca de cuantos esperaban su turno para comenzar la aventura en otros lugares sólo imaginados en sus sueños. La construcción de nuevos palacios en las márgenes del Guadalquivir, junto al Puente Nuevo, no eran sino la constatación de que muchos de los que marcharon en busca de fortuna la habían encontrado, y estaban dispuestos a mostrar al mundo y sobre todo a sus vecinos cómo les sonreía la vida.

Entraron en una taberna de una calle transversal a la Plaza Mayor, cerca del Monasterio de los Franciscanos, donde se encontraba el albergue de los desamparados. El bullicio en el interior irradiaba una vez más ese reflejo de esperanza del que toda la ciudad se había contagiado. Pidieron vino y

cabrito asado y se sentaron en una mesa del fondo que con diligencia les limpió una mesonera tan gorda como sonriente.

—Díganos capitán —preguntó Fernando del Amo— ¿es cierto que en La Habana cualquiera puede hacer fortuna en un año y volver con más plata que su propio peso?.

—Teniendo en cuenta que vuestra merced debe pesar más de ocho arrobas la verdad es que es bastante difícil —dijo el de Ovando con una sarcástica sonrisa— Cualquiera puede hacer fortuna si está dispuesto a trabajar en firme cultivando nuevas tierras. Pero no todos lo consiguen, también hay peligros, enfermedades y prestamistas usureros que te sacan hasta los ojos.

—¿Cuál ha sido el enemigo más temible al que os habéis enfrentado? — interrogó entonces Lorenzo Gadir mirándole fijamente con sus profundos ojos verdes.

El capitán dudó un momento. En sus recuerdos aparecieron rostros de corsarios, soldados protestantes y oficiales temibles.

—Los mosquitos —contestó al fin lacónicamente, sin que su voz mostrara ningún matiz de temor más allá del reconocimiento de la verdad.

—¿Cómo? —dijo “el cordobés” sin esconder la sorpresa por una contestación que no esperaba.

—En el último año más de la mitad de mis hombres padecieron enfermedades que hicieron tambalearse las defensas de la ciudad por culpa de los mosquitos, muchos murieron sin que pudiéramos hacer nada por ellos —explicó Álvaro de Ovando— Si hay algo que necesitamos en el Nuevo Mundo son doctores y remedios contra las enfermedades contagiosas, sobre todo las que nacen de la lujuria de los soldados en los burdeles cercanos a la guarnición.

—Pues cierre los burdeles, al fin y al cabo el yacer con una mujer sin matrimonio es pecado capital —intervino Fernando del Amo dando muestras de una sensata inocencia que hizo sonreír al capitán.

—No es tan fácil. Muchos de aquellos hombres se encuentran solos, muy solos. Han dejado a sus mujeres, sus madres y sus prometidas aquí en España y necesitan divertirse y desfogarse de los muchos trabajos que como soldados tienen que hacer. Allá los pecados capitales tal vez sigan siendo

pecados, pero son menos capitales —sentenció Ovando esbozando una sonrisa.

—¿Y vuestra merced? ¿Por qué no tiene mujer? Dicen que allí las mulatas tienen cuerpos divinos y se mueven en el lecho como la mejor de las putas de Castilla —los ojos de Gadir brillaron de nuevo con maligna intensidad.

—La tuve pero ha muerto —mintió el capitán intentando zanjar una conversación que no hacía más que tocar una herida todavía sin cicatrizar— Ahora debemos volver, ha sido un placer pero me gustaría tomar un descanso.

En el regreso unas nubes taparon el sol presagiando la llegada de las lluvias otoñales. Estaba anocheciendo muy deprisa. El aire se impregnó de un olor húmedo y ciertamente agradable para los tres hombres que en silencio se dirigieron atravesando varias callejuelas hacia el Palacio del Duque de Feria. A la vuelta de una de las calles un carro tirado por dos caballerías casi atropella a Fernando del Amo, quien profirió grandes maldiciones contra el temerario cochero. Más adelante, un hombre salió apresuradamente de unas casitas blancas de puertas destartaladas en la calle de Los Remedios, tras él una mujer comenzó a pedir auxilio. Movidos como por un resorte los tres desenvainaron y corrieron tras el fugitivo que, viéndose perseguido se metió por una callejuela muy estrecha y oscura, con tan mala fortuna que resbaló y cayó al suelo, permitiendo que sus perseguidores se le echaran encima. Tendría unos cuarenta años, la tez morena y una barba incipiente que demostraba poca higiene. Vestía con el atuendo típico de los ricos ganaderos andaluces, camisa bordada de hilo, calzas de paño y botas de cuero. Desde el suelo el hombre miró aterrado a los tres espadachines que apuntaban sus armas directamente contra él.

—Esa zorra ha intentado robarme —dijo intentando incorporarse.

Por toda respuesta “el cordobés” le propinó una patada en el estómago que le arrojó de nuevo al suelo en el momento en que lograba ponerse en pie.

—No permitimos que se insulte a las mujeres y menos por un mequetrefe como vuestra merced —los ojos verdes de Gadir se clavaron en el aterrado rostro del hombre.

En ese momento llegó la mujer hasta el lugar de la escena. Era una joven de unos veinticinco años, tenía el cabello largo, negro y ondulado, la tez morena, los ojos grandes y si no fuera porque estaban demasiado juntos la naturaleza le hubiera concedido un rostro angelical.

—Ese hombre quería llevarse mi dinero —dijo acusando con el índice al ganadero— Vino a mi casa buscando mis servicios y como las señales no le fueron afortunadas pretendía escapar llevándose los maravedíes que le había pedido como precio.

—¡Es mentira! —gritó entonces el aludido— ¡Es una bruja y sólo merece que la quemen en la hoguera! ¡Me dijo que moriría muy pronto si no seguía sus indicaciones para asustarme y obligarme a pagarle más! ¡Es una farsante!.

—¿En qué quedamos? —intervino entonces el capitán Ovando— Primero dices que es una bruja y ahora que es una farsante. ¿No será que no te adivinó aquello que deseabas?.

En aquel momento sonó un disparo. Un ruido de pasos precipitados invadió la calle. Sin mediar palabra el temperamental Lorenzo Gadir echó mano de su pistolón e hizo fuego para intimidar a posibles matones que acudiesen en ayuda del fugitivo. Entonces los inconfundibles gritos de los soldados de la Inquisición resonaron pidiendo a los contendientes que se entregaran y, en respuesta, todos corrieron, evitando caer en manos de «los soldados de la cruz», ávidos de detenidos a quienes poner sobre el potro para confesar sus vinculaciones con Satanás o su pertenencia a alguna de las sectas secretas que tanto proliferaban en aquellos tiempos.

Un par de calles más abajo la mujer hizo una seña al capitán Ovando y a sus acompañantes para que la siguieran por un huerto hasta el interior de una vieja casona. El ganadero por su parte intentó la huída en dirección al puerto, pero una vez más la suerte le fue esquiva y tropezó cayendo sobre la tierra y recibiendo una lluvia de fuego en el momento en que intentaba incorporarse y huir de nuevo.

En el interior de la casona la humedad del ambiente se hacía casi irrespirable. Era un lugar sucio, envejecido y poco iluminado, “antaño probablemente propiedad de algún rico indiano que ahora estaba dejado de los cuidados y el lujo que conoció en sus primeros años”, pensó Ovando. La

mujer les condujo con soltura por un dédalo de habitaciones hasta un amplio salón donde había algunas hamacas y banquetas para tomar asiento.

—Será mejor que esperen vuestras mercedes un rato a que desaparezca la guardia, no hay muchas comodidades pero pueden sentarse y echar unas cartas mientras se serena el ambiente, intentar salir ahora podría ser peligroso —dijo la mujer con una media sonrisa.

—Somos guardias del Duque de Feria, señora —dijo Fernando del Amo — No hay nada que temer, es más, deberíamos haber hablado con los inquisidores en vez de correr como conejos.

—¿Creéis que os hubieran dejado presentaros como caballeros? —se burló la mujer— Vuestra merced, como yo, sabe que habrían disparado como lo han hecho contra ese ladrón. Esta es una zona de la ciudad peligrosa donde es mejor actuar y después preguntar, don...

—Don nada —contestó Gadir de malos modos— Os basta con saber que pertenecemos a la soldada del Duque, al fin y al cabo no sabemos si de verdad no tenía razón el ganadero cuando acudimos en vuestra ayuda y si no sois más que una puta barriobajera o una bruja embaucadora.

—Cálmate —dijo entonces el capitán Ovando— Al fin y al cabo ella tiene razón. Pasaremos un rato aquí y luego volveremos al Palacio, es normal que la Inquisición ponga orden en estos lugares y sea dura contra los proscritos. Gracias a esta mujer hemos encontrado un buen lugar donde guarecernos. Mi nombre es Álvaro de Ovando, capitán de los ejércitos de su majestad, y ellos son los guardias del Duque, Lorenzo Gadir y Fernando del Amo, somos gente de bien y fuimos en vuestra ayuda al oír los gritos de socorro.

—Os estoy muy agradecida capitán, mi nombre es Juana Herreruela y me dedicó a curar los males del cuerpo y a la adivinación —esto último lo dijo bajando el tono de voz hasta hacerlo apenas audible— De hecho el ganadero que conocisteis acudió a mí para saber cómo le iba a venir el año por ciertas deudas pendientes que acuciaban su fortuna, pero la respuesta no le satisfizo e intentó llevarse mi dinero. Yo adivino el futuro, pero las respuestas no siempre dicen lo que uno quiere escuchar.

Tras aquellas palabras el silencio se hizo más denso. Fuera se escucharon los maullidos de un gato en celo que parecían el llanto de un

niño.

—¡Marchémonos! —dijo Fernando del Amo— No me gustan las brujas ni creo que sea este un buen lugar para pasar el tiempo.

—¡Un momento! —la voz del capitán Ovando era la de un hombre angustiado— ¿Podríais demostrarme que poseéis el don de la adivinación?. ¿Podéis descubrir mi pasado y hacerme ver que no sois una farsante?.

Por toda respuesta Juana Herreruela hizo señas al capitán para que se sentara y colocándose a su lado sacó del delantal unas cuentas de piedra que puso en sus manos.

—Vuestra merced debe cerrar los ojos y pensar en lo que desea y en lo que teme, en lo que ama y lo que odia, para que las piedras conozcan vuestra vida y me la confiesen —dijo en voz tan baja que apenas resultó audible para los presentes. Unos minutos más tarde le abrió las manos con delicadeza y con una aguja del pelo le pinchó provocando que unas gotas de sangre mancharan las cuentas. Después las echó en una vasija de barro con un líquido y bebió hasta tres veces muy lentamente. Inmediatamente cerró los ojos y entró en trance, producto de las secretas drogas que contenía el bebedizo. Su rostro comenzó a enrojecer a la luz del candil y toda la atmósfera de la sala se hizo más densa, más irreal, más lejana.

—Has sufrido mal de amores —dijo con voz misteriosa— Amaste hasta la médula y ahora te sientes vacío y sin fuerzas. Hace muchos años que los fantasmas del pasado te persiguen porque has desterrado de la memoria recuerdos que pretendes creer que nunca existieron.

Hubo un minuto de silencio en el que el capitán sintió que el pasado volvía de forma irremediable y, entonces de nuevo, la voz de aquella mujer le devolvió a tiempos que creía haber enterrado para siempre.

—Fue una batalla, eras muy joven. Tenías miedo, mucho miedo a morir. No sé que pasó, pero la sangre está ácida por lo que hiciste. Tal vez no peleaste como debieras, capitán, tal vez preferiste la gloria a la sangre.

—¡Basta bruja! —gritó “el cordobés” desenfundando su cuchillo— El capitán es uno de los más grandes héroes que haya habido jamás en nuestros ejércitos. Estás insultando a un valiente y mereces morir.

Pero en ese momento el capitán Ovando levantó una mano para parar en seco a Lorenzo Gadir. Los recuerdos se volvieron reales, muy reales. Sintió

la lluvia arreciando y se descubrió de nuevo en las llanuras de Breda cargando contra los protestantes tras la estela de su hermano Pedro, temblando de frío y tal vez de miedo ante la refriega. Las descargas desmontaron a los primeros jinetes entre los que se encontraba su hermano, le tocaba atacar a él y entonces giró su caballo y con la espada desenvainada dirigió a sus hombres contra los tambores que daban las órdenes. Una sombra de culpa le sobrevino de nuevo. Hacía mucho tiempo que la había enterrado. No acudió al lugar donde había visto el caballo de Pedro, no acudió a salvar a su hermano. Se quedó blanco, las palabras no le salieron. La mujer y los dos hombres le miraron como si estuvieran viendo a un fantasma, alguien que murió mucho tiempo atrás.

—No es cierto —dijo finalmente rompiendo el silencio que se había vuelto irrespirable— Derramé mi sangre hasta desfallecer. Luché como un valiente, el coronel Spínola me lo dijo. Fui ascendido.

—No hagas caso de esa bruja, capitán —protestó una vez más “el cordobés” esperando una señal del aludido para golpear a la mujer y dar por zanjada aquella escena.

—La diosa fortuna a veces se manifiesta de forma inesperada. Veo espectros que atormentan a vuestra merced, creen que les fallaste en vida, te persiguen para recordarte que no eres como piensa todo el mundo, tal vez sólo ellos os conocen de verdad, tal vez no eres el héroe que todos piensan —las palabras de la mujer resultaron tan enigmáticas como su sonrisa.

—¡Dile que no fue cobardía! —la angustia era patente en las palabras del capitán— ¡Dile que le quiero, que le echo de menos, que no hay un minuto de mi vida en que no recuerde su valor!.

—Ahora no es el pasado vuestra mayor preocupación —la bruja seguía hablando en trance sin hacer caso de las palabras del capitán— Avanzas hacia un gran peligro y no sabes si estás preparado para afrontarlo. De nuevo sientes que te invade el miedo y te gustaría esconderte y dejar que fuera otro quien afrontara el reto. Pero ese al que invocas en secreto está muerto.

—¡Dile que me ha dejado un dolor y un vacío insoportable! ¡Dile que daría mi vida por él! ¡Díselo! — Pero Juana Herreruela parecía estar muy

lejos de la escena, sin poder escuchar las palabras agónicas del capitán, y enmudeció.

Lorenzo Gadir y Fernando del Amo parecían de piedra. Habían asistido a la escena sin dar crédito a sus ojos y si no fuera porque su respiración entrecortada era perfectamente audible en el silencio de la estancia cualquiera les hubiera dado por muertos. Álvaro de Ovando tenía el rostro desencajado, surcado por un reguero de lágrimas, con todos los sentidos atentos a cualquier señal de la bruja que le indicase un encuentro con su hermano. Fueron minutos muy tensos, que al final terminaron cuando Juana Herreruela abrió los ojos como si nada hubiera pasado.

—Las piedras no dicen nada más. ¿Estás satisfecho? —le dijo descubriendo la angustia en el rostro de Álvaro de Ovando.

—Necesito que hables con mi hermano, necesito que le digas que le quiero y que daría mi vida por su honor —dijo en voz baja.

—¿Para qué?. —protestó Juana— Está muerto. Además, los fantasmas no siempre tienen la razón, a veces se obstinan y se creen que están vivos, otras pretenden seguir viviendo a través de otros, o intentan remediar sus pecados instando a otros a que no lo hagan. Si vuestra merced cree que le asiste la verdad no debe hacerle caso. Tal vez llegue el momento en que pueda demostrarle que está equivocado, o tal vez no llegue jamás y tenga que ir hasta el más allá para convencerle.

—¡No quiero esperar! —chilló entonces el capitán— ¡Quiero que sea ahora mismo! ¡Quiero que mi hermano sepa que no fui un cobarde!. ¡No puedo vivir con esta carga! ¡¿Lo entiendes?!. ¡¿Lo entiendes de una vez?!.

—Sí puedes —contestó la bruja— Llevas muchos años viviendo con ella y lo has soportado, ¿por qué iba a ser distinto ahora?. Además, no puedo hacer lo que me pides, no soy un fantasma y eso sólo pueden hacerlo los fantasmas.

—¡Te pagaré bien, lo juro! —la angustia volvió a las palabras de Álvaro de Ovando.

—Ni por todo el oro y la plata que cargan los barcos por el Guadalquivir viajaría al mundo de los muertos —contestó la bruja— De allí nadie puede volver jamás. La muerte sólo puede ser vencida por Dios —y se persignó.

—Debemos irnos, capitán, es tarde y el Duque debe estar inquieto por nuestra ausencia —dijo entonces Fernando del Amo intentando terminar con todo aquello de una vez.

—Hay algo que sí puedo hacer por vuestra merced, te protegeré de los fantasmas y del mal de ojo y tal vez os ayude ante los peligros que se os avecinan —dijo Juana Herrerueta mientras enseñaba al capitán un frasquito — Pero el precio no será dinero ni joyas, será tu espada.

El capitán no dudó un instante. Puso su espada en manos de la bruja y guardó el frasquito en el interior de su casaca ante la mirada desaprobatoria de sus compañeros.

—Podrás usarlo sólo una vez, contiene fuertes esencias que os harán confiar en vuestra merced por encima de fantasmas y muertos —le dijo la bruja antes de que se fueran por donde habían llegado— pero sé prudente porque si tomas el camino equivocado tal vez jamás puedas regresar.

—¿Y cómo sabré cuál es el camino correcto? —preguntó entonces el capitán.

—Escucha la voz de los tambores, ya lo hiciste una vez.

CAPÍTULO XI

HABÍA sido encontrada muerta muy cerca del cementerio de los sirvientes, apenas a unos metros del lugar donde fue hallada la segunda víctima, con una cuchillada a la altura del corazón que le había sido asestada de forma brutal, “probablemente después de que le golpearan en la cabeza con algo contundente —reflexionaba Calabacillas— El asesino tenía mucha prisa, porque en esta ocasión no colocó el cadáver como hizo con su segunda víctima, sino que dejó que cayera por su propio peso ante el temor de que alguien pudiera estar por los alrededores. Las ropas ensangrentadas y los ojos abiertos demostraban que murió en el acto y la puñalada le abrió una herida enorme”.

Tuvo ocasión de verla sólo unos minutos a la luz de una tea, mientras llegaba el Condestable de Castilla y ordenaba a los soldados de la guardia que diesen el toque de queda y detuviesen a todo varón mayor de edad que se encontrase en aquel momento en Palacio hasta que pudiese probar dónde había estado esa tarde.

“¡Esto obra del mismo demonio!, ¡Satanás se esconde en algún lugar de Palacio dispuesto a matarnos a todos!”, acertó a escuchar el enano al propio DON Fernando Borja momentos después de su llegada, en medio de una crisis nerviosa ante la impotencia de no saber qué hacer para conseguir parar aquella matanza de mujeres.

Con las primeras luces del alba el enano se presentó en el Cuerpo de la “Guardia Amarilla” para conocer el santo y seña del día, pero el soldado de puerta no lo sabía aún.

—El oficial todavía no ha venido a informarnos, probablemente se haya quedado dormido ya que anoche estuvo hasta bien entrada la noche interrogando a los sirvientes. Si paran a vuestra merced, enseña la credencial, dile el santo de ayer y lo que te estoy diciendo. Por cierto, ¿sabes que tienes prohibida la salida de Palacio hasta que finalicen los interrogatorios? — Calabacillas asintió y se dirigió de nuevo hacia el cementerio de los sirvientes.

El lugar donde fue encontrado el cadáver de Encarnación Salazar tenía restos de sangre y de pisadas. En realidad sabía de antemano que allí no encontraría nada y tomó el camino hasta la entrada del cementerio. Abrió la puerta con sigilo, intentando hacer el menor ruido posible, aunque no avistó a nadie por los alrededores. Una vez dentro se dirigió con rapidez hasta la tumba de “la segedana”. Todo se encontraba exactamente igual que cuando la visitó el día anterior, sin embargo sobre la tierra húmeda había pisadas que no correspondían a su pie, pisadas que la fina lluvia había desdibujado pero cuyos contornos eran todavía visibles y correspondían a un pie grande. El autor de las pisadas había bordeado la tumba de la joven, igual que hiciera él. No le extrañó descubrir un rastro de sangre en el oxidado hierro, al fin y al cabo sólo confirmaba sus sospechas de que, una vez más, el asesino había utilizado aquella cruz como un arma para golpear a su víctima, pero en esta ocasión se había tomado la molestia de devolverla a su sitio. Durante varios minutos le dio vueltas a la razón por la que el criminal había actuado de aquel modo, máxime cuando había llevado a cabo su ejecución rápidamente, evitando que alguien pudiera descubrirle, pero lejos de abandonar la cruz de hierro o colocarla en el cadáver como había hecho la otra vez, se había dirigido al cementerio y la había puesto en su sitio para que nadie la encontrase. “O tal vez sí —pensó— Tal vez lo que quería de verdad es que alguien indagase de nuevo en la tumba de María Eulalia y descubriese la cruz ensangrentada, relacionando las muertes con una venganza de la difunta contra sus anteriores compañeras”.

Examinó detenidamente el suelo. Recordó que le había costado mucho sacar la cruz. De nuevo agarró el hierro con ambas manos e intentó elevarla, pero no fue posible. El asesino no sólo la había devuelto a su lugar, sino que la había metido por el hueco y había pisoteado la tierra encima para dejarla

exactamente igual e impedir que nadie descubriera que la había utilizado para su macabro fin. “Lo que niega mi teoría de que desea que quiere dejar pistas sobre los instrumentos que utiliza en sus crímenes —meditó Calabacillas— Entonces ¿por qué esta cruz?, ¿por qué se mueve en el cementerio con tanta soltura?, ¿cuál es el móvil de los asesinatos?”.

En ese momento sonó la verja de la entrada al cementerio y antes de que tuviera tiempo para esconderse Calabacillas escuchó una voz ronca que le llamaba.

—¡Eh, qué hace ahí! —El enano se dirigió con calma hacia el hombre que le llamaba. Era un tipo grueso, tenía un ojo vacío y estaba un poco encorvado, llevaba una pala en la mano derecha y sus ropas estaban muy descuidadas y sucias. “Sin duda se trata del enterrador” —pensó Calabacillas mientras su cerebro buscaba a toda prisa una coartada con que explicar su presencia allí.

—Soy el bufón del Rey —se presentó sacando su credencial que mostró al recién llegado— Visitaba la tumba de María Eulalia, “la segedana” para rezar por su alma, no sé si llegasteis a conocerla, la pobre murió de fiebres maltas y yo era como su hermano.

—¿Es entonces vuestra merced quien deposita las flores cada semana? —dijo el enterrador de malhumor.

—La mayoría de las veces, aunque otras las traen sus antiguas compañeras de servicio —contestó Calabacillas intentando evitar caer en la trampa que le había tendido el hombre.

—Las cortesanas. A ellas sí las había visto antes, pero no tenía noticias de vuestra merced —dijo dando la respuesta del enano por satisfactoria y mostrando una sonrisa desdentada carente de simpatía— Si siguen cayendo como moscas sólo vas a quedar tú para traer flores, y te costarán muchos jornales si decides traérselas a todas. Ayer murió otra, y ya es la tercera. Con tanto trabajo me deberían subir la soldada, o al menos contratar a alguien que me ayudase en los oficios. En fin, voy a mi trabajo, tengo que enterrar a la última esta misma mañana, después de la misa de difuntos.

—Ya que le encuentro iba a preguntarle —dijo el enano en el momento justo en que el enterrador estaba dando la vuelta para dirigirse a cavar una nueva tumba— ¿quién elige los lugares donde realizáis los enterramientos?.

—Yo mismo —contestó el hombre apoyando su peso en la pala que utilizaba a modo de bastón— En realidad nadie suele poner peros sobre el lugar donde hago las tumbas. Antes las hacía pegadas al muro porque el suelo tiene caída hacia la entrada y así estaban más guarecidas de la lluvia, pero ahora voy llenando huecos entre las líneas porque de seguir así llenaremos el cementerio en pocos años y tendrán que ampliarlo.

—¿Y las cruces que utilizas, cuál es su procedencia? —prosiguió el enano viendo que el enterrador se había vuelto parlanchín, probablemente porque no tenía muchas visitas.

—Las hace el herrero de Palacio, generalmente tenemos cruces preparadas en el interior de la casa, yo mismo suelo tintarlas y repasarlas antes de los funerales —le indicó con la mirada el pabellón que había a la izquierda del cementerio.

—Lo digo porque me gusta mucho la que colocaste en la tumba de María Eulalia, tiene unas formas muy bonitas, sin duda el herrero hizo un buen trabajo —comentó el enano girándose para mirar la cruz.

—No la hicieron en Palacio —el enterrador tomó aliento como hacía para explicar una larga historia— Fue un regalo del Conde de Sástago a la difunta, al parecer había adornado anteriormente la entrada al viejo panteón de la familia Puebla y al realizar obras para engrandecerlo fue retirada, pero el Conde se empeñó en que la colocásemos tal como estaba, dijo que había sido forjada con hierros traídos de Santiago y a la difunta le hubiera gustado así. Recuerdo que llenó la tumba de flores, pero luego dejó de traerlas, sólo vuestra merced parece tenaz en el recuerdo de la difunta. Eso está bien. Los muertos merecen siempre el respeto de los vivos.

—Sólo una cosa más y disculpe que le entretenga en el trabajo —dijo cortésmente el enano— ¿Sabe si el Conde de Sástago ha mantenido su tradición y ha enviado nuevas cruces y flores al resto de las cortesanas fallecidas?.

—Que yo sepa no. Bueno, la mayor parte de las flores las ordena poner personalmente el Rey a través de fray Antonio de Sotomayor, aunque también han desfilado por aquí algunos criados de personas importantes portando crisantemos, rosas y azucenas para las recién muertas, sin duda eran muy queridas. No sois el único en Palacio que quedó prendado de su

belleza —finalizó el enterrador haciendo un guiño de complicidad al enano mientras esbozaba otra vez una media sonrisa que dejaba entrever grandes huecos en su fea dentadura.

Juan Martín Calabazas se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir giró la cabeza y comprobó que el enterrador se encontraba de espaldas, cavando afanosamente en la tierra la tumba que sería ocupada esa misma tarde por Encarnación Salazar, una vez terminadas las exequias. Por suerte la tierra estaba húmeda y la pala se abría paso con rapidez. Aprovechando el momento el enano se agachó y se perdió entre las tumbas en dirección hacia unas matas de adelfas, desde allí le fue fácil acceder al pabellón que se encontraba a la izquierda del recinto, donde el enterrador le había dicho que guardaban las cruces. Estaba cerrado con un candado, pero en la parte trasera había un ventanuco pequeño parecido a una leñera a la altura del suelo cerrado sólo por un pestillo, que le permitió colarse en el interior del oscuro edificio, cayendo de malos modos sobre un montón de leños que le magullaron todo el cuerpo. El olor era rancio y desagradable, como si algún gato muerto estuviera descomponiéndose en los alrededores. Entonces sus ojos se habituaron a la penumbra y descubrió con cierto asco que había caído encima no de leños, sino de huesos humanos, provenientes de la limpieza de tumbas viejas.

Como siempre aquellas eran gentes humildes, del servicio de Palacio, que tenían unos años de descanso en paz en la tierra y luego debían dejar su sitio a otros como ellos, mientras en el otro cementerio, el de los nobles y reyes, los panteones guardaban en ricos ataúdes los cuerpos de los grandes, los prohombres, los señores.

“El Dios de los hombres no es todo lo justo que debiera —pensó Calabacillas mientras salía de la estancia y dejaba atrás las montañas de huesos— porque mi padre, la mejor persona que ha existido jamás sobre la faz de la tierra, no tuvo siquiera una tumba temporal donde reposar en su viaje hacia los Cielos y muchos otros, que viven más holgadamente, sin mostrar jamás una pizca de la generosidad que él demostró, reposan en ricas tumbas y en féretros de oro, plata y maderas preciosas, como si sus podridos huesos fueran una reliquia para los futuros hombres. No, el Dios

de los hombres no es justo. La muerte sigue haciendo desigual a los hombres”.

En la habitación siguiente se amontonaban más restos de huesos, sin duda cada ciertos años sacaban los ataúdes de las tumbas más viejas y amontonaban los huesos en aquellas estancias echándolos por el hueco por el que él había entrado. Había tibias, cráneos de hombres y mujeres con largas cabelleras, brazos sueltos y hasta pies con botas. El olor allí era insoportable y tuvo que pegar la nariz a su manga para no vomitar por el asco que le produjo la carne en descomposición. Tropezó con algún cráneo y cayó estrepitosamente al suelo, y entonces escuchó un sonido que le puso los pelos de punta, un ruido que procedía de entre los montones de huesos. Se incorporó, sin poder apenas moverse por el pánico, y vio como las osamentas se movían y caían para dejar paso a enormes ratas que se corrieron a su lado y desaparecieron por el pasillo para esconderse en otras estancias.

“Tengo que serenarme, son sólo huesos, los muertos no pueden volver del más allá. Tengo que guardar la calma” —se dijo mientras se persignaba una y otra vez y rezaba en voz baja para darse valor.

Al fondo encontró una escalera que le llevó a la primera planta donde había una especie de taller muy desordenado, con restos de ataúdes, herramientas y las cruces que el enterrador le había dicho. Todas tenían prácticamente la misma altura y filigranas muy parecidas, lo que demostraba que tenían idéntica procedencia. No había más de media docena, y estaban amontonadas y listas para ser usadas, como sin duda ocurriría esa misma tarde con una de ellas. Examinó todo intentando encontrar alguna pista pero nada llamó especialmente su atención. En la habitación contigua había un catre, tal vez donde descansaba el enterrador cuando el oficio se lo permitía, y un armario en cuyo interior había velas y ropajes sacerdotales, “probablemente utilizados por el arcipreste en oficios religiosos cuando el tiempo le apremiaba y no le permitía trasladarse hasta la iglesia”, pensó.

De allí pasó a la última estancia, había viejos y no muy afortunados óleos con motivos religiosos y una vasija con pinceles que habían sido usados para retocar las pinturas. Se acercó uno de los pinceles a la nariz y

aspiró fuerte para dejar de oler el rancio olor a carne putrefacta que dominaba el ambiente. Había sido usado mucho tiempo atrás, por eso probablemente lo dejaron en la vasija sin limpiarlo, pero quien fuese el pintor había estado muy ocupado y no volvió, por lo que la pintura se había resecado y el pincel estaba inservible.

No había encontrado nada que le llamase la atención y seguía sintiendo erizársele el vello por el miedo contenido, así que decidió salir cuanto antes de aquel tétrico lugar. Se dirigió entonces al portón que daba a las traseras y comprobó que estaba cerrada desde el interior. Justo en ese momento sonó la puerta de entrada al pabellón. Con el máximo cuidado se deslizó bajo el hueco de la escalera que había muy cerca de donde se encontraba, estaba muy oscuro pero no podía dejar que le descubriesen allí dentro porque no tendría justificación posible. Oyó un murmullo que se fue haciendo cada vez más cercano. Eran frases entrecortadas, emitidas siempre por la misma voz. Después hubo un sonido metálico y la voz se hizo más audible aunque no comprendía el significado. Parecía el enterrador hablando consigo mismo. Sus ojos descubrieron entonces horrorizados una sospechosa tela pegada en la esquina del hueco donde se escondía, y por ella vio, aterrado, incapaz de moverse, como avanzaba una enorme araña.

Los sonidos de la habitación cercana se fueron alejando y oyó perfectamente como la puerta principal del pabellón se cerraba de nuevo, así que escapó con rapidez dejando a la araña en su cubículo. Pasó a la habitación de la que había procedido el ruido y comprobó que efectivamente se habían llevado una de las cruces de hierro, probablemente había sido el enterrador, que se afanaba por dejar lista la tumba para el entierro de la tarde.

Entonces vio algo de lo que antes no se había percatado, había un viejo ataúd cerrado junto a las cruces, que habían acaparado toda su atención durante su primera visita. Dudó si debería o no levantar la tapa. Apenas tenía polvo encima lo que demostraba que había sido abierto no hacía demasiado tiempo. Lo que había dentro era evidente, pero tenía la corazonada de que era importante verlo. Por fin tomó aire y agarrando con ambas manos dio un tirón para provocar que se abriera la tapa y poder echarse hacia atrás. Al asomarse dentro de la caja el olor a carne putrefacta

invadió el ambiente y la visión del cadáver semidescompuesto de una mujer confirmó sus expectativas. De nuevo tuvo que taparse la nariz con la manga para no vomitar por el asco que le producía el insoportable olor, pero hizo un esfuerzo para no retirar la vista y poder observar el cadáver. “Quien la amortajó le tenía más que respeto porque se deshizo en colocarle joyas que la acompañasen en su último viaje” —pensó Calabacillas viendo los brazaletes que adornaban sus brazos, el rosario de cuentas de oro que colgaba de su cuello o los anillos que adornaban sus dedos. Uno de ellos, en forma de sello de oro, colocado en su dedo corazón izquierdo, presentaba el inconfundible escudo de los Zúñiga, lo cual no le sorprendió, pero sí el que portaba en el dedo anular, con una perla de nácar donde había un símbolo que no logró distinguir, teniendo que acercarse a escasos centímetros a pesar de su asco, vencido por la curiosidad, para descubrir el símbolo de la Casa de Sástago.

Era María Eulalia, la segedana, de eso no le cabía duda, “¿pero qué relación podía tener aquella mujer con las muertes de las demás cortesanas? —pensó— ¿podiera ser que su enamorado amante la hubiera sacado de la tumba para hacerla suya tras su muerte y ahora tomara venganza contra las que la habían envenenado por celos? ¿de verdad había muerto envenenada o fueron las fiebres maltas?, ¿o era la locura de su amante buscando responsables de una muerte natural que nunca había creído?”. Eran muchos los interrogantes, pero no cabía duda de que había en todo aquello un enigmático significado que estaba dispuesto a desentrañar.

Una idea cruzó por su mente. Sacó un pañuelo que llevaba en el bolsillo de su pequeña casaca para no tocar el cadáver y con la mano derecha intentó quitarle el anillo de los Sástago. El dedo descarnado dejó que la joya saliera limpiamente y después, la envolvió en el pañuelo y se la guardó. Ahora debía regresar cuanto antes a Palacio, no sólo porque alguien pudiera descubrirle, sino también porque llevaba horas perdido y alguien podría haberle echado en falta.

No le fue difícil regresar a sus estancias. El enterrador seguía inmerso en su tarea cavando un hoyo tan grande que apenas dejaban ver su cabeza. Sólo las paladas de tierra que emergían una y otra vez incrementando el montón junto a la tumba dejaban de manifiesto que el hombre realizaba con

eficacia su trabajo. Se escurrió tras las matas de adelfas, desandando lo andado, y llegó hasta la puerta, que se encontraba abierta y sin el candado echado. Después salió fuera y cruzó el patio hasta los jardines del sur para acceder a las estancias del servicio por la puerta de atrás. Allí recibió el alto de dos guardias que le pidieron su credencial y dio el santo y seña del día anterior manifestando lo que le habían dicho en el Cuerpo de Guardia.

—¡A estas horas ya deberías saberlo, quedas arrestado hasta que puedas demostrar dónde has estado! ¡Tenemos órdenes expresas del Condestable! —le dijo uno de los guardias.

—Pero soy un bufón al servicio del Rey, no tenéis más que preguntar en Palacio. Sólo había salido a pasear esta mañana para desahogarme de la tensión que estamos viviendo y preparar nuevas chanzas e historias con las que entretener a su majestad —protestó Calabacillas.

—¡Todo el mundo en Palacio sabe que hay toque de queda desde la muerte de la doncella doña Encarnación!. Acompañadnos de buena gana o nos veremos obligados a llevaros por la fuerza.

El enano fue llevado entonces hasta el pabellón donde se encontraba el Cuerpo de Guardia, desde donde lo bajaron por unas escaleras hasta los calabozos, estancias que jamás había visitado antes. Una vez allí otros dos guardias se hicieron cargo de él, llevándole hasta una puerta de madera por un pasillo muy oscuro donde el eco de llantos lejanos hacía tiritar de terror a los recién llegados.

—Ahora quítate la ropa y ponte esto —dijo uno de los guardias entregando a Calabacillas un sayo que a todas luces le quedaría enorme.

—Pero no me valdrá, ¿no ves acaso mi estatura? —protestó el enano.

—Es lo mismo, son las órdenes, tenemos que registrarte y quitarte la ropa. Antes de desnudarte debes entregar todas tus pertenencias, que te serán confiscadas por orden del Rey hasta que salgas de nuevo —contestó el guardia atisbando como el enano realizaba sospechosos movimientos nerviosos que delataban su presunta culpabilidad.

Calabacillas sacó cinco monedas de uno de sus bolsillos y el pañuelo con el anillo del otro. Sabía que si encontraban la joya en su poder lo podía pasar muy mal, pero no estaba seguro de poder hacer lo único que le

salvaría. Sin decir palabra puso las monedas en una de sus manos, cerró el puño, la giró y sonrió mirando a los ojos al guardia.

—¿Cuántas monedas había? —le dijo.

—Cinco —contestó el guardia sin dudar, sabiendo que se trataba de uno de los trucos mágicos de los bufones.

—Calabacillas se llevó entonces las dos manos a la boca como si estuviera soplando sobre las monedas y abriendo las dos manos enseñó las cinco monedas.

—Pues tenías razón, se nota que no es fácil engañarte —dijo soltando una carcajada mientras a duras penas tragaba saliva para hacer bajar por su garganta el anillo de la Casa de Sástago.

CAPÍTULO XII

EL reciente rumor de la llegada del héroe de las Antillas y la Flota de Nueva España cargada de tesoros eran en aquellos días el chismorreco con más ecos en los pasillos de La Corte. Según anunciaban todas las lenguas el capitán victorioso Álvaro de Ovando iba a convertirse en Jefe de la “Guardia Amarilla”, tomando el relevo al Condestable de Castilla, sustituto provisional del capitán Villanueva, tras su desafortunada acusación contra el Marqués de Camarasa.

Por entonces el Conde-Duque de Olivares, viendo cómo corría como la pólvora un sentimiento antiespañol en Francia, se esforzaba por fomentar el apoyo a Alemania con el fin de tener dispuesto el ejército imperial al mando de Wallestein para prestar nuevos servicios a la casa de Austria. Don Gaspar de Guzmán soñaba con una gran liga entre Madrid, Viena y los príncipes alemanes para frenar el despliegue francés y una coalición de las fuerzas imperiales para reducir finalmente a los holandeses. Y así se lo explicó al padre Quiroga en una carta fechada el 23 de enero en la que le confesaba que “había que ofrecer cuantiosos subsidios al emperador a costa de la sangre de los vasallos del rey”.

Para celebrar la llegada de la Flota de las Indias, por orden expresa del Rey y a petición del Conde-Duque, tuvo lugar en los nuevos Salones de Baile recién inaugurados del Palacio del Buen Retiro una populosa fiesta, que en realidad encubría la discreta presentación pública del capitán Ovando al Consejo del Reino y a toda La Corte. De todos era sabido el hecho de que la fulminante llegada del héroe se debía a que el monarca

quería poner fin a aquella serie de asesinatos sin resolver que convulsionaban sus sueños más que las campañas contra Holanda, Italia o la guerra no declarada con Francia.

Haciendo sombra al propio Alcázar, donde tenía la residencia la familia real, el Palacio del Buen Retiro se estaba convirtiendo en espejo arquitectónico del reinado de Felipe IV y como tal, no sólo era una joya en sus exteriores, con sus jardines, sus amplios pabellones y sus fuentes adornando todo el conjunto, sino también en sus interiores, donde los cuadros de los más famosos pintores de toda Europa colgaban en sus paredes, mostrando la edad de oro del arte en la España del siglo XVII.

Álvaro de Ovando acudió a la fiesta con el uniforme de gala de la “Guardia Amarilla” que le había proporcionado nada más llegar su compañero de viaje José González. Lucía coletos de ante, gregüescos de terciopelo carmesí, medias amarillas —que distinguían a la guardia española de la tudesca— tahalíes en bandolera, y espada y daga con empuñaduras y remates dorados. En la cabeza llevaba un sombrero “Chambergó” entrefino de Alcántara, con plumas encarnada, amarilla y blanca. El conjunto lo completaba una “Juste-Corps” o casaca a la francesa guarnecida con franjas de la Casa Real; guantes con manopla, corbateas de bocado, y jubones blancos de lienzo para debajo de la casaca. Al cinto presentaba colgada su espada y semiescondido pero visible por su empuñadura de marfil, portaba el pequeño mosquete que le regalara el Conde-Duque con la intención de que éste comprobase cuánto le agradaba el presente, aunque la realidad fuera bien distinta. Se sentía elegante pero nervioso, como el lejano día en que fue ascendido a oficial por su heroicidad en Flandes, pero allí no había Tercios, sino nobles y grandes de España que jamás habían pisado un campo de batalla y, en el momento en que ascendía por la escalinata de mármol que llevaba a los salones de baile del Palacio, se dio cuenta de que, escondido entre aquella multitud, bien pudiera estar el asesino que había puesto en jaque al país más poderoso del mundo.

La gran mayoría de los gentilhombres de La Corte de Felipe IV se dieron cita en la fiesta, donde los más de cuatrocientos invitados se arremolinaban en corrillos disertando sobre los más variopintos asuntos de

Estado, mientras tomaban vino en finas copas de cristal, al tiempo que algunos danzaban despreocupadamente con sus hermosas mujeres o enviaban disimuladas sonrisas a las cortesanas que habían tenido el honor de ser invitadas por alguno de sus ilustres amantes.

Flanqueado por el fiel José González, el capitán Ovando fue recibiendo discreta información de cuántos allí se encontraban de entre los “grandes de España” antes de que le fueran presentados. De hecho allí se hallaba la flor y nata de política nacional, pero había un área especialmente reservada donde se habían concentrado de entre todos los “grandes” los más influyentes. Era una zona discretamente situada al lado izquierdo de la orquesta, sólo ocupada por hombres, “donde —según informó González al nuevo Jefe de la Guardia— se intercambiaban secretos don Francisco Vinuesa, el Conde de Sástago y Puebla, el duque de Medina de las Torres y el Marqués de Camarasa y Carpio, muy cerca del abad de Scaglia, hombre de confianza del duque Carlos Manuel de Saboya que había criticado con tanta dureza al general Spínola y que pretendía ganarse los favores del Conde de Oñate, uno de los hombres fuertes del Consejo de Estado, quien no había querido perderse el acontecimiento pese a su ataque de gota”. No muy lejos, las medallas y distinciones sobre los uniformes delataban la presencia de las más altas graduaciones militares, como el general Juan Cerbellón y Caspio o don Carlos Coloma de Herreruela y Grijalbo y Enrique Van Der Bergh, recientemente nombrado Jefe de los Ejércitos de Flandes a quien Ojalvo había conocido en la reunión secreta de Bruselas con Spínola. Además estaban los secretarios de estado don Pedro de Arce y don Andrés de Rozas, y no faltaban tampoco grandes hombres de la Iglesia como el confesor del Conde-Duque, Hernando de Salazar, el Cardenal de La Cueva, el abad Scaglia, fray Antonio de Sotomayor, el confesor del Rey, Andrés Pacheco, el nuevo Inquisidor General y el Arzobispo de Toledo.

En los corrillos la mayoría hablaba de los crímenes que en aquellos días estaban sucediendo misteriosamente en Palacio y del golpe asestado a los corsarios holandeses por el flamante nuevo Jefe de la “Guardia Amarilla”. Todos querían conocer al héroe y Álvaro de Ovando pasó toda la noche explicando repetidamente, con poco lujo de detalles, la batalla en la que venció a la flota del capitán Leyden y forjó el oportuno rechazo del asalto

holandés a la Habana, siendo su juventud y su atractiva gallardía más tema de cuchicheos entre esposas y cortesanas que sus propias hazañas bélicas.

Realizando su función con la diligencia que le caracterizaba, el secretario José González llevó al capitán a presencia del Conde-Duque, su señor, para que asumiera su papel de anfitrión y fuese, de entonces en adelante, el que se encargase de las presentaciones, lo que éste llevó a cabo con una sonrisa que evidenciaba ante todos el triunfo político que suponía el traer a La Corte, bajo sus órdenes, a un héroe de ultramar para hacer frente al problema de los asesinatos. La leyenda del capitán Ovando era cada vez más grande y el tenerle allí suponía seguir manteniendo el timón, frente al poder creciente de los militares. Por eso no dudó en presentárselo personalmente al general Juan Cerbellón y a don Carlos Coloma, quienes le interrogaron con evidente interés y no menos admiración sobre la situación de las tropas españolas en Nueva España y su opinión sobre la situación internacional generada por Francia e Inglaterra.

—Siempre pensé que vuestra merced era mucho más viejo, ahora veo que además de ser un capitán temible debes ser también un conquistador de mujeres invencible —le dijo el general con una expresión de aprecio y camaradería que hizo sonreír al resto de los presentes— En cualquier caso sabed que nos sentimos orgullosos de poder contar en nuestros ejércitos con hombres de vuestro honor y valía, esa es sin duda la mejor garantía para acrecentar la grandeza de nuestras tropas.

—Desde la primera vez que le vi supe que darías que hablar, y sin duda alguna que vuestra merced lo ha conseguido. No tiene ni idea de lo orgullosos que estarían nuestros hombres de poder batallar bajo sus órdenes, de veras que os habéis convertido en una leyenda —refrendó Enrique Van Der Bergh, que casualmente se encontraba en aquellos días en Madrid.

Las presentaciones y saludos prosiguieron durante largo rato por los corrillos de los prohombres que saludaban con respeto, admiración y a veces envidia a aquel capitán cuyo nombre era el símbolo del triunfo y la gloria que todos soñaban. Las invitaciones para cazar en sus feudos se sucedieron y por un momento Álvaro de Ovando pensó que de aceptar realmente todos aquellos agasajos no tendría más remedio que dedicar su

tiempo a la vida social sin poder emplear un solo minuto en las auténticas ocupaciones que le habían traído a La Corte.

—Vuestra merced tiene que conocer nuestros cazaderos del Condado de Aranda —le decía el Condestable de Castilla en un momento de la presentación— Allí encontrará los jabalíes y venados más grandes que jamás pudisteis imaginar, algunos se confunden con las vacas que pacen en los pastizales cercanos al río. Seguro que allá en Nueva España no vio jamás nada parecido.

—Iré no lo dude —contestaba obsequioso el capitán— Me encanta la caza y batir las manchas persiguiendo a los “guarros” con los perros, algo que no hago desde hace muchos, muchos años. Creo que es una de las sensaciones más excitantes que conozco.

—Pues esa es una afición compartida por la mayoría de los presentes, aunque sin duda alguna tendrá oportunidad de conocer los cazaderos reales de su majestad, donde todavía abunda el oso —dijo obsequioso el Condestable dejando seguir al capitán en su camino de presentaciones.

No obstante también entre los intrigantes hombres de estado había influyentes personajes a quienes la figura del héroe no les provocaba ninguna simpatía.

—Lamento de veras la muerte de vuestro protector —le dijo el abad Scaglia cuando le fue presentado por el capitán Villanueva— Era un hombre con gran capacidad para la guerra y aunque tuvimos nuestras diferencias siempre le admiré mucho. De hecho quise asistir a sus funerales pero no pude porque en ese tiempo me encontraba en Bruselas, en misión oficial con el Marqués de Leganés. Fue un gran hombre y una pérdida irreparable para España —Scaglia no pudo esconder por más tiempo su cinismo y bajó la cabeza para que su interlocutor no pudiera ver la irónica sonrisa que escondía su rostro.

—Me hubiera gustado que los halagos que vuestra ilustrísima le profesa muerto hubieran sido la mitad que le dedicó en vida —dijo el capitán Ovando visiblemente enojado mientras era arrastrado por el capitán Villanueva hasta otros círculos donde poderosos gentilhombres esperaban poder estrechar la mano del héroe.

Llegada la media noche la entrada del cortejo real hizo parar la música y enmudeció a todos. Los alabarderos tomaron posiciones y el secretario personal de Felipe IV, junto al propio Conde-Duque, abrieron paso a su alteza, elegantemente vestido para la ocasión con un traje de raso negro con adornos de oro. Al adentrarse en los salones de baile el Rey hizo señas a su secretario y éste a su vez a los músicos para que prosiguiera el baile. El capitán Álvaro de Ovando fue llevado casi de inmediato a su regia presencia y con la mejor de las sonrisas recibió las felicitaciones personales de Felipe IV y el anuncio de su próxima toma de posesión como Jefe de la “Guardia Amarilla”, que ya le fuera comunicada por el capitán Villanueva nada más llegar a Palacio. Por primera vez frente a frente estaban el joven héroe y el aún más joven rey, ambos se reconocieron más jóvenes de lo que habían imaginado el uno del otro, y tal vez por eso casi al unísono sonrieron.

—He oído hablar tanto de vuestra merced que os imaginaba un coloso, pero en realidad prefiero que seáis un hombre, no tengo gran aprecio a lo que va contra las Leyes de Dios, prefiero tratar con la naturaleza humana —dijo Felipe IV convirtiendo su inicial halago en un acertijo indescifrable para la mayoría de los presentes.

—¡A vuestra disposición siempre mi lealtad, mi vida y mi espada, Majestad! —fue la lacónica respuesta del capitán a la vez que agachaba la cabeza en clara reverencia ante el monarca que representaba aquello por lo que había arriesgado su vida en tantas ocasiones.

—A la vuestra cuanto precise para hacer su trabajo. Lo más importante es ajusticiar cuanto antes a ese maníaco y para ello no debéis ahorrar medios ni esfuerzos, lo importante de verdad es que sea pronto, para evitar nuevas tragedias —dijo Felipe IV bajando la voz.

—Majestad. Desearía pedir os un favor —dijo entonces el capitán.

—Está concedido —contestó el Rey sin esperar siquiera a escuchar cuál era la petición de su nuevo Jefe de la Guardia.

—Deseo que el capitán Martín Villanueva permanezca a mis órdenes para facilitarme toda la información posible sobre el personal de Palacio y enseñarme el resultado de sus averiguaciones.

—Que así sea —ratificó el monarca— pero como sabe no le valieron de gran ayuda, más al contrario, ridiculizó a uno de mis más leales caballeros delante de todo el Consejo.

—Lo sé, majestad, pero creo que su conocimiento del funcionamiento de Palacio me será de gran ayuda —dijo el capitán.

Entonces apareció junto al Rey el bufón Francisco Lezcano, conocido como “el niño de Vallecas”, que se adelantó enarbolando una no menos ridícula espada de madera y apuntó con ella de frente al capitán.

—Si se mueve le mato —dijo consiguiendo una carcajada general de cuantos le escuchaban— Basta un medio hombre como yo para terminar con vuestra fama y fortuna.

—Fama tal vez, fortuna poco más que lo puesto. La verdad es que no carece de valor —dijo con sorna el capitán— ya que jamás un enemigo ha conseguido apuntarme con su espada y vivir para contarlo.

—Se equivoca, heroico soldado —rió “el niño de Vallecas” sin dejar de apuntar con la espada al capitán con su cómico gesto— la señora de la guadaña hace invencible a los enanos, ya que tenemos más fácil poder agarrar a nuestro enemigo por los cojones —la carcajada general no tuvo entre sus actores al capitán, a quien aquel tipo de humorada no le hizo gracia alguna.

—Por cierto —dijo el bufón adoptando una mueca sarcástica que todos rieron antes siquiera de conocer sus palabras— ¿qué se siente cuando el acero quita la vida a otro hombre? —y de nuevo hizo una finta con su espada de madera tocando con ella el cuerpo del capitán.

—No lo sé. Jamás ninguno dejó recuerdo en mi mente —contestó el aludido de mala gana.

—¿Entonces es falso todo lo que cuentan de vuestra merced? —interrogó el bufón ante el interés de los asistentes a la conversación.

—Eran enemigos, protestantes o piratas. Pero ya que está tan interesado podría plantearme quitar la vida a un enano, hazaña que no se cuenta entre mis gestas —dijo Ovando mientras desenvainaba la espada y apuntaba con ella al bufón, quien se escondió tras el secretario del Rey en medio de la carcajada general.

—No parecen gustarle muchos mis “hombrecillos”. No debe dejarse engañar, tras su apariencia diminuta se esconden personas con grandes cualidades —dijo Felipe IV todavía sonriente— Pues si este os intimida, ya veréis cuando conozcáis a Juan Martín Calabazas..., a quien por cierto andamos buscando sin saber su paradero.

En aquellos momentos uno de los oficiales de la “Guardia Amarilla” irrumpió en escena y se acercó hasta el monarca diciéndole algunas frases al oído. Mientras escuchaba, el Rey sonrió de nuevo y con un par de frases escuetas despidió al recién llegado.

—Vaya, parece que acaban de encontrar al desaparecido en los calabozos —explicó riendo a los presentes. Nunca dejará de sorprenderme, al parecer fue detenido por no saberse el santo y seña de hoy y los guardias lo han mantenido allí hasta comprobar que era uno de mis enanos. Le he pedido al oficial que ponga lentes al soldado porque no entiendo cómo necesitaba constatación para saber que se trataba de un bufón cuando no mide más de doce palmos.

Sin hacer más comentarios al respecto el propio Rey presentó al capitán a los servidores que conformaban su interminable séquito, quienes mostraron en todo momento su respeto ante la figura del famoso héroe, incluyendo al propio Condestable de Castilla, quien pareció a Álvaro de Ovando un hombre íntegro y diligente en un mundo de farsantes y parásitos reales. Uno de ellos, de melena rizada y mirada miope, le llamó especialmente la atención, era un famoso pintor del que había oído hablar mucho por su fama de retratista excepcional, un tal Diego Rodríguez de Silva Velázquez quien, según le había informado José González, había descubierto a la primera de las mujeres asesinadas cuando posaba para él. Desde luego no tenía ninguna pinta de asesino, pero el capitán se había prometido no confiar en nada ni en nadie hasta desenmascarar al culpable, y el pintor era uno de los principales sospechosos.

—¿Es cierto que vuestra merced estaba pintando a doña Clara cuando la mataron? —preguntó Álvaro de Ovando al pintor.

—Cierto —contestó lacónico Velázquez, a quien no le gustaba que le interrogaran sobre el crimen.

—¿Y cómo fue posible que no viera al asesino? —siguió preguntando el nuevo Jefe de la “Guardia Amarilla”.

—Hubo un disparo en la estancia contigua —explicó el pintor de mala gana— y yo salí para ver qué sucedía dejando a doña Clara en el estudio de la sala de los espejos, cuando volví la habían matado y habían rajado mi pintura.

—Estaba medio desnuda, ¿verdad? —inquirió Ovando.

—Si lo sabe no comprendo por qué lo pregunta —contestó Velázquez— Estaba cubierta con un blusón mojado que lo hacía casi transparente, pero el asesino no abusó de ella, de hecho apenas tuvo tiempo de matarla antes de que yo volviera.

—Sí, tuvo que actuar con gran rapidez —dijo el capitán reflexionando en voz alta— de hecho resulta mucho más fácil creer que vuestra merced intentase tener algún tipo de relación con ella y, ante su negativa, le provocase la muerte. Según me ha informado el capitán Villanueva, no se ha encontrado ningún impacto por arma de fuego en la sala contigua y vuestra merced afirma que sonó un disparo, ni tampoco parece que hubiera tiempo posible para que un asesino penetrase en vuestro estudio, os engañase y matase a la muchacha.

—Juro por mi honor que no soy el responsable de su muerte —dijo el pintor entrecortando las palabras al sentirse acusado— De hecho jamás llevo armas y nunca he tenido un puñal en mis manos. Además, hubiera sido más lógico sacar de allí el cadáver que llamar a la Guardia.

—Es cierto —terció el Condestable— lo encontraron junto a la mujer paralizado por el terror y todavía con los pinceles en su mano. No es creíble que hubiera sido él, ya que está acostumbrado a retratar a bellas mujeres y a verles sus intimidades mostrando el mayor de los respetos. Y en cuanto al disparo, sería muy posible que el asesino lo efectuase sin balas, haciendo estallar la pólvora de su pistola para alejar al pintor de su modelo.

El pintor de La Corte disculpó su presencia, visiblemente molesto por el interrogatorio público del capitán Ovando y se marchó de la fiesta. Aceptando la excusa de Velázquez para abandonar el lugar, el nuevo Jefe de la “Guardia Amarilla” refrendó sus sospechas sobre el histriónico pintor y se preguntó cómo las mujeres serían capaces de mostrar sus encantos ante

aquel personaje miope de melena alborotada y mirada de ratón que bien podía esconder a un depravado.

El Rey les dejó un instante para ir en busca de la reina, que según comentó se había encontrado un poco indispuesta y por eso no había hecho acto de presencia todavía, y el capitán siguió su ronda de presentaciones por la fiesta acompañado del Conde-Duque y su secretario José González, quien hizo gala de un dominio absoluto de los títulos y abolengo de cada uno de los presentes mientras Ovando, entre respetuosos saludos y educadas frases de cortesía, se esforzaba a duras penas por evitar los bostezos que le provocaban aquellas protocolarias presentaciones.

Y entonces la vio ante él. Sintió la calidez de su mirada clavándose en su cuerpo y no pudo por menos que bajar la vista y sonrojarse como un niño. Era una mujer hermosa, muy hermosa. Su pelo rubio ensortijado escondía unos ojos acaramelados de viva mirada, ardiente como la lava de un volcán e intensa como el olor de las rosas. Tenues arrugas en su marmóreo rostro desvelaban, pese al maquillaje y los aceites, que ya había recorrido largos años de juventud, pero los movimientos de su cuerpo seguían prometiendo la intensidad del deseo de una adolescente. Era alta y esbelta, pero sobre todo tenía una especial altivez que demostraba en cada uno de sus movimientos, y lucía su traje con una elegancia que dejó embelesado a Ovando. Acompañaba a la reina Mariana, quien levantó su mano para que pudiera besarla el nuevo Jefe de la Guardia, mientras el Rey elogiaba las heroicas gestas del capitán.

—Por cierto, acaba de llegar del calabozo uno de los hombres más cultos de mi reino y tal vez al mejor recitador de sonetos que hayáis conocido jamás —dijo Felipe IV indicando con la mirada a un enano de no muy agraciado aspecto que el capitán descubrió al conseguir retirar la mirada de la joven.

-“*Que Amor sus glorias venda
caras, es gran razón y es trato justo;
pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto;
y es cosa manifiesta*

que no es de estima lo que poco cuesta”.

Todos sonrieron ante la declamación de Juan Martín Calabazas, quien discretamente hizo un guiño de complicidad al capitán como si aquellos versos no fueran sino una travesura al descubrir que había quedado prendado de la doncella de la reina.

—Un poema muy hermoso, la verdad es que las empresas de armas me han dejado poco tiempo para la poesía, pero es de admirar que un ser como vuestra merced sea capaz de recitar de tal manera —dijo el capitán Ovando sin poder dejar de mirar con el rabillo del ojo a la hermosa joven.

El enano dio entonces un paso al frente y haciendo una reverencia a su majestad, quien se sintió muy complacido, infló el pecho y recitó con la mano izquierda sobre su corazón y el brazo derecho estirado como si de un canto se tratase.

*-Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar a puerto alguno.*

*Siguiendo voy una estrella
Que desde lejos descubro,
Más bella y resplandeciente
Que cuantas vio Palinuro.*

*Yo no sé adónde me guía,
Y así, navego confuso,
El alma a mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.*

*Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren
Cuando más verla procuro.*

*¡Oh clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!.
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.*

Con una nueva inclinación de cabeza y una reverencia ante sus majestades, el bufón dio por finalizada su actuación, aplaudida por todos los presentes.

—Hermoso, muy hermoso —repitió de nuevo el capitán, más atento a la bella joven que a la lírica del enano— ¿Son vuestras esas composiciones?.

—Las musas no han permitido que tuviese talento para tales obras —contestó galante el bufón mientras esbozaba una sonrisa que escondía la sorna ante la ignorancia del laureado soldado— Es de Don Quijote de la Mancha, un libro magnífico hecho por un soldado como vuestra merced, don Miguel de Cervantes, que deberíais leer.

—Lo haré sin duda. Vuestras poesías me han impresionado. Espero que el resto de poemas del libro sean tan buenos como los que os he escuchado —dijo cortésmente el capitán, dando muestra ante todos los presentes de su desconocimiento de la famosa obra que la mayoría había oído nombrar y muy pocos habían leído.

Irrumpieron entonces en el salón un ejército de sirvientes portando bandejas de plata con copas de vino talladas en cristal y dulces de hojaldre y cabello de ángel con los que obsequiaron a los presentes. El rumor que hasta entonces había resultado siempre discreto creció entre los presentes y dio paso a momentos de distensión a medida que se vaciaban las copas y se ingerían los más variados pasteles.

Calabacillas sintió entonces un apretón en el estómago que le hizo salir al patio del Alcázar, buscando el anonimato de las adelfas para poderse bajar las calzas y cagar a placer. Tras la operación metió la mano en su propia mierda y rescató el anillo de la Casa de Sástago, que limpió utilizando unas matas para esconderlo luego en el bolsillo de su casaca. Tenía un plan que cumplir y para hacerlo necesitaba de un cómplice y un poco de fortuna. Para no despertar sospechas volvió a la fiesta subiendo por una escalinata hasta las terrazas traseras, custodiadas por varios guardias, a

los que dio el santo y seña, y penetró discretamente en el salón donde nadie se había percatado de su ausencia. El capitán todavía era llevado de un lado a otro por el secretario del Conde-Duque para ser presentado al resto de los invitados de la fiesta, quienes esperaban ansiosos por intercambiar unas palabras con el apuesto héroe. Calabacillas le vio un gesto de cansancio ante una situación a la que sin duda no se hallaba acostumbrado y comprobó, sonriendo, cómo el bizarro soldado intentaba controlar con la mirada los movimientos de la bella María Violeta de Enghien, quien en todo momento se mantenía en un discreto segundo plano pendiente de los deseos de la reina.

Le tocaba actuar y tenía que hacerlo rápidamente. Se dirigió a la cocina por el pasillo que recorrían los sirvientes con bandejas de dulces y vino. Nadie le preguntó nada, la mayoría de aquellos camareros le conocía de vista. Llegó hasta la cocina y una vez allí vio la larga mesa de madera donde eran preparadas con esmero por una joven las bandejas de dulces.

—¿Podría vuestra merced darme algo para la acidez?, el estómago casi no me permite mantenerme en pie —le dijo con cara de lástima.

—Esperad un momento, voy por una infusión de hierbabuena que os limpiará el estómago, aunque lo que debéis hacer es dejar de beber —contestó la joven apiadándose del enano.

Mientras esperaba, Calabacillas comprobó que nadie podía verle y aprovechó para meter el sello en uno de los hojaldres. Momentos después apareció la joven con la infusión que el enano se bebió sin contemplaciones.

—Gracias, sois una joya como no existe otra en la corona de realeza alguna —dijo galante a la joven— Por cierto, decid que lleven rápido esa bandeja de dulces al Conde de Sástago y Puebla, cuando venía hacia aquí le oí decir quejarse de lo lento que iba el servicio, y ya sabéis que es tan quisquilloso como amigo del Rey.

Momentos más tarde Calabacillas comprobaba desde un discreto rincón cómo un sirviente llevaba la bandeja de dulces al grupo donde se encontraba el conde y se los ofrecía. La glotonería era norma cotidiana entre los invitados a las frecuentes fiestas de la Corte, máxime cuando ya llevaban algunas copas de vino, por lo que tanto el propio Conde, el duque de Medina de las Torres, el abad Scaglia y el Marqués de Camarasa y

Carpio tomaron sendos pasteles mientras seguían su animada conversación sobre las tácticas francesas en la política internacional.

El enano vio preocupado como el Conde de Sástago terminaba su hojaldre sin mostrar reacción alguna, como tampoco el resto de sus contertulios, hasta que el abad Scaglia hizo un extraño gesto y se echó la mano derecha a la boca.

—¡Esto es intolerable, acabo de morder algo sólido dentro del pastel! ¡Es una vergüenza! —se quejó de malos modos mientras miraba en su mano el objeto que acababa de morder— ¡Se han dejado un anillo en el pastel!. ¡Mirad, es un sello con un escudo! —entonces se volvió hacia don Francisco Vinuesa que se encontraba codo con codo junto a él— ¡Por cierto que creo que os pertenece! ¡Mirad a ver qué empresas tenéis en la cocina porque abandonáis en ellas vuestras joyas! —dijo sonriendo mientras excepto el Conde, todos rieron la graciosa ocurrencia.

—No puede ser —fue la lacónica respuesta del aludido al observar detenidamente sobre su mano un anillo que conocía a la perfección— Tiene que tratarse de una copia falsa. Pertenece a alguien que se fue hace mucho, mucho tiempo.

Minutos después don Francisco Vinuesa abandonaba la fiesta como alma que lleva el diablo en dirección hacia el cementerio de los sirvientes. Había luna llena y se veía bastante bien. Unos minutos más tarde se encontraba frente a la tumba de Encarnación Salazar acompañado por dos de sus sirvientes, quienes portaban sendas palas.

—Desenterrad el cadáver —dijo sin reparos— Tengo que comprobar que ella sigue ahí, que nadie ha desvalijado su tumba.

—Pero Excelencia —interrumpió uno de los lacayos— ¿No sería mejor esperar a que amaneciera y contar con el permiso de su majestad?. Tened en cuenta que nos encontramos en un cementerio real y podría crearos problemas.

—No te preocupes —dijo el conde sin mucho convencimiento— Si nos descubren seré yo quien responda, pero necesito saber ahora mismo si ella sigue ahí.

—Tened en cuenta además que no es de buenos cristianos interrumpir a los muertos en su sueño eterno —volvió a decir el lacayo a quien no le

hacía ni pizca de gracia desenterrar un cadáver en una noche de luna llena.

—¡Hazlo y pronto! —ordenó tajante el de Vinuesa— No tenemos mucho tiempo.

Apenas treinta minutos después los dos lacayos sudaban al compás de las paladas, pero habían desenterrado prácticamente la tumba de tierra sin encontrar el ataúd.

—¡Tiene que estar ahí, tiene que estar ahí! —repetía el conde clavando sus pupilas en el agujero que sus sirvientes estaban abriendo.

En ese momento sonó un ruido extraño y profundo que se repitió en la lejanía, como un lamento que adquiría tonos altos para descender en tonos más graves y perderse en la noche. Los dos lacayos pararon su trabajo y miraron en la dirección de donde procedía el sonido. Uno de ellos levantó la mano y señaló indicando algo que ya todos habían visto. Sobre la cercana pared del cementerio había un fantasma envuelto en un sayo negro. Bajo la capucha se adivinaban los inconfundibles rasgos de una sonriente calavera. Y les estaba mirando.

CAPÍTULO XIII

EL CONDE de Sástago estaba paralizado por el terror. De nuevo sonó un ruido grave que descendió en intensidad, como si de un lamento se tratase. La fantasmagórica figura desapareció justo en el momento en que varios alabarderos de la Guardia Real llegaron a las puertas del cementerio alertados por los extraños sonidos.

—¡Alto en nombre del Rey! ¡Quedáis arrestados por la guardia de su majestad! —dijo el oficial que iba al frente presentando armas contra las tres figuras que se encontraban saqueando la tumba.

Los lacayos del conde arrojaron sus palas al suelo. Éste seguía con la vista clavada en el lugar dónde había visto al fantasma, como si de verdad se tratase de su amada, que había escapado de su tumba para vagar por el mundo en busca de la paz que no encontró en vida. Después se volvió y se identificó ante los alabarderos, quienes le custodiaron junto a los dos sirvientes hasta el pabellón del cuerpo de guardia donde comprobaron la identidad de los detenidos. De allí les bajaron hasta los calabozos a la espera de informar a sus superiores para que les interrogaran u ordenasen su libertad. Don Francisco Vinuesa estaba pálido como la cera, tenía el rostro desencajado y los ojos como ausentes. No pronunció palabra alguna cuando le ordenaron que se metiese en una de las inmundas celdas ni se quejó cuando le despojaron de cuanto llevaba encima. En sus retinas todavía estaba la visión de la calavera de “la segedana” y en su interior una profunda culpabilidad le oprimía la mente, trayéndole recuerdos olvidados que había creído enterrar para siempre.

La había querido con enfermiza pasión. La conoció mucho antes de que fuese llevada a Palacio. Era entonces una muchacha morena de tez blanca y mirada inocente. Tenía una belleza extraña pero que no dejaba indiferente. Los ojos negros, muy grandes y un poco rasgados, la nariz recta y los dientes blancos y perfectos, que dejaba descubrir su complaciente sonrisa como un regalo del cielo. No era voluptuosa, pero aquella tarde de verano en Zafra hacía un calor endemoniado y el vestido se le pegaba a los pechos pequeños y erectos, de pezones que parecían escapar de la tela. don Francisco Vinuesa recordaba aquel momento con perfecta nitidez, como si hubiese ocurrido un día antes. La encontró en la mansión de los Zúñiga, ocupada en el bordado de unas mantas. Era sobrina segunda de los condes y había quedado huérfana de padre y madre dos años atrás, por eso fue acogida por sus parientes y se ocupaba de labores del hogar, como una sirvienta, a la espera de encontrar un marido que la desposase.

Pese a su juventud, ya en aquella época, el Conde de Sástago estaba prometido a la duquesa de Talarrubias, a quien jamás había visto, pero cuyas familias tenían pactada la boda desde que ambos cumplieran los diez años. Por eso no pidió la mano de la joven, a quien hubiera hecho el más feliz de los maridos del mundo, pero se juró que conseguiría el amor de aquella muchacha y, aunque fuera a espaldas de su familia, compartiría con ella la pasión que sentía por dentro y que le hacía latir el corazón a una velocidad nunca antes conocida.

Era, según recordaba, muy virtuosa y devota. Los Zúñiga la habían educado en la más estricta moral cristiana y María Eulalia iba a misa dos veces al día acompañada por el resto de mujeres de la familia. Todavía la recordaba postrada en el reclinatorio, tocada con una mantilla negra y con los ojos cerrados mientras sus labios carnosos rezaban en susurros una plegaria. Y una vez más se sintió un cobarde por no haberla raptado y haber escapado con ella muy lejos de donde sus familias hubieran podido encontrarles, para vivir un amor apasionado como jamás había vuelto a sentir por nadie. Pero no ocurrió así. Una semana más tarde abandonó el hogar de los Zúñiga para volver con los suyos y, cuando regresó meses después, descubrió que estaba siendo pretendida por un palafrenero, con quien se veía a escondidas en las cuadras de la mansión. Durante aquel

tiempo no sólo no la había olvidado, sino que la imposibilidad de tenerla le había trastornado, elevándola a los altares de su mente y deseándola hasta la extenuación. Por eso se reunió aquella misma tarde con don Juan de Zúñiga, el tío de María Eulalia, y le contó los rumores que circulaban sobre los amoríos de su sobrina con el sirviente, sugiriéndole que la llevase lejos y pusiese los medios para que aquel amor infantil no se consumase e hiciese peligrar el honor de su apellido.

Una semana más tarde María Eulalia de Zúñiga partía hacia Madrid para servir a la reina como dama de compañía. La vio partir llorando desconsolada por la ventana de la carroza, mientras decía adiós con la mano a sus parientes y a cierto palafrenero que el día antes le había jurado amor hasta la muerte. Sin duda una promesa premonitoria, porque aquel mismo día, mientras trabajaba en las cuadras, una viga desprendida de un cerramiento le alcanzó en la cabeza dejándolo herido de muerte. Nadie supo explicarse cómo se desprendió la madera ni por qué la mala fortuna quiso que fuese a acertar justo en el cráneo del joven. Muchos argumentaron que se había tratado de un crimen, pero pese a las dudas no hubo preguntas y tras unas discretas exequias el hecho quedó muy pronto en el olvido.

Él sí sabía lo que ocurrió. Y ahora pensaba que el fantasma de María Eulalia había vuelto para martirizarle después de conocer la verdad en el otro mundo. Por eso había aparecido el anillo que él mismo le colocó cuando se encontraba en el ataúd, horas después de su muerte. Y por eso también los lamentos y la aparición en la noche de aquel fantasma. Al Conde de Sástago no le cabía duda alguna que estaba recibiendo el castigo que merecía por los errores cometidos durante su juventud.

Sonó la puerta de la celda y tras ella apareció el capitán Álvaro de Ovando que le habían presentado en la fiesta esa misma noche. Se le veía cansado, mucho más que horas atrás, cuando el propio Rey le hacía honores como si de un héroe mitológico se tratase. Era un hombre fuerte y atractivo, bastante joven, pero con prematuras canas que confirmaban las grandes tensiones y duras pruebas de una vida sacrificada. Pidió a los guardias que le dejaran sólo. Su semblante era de preocupación y se le veía furioso, sin duda los acontecimientos estaban superando todas sus expectativas.

—Vengo a que me explique vuestra merced qué hacíais en el cementerio de los sirvientes desenterrando un cadáver cuando deberíais estar en la fiesta con el resto de invitados —dijo sin preámbulos.

—Es una historia muy larga —contestó don Fernando de Vinuesa mirando al infinito— Una historia que se remonta al tiempo en que una joven llamada doña María Eulalia de Zúñiga vivía en casa de sus tíos en la ciudad de Zafra, yo la conocí allí, me enamoré de ella desde el primer momento, era una muchacha muy hermosa que murió de fiebres maltas hace más de dos años, yo la quería pero no tuve valor para pretenderla...

En ese momento sintió como las manos del capitán le agarraban violentamente por el cuello y le empujaban hacia atrás, hasta golpear con la espalda en la pared.

—¡No tengo tiempo de monsergas! —dijo el capitán dejándose llevar por la ira— ¡Sois el asesino de las cortesanas y voy a haceros colgar de la torre mayor del Alcázar!. ¡Confesad vuestros crímenes sin dilación u os haré torturar en el potro hasta que no os quede un hueso unido en vuestro miserable cuerpo!.

Sonaron golpes en la puerta del calabozo. El capitán dejó de estrangular al conde y abrió violentamente. Fuera estaban los guardias que le acompañaban y otros dos más que tomaban aliento tras haber llegado a la carrera.

—Debéis seguirnos —dijo uno de ellos tras el saludo marcial obligado — El Rey reclama vuestra presencia. Han encontrado el cuerpo de doña María Isabel de Tolosa.

Sin perder un minuto el capitán Ovando salió tras los guardias en dirección hacia la Casa de las Muñecas y desde allí hacia el abrevadero que había junto a las caballerizas reales, fuera del edificio del Alcázar, donde varios soldados custodiaban un cuerpo sin vida, sacado de las aguas apenas media hora antes, tras ser descubierto por un mulero que pretendía dar de beber a las bestias. Sus ojos estaban cerrados, su expresión carecía de vida y presentaba evidentes signos de descomposición en lo que alguna vez fue el rostro de una joven mujer. Sus ropajes empapados dejaban ver una herida mortal producida por un arma que nadie hasta entonces había encontrado y su rigidez dejaba constancia de las muchas horas que llevaba muerta.

Felipe IV se encontraba allí, frente al cadáver, visiblemente conmovido por la visión de la muchacha.

—A su servicio majestad, ¿de quién se trata? —preguntó el capitán Ovando.

—Doña María Isabel de Tolosa —contestó en voz baja el Condestable, que se encontraba al lado del monarca— la doncella había desaparecido hacía varios días. Sus compañeras, pese a conocer su ausencia, no la habían denunciado porque creían que se había marchado de Palacio por alguna razón de amores.

Pero ahora, estaba allí, ante los presentes, con la cara descompuesta por los gusanos y los roedores, e invadiendo el aire con el hedor de la carne que comenzaba a pudrirse. Para todos los que la conocieron la visión resultó de una impactante violencia fantasmagórica, como si el ángel más hermoso hubiera sido convertido por una magia diabólica en el más repugnante de los seres.

El Rey se volvió y antes de desaparecer hacia sus aposentos juró con rabia que degollaría al culpable, pero sus palabras se perdieron entre la pertinaz lluvia que comenzó a arreciar. Junto a todos ellos, anónimo en el tumulto e inmóvil por el dolor, el enano Calabacillas lloraba amargamente. Desde el descubrimiento de su amada haciendo el amor con el guardia la había evitado para intentar acallar sus sentimientos y, como todos, había creído que finalmente se había marchado del Alcázar antes de que el rey se enterase de sus amoríos, pero ahora la descubría allí, destrozada y medio descompuesta, y el dolor se le hacía insoportable.

Entre cuatro soldados sacaron el cadáver y lo trasladaron al tanatorio de Palacio. Mientras tanto, el nuevo Jefe de la “Guardia Amarilla” ordenó con palabras desesperadas que se extremara la vigilancia en los accesos a las estancias reales y que se detuviera a toda persona sospechosa que hubiera estado en el interior del Alcázar en los últimos dos días para interrogarlas personalmente.

El enano quedó solo, frente al abrevadero donde habían encontrado el cadáver, chorreando por la lluvia y llorando a lágrima viva, deshecho por la visión del cadáver que un día fue su único y gran amor.

—¡Dios, ¿por qué a ella?! —gritó a la oscuridad mientras arreciaba la tormenta y los truenos apenas dejaban oír sus palabras— ¡¿Por qué, por qué, era sólo una muchacha, una hermosa flor que apenas había empezado a vivir. Por qué no otra, Dios Mío. Por qué no otra de entre tantas mujeres y cortesanas?! —y cayó de rodillas ante el pozo, con las manos unidas, llorando amargamente bajo la tempestuosa lluvia que lo empapaba hasta los huesos y recitando aquella coplilla castellana sacada del Quijote, como si de una oración se tratase:

*-Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir
porque el placer de morir
no me torne a dar la vida.*

Durante más de una hora siguió allí, sin poder moverse, hasta que los tiritones por el frío le hicieron reaccionar y marchó a sus aposentos a cambiarse de ropas. Tenía una corazonada y por eso se dirigió hacia el taller de pintura de Velázquez, pero no halló allí al pintor. Después fue al tanatorio donde los soldados habían llevado el cuerpo de la víctima. Todos se habían marchado a dormir, probablemente para hacer la inspección médica a la luz del día y dentro de la sala mortuoria no había nadie. Penetró en silencio y haciéndose de un candil de aceite lo encendió y observó el cadáver intentando buscar alguna señal que delatase al asesino.

Comprobó con repugnancia que parte de su pómulo derecho estaba descarnado, al igual que varios dedos donde asomaban las falanges. El hedor a carne podrida era tan terrible que tuvo que taparse la nariz con un pañuelo mientras con la otra mano levantaba el candil con el que examinaba el cuerpo. Las heridas mortales del puñal se encontraban en el abdomen y en el pecho, donde al arma había penetrado al menos en dos ocasiones de forma imprecisa, “probablemente —pensó— porque el asesino la sujetó por la espalda tapándole la boca con una mano mientras la apuñalaba con la otra”, aunque no presentaba síntomas de haber sido forzada lo que descartaba el interés sexual de su matarife. Tenía también dos grandes moratones en la frente y en un hombro, y rozaduras en los pies. Entonces se

percató de que en la palma de su mano derecha tenía una herida frontal, rápidamente dio la vuelta al cadáver y comprobó que en el centro de su mano izquierda también presentaba la misma herida, “los estigmas de Cristo, tal vez —pensó— el asesino la había crucificado antes de darle muerte, o quizá pretendía inmolar a la hermosa muchacha en un diabólico sacrificio a Satanás, tal como hacían las brujas en sus secretos rituales”.

En esos momentos rechinó la puerta de madera que daba acceso al tanatorio y el bufón apenas tuvo tiempo para esconderse dentro del ataúd de madera que había junto a la pared, destinado al descanso final del cuerpo de doña María Isabel. Desde su escondite Calabacillas escuchó como el recién llegado se movía, al igual que hiciera él, con profundo sigilo, lo que le desveló que no se trataba de ninguno de los doctores ni de un Guardia de Palacio. El misterioso personaje mostraba especial cautela en sus movimientos y parecía estar imitando el examen del cadáver que él mismo había realizado hacía unos minutos. Un profundo escalofrío de terror le corrió por la médula al enano, imaginando que tal vez era el asesino, que había venido a deleitarse con la visión de su crimen, y a arrancar el corazón a su víctima para invocar con él a Lucifer.

En ese instante lo sintió de nuevo, en la oscuridad, el lento movimiento de las ocho patas al moverse por su brazo, los pelos de su nuca erizados por el terror, la parálisis del miedo que le impedía salir de aquella trampa mortal, los quelíceros de la bestia escondidos buscando su sangre y entonces, olvidando su situación y el peligro que corría, se revolvió sobre sí mismo y dio un manotazo sobre el punto de su brazo donde la pequeña araña había delatado su presencia.

De pronto escuchó un sonido muy cercano y vio como se movía la tapa del ataúd y la luz del candil iluminaba el interior dejándolo al descubierto. La punta de una espada le pinchó el cuello y a duras penas pudo ver la cara de su atacante, dándose por muerto.

—Quedáis detenido como sospechoso del asesinato de doña María Isabel de Tolosa —dijo Álvaro de Ovando, y en un nuevo ataque de terror el enano se orinó encima.

CAPÍTULO XIV

EL pequeño bufón salió del ataúd como alma que lleva el diablo, con las manos alzadas mientras por su entrepierna todavía goteaba la orina que había empapado el interior de la caja mortuoria.

—No soy ningún asesino —dijo esforzándose para que sus palabras no se trabasen— Amaba a esa mujer y vine a verla por última vez, pero al escucharos llegar me escondí aquí dentro porque pensé que podría tratarse de su asesino.

—¿Cómo puedo creer a vuestra merced? —preguntó el capitán Ovando agarrando al enano con una mano por el cuello mientras mantenía la espada desenvainada en la otra— Vuestra merced presenta el perfil perfecto del criminal, sois una de las pocas personas que tienen total facilidad para moveros por el Alcázar, llevar a cabo un crimen y esconderos en cualquier parte.

—Es fácil demostraros que no pude ser yo —contestó Calabacillas serenándose— si tenéis en cuenta a la altura que fue herida de muerte yo tendría que haber apuñalado a doña María Isabel levantando el cuchillo por encima de mi cabeza, y no le hubiera resultado difícil evitarlo o al menos intentar impedirlo, teniendo en cuenta que sus brazos eran mucho más largos que los míos. Es más creíble que su asesino era al menos de su estatura y la agarró por la espalda tapándole la boca y luego la apuñaló con la otra mano, además, tened en cuenta que yo soy diestro, y el asesino no. Pero es más, si os fijáis atentamente en el hombro derecho y en la frente podréis ver que presenta dos grandes moratones, y sus talones tienen

rozaduras, lo que significa que tras ser asesinada el autor arrastró el cadáver y después lo transportó hasta la boca del pozo, arrojándolo sin miramientos, lo que explica las magulladuras. Yo jamás hubiera podido arrastrar el cadáver sin ayuda y mucho menos cargármelo encima y arrojarlo al pozo.

Álvaro de Ovando bajó la espada y levantando de nuevo el candil se volvió hacia el cadáver para examinarlo y ver si las apreciaciones del bufón eran ciertas. Al acercarse el fuerte olor le obligó a taparse la nariz y la boca mientras sufría varias arcadas, pero logró sobreponerse y comprobar que de hecho todos los datos facilitados por el enano encajaban a la perfección y eran suficientes para hacer insostenible que fuera el autor del crimen.

—Sé que no es vuestra merced. En realidad ya he apresado al asesino, se encuentra en los calabozos a la espera de que vuelva para interrogarle, estoy seguro de que confesará sus crímenes y tendrá un merecido castigo —dijo por fin Ovando mirando todavía con horror el estado de la víctima, mientras se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo para poder evitar el nauseabundo olor del cadáver.

—Se trata del Conde de Vástago, ¿verdad? —afirmó más que preguntó Calabacillas.

—No sé cómo lo habéis adivinado, pero de él se trata —contestó el capitán girando su sorprendido rostro hacia el enano, para el que no parecían existir secretos.

—Os equivocáis y creo que debéis escucharme antes de proseguir con su interrogatorio —dijo Calabacillas sin dilación— podéis cometer un error irreparable y yo puedo explicároslo todo.

—¿Qué sabe vuestra merced de mis actividades? ¿Cómo osáis meteros en asuntos oficiales que no os incumben? —dijo de malos modos el capitán.

—Tenéis fama de comedido e inteligente y como tal deberíais darme unos minutos para que os explique algunas cosas que desconocéis, después podréis decidir, pero hacedlo antes os llevará a equivocaciones imperdonables —fue la contestación de Calabacillas no haciendo caso de las preguntas de Ovando.

El tono conciliador del enano, más que sus palabras, hicieron calmarse al capitán.

—¡Sed breve, no tengo tiempo que perder en largas historias! —dijo Álvaro de Ovando mostrando todavía su genio incontrolado.

—¡Lo seré! —dijo lacónico el enano— El Conde de Sástago intentaba saber si su amada María Eulalia de Zúñiga se encontraba todavía enterrada en el cementerio porque uno de los invitados a la fiesta encontró en uno de los dulces el anillo que él le había puesto cuando murió. Ahora cree haber visto un fantasma cuando estaba realizando su empresa porque vio una calavera sobre el muro del camposanto y escuchó un extraño ruido, el mismo que alertó a los guardias y permitió que fuese descubierto.

—¿Cómo sabéis todo eso? —preguntó el capitán sin salir de su asombro.

—Porque fui yo mismo quien metió el anillo en el dulce, quien colgó un cráneo del osario dentro de un viejo sayo y le hizo desfilas sobre un palo por el muro del cementerio, y quien sopló por un cuerno de toro para alertar a los guardias del Alcázar.

—¿Para qué? ¿No hubiera sido más fácil poner vuestras informaciones en conocimiento de la guardia sin tretas ni argucias de delincuente? —dijo Álvaro de Ovando.

—No —explicó el enano— Quería saber si el Conde de Sástago tenía conocimiento del robo del ataúd y si era el asesino de las cortesanas. Ahora sé que es inocente de ambos cargos y que tal vez sólo tenga que ver con la muerte del sirviente del que las malas lenguas le hacen responsable, pero estoy convencido de que no fue él quien mató a ninguna de las cortesanas y que probablemente el ataúd que encontré en el pabellón del cementerio fue sacado de su tumba por el propio enterrador para ubicarlo en otro lugar, ante el incremento de muertos en el recinto, porque el cadáver tenía intactas las joyas con las que fue enterrado.

—Sois bastante más inteligente de lo que parecéis —dijo mientras sufría una nueva arcada tras ratificar que el bufón no había errado en su inspección— Pero que yo sepa doña María Eulalia de Zúñiga murió de fiebres maltas, ¿Y qué me decís del resto de las mujeres asesinadas? —preguntó mientras hacía indicaciones al bufón para que le siguiera fuera de la sala y poder evitar así el hedor nauseabundo que le impedía concentrarse en cuanto estaban hablando.

—Como sabéis, doña Clara Silviani, la primera de las víctimas, fue apuñalada mientras posaba desnuda para un retrato de don Diego de Velázquez.

—Semidesnuda —puntualizó el capitán.

—Y la segunda, doña Inés de Gibrleón, también apuñalada, fue encontrada sin vida cerca del cementerio abrazando una cruz de hierro.

—Cierto.

—La tercera de las víctimas fue la joven Teresa de Toscana —explicó Calabacillas— cuyo cadáver sí pude examinar, comprobando que también fue arrastrada, probablemente después de muerta, y el asesino no pudo cargarla sobre sí mismo, ya que pese a su juventud doña Teresa era generosa en carnes. Y la cuarta, doña Encarnación Salazar, a quien debo el conocimiento de la historia de doña María Eulalia, también fue masacrada de una puñalada en el corazón que le quitó la vida en el acto, aunque fue golpeada en la cabeza con una cruz de hierro que, quizá sólo utilizó el asesino una vez muerta para despistar mis posibles indagaciones hacia la tumba de la “segedana” y fomentar la creencia de que todos los crímenes son obras de seres del más allá. Así que todas fueron apuñaladas, lo que significa que el asesino sabe manejar diestramente el anónimo cuchillo, y las heridas demuestran que no es un maníaco sexual ni tiene motivos demasiado claros para cometer sus crímenes, aunque llegados a este punto creo que debéis seguirme, he descubierto algo que podría aclararlo todo.

Intrigado por tales palabras el nuevo Jefe de la Guardia siguió al bufón quien le llevó por un intrincado laberinto de pasillos en el ala izquierda del Alcázar hasta las estancias conocidas como “la Pieza Ochavada” donde habitualmente trabajaba el pintor real retratando a famosos personajes de La Corte. No sin razón Felipe IV era famoso por su magnífica colección de cuadros de los más grandes pintores, especialmente Tiziano, y por su mecenazgo de grandes talentos como el propio Diego de Velázquez, sin duda el preferido por la Casa Real por sus geniales retratos.

En la sala contigua al estudio del pintor sevillano, la que llamaban “la Pieza Ochavada”, había un almacén donde se amontonaban grandes lienzos con pruebas, trabajos desechados y telas deterioradas que por alguna razón esperaban allí a ser trasladados hasta algún lugar donde el fuego terminase

con ellos. Calabacillas llevó al capitán hasta las telas inservibles y retirando algunas apoyadas sobre la pared mostró un enorme lienzo con una raja sobre la figura principal que representaba a una mujer vestida en paños menores. Un retrato magnífico, como todos los de Velázquez, que jamás sería acabado y que terminaría en la hoguera sin conocer la gloria de la inmortalidad.

—La modelo fue la primera víctima de los asesinatos, doña Clara Silviani, una sirvienta real dedicada principalmente al cuidado del príncipe don Baltasar Carlos —explicó el enano mientras admiraba el cuadro que le duplicaba en tamaño— don Diego no quiso terminarlo una vez desaparecida la joven. Si observáis su expresión y el detalle de sus ojos comprobareis por qué tienen tanta fama los retratos del pintor de La Corte.

Seguidamente apartó otros cuadros y tiró de uno en el que el capitán pudo observar a otra hermosa joven que según pensó no llegaría a los veinte años, también estaba rajado y la modelo se mostraba tapada tan sólo por una túnica transparente que más que ocultar engrandecía las partes impúdicas, con una sensualidad realmente arrebatadora.

—Como habréis imaginado es la segunda víctima. Lo encontró el capitán Villanueva con un cuchillo ensangrentado clavado sobre la dama, acababa de ser colgado en uno de los pasillos del Alcázar —dijo Calabacillas, y prosiguió su búsqueda entre los grandes cuadros deteriorados, hallando muy pronto otro enorme lienzo rajado similar a los anteriores, con una joven pelirroja retratada en ropas íntimas con un rostro realmente hermoso de tez blanca como el mármol.

—Esta debe ser doña María Isabel de Tolosa, se adelantó Álvaro de Ovando.

—Descanse en paz —contestó Calabacillas visiblemente afectado al encontrarse con el rostro de su amada— Fue como sabéis la quinta víctima, la tercera y la cuarta, doña Teresa y doña Encarnación también se encuentran entre los lienzos mutilados, pero aún hay más —y siguió buscando entre los cuadros, aunque esta vez no halló lo que quería. Después se dio una vuelta por la estancia y al pasar por la otra esquina de la sala dio un grito de satisfacción al encontrar un lienzo en el que el pintor apenas había terminado de esbozar la silueta de una mujer de hermosos ojos claros

semidesnuda, pero que había sido rajada y sin duda por eso Velázquez desechó la tela y ordenó arrojarla al almacén.

—No estoy seguro, pero creo que es doña María Violeta de Enghien —comentó el bufón— una hermosa joven menina de procedencia francesa que lleva apenas un mes en Palacio. Pero aún no ha sido asesinada.

—Corramos —dijo entonces el capitán, desesperado al saber que la mujer de la que se había enamorado y cuyo nombre acababa de conocer se encontraba en peligro de muerte— hay que llegar hasta ella y ponerle protección especial, después interrogaremos al pintor para que nos explique qué significa esta coincidencia. Ya desde mi primer encuentro con él sospeché que podía tener mucho que ver con los asesinatos, y que el hecho de que el primero se produjera en su propio estudio era más que una coincidencia.

—No os precipitéis, creo que sería mejor abrir los ojos y vigilarles sin que se entere nadie y no levantar sospechas de nuestros hallazgos —dijo Calabacillas haciendo especial énfasis en el posesivo para significar su ganada posición como investigador de los crímenes— creo que el asesino actuará pronto y podremos cogerle con las manos en la masa, y así poner fin a este misterio. Pero antes quiero que veáis otra cosa, se trata de un dibujo muy especial que sin duda llamará vuestra atención.

Calabacillas llevó al capitán de nuevo hasta “la Pieza Ochavada”, donde se amontonaban algunos dibujos y bocetos de los próximos trabajos del Pintor del Rey, realizados tanto por él como por sus discípulos predilectos, y le mostró uno de un hombre con bigote y perilla al uso de la época, tenía el rostro vuelto hacia la izquierda, supuestamente mirando al artista, vestía una armadura negra con adornos de oro y estaba tocado con un sombrero de ala ancha y una rica tela que le cruzaba la espalda además de botas altas de montar y la vara del poder empuñada por su mano derecha.

—Es don Gaspar de Guzmán —le dijo aunque sobraban las explicaciones, ya que la figura del Conde-Duque era inconfundible.

—¿Qué tiene de particular el retrato del ministro del rey? —preguntó intrigado Álvaro de Ovando.

—Que bien podría ser el siguiente objetivo del asesino —contestó el enano— Veréis, si como todo el mundo presupone hay un agente de

Richelieu intentando desestabilizar el gobierno de don Gaspar de Guzmán, que ha demostrado su inteligencia y su gran capacidad para actuar impunemente matando una a una a las cortesanas más hermosas de Palacio, puede que haya llegado el momento de que apunte hacia la auténtica pieza que le interesa.

—Y esa puede no ser María Violeta de Enghien como en un principio parece, sino el propio Ministro —zanjó Álvaro de Ovando.

—O los dos —sentenció el bufón.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XV

EN los días siguientes tras la muerte de María Isabel de Tolosa discretos sirvientes escogidos especialmente por el capitán Ovando de entre los más fieles de Palacio comenzaron a controlar todos los movimientos de María Violeta de Enghien, Velázquez y del Conde-Duque de Olivares. Para no levantar sospechas el capitán creó tres equipos distintos, formados a su vez cada uno por distintas personas de variopintas labores, que se ocupaban de mantener vigilancia directa sobre las presuntas víctimas durante todas las horas del día, incluida la noche, relevándose cada dos horas en trabajos de Palacio para no levantar sospechas.

El primer equipo estaba formado por dos limpiadoras, dos sirvientas y un aprendiz de pintor, Juan de Olaizola Bejarano, discípulo del propio Velázquez, que se encargaron del control de sus movimientos en palacio. Las limpiadoras vigilaban las estancias de don Diego en la llamada “Casa del Tesoro”, donde vivía con su esposa Juana de Miranda Pacheco, desde el alba hasta que éste se dirigía al taller donde se encontraba con sus aprendices, una vez allí le tocaba el turno a su discípulo, que permanecía junto a él toda la jornada, hasta la noche, hora en que las sirvientas de Palacio volvían, le servían la cena y permanecían en las cercanías hasta la llegada de las limpiadoras al rayar el alba.

El segundo equipo lo componían una bordadora, un ama de llaves, dos soldados de la guardia, una limpiadora y un mayordomo, que realizaban el seguimiento diario de María Violeta de Enghien, a la que todos los indicios apuntaban como la próxima víctima del asesino. La bordadora había

conseguido hacerse cómplice de María Violeta y solía pasar la mayor parte del día en su compañía, por su parte el ama de llaves y la limpiadora se sustituían en los tiempos en que la bordadora no se encontraba para mantener la estrecha vigilancia que completaba los soldados de la guardia y el mayordomo durante la noche.

El tercer equipo era sin duda el más complejo dada las características de su defendido y estaba subdividido a su vez por tres grupos que trabajaban durante las veinticuatro horas del día bajo la coordinación directa del capitán Villanueva. Estaba formado por un escribano, un licenciado, diez guardias reales, un palafrenero, un mozo de cuabras, dos cocheros, dos mayordomos y un monaguillo, encargados de mantener permanente vigilancia sobre don Gaspar de Guzmán, tanto en sus estancias como en los desplazamientos que continuamente realizaba, siempre mediante complejos turnos y con la discreción más absoluta.

Villanueva tenía órdenes expresas de informar puntualmente al capitán Ovando de cualquier novedad que se produjese, pero también podía actuar de “motu proprio” si entendía que la vida del Duque de Olivares pudiera correr peligro en algún momento. Era un engranaje difícil porque jamás antes se había montado algo parecido en Palacio para el control directo de las posibles víctimas, y exigía continuos cambios organizativos cuando sobrevenía alguna circunstancia especial, de lo que se ocupaba directamente Villanueva.

De este modo gracias al plan ideado por Ovando apenas unas horas más tarde tras su visita a “la Pieza Ochavada” todos los movimientos de las dos posibles víctimas y el presunto asesino estuvieron controlados, sin que durante el primer día ocurriese nada digno de mención. Ovando tenía la secreta esperanza de descubrir pruebas de algún tipo de desequilibrio en algún miembro de la servidumbre de Palacio, en un macabro paralelismo con el asesino Ravailac, que unos años antes había quitado la vida en París al monarca Enrique IV, pero sobre todo quería garantizar que nada pondría en peligro la vida de María Violeta de Enghien.

—Hay un demente que pretende demostrarnos su impunidad para matar a las cortesanas de Palacio ante nuestras narices. Pero es imposible que no detectemos sus movimientos y tengo la impresión de que se encuentra a

punto de cometer un error fatal que le dejará en nuestras manos —dijo a Calabacillas tras explicarle todo el aparato de seguimiento que había ideado.

—Tal vez no sea un demente —afirmó el bufón— tal vez no esté donde nosotros creemos, no estoy seguro de que todo este esfuerzo vaya a dar sus frutos, algo me dice que el asesino espera nuestros movimientos y se encuentra a salvo de todo el control, no sé, es sólo una intuición.

Al capitán Ovando no le hicieron ninguna gracia aquellas palabras, estaba realmente satisfecho con aquel plan de seguimiento y control de las posibles víctimas y convencido de que atraparían al criminal esa misma semana. Entendió que las dudas del enano sobre la eficacia del dispositivo de control de las víctimas eran más debidas a celos por que no habían sido obra suya y la vanidad le impedía reconocer el gran trabajo que Ovando y Villanueva había realizado. Por eso durante aquel tiempo la relación entre ambos fue enfriándose y apenas se hablaban. El capitán tenía cada vez más la sensación de que Calabacillas se creía superior y le tomaba por un rudo soldado sin cultura y sin capacidad para investigar los crímenes de palacio. Además, estaban los laconismos y enigmáticas contestaciones del bufón, que le hacía crispase y le ponía los nervios de punta.

-Creo que en todo esto hay algo más que descubrir a un asesino. ¿Sabe capitán?, hay algo que nos une, algo común en nuestras vidas. Ambos somos inaccesibles para la felicidad. Usted y yo, capitán, somos uno, el anverso y reverso de una desolada existencia —le había dicho en uno de sus últimos encuentros

Parecía como si quisiera demostrarle una supremacía intelectual basada en sus muchas horas de lectura que Ovando no aceptaba. Para él todo tenía que tener una explicación sencilla. Estaba convencido de que el criminal era un hombre corriente y como tal cometería algún error que le llevaría a sus manos y cada vez tenía más claro que el enano pretendía hacerles creer que el asesino era un ser especial, docto y culto, porque buscaba una suerte de reconocimiento en todos los que le conocían para provocar admiración o aprecio, algo que en realidad no conseguía ni por su figura ni por sus

gracias, habitualmente demasiado rebuscadas y pretenciosamente cultas para poder entenderlas un hombre de armas como él.

Estaba en tales reflexiones cuando recibió la visita aquella tarde del capitán Martín Villanueva, azorado y recuperándose de la carrera para llegar cuanto antes al despacho de su superior.

—Tenemos novedades que vuestra merced debe saber —dijo sin perder tiempo— La limpiadora que se encarga del cuarto de doña María Violeta de Enghien ha descubierto entre su correspondencia una carta del licenciado López de Nuño manifestándole su amor.

—No me resulta sorprendente —dijo Álvaro sintiendo una feroz puñalada en el pecho— En realidad por lo que veo las cortesanas son la diversión para la mayor parte de los hombres de La Corte, además de para quien todos conocemos. ¿Sabéis si ella corresponde a su amor?.

—No tenemos constancia. Hasta ahora apenas hemos tenido tiempo de investigar al licenciado. Como sabéis fue contratado hace varios meses por el Ministro para trabajar en su equipo de finanzas y desde entonces, además de sus informes, ha tenido según parece tiempo para mantener líos amorosos con al menos otras dos cortesanas, doña Clara Salviani y doña Encarnación Salazar —explicó Villanueva.

—Pero un asesor del Ministro no tiene libertad de movimientos por Palacio —objetó Ovando.

—Hay más. También hemos investigado a las otras víctimas, y hemos descubierto que todas mantenían alguna relación amorosa con jóvenes de La Corte —prosiguió explicando Martín Villanueva— Doña María Isabel de Tolosa mantenía relaciones con un guardia de Palacio, Doña Inés de Gibrleón con un palafrenero y Doña Teresa de Toscana con un mayordomo.

—Tampoco era anormal, al fin y al cabo eran jóvenes muy bellas de las que cualquier hombre podría enamorarse —dijo Álvaro de Ovando mientras recordaba el momento en que vio por primera vez a María Violeta de Enghien, durante la fiesta de su presentación.

—Pero todas están muertas y tal vez la razón sea el hecho de que tuvieron amantes cuando su cometido era venir a Palacio a servir al Rey en exclusiva —aclaró Martín, recordando a Álvaro de Ovando un punto que en

nada le agradaba— ¿Os dais cuenta?. Hasta ahora estamos buscando a un solo asesino, pero imaginad que no es uno solo sino varios. Pensad por un momento en que cada uno de los amantes tomara represalias contra sus amadas.

—Me cuesta trabajo imaginar algo así —dijo el capitán Ovando negando con la cabeza— Es más fácil imaginar...

—Ahí quería llegar —zanjó Villanueva con ansias por demostrar sus deducciones— Podría tratarse de alguien muy poderoso a quien no gusta que las empleadas del Rey se dediquen a otros quehaceres.

—Estamos barajando hipótesis muy arriesgadas que nos podrían llevar al patíbulo —sentenció Ovando— Debemos ser muy prudentes en todo lo concerniente a este asunto. Por ahora vamos a corroborar que todas las informaciones que decís son ciertas y no chismes de pasillo, y a seguir al licenciado seductor para saber cuál ha sido su relación con las cortesanas.

Villanueva salió del despacho y Álvaro de Ovando se quedó sentado en el sillón, hundido por la noticia de que la mujer que amaba era pretendida por aquel licenciado desconocido, que al parecer ya había tenido éxito con dos de sus compañeras. Por fin se levantó y se dirigió hacia los despachos del ministro. Había guardias desplegados por todas partes, y por un momento le pareció estar en la fortaleza de El Morro, detentando el mando supremo de la guarnición, al frente de un buen puñado de hombres dispuestos a batirse a muerte en cuanto hiciera una señal. Aquel clima bélico le resultaba tan familiar que lejos de incomodarle en el fondo le satisfacía. En realidad era de la única forma en la que había cosechado éxitos en la vida y por eso, el saberse con el poder de las armas le tranquilizaba el ánimo y le hacía olvidar las heridas del corazón.

Llegó hasta la puerta del secretario del ministro, su amigo José González, quien le invitó a pasar visiblemente agradecido con la visita. Era un despacho pequeño pero suntuosamente decorado. Había muchos papeles encima de la mesa de caoba y dos sillones de raso estucado frente a la misma, uno de los cuales le fue ofrecido. Se notaba que la tensión había contagiado también al resto de los administradores, que trabajaban con ahínco en los distintos frentes que gestionaba el primer Ministro.

—Me han dicho que vuestra merced tiene en jaque a todo el mundo en Palacio —dijo sonriendo José González— Circula el rumor de que el otro día dos guardias pidieron el santo y seña al propio Conde-Duque y estuvieron a punto de arrestarle porque no se lo sabía —rió con la broma, que por supuesto era falsa y ofreció una cajita con rape a su invitado.

—No gracias, prefiero no tomar nada —contestó el capitán Ovando presto a entrar cuanto antes en detalles— Veréis, necesito una vez más vuestra diligente ayuda. Estoy muy interesado en saber quién es un tal López de Nuño que trabaja para el ministro en asuntos de finanzas.

José González sonrió. Estaba encantado de volver a ver al capitán y de que éste tuviese la necesidad de su colaboración.

—Procede de Salamanca, de cuya Universidad es licenciado. Es un joven prometedor, docto en finanzas, impecable en su aspecto y eficiente en su trabajo —explicó el interpelado.

—¿Cuál es su aspecto? —interrogó de nuevo Ovando.

—¿Ahora os interesáis por los mancebos de La Corte? —contestó González riendo— Es alto, moreno, delgado, probablemente muy atractivo para las mujeres y tal vez para los hombres...

—Dejaos de chanzas —dijo el capitán sin reírse del pícaro comentario de su amigo— Estoy interesado en saber sus devaneos con algunas de las cortesanas de Palacio.

—Bueno ya sabe vuestra merced que las cortesanas además de jóvenes son putas —dijo el secretario bajando un poco la voz— Y las putas no son precisamente unas santas, ya me entendéis.

—Pero las cortesanas de las que os hablo están muertas —zanjó Álvaro de Ovando— Y tal vez esa relación pudo provocarles la muerte.

—Si deseáis conocerle en persona puedo indicaros donde se encuentra —José González volvió a usar su tono habitual de voz— Está en el Palacio de las Acacias, en la calle Arenal, junto a la Puerta del Sol, allí os será fácil contactar con él y preguntarle directamente por sus correrías. Sabéis que contáis con mi absoluta colaboración en lo que pueda servir de ayuda...

—Lo sé y lo agradezco de veras —contestó Álvaro de Ovando levantándose de su asiento para no perder más tiempo— Sois un hombre leal como pocos en este mundo que cada vez se me hace menos respirable.

La Puerta del Sol era en aquel tiempo el lugar más ajetreado y concurrido de la Corte. En sus inmediaciones se levantaron grandes edificios, como el convento de San Felipe el Real, el de la Victoria y el Hospital del Buen Suceso, y en ella morían las calles de Arenal y Guadalajara que formaban parte notable de la trama medieval. Además, de allí partían las calles de Montera o Red de San Luis hacia el norte, las de Alcalá y Carrera de San Jerónimo hacia el este, y la de Carretas hacia el sur.

Apenas una hora más tarde un coche de caballos paró a las puertas del Palacio de las Acacias, de él descendieron dos hombres elegantemente vestidos. Los guardias de la puerta presentaron armas al reconocer el escudo de la Casa Real bordado en las casacas. Álvaro de Ovando se dirigió a un ujier para que les llevara hasta el despacho del licenciado López de Nuño. Subieron hasta la primera planta por una escalera de piedra que partía de un patio interior. El ujier se paró frente a una puerta de madera, tocó dos veces el pomo y entró en el interior sin esperar respuesta. Era un despacho grande, sin apenas detalles de lujo, con estanterías llenas de papeles y techos altos. Hacía frío pese a que había una chimenea encendida al fondo de la estancia. Dentro trabajaban ocho funcionarios, encargados de dar salida y entrada a distintos documentos, se les veía muy atareados y apenas prestaron interés por los recién llegados, probablemente las visitas eran habituales. El ujier se dirigió a uno de ellos. No tendría más de treinta años, era alto y de facciones agradables. Tenía un fino bigote y lentes redondas que le daban un aire ciertamente intelectual. Acompañó al ujier y éste le presentó al capitán Ovando y a su segundo Villanueva. El licenciado le pidió que le siguieran y los tres pasaron a un despacho contiguo que debía estar reservado a alguno de los secretarios del Ministro, estaba decorado con mucho más lujo y sus muebles eran de maderas nobles.

—Estoy a su entera disposición, excelencias —dijo Diego López de Nuño demostrando su hipócrita sumisión de funcionario experimentado.

—Queremos que nos explique cuál fue su relación con las cortesanas de Palacio doña Clara Salviani y doña Encarnación Salazar, que en paz descansen —dijo Martín Villanueva tomando la palabra.

—En realidad conocí a ambas en una de las recepciones del ministro hace no más de un año —explicó visiblemente nervioso— Tuve cierta

amistad con doña Clara, para quien hice alguna traducción de los versos de un conocido poeta inglés y, tras su muerte, tuve algunos encuentros con doña Encarnación, pero nuestra amistad se truncó también con su asesinato.

—Ciertas afirmaciones apuntan a que llegasteis a visitar a escondidas la Casa de las Muñecas, desde hace apenas ocho meses atrás en al menos una docena de ocasiones —apuntó Villanueva mientras el capitán Ovando se limitaba a observar en silencio.

—Ya os he dicho que mantenía cierta amistad con doña Clara y doña Encarnación. Suelo acudir al Alcázar al menos dos veces a la semana para dar cuentas al ministro y aprovechaba para visitarlas y tomar una infusión con ellas —explicó el licenciado, mientras se limpiaba las lentes, empañadas por el sudor que le estaba provocando el interrogatorio.

—¿Tomabais infusiones hasta el amanecer? Porque más de un guardia nos ha informado que os vio salir al despuntar el alba —dijo incisivamente Villanueva.

—A veces salía tarde, pero dudo que fuera al amanecer, tal vez me quedé dormido por el cansancio en alguna ocasión, pero no era lo habitual —se defendió Diego López mientras proseguía limpiando afanosamente las lentes.

—También hay quien dice que se escucharon gemidos en la habitación de doña Clara cuando tomabais esas infusiones con ella en su interior, al igual que con doña Encarnación, decidme ¿eran de hierbabuena o de manzanilla, o tal vez eran de jengibre con miel? —preguntó sarcásticamente Martín Villanueva.

—A veces tomábamos manzanilla, y también vino tinto —balbuceó el licenciado— no lo recuerdo bien.

—Vuestra merced tiene realmente muy mala memoria para ser licenciado —prosiguió Villanueva en su ataque— ¿y los gemidos eran de verdad o sólo un juego para dar que hablar al resto de los huéspedes?.

—No es cierto, sólo hablábamos y solía leerles alguna historia de amor de José de Camerino, de las que tanto les gustaban —intentó excusarse López de Nuño.

—Dejaos de idioteces y confesad de una vez —dijo entonces el capitán Ovando con una brusquedad que alarmó incluso a su segundo— No

tenemos todo el día para escuchar evasivas. Vuestra merced fue el amante de doña Clara Silviani y después de doña Encarnación Salazar. Las dos están muertas. Sois uno de los principales sospechosos y ahora estáis pretendiendo a doña María Violeta de Enghien. No sé si sois consciente de todo esto, pero son las cortesanas del Rey y tales acusaciones podrían llevaros a la cárcel por un largo tiempo. ¡Queremos respuestas y las queremos ya!. ¡Si hace falta utilizaremos métodos que os harán arrepentiros de vuestra falta de colaboración!.

Las lentes cayeron de las manos del licenciado y los cristales se rompieron. Éste se agachó a recoger los trozos, sobre todo porque le permitían una excusa para no tener que mirar a sus interrogadores. Cuando se incorporó las manos todavía le temblaban. Se sentía como un ratón acorralado en una esquina mientras el gato le observaba antes de dar el zarpazo final. No cabía duda de que estaba atrapado y en ese momento, recordó lo que le habían dicho de las cárceles y de los tormentos a los que someten a quienes traicionan al Rey.

—Espérenme sólo un momento y les acompañaré, debo tomar mi capa y despedirme de mis compañeros —dijo por toda respuesta el licenciado mientras conseguía evitar que su voz se escuchase temblorosa.

Salieron tras él y regresaron al despacho múltiple. Desde allí Diego López se dirigió a una habitación anexa donde colocaban sus abrigos y pertenencias en percheros de forja labrada. Pasaron los minutos y el capitán Ovando y su segundo Villanueva comenzaron a impacientarse. Por fin fueron hasta la puerta de la habitación e intentaron entrar. Estaba cerrada con llave. Sólo fueron precisas dos patadas para que la cerradura saltase hecha añicos. Álvaro de Ovando penetró el primero en su interior. El licenciado López de Nuño estaba en el suelo, tendido sobre un charco de sangre. Tenía una daga clavada en el pecho y los ojos abiertos mirando al infinito. Sobre el suelo estaban también sus lentes rotas.

El capitán intentó incorporar al moribundo, todavía respiraba mientras un hilillo de sangre comenzó a salirle por la boca.

—¿Por qué lo habéis hecho? ¿Por qué? —preguntó el capitán— ¿Acaso fue vuestra merced el asesino?, ¿Tenéis algo que ver con las muertes?

—Me muero, me muero, me muero —repitió lentamente el herido mientras sus manos se aferraban a los brazos del capitán, después tuvo varias convulsiones, por su boca manó mucha más sangre, sus ojos se cerraron y dejó de respirar.

—Sin duda era un absoluto cobarde —sentenció Villanueva cuando el moribundo dejó los estertores y quedó inmóvil— Ha preferido la muerte a tener que declarar. Se meó en los calzones cuando os oyó mencionar el potro. La verdad capitán es que me atemorizasteis hasta a mí. Jamás os había visto tan enfurecido.

—No sé que me pasó —confesó Álvaro de Ovando intentando justificarse de sus violenta actuación— por un momento tuve ganas de agarrar a este alfeñique por el cuello y estrangularlo. Tal vez debía haberle interrogado con más tacto, pero estoy harto de oportunistas y buscavidas ataviados con trajes elegantes. Creo que esto no está hecho para mí. Sólo soy un soldado.

—No desfallezcáis —comentó Martín Villanueva con sinceridad, intentando levantar el ánimo de su superior, a quien apreciaba cada día más — Habéis obrado como pensasteis que era correcto. La verdad es que todos estamos muy tensos por culpa de los asesinatos y es muy difícil controlarse. No es nada nuevo para mí. Yo he estado en vuestra piel e incluso para mi desgracia he llegado a inculpar a un Grande de España ante el propio Rey. Si no fuera por vuestra merced estaría de soldado en Flandes o en Italia. No os culpéis de no ser capaz de echarle el lazo al asesino, es el mismo diablo, y al diablo no hay quien le atrape.

Martín Villanueva dio varios golpes en la espalda al capitán para refrendar su amistad, éste parecía ausente, mordiéndose el labio inferior como hacía cada vez que reflexionaba profundamente.

—No vamos a dar nuestro brazo a torcer —dijo al fin— ¿Sabe vuestra merced lo que haremos?. Iremos a buscar al guardia de Palacio que mantenía relaciones con doña María Isabel de Tolosa, y luego al palafrenero que lo hacía con doña Inés de Gibrleón y al mayordomo de doña Teresa de Toscana. Tenemos que averiguar si había alguna conexión entre todos ellos. Tenemos que saber hasta qué punto mantuvieron relaciones con cada una de ellas y si se conocían. No me importa que se suiciden uno por uno. Todos

son culpables de traición al Rey, y la traición se paga con la muerte —dijo con la sospecha de que aquello se estaba convirtiendo en un callejón sin salida.

Fue una larga noche. Horas interminables que probablemente no olvidarían nunca ninguno de sus protagonistas. Martín Villanueva y Álvaro de Ovando parecían poseídos, dando órdenes y realizando interrogatorios a todas las personas del entorno de las víctimas para conocer cada uno de los entresijos de sus vidas. Parecían seres de otro mundo, venciendo al sueño, al cansancio, a la naturaleza, para ir de un lado a otro, ordenar detenciones, realizar interrogatorios, inculpar, mentir, arrastrar a la incertidumbre, amenazar y hacer llorar de terror a la mayor parte de los interrogados. El amanecer les descubrió exhaustos en el despacho del Jefe de la Guardia. Ambos permanecían en silencio. Habían realizado más de seis interrogatorios cada uno y tenían la certeza de tener muchas respuestas. Pero no las que querían.

—El guardia que mantenía amoríos con doña María Isabel de Tolosa se llamaba Diego Osorio. Tiene veinticinco años, lleva tres en la “Guardia Amarilla”, procede de Toledo, de familia humilde, se enroló bajo el mando del capitán Gualix en las campañas de Flandes hace ocho años. Recibió una herida en la pierna que casi obliga a cortársela. Es un valiente y los oficiales que le han tenido a su servicio hablan de él como una persona disciplinada y leal —dijo Villanueva mientras Álvaro miraba por la ventana, sin saber si le estaba escuchando o no— Ahora le tenemos en los calabozos. Todo su valor se ha venido abajo cuando le hemos acusado de traición al Rey. No parece haber sido consciente de su traición. Creo que si le hubiera ordenado quitarse la vida lo hubiera hecho. Es un hombre de honor. Está pendiente de que queráis o no interrogarle, en caso contrario lo soltaremos.

—¿Conocía al licenciado? —preguntó lacónicamente el capitán Ovando.

—No había oído hablar de Diego López —contestó Villanueva— Creo que habla con sinceridad, no le veo capaz de mentir.

—Soltadlo entonces —ordenó el capitán— Para pocos hombres íntegros que quedan en nuestras filas no vamos a tener a uno de ellos en prisión.

—¿Y vuestra merced, qué ha sonsacado al palafrenero?.

—Conoció a doña Inés en una de las ocasiones que ésta acudió a montar a caballo en las caballerizas de Palacio, al parecer era una gran amazona y tenía predilección por los alazanes —comentó el capitán Ovando con una media sonrisa— Es un buscavidas sin ningún tipo de principios. Cuando comencé a interrogarle me juró que no tenía nada que ver con el robo de las monturas. Creía que le buscaba por sus chanchullos con material robado en las cuadras reales que al parecer venden luego en el mercado a buen precio. No sabía nada de los asesinatos ni tampoco conocía al licenciado. Por supuesto no estaba enamorado de la menina, pero según me dijo, era una fiera cuando se trataba de montar. También está en los calabozos, con grilletes. Ya ha delatado a todos sus compinches en los robos. Mañana les tendremos a todos entre rejas y comprobaremos si su historia concuerda. Pero de lo que a nosotros nos ocupa no tiene ninguna información.

—¿Y el mayordomo de doña Teresa de Toscana? —siguió interrogando Martín, mientras el capitán Ovando volvía a mirar distraídamente por la ventana.

—El mayordomo era otro tipo de cuidado—comentó el capitán antes de contestar— Parece que tenemos en Palacio lo mejor de cada casa de Madrid. No sé quién contrata al personal, pero debe haber nacido en los barrios más inmundos de la villa. Se llama Pedro Borromeo. No confesó al principio, pero luego, cuando comenzamos a contarle lo que sabíamos de él y vio el látigo de nueve colas, cambió de opinión. Tiene muchos enemigos en el servicio y le han delatado por mil y una fechorías. Al parecer es un jugador empedernido con muchas deudas pendientes, que no ha dudado jamás en hacer la vida imposible al resto de sus compañeros en beneficio propio. Pero el destino pasa factura. Ha confesado haber robado vajilla de plata de la cocina de Palacio para hacer frente a sus deudas. También se le acusa de haber abusado de una joven hilandera de la Fábrica Real de Alfombras, además de su conocido romance con doña Teresa de Toscana quien, según él, le había regalado dos brazaletes de oro que vendió después a un prestamista de la Calle de los Orfebres. Va listo. Como poco le esperan diez años en galeras.

—Al menos los interrogatorios ha servido para poner en firme al personal de Palacio —afirmó Villanueva consolándose por no haber

obtenido información alguna de los asesinatos.

—Estoy seguro que sí —sentenció el capitán Ovando dejando de mirar por la ventana— Lo que no sé es si a este ritmo tendremos calabozos vacíos antes de que llegue la Cuaresma.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVI

JUAN MARTÍN Calabazas vivió aquellos días con la tensión propia de cualquier sirviente de Palacio. Las continuas detenciones e interrogatorios ponían en evidencia que el capitán Ovando estaba tomando drásticas medidas para evitar nuevas muertes, pero él sabía que no tenía ninguna pista fiable que le condujese hasta el asesino. La figura del nuevo Jefe de la Guardia estaba cosechando cada vez menos adeptos y su impopularidad venía correspondida por la incómoda situación que estaba creando en la Corte. Muchos, en voz baja, hablaban ya de la preparación real de una posible e inmediata sustitución. Él no lo creía así, al menos en un breve plazo, aunque si la situación se prolongaba sería inevitable. Pero no era esa la causa de su distanciamiento. Se había alejado conscientemente del capitán Ovando debido a los inconfesables celos que sentía por Martín Villanueva, quien había conseguido ocupar el puesto de hombre de confianza del Jefe de la Guardia que según entendía, a él le correspondía.

Por eso había decidido mantenerse al margen de los crímenes e intentar dedicarse a las artes, que tanta fama le habían otorgado a ojos del Rey y los miembros de la Corte. En aquel tiempo había llegado a sus manos, gracias al bibliotecario real, “La Dorotea”, una nueva obra teatral del dramaturgo Félix López de Vega que leyó con avidez por tratarse de una trágica historia de amor, en las que tanto se veía reflejado. Lope de Vega, que tenía fama de ser uno de las mejores plumas de entre los prolijos escritores de la época, no era nuevo para él, de hecho había tenido oportunidad de leer “Las Fortunas de Diana”, “El peregrino en su patria”, “La más prudente venganza” y “El

desdichado por la honra”. Las historias románticas, los enredos, el verso genial, la erudición de la palabra y sobre todo una capacidad insaciable para la creación eran la seña de identidad del “fénix de los ingenios”, pero no se encontraban entre las únicas preferencias del docto enano. Calabacillas recordaba con especial deleite “Las harpías de Madrid” y “La niña de los embustes Teresa de Manzanares”, que no hacía ni dos meses había leído, del vallisoletano Alonso de Castillo, y también muy especialmente los “Sucesos y prodigios de amor” de Juan Pérez de Montalbán.

Más si había un libro que una y otra vez le venía a la mente, ese era la “Vida del capitán Alonso de Contreras”, una autobiografía llena de amoríos, picaresca, revueltas y aventuras que inevitablemente le hacían recordar al capitán Ovando. Alonso de Contreras había recordado su historia añadiendo buenas dosis de imaginación en la casa de Lope de Vega, convirtiendo la historia de su vida en un épico viaje que enlazaba desde las luchas en el Mediterráneo contra los turcos hasta América y Flandes, como si del famoso Álvaro de Ovando se tratase. En su fuero interno el bufón tenía el sueño de ser el biógrafo del capitán Ovando, y recoger las gestas por las que era de todos conocido y de muchos envidiado, aunque sus relaciones no pasasen en aquellos días por su mejor momento.

Sabía, no obstante, que del final de aquella historia de crímenes y asesinatos dependía el futuro de Ovando, y en la memoria quedaría grabado su nombre como el más grande de los capitanes de los ejércitos del Rey, que habría batido al enemigo no sólo en Europa y América, sino también en Palacio, o sólo como uno más de aquella larga lista de oficiales que tuvieron en el campo de batalla la cara y la cruz de su destino.

La imagen del capitán Ovando grabada en la retina de Calabacillas evocaba la del apuesto soldado al que siempre envidió, con su traje negro de fino paño bejarano y su alzacuello blanco, su espada toledana colgando del cinto, su cabeza tocada por el sombrero de ala ancha adornado por un plumero, sus botas altas de caballería, sus calzas negras, una medalla de oro cruzándole el pecho, y su capa tapando la grupa de un caballo negro, majestuoso, como el héroe que siempre había soñado ser.

Ahora era consciente que desde el primer momento que le vio en la recepción del Rey quiso ser como aquel hombre, deseó poseer su carisma,

tenerle cerca aunque sólo fuera para gozar de su seguridad, de su presencia, de su altivez, de su testaruda e intolerante educación religiosa, de su pelo negro suelto en bucles sobre sus hombros, de todo lo que él siempre quiso ser y jamás sería.

Y entonces, aquella mañana, cuando departía con el Rey chanzas sobre las obras de ciertos dramaturgos religiosos que, según el enano, no eran sino sardinas que tornaban una y otra vez a morderse la cola sin ningún tipo de ingenio, apareció en escena fray Jimeno Benítez, un inquisidor que por aquel entonces era mano derecha del Arzobispo de Toledo. Era una de esas visitas de máximos dignatarios eclesiásticos que no daban ninguna importancia a la presencia de aquellos aprendices de hombres al servicio del Rey o tal vez la urgencia del asunto evitó que cayera en la cuenta que los enanos también saben escuchar.

—Su majestad conoce la preocupación de su eminencia por los hechos que acontecen en Palacio, y sabe que si me envía para ponerme a vuestro servicio en contestación a vuestra petición de apoyo, no es con otro fin del de poder servirlos como mejor sea menester y con cuanta diligencia y celeridad me sea posible, ya sabéis que he actuado en otras ocasiones y no carezco de experiencias ni éxitos en mi función —argumentó sin preámbulos el inquisidor.

Lejos de parecer contrariado, el Rey sonrió. Estaba harto de muertes sin contestación y pese a no ser un denodado defensor de los métodos de La Inquisición, era consciente de que eran cuanto menos, contundentes, pero tampoco era partidario de dejar que los inquisidores utilizaran sus artes dentro de Palacio, pudiendo hallar secretos comprometedores incluso para la Corona.

—Todo se andará. De momento os alojaréis en los aposentos destinados a mis sirvientes de confianza e iréis conociendo el problema que nos aqueja —dijo al fin el monarca— pero no entraréis en acción hasta que no lo crea necesario. Actualmente la investigación está siendo llevada a cabo por el Jefe de mi Guardia sin muchos adelantos pero, si esto sigue así, tal vez la deje plenamente en vuestras manos —el Rey tomó aliento— quiero que las muertes cesen cuanto antes.

—Quedo a vuestra entera disposición —contestó el inquisidor— Pero dejadme actuar ya y os aseguro que no pasarán más de siete noches antes de que el asesino se encuentre encerrado en las mazmorras de Palacio.

El enano se escabulló de la escena con tal sigilo y delicadeza que los actores principales ni siquiera lo percibieron. Su cerebro bullía al darse cuenta de que más que nunca el capitán Ovando estaba en peligro, un peligro realmente inquietante a juzgar por lo que había escuchado.

Por eso tomó la secreta determinación de volver sobre sus pasos y no dejar la investigación pendiente, para salvar su cabeza y demostrarle que él, y no Martín Villanueva, era por su inteligencia el merecedor de su confianza.

Salió a los jardines del Patio del Rey y repasó una vez más mentalmente todo lo que sabía de los crímenes, la forma en que el asesino atacaba a sus víctimas, los lugares en donde éstas habían aparecido muertas, los retratos realizados por el maestro Velázquez, y los móviles posibles. Varias ideas comenzaron a circular por su cabeza intentando unir los cabos de aquella singular madeja. Intentó concentrarse primero en la difundida idea de un asesino pagado por el cardenal Richelieu cuyo fin era poner en jaque al propio Rey y al ministro Olivares. Sin embargo, resultaba ciertamente ridículo que si era capaz de llegar tan cerca del monarca y del Conde-Duque no llevara a cabo una acción más contundente que sin duda hubiera desestabilizado el gobierno.

Pensó también en una posible venganza de la propia doña Isabel de Borbón contra las putas preferidas por su marido para yacer en su cama, no era descabellado dado que la reina podía moverse por todo Palacio con absoluta libertad y contar con la sumisión de distintos soldados dispuestos a obedecerla. Pero tal hipótesis tenía varias fisuras: la primera era que no había acabado con todas las cortesanas, sino sólo con algunas aunque también era posible pensar en que la reina sólo quería dar una lección al rey para que recapacitase y dejase sus aventuras nocturnas. La segunda fisura apuntaba a que también era conocido que la reina tenía sus propios amantes, lo que significaba que su aprecio por el lecho conyugal no era tan grande como para plantear peligrosos asesinatos que le devolvieran al Rey —sentenció.

Otra de las posibles líneas de investigación llevaba al enano a pensar en uno de los aprendices del Pintor del Rey que no pudiese contener la envidia contra la genialidad de su maestro y hubiera decidido acabar con su vida haciéndole peligrosamente sospechoso de los crímenes al rajar los retratos de las víctimas. No era descartable y por eso decidió investigar los movimientos de los pintores bajo la dirección de don Diego Velázquez.

Un alabardero de la guardia que custodiaba el acceso a los talleres informó al enano que acababa de ser inaugurado el llamado “Cuarto del Príncipe del Alcázar”, que no era otra cosa que una ampliación de “la Pieza Ochavada”, el pabellón del taller personal de Velázquez, anexionando nuevas salas para permitir que realizasen su trabajo nuevos pintores que dieran salida a la gran cantidad de cuadros pendientes. Tal información no hizo sino aumentar el interés del enano, que se dirigió con una hábil excusa hacia los dominios de Velázquez, donde encontró a varios pintores trabajando. Allí estaban Juan de Olaizola, integrante del equipo de vigilancia del maestro, los aprendices José de Argensola y Francisco Armentero, Pedro Díaz Villanueva y su discípulo Francisco Zurbarán, de la escuela sevillana. Zurbarán era un pintor conocido por sus cuadros religiosos, que durante bastante tiempo había residido en Llerena, realizando trabajos para conventos de Extremadura y Sevilla. Recientemente, según se había informado el enano, había sido contratado para pintar una serie mitológica de Los trabajos de Hércules para el Palacio del Buen Retiro.

—Había oído hablar mucho de vuestra merced —dijo el bufón dirigiéndose al pintor de Llerena— La calidad de vuestros retratos os ha hecho merecedor de grandes elogios, en realidad debo reconocer que no conozco todavía vuestra obra, pero si las lenguas no mienten sois uno de los mejores pintores de nuestros reinos.

—Yo también había oído hablar de vuestra merced —contestó Zurbarán devolviéndole el cumplido, mientras seguía retocando el óleo en que trabajaba en correspondencia a los halagos del enano— Sois el bufón culto del Rey, el que sabe de poesía y teatro tanto como de dramaturgia y comedia, el que es capaz de recordar sonetos de Lope o Calderón, a la par de pasajes enteros del Quijote.

—Es más que eso —dijo a espaldas de ambos Juan de Olaizola, que acababa de unirse a la escena y había escuchado la respuesta de Zurbarán— Es un brillante curioso que todo pregunta y a todo presta atención. Deberíais probar con el pincel. Con vuestras dotes podríais ser muy pronto una promesa de nuestra pintura.

—¿Y que se debe vuestra visita? —preguntó entonces Zurbarán sin dejar de retocar con el pincel el Hércules sobre el que trabajaba— Ya sabéis que el maestro tiene prohibida la entrada a todo el mundo. No le gusta que se moleste en horas de trabajo.

—Precisamente vengo a buscarle, tengo un recado del Rey para él —contestó apresuradamente el bufón, buscando una respuesta convincente.

—Pues podéis encontrarlo en “la Pieza Ochavada” está trabajando sobre un Cristo —le dijo Olaizola mientras volvía a su trabajo sobre una escena mitológica, y sonriendo añadió— Aunque tal vez haya dejado a un lado a don Felipe y esté retocando alguna de los muchos pedidos que tenemos pendiente de entregar.

Efectivamente, Calabacillas encontró a don Diego inmerso en la composición de un Cristo desnudo, que presentaba una vez más un magnífico dominio de la anatomía humana. Calabacillas se había acostumbrado a las pinturas del maestro y le resultaba difícil comprender la evolución de su pintura, pero advertía que Velázquez, lejos de anquilosarse en el retrato que tanta fama le había dado, probaba diferentes técnicas pictóricas, volviendo a veces a sus raíces, como las de aquel Cristo, que le recordaba tanto a las primeras pinturas del artista.

—Cuatro clavos de nuevo —dijo mientras observaba al pintor retocar sus pinceladas— Habéis vuelto a la tradición sevillana que os enseñó vuestro maestro Pacheco y que con tanta fama aplicó Martínez Montañés en su “Cristo de la Clemencia”.

Velázquez se volvió, todavía con el pincel y la paleta en sus manos y sonriendo miró al bufón, cuya presencia lejos de disgustarle le reconfortaba.

—Desde luego sois una caja de sorpresas —dijo soltando su instrumental y limpiándose las manos manchadas de óleo— No sabía que vuestros conocimientos artísticos también incluyeran la pintura, y mucho menos que tuvierais la habilidad y capacidad de relacionar mis fuentes de

inspiración. De vuestra merced deberían aprender muchos de esos críticos mal llamados maestros que sólo saben sacar defectos y no son capaces de entender de dónde nace la sensibilidad o a qué se debe que un pintor aplique de una forma u otra su técnica. Una vez más es un placer teneros aquí, y eso que he de confesaros que no son muchos a quienes me alegro de ver en estos días.

El pintor hizo esta última alusión mientras veía avanzar por el pasillo a fray Antonio de Sotomayor, que al igual que el enano se había saltado todas las prohibiciones de paso y se disponía a molestar al maestro en su trabajo.

—Veo que habéis vuelto a la pintura religiosa para deleite de Nuestro Señor —dijo con un tono de voz que no escondía su visible enfado, mientras observaba el óleo sobre el que trabajaba el artista.

—Si venís por los encargos ya os dije que tengo que acabar antes este Cristo para la iglesia de San Plácido y me queda pendiente un retrato del Rey para el Buen Retiro —le dijo Velázquez visiblemente incómodo por la visita.

—Disculpad que me encuentre aquí, en realidad sólo quería recordaros que la decoración de la capilla es también un encargo del Rey. No quiero incomodaros con mi presencia —se despidió el confesor real ante el tono de desagrado del pintor, mientras saludaba y volvía sobre sus pasos.

—Todo el mundo quiere sus cuadros terminados cuanto antes —comentó Velázquez mientras veía alejarse a fray Antonio. Cada vez tengo más trabajo y me queda poco tiempo para estudiar nuevas técnicas en el retrato. Creen que plasmar un rostro es cosa fácil. No se dan cuenta del esfuerzo que lleva conseguir que un cuerpo pintado hable por sí solo, como si estuviera vivo. La expresión de una cosa muerta es el auténtico valor de la pintura.

—La expresividad de vuestros retratos os ha hecho célebre —confirmó el bufón halagando de nuevo al maestro, como sabía que tanto le gustaba— y eso ciertamente no está al alcance de ningún otro pintor.

Velázquez hizo una seña a Calabacillas y le llevó hasta un lienzo enorme, apoyado en un lateral de la sala. No tenía nada pintado, tan sólo se veían ciertas manchas de carboncillo que parecían indicar puntos invisibles de correspondencia para un futuro trabajo. El bufón intentó imaginar

mentalmente qué pretendía el pintor con todo aquello, pero no logró comprenderlo. Los puntos no correspondían a ninguna figura humana, sólo parecían realizar indicaciones, señalizaciones para la ubicación de objetos, entonces le rondó una idea por la cabeza.

—¿Vais a realizar un retrato de grandes dimensiones o tal vez estudiáis la posibilidad de trabajar una escena con profundidad a través de distintos puntos de luz que dimensionen los cuerpos? —preguntó el enano visiblemente interesado.

—Muy acertado —confirmó el maestro agradeciendo encontrar a alguien tan docto y sagaz como el pintor— Traje algunas ideas muy claras de mi pasado viaje a Italia. Creo que lo difícil de verdad no es sólo hacer reales las expresiones y los cuerpos o el movimiento de los personajes, quiero ser más ambicioso y crear un mundo en el lienzo, con sus propias dimensiones, como si hubiera sido posible detener una escena cotidiana de la vida en un instante.

—Tal vez tengáis razón —dijo Calabacillas imaginando un cuadro que evocase lo que Velázquez le decía— La pintura es la única forma de detener el tiempo, la única posible inmortalidad para el hombre, y vuestra merced es su artífice y mejor soldado. El río de Heráclito jamás volverá a traer la misma agua, pero vuestra merced consigue parar el río y dejar que los tiempos venideros puedan beber de sus aguas. Sólo Dios y la pintura son inmortales. ¿Os dais cuenta de que en cierto sentido también sois un instrumento de Dios?.

Los ojos del pintor se clavaron en aquel enano de ojos torcidos y vieron en él al más docto de cuantos personajes había conocido. Era sin duda un genio en el arte de la imaginación y la palabra, y sintió que a su lado las musas estaban cerca y la inspiración le poseía.

—¿Me equivoco si os pregunto que todos esos retratos de cortesanas son parte de vuestro cuadro? ¿Qué vuestra merced quiere seguir avanzando en el estudio del cuerpo y las luces para conseguir una obra que admire el mundo? ¿Qué esas mujeres son las figuras que habéis señalado en vuestro lienzo? —prosiguió sagazmente Calabacillas.

—No es del todo cierto aunque sí tenéis parte de razón —confesó el maestro— Comencé a retratarlas porque me fascina la perfección de sus

cuerpos, su vitalidad, su belleza. Creo que la belleza es un don divino que demuestra la pureza del alma y merece ser retratada. Después me planteé crear una escena mitológica donde la diosa Venus, con uno de sus rostros, estuviera consolando a Orfeo de la pérdida de su amada, en dicha composición incorporaría a cada una de las cortesanas acompañando a la diosa en distintas posturas. Pero después de los crímenes me he planteado todo y he desechado la idea. De momento no avanzaré en el cuadro y me dedicaré a los encargos que he recibido. Tengo tanto trabajo que apenas puedo pensar en comenzararlo.

—¿Puedo haceros una última pregunta? —dijo Calabacillas y sin esperar la afirmación del pintor prosiguió— ¿Tenía la diosa Venus el rostro de doña María Isabel de Tolosa?.

La sonrisa del maestro fue más que una respuesta. Una vez más el pequeño bufón le había sorprendido como si fuera capaz de leer en su mente, más allá de lo que jamás nadie pudiera conocer.

Calabacillas salió del “Cuarto del Príncipe” tras despedirse alegremente de los pintores. Creía que allí se encontraba la clave de los asesinatos, pero no sabía por qué. Al fin y al cabo todo estaba perfectamente en orden y de no haber sabido la realidad, nadie hubiera dicho que el taller del maestro Velázquez estuviera sumido en las tensiones de Palacio. En ese momento le alcanzó el aprendiz José de Argensola, era un joven tímido, de aspecto delicado y nada propenso a exteriorizar sus sentimientos.

—Excusad mi atrevimiento —le dijo al llegar junto a él— Por lo que he podido ver sois amigo del maestro. En más de una ocasión le he escuchado hablar de vuestra merced con admiración y respeto, eso es algo de lo que muy pocos pueden vanagloriarse en la Corte. Necesito confesaros algo pero mi nombre no debe sonar porque si así fuera pudiera muy bien quedar apartado del taller. Juradme por Dios que todo lo que voy a deciros quedará en secreto.

—Lo juro por las Santas Escrituras —afirmó el enano.

—Veréis, desde hace unas semanas noto que mi compañero Francisco Armentero se comporta de una manera extraña, como si tuviera miedo de ser descubierto por alguna causa. Al principio faltó un par de veces porque al parecer le dolía la cabeza, después las ausencias se han hecho habituales

en cuanto el maestro no está presente y, cuando le preguntas de dónde viene, dice lo primero que se le ocurre. Tales ausencias no me alarmaron en un primer momento, pero la última vez que faltó coincidió con la muerte de doña María Isabel de Tolosa.

—¿Y por qué me lo contáis a mí, no debíais haber acudido a la “Guardia Amarilla”? —interrogó Calabacillas.

—No tengo ninguna prueba, y si lo hubiera hecho le habrían detenido e interrogado. En mi familia somos cristianos nuevos y, de demostrarse su inocencia, yo tendría que abandonar el taller —explicó el aprendiz— Se lo digo a vuestra merced porque sé que utilizaréis esta información de forma discreta. No tengo la seguridad de que se trate de un delito, pero en estos días todo es posible. Por favor, recordad vuestra promesa y no me delatéis.

José de Argensola volvió sobre sus pasos al taller, dejando a Calabacillas perplejo y reflexivo. Se abrió una brecha en la tranquilidad de “El Cuarto del Príncipe” y decidió avanzar en la misma. Lo primero que hizo fue dirigirse de nuevo al alabardero que cerraba el pasillo de acceso. Le preguntó si había visto salir a un aprendiz llamado Francisco, porque necesitaba verle y no se encontraba en su trabajo. El guardia le confirmó que no era la primera vez que le buscaban por faltar a su oficio.

—Id al pabellón de los sirvientes y preguntad allí al vigilante —comentó el joven soldado— Probablemente el aprendiz haya ido a sus aposentos.

Calabacillas se dirigió entonces al pabellón donde estaban las habitaciones de los sirvientes y del personal del Alcázar y preguntó al alabardero que custodiaba la puerta, obviamente éste no le había visto, pero también confirmó que en las últimas semanas había estado enfermo y no había acudido en al menos cinco ocasiones a su trabajo.

—Dicen que tiene mal de ojo y que no es capaz de superarlo pese a haberse purificado en confesión. De hecho suele ir todas las tardes a misa de seis con fray Fernando de Ortuña, en la iglesia de Palacio —comentó el guardia en voz baja.

Era evidente que la feroz vigilancia sobre todo el personal del Alcázar había conseguido que nadie escapara al control de unos o de otros, y que fuera prácticamente imposible el movimiento de personas habituales en la

Corte sin que alguien cercano lo percibiese. Al menos eso habían conseguido las férreas medidas del capitán Ovando. Una vez más Calabacillas tuvo una suerte de premonición e intuyó que el asesino que perseguía estaba muy cerca, y era alguien conocido por todos.

El tiempo había cambiado. Esa tarde hacía frío y el viento soplaba moviendo las copas de los altos cedros de los jardines anexos al Alcázar. Las nubes habían oscurecido el día y presagiaban fuertes lluvias para la mañana siguiente. El bufón se abrigó bien y se preparó para visitar la capilla, sobre la mesa dejó “El mejor mesón del mundo”, una novela amorosa del sevillano Rodrigo Fernández de Ribera que acababa de caer en sus manos y que había leído casi a la mitad.

Llegó poco antes del inicio de los oficios, era una capilla enclavada en el ala este a la que se accedía una vez atravesado el Patio de la Reina. No había mucha gente, y los que allí estaban eran todos sirvientes cuyas caras y nombres conocía. Casi tras él llegó Francisco Armentero. Venía tapado por una capa negra que no se quitó. Se sentó en la primera fila, solo, concentrado en rezar y recibir los sacramentos en la más profunda postración cristiana.

Calabacillas le vigiló durante toda la misa y, al acabar los oficios, se quedó discretamente fuera de su vista, tras un confesionario. No vio nada especial ni le llamó la atención ningún tipo de actuación del aprendiz. Cuando se levantó le siguió con la mirada hasta la puerta principal, entonces le vio desaparecer por otro acceso que se encontraba muy cerca de la entrada y que comunicaba con la sacristía. Discretamente llegó allí. Había una puerta cerrada. Tiró suavemente del pomo hacia abajo y la abrió unos dedos, dentro había una tenue luz. No oyó nada. Abrió un poco más y dejó pasar unos segundos hasta comprobar que no había nadie. Después se deslizó dentro y cerró la puerta tras él. Se escondió tras una mesa y esperó. No se oía nada. Al fondo de la sacristía había otra puerta, también estaba cerrada, Llegó hasta ella y con suma delicadeza hizo que el pomo bajase, después tiró hacia él y la entreabrió un poco. En el interior había un candil encendido que apenas daba una luz mortecina. Oía susurros pero no podía entender nada, era como si dos personas hablasen en voz baja en su interior. Intentó afinar el oído pero no consiguió oír nada más. La luz se apagó,

probablemente procedía de un candil y alguien había soplado para que se extinguiese. Esto le alarmó, se retiró de la puerta pero no salió nadie. Tenía que jugársela, así es que de nuevo llegó hasta la puerta. Un silencio sepulcral reinaba en la estancia. Entreabrió de nuevo la hoja de madera y volvió a escuchar susurros y algo que le parecieron gemidos. De pronto un ruido le alertó, como si algo se hubiera caído al suelo en la habitación contigua. Los susurros volvieron a ser perceptibles e incluso subieron un poco el tono. Sonaron más ruidos y más gemidos. Se deslizó lentamente en la habitación. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y llegó a percibir dos cuerpos en una cama. Con sumo cuidado se metió debajo mientras seguía escuchando los gemidos de las dos personas. Ahora tenía claro que estaba en la habitación del capellán Fernando de Ortuña y que era el indiscreto testigo de un encuentro amoroso.

Durante más de media hora los dos amantes prosiguieron su ritual sin descanso. El enano estaba inmóvil bajo la cama y sentía calambres en las piernas por la inmovilidad. Al fin terminaron. Escuchó risitas y besos desenfrenados. Después se encendió la luz de un candil y las palabras fueron tan perceptibles como reconocibles las voces de las personas que las pronunciaban.

—Debo volver cuanto antes, sospechan de mí y tal vez sea peligroso que salga tan tarde de la iglesia. Mañana intentaré estar aquí tras la primera misa, pero no es seguro, últimamente me vigilan mucho, creo que no creen lo de mi enfermedad-dijo Francisco Armentero.

Los dos salieron de la estancia, probablemente para despedirse y después sólo volvió uno de ellos. Durante un rato Calabacillas escuchó al capellán deambulando de un lado a otro de la habitación. Por fin apagó la vela y notó como se metía dentro de la cama. El enano no podía aguantar más el frío y la inmovilidad e intentó deslizarse fuera. Oyó la respiración continuada de Ortuña y supo que estaba dormido. Al fin salió de su escondite y llegó hasta donde creía estaba la puerta. Entonces se dio cuenta de que se había equivocado y se encontraba en la parte contraria de la salida. De nuevo comenzó a reptar, esta vez sobre la alfombra, arrastrándose muy lentamente. Su corazón bombeaba con una fuerza inusitada, creyó que llegaría a despertar al capellán, pero éste dormía a

pierna suelta. Por fin llegó a la puerta de la habitación. Deslizó el pomo con suavidad y abrió lentamente. La madera no hizo ruido. Salió a la sacristía cerrando tras él. Desde allí llegó hasta la puerta. La traspasó y cerró. Ya sólo le quedaba alcanzar la salida. Se apresuró hasta la puerta del templo. Hacía un frío que helaba el aliento. Tiró del pomo hacia abajo pero la puerta no se abrió. El capellán había echado el cerrojo. Calabacillas sintió entonces un profundo temor y maldijo haberse metido en aquel lío. Se encontraba encerrado en la capilla de Palacio, tiritando y en la más absoluta oscuridad, donde no podía ver las arañas.

Durante largos minutos avanzó buscando una salida, pero fue inútil. El frío en el templo se hizo insoportable y sintió como se helaba mientras se frotaba las manos con fuerza para buscar el calor. Las ventanas estaban demasiado altas e inaccesibles, cerradas con vidrieras de colores. Al final optó por esconderse dentro de un confesionario, donde el suelo de madera impedía al menos la fría humedad que transmitía el enlosado de piedra. Se hizo un ovillo en el fondo del armazón de madera y se echó por encima un cojín que servía para acomodarse al capellán sobre la banqueta mientras escuchaba los pecados de sus fieles. Comenzó a dolerle la garganta y a sentir un dolor de cabeza insoportable. Se dio cuenta de que podía morir allí mismo, sin ningún sentido, de que su curiosa vanidad le había llevado una vez más a intentar una aventura que no le había conducido más que al peligro y, tal vez, a la muerte. No podía dormir pese a que consiguió encogerse en el suelo del confesionario. Intentó imaginar los secretos inconfesables que sería capaz de oír el sacerdote desde aquel lugar, tras la rejilla, de boca de villanos y nobles, de reyes y plebeyos. Después recordó a Segismundo, encerrado en su fría torre, buscando el sentido a la vida que le había sido arrebatada, e intentó imaginarse a alguien menos venturoso.

“Quejoso de la fortuna

yo en este mundo vivía

y cuando entre mí decía

habrá otra persona alguna

*de suerte tan infortuna
piadoso me has respondido
pues volviendo en mi sentido
hallo que las penas mías
para hacerlas tú alegrías
las hubieras recogido”.*

El amanecer le descubrió tiritando dentro del confesionario. Oyó ruido y supo que era probablemente el capellán o el monaguillo abriendo el templo para la misa del alba. Se irguió como pudo. Tenía todo el cuerpo dolorido por la incómoda postura y estaba helado como un muerto, pero no podía salir hasta estar seguro de que nadie le vería. Escuchó la llegada de feligreses. Apartó un poco la cortinilla para poder observar y comprobó que había al menos una docena de personas rezando, la mayoría mujeres, y algunas más se incorporaban a los oficios.

Volvió a cerrar la cortinilla con la mayor discreción para evitar ser visto, pero entonces empujó el taburete que había colocado de lado y en alto para poder utilizar todo el suelo del confesionario. El taburete cayó sobre el suelo de tabla e hizo un ruido que se le antojó espantoso. Esperó unos segundos sin saber qué hacer. Entonces alguien se postró de rodillas frente a la rejilla y susurró unas palabras en latín. El corazón le latía incesante. Estuvo a punto de salir en estampida pero se contuvo en el último momento, y contestó como lo hubiera hecho cualquier arcipreste.

Las palabras le llegaron de forma poco clara. Era una mujer y estaba acongojada. Rogó a Dios para que acabara pronto su plática y le permitiera salir de allí. Por un momento le asaltó el terror de que otros feligreses estuvieran también esperando y todo aquello se convirtiera en una suplantación que le llevaría a la hoguera sin remedio. Sabía que la Santa

Inquisición no se compadecería de un enano que había utilizado un lugar sagrado para satirizar con los sacramentos. Era algo indefendible, nadie le apoyaría contra tales acusaciones. Estaba en peligro de muerte y a la fiebre se unió el terror de verse sorprendido y ajusticiado. Oyó las primeras palabras de la mujer muy bajito, apenas en susurros, y no fue capaz de comprender nada. Pero le pareció escuchar algo a lo que no daba crédito, tal vez fruto de su estado. Pidió que repitiera de nuevo lo que había dicho y entonces las palabras le estallaron en los oídos.

—Padre, confieso que he matado a las cortesanas de Palacio.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVII

ALFONSO CORTÉS era por aquel entonces el más renombrado espadachín de la “Guardia Amarilla”. Tenía mirada lobuna y una velocidad endiablada que hacía moverse la hoja de su espada en el aire a velocidad de vértigo y acertar en su enemigo antes de que éste pudiera evitar el golpe. En realidad no había tenido ocasión de poner a prueba su valía en el campo de batalla, tan sólo había intervenido en una docena de escaramuzas deteniendo a ladrones y herejes, pero su fama era grande entre los soldados de Palacio porque su superioridad era insultante en los torneos y competiciones palaciegas. No era alto ni guapo, pero sí veloz y mujeriego, a juzgar por la leyenda que de él se escuchaba por los barrios menos honorables de Madrid. Gustaba de mirar a los ojos de su contrincante antes de entrar en liza, como si lo analizase hasta adivinar cuál eran sus intenciones y después atacaba sin miramientos, sabedor de que su velocidad y determinación le darían la victoria.

Por todo ello Alfonso Cortés era uno de los dos soldados que habían sido elegidos para seguir a María Violeta de Enghien y garantizar que nada le ocurriera. Era un trabajo que le gustaba, porque sabía que aquella mujer estaba en peligro y estaba ansioso por verse las caras con aquel asesino de sirvientas, para atravesarle de parte a parte con su espada.

Cortés recibió la misión de boca del mismo capitán Álvaro de Ovando, su superior y modelo. Jamás había cruzado la espada con el capitán, pero en sus ojos veía el peligro de un hombre con una determinación de hierro. Decían que no era muy rápido con la espada, pero él había leído en aquellos

ojos el miedo, y sabía muy bien que la lucha por la supervivencia era el principio de la victoria para todo aquel que quisiera ganar un duelo. El miedo no era sino aliado del valor, sólo los imbéciles se creían invencibles, sólo los muertos habían creído en su inmortalidad.

María Violeta de Enghien era una mujer hermosa, muy hermosa, la más hermosa con la que jamás había cruzado palabra en toda su vida. Tenía una frescura e irradiaba una vida que no era explicable más que para el que recibía el don de sus ojos. Era esa clase de mujer con la que cuesta mantener la mirada, porque todo parece sucio frente a esos ojos cristalinos, incrustados en un rostro perfecto, angelical, de otro mundo. Para un veterano espadachín una mujer así era el premio que siempre había deseado. Por eso aquella tarde, en la que el sol lucía con fuerza inusitada anunciando ya la próxima primavera, cuando en la distancia la vio dirigirse al estanque con la intención de darse un baño, supo que iba a entrar en vida en el reino de los cielos.

Buscó un lugar apartado, entre unas matas de adelfas del jardín, para poder observarla a través de su espesura, sin tener que realizar movimiento alguno que le delatase. Era tal vez demasiado alta y delgada para los cánones de la época. Su pelo rubio caía sobre sus hombros con una belleza salvaje. Tenía un cuerpo tan perfecto como su rostro. Blanquecino, con pechos pequeños pero de pezones puntiagudos. Sus muslos eran inmaculados y apetitosos. Sus labios carnosos y excitantes. El espadachín no pudo reprimir una erección viendo aquella escena idílica de una mujer que parecía de otro universo. Entonces se percató de que tras ella, entre los aligustres de los setos que cercaban el estanque, algo se había movido. Hasta entonces la ensoñadora visión le había impedido digerir aquellos pequeños indicios de peligro que en otra ocasión le hubieran resultado evidentes, pero un nuevo movimiento delató que no se trataba del viento, u otro elemento natural.

Allí había alguien escondido, acechando a la hermosa mujer. Alfonso Cortés comenzó a reptar como una culebra, mientras María Violeta se sumergía en el agua ajena al peligro. Fue arrastrándose tras las matas de adelfas hasta llegar al borde de los setos de aligustres sin perder la visión del lugar donde presuponía se encontraba el enemigo. No volvió a ver

movimiento alguno, pero eso no le desanimó, sabía que había alguien allí, agazapado como él y que, probablemente, estaba con los ojos clavados en la joven que jugueteaba despreocupadamente en el agua.

Avanzó un poco más, ahora podía ver por la línea de aligustres hasta el lugar donde había un bulto en el suelo. Estaba inmóvil. Siguió reptando sigilosamente. Las risas y el chapoteo de María Violeta estaban distrayendo sin duda al enemigo. Se arrastró un poco más. En ese instante sintió que se había cortado con la rama de una zarzamora que los jardineros no habían quitado. Mantuvo su avance como un felino que ve cada vez más cerca su presa, más cerca, más cerca, más cerca. Estaba allí, donde él había intuido. No podía ver su rostro pero sí su cuerpo estirado en el suelo y su cabeza metida entre los matorrales para regocijarse con el espectáculo de la joven desnuda. Sacó su daga con movimientos lentos para no hacer ruido. Después avanzó un poco más, hasta quedar apenas a seis metros de su presa. Contuvo el aliento. Le escuchó moverse, tal vez había oído algo, tal vez le esperaba y también se había armado. Durante unos segundos todo fue silencio. De pronto se oyó de nuevo un chapoteo. La joven estaba jugando con el agua y se había alejado un poco. Era su oportunidad. Con la velocidad del rayo saltó sobre el bulto en el suelo dispuesto a echarle una de las manos al cuello mientras con la otra le ponía el arma en la garganta. Pero al sentir el ruido de su asaltante el hombre escondido se giró en el momento en que Cortés le caía encima provocando que éste rodase por el suelo sin conseguir inmovilizarlo.

Alfonso Cortés cayó con tan mala fortuna que la mano derecha en la que portaba el puñal se le dobló, partiéndole la muñeca con un fuerte dolor que le impidió concentrarse en su ataque. Había perdido la daga y la idea de escapar cuanto antes le sobrevino como una prudente necesidad para salvar la vida. Su víctima se había revuelto y sintió sus movimientos ágiles al caerle encima por la espalda. Cayó entonces el peso de un hombre corpulento sobre él y una mano se aferró con fuerza a su garganta, mientras la hoja del cuchillo le apretaba exigiéndole la rendición incondicional. Por primera vez en toda su vida Alfonso Cortés sintió la cercanía de la muerte. Sabía que su enemigo no tendría piedad, como él mismo hubiera hecho y por eso, intentó revolversse en busca de una última esperanza. Lanzó con

fuerza hacia atrás su codo derecho y consiguió impactar en el costado de su agresor. Éste cedió la presión del cuello, pero el cuchillo se apretó más penetrando en su piel y la sangre comenzó a manar. Cortés tuvo entonces la absoluta convicción de que si volvía a intentar zafarse encontraría la muerte. Se giró lentamente para ver a su agresor, y no se hubiera sorprendido más si hubiera visto al diablo en persona, porque frente a él estaba el capitán Álvaro de Ovando.

Entonces fueron conscientes de que la joven María Violeta había escuchado la escaramuza y se encontraba gritando al saber que la espiaban. Con celeridad de felino el capitán arrastró a Alfonso Cortés entre la maleza en sentido contrario al estanque, hasta conseguir llegar tras unas matas de endrinos y quedar fuera de la vista de la joven. Sin perder un instante se irguió, sujetando todavía por el peto a su agresor con una mano y amenazándole en el cuchillo en la otra.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —dijo todavía resoplando por el esfuerzo.

—¡Cumplía vuestras órdenes! —contestó Cortés agarrándose la muñeca derecha con la mano izquierda porque el dolor era cada vez más grande— No sabía que también vuestra merced vigilaba a la doncella, de haber sido así jamás os hubiera atacado.

—Perdonad —dijo entonces el capitán guardando el arma— Siento haberos hecho daño. En realidad no os había visto y tenía el temor de que atacaran a nuestra protegida durante su baño, momento en que se encuentra más vulnerable. La verdad es que debí sospechar que os encontrabais por los alrededores, pero no os había descubierto.

—Pues buena la hemos hecho —protestó el guardia sintiendo que la muñeca se le estaba hinchando— Yo casi os mato y vuestra merced me ha dejado mal herido. La verdad es que tuvimos suerte de que el asesino no hubiera elegido de verdad atacar a nuestra protegida.

Cinco guardias llegaron en aquel momento y presentaron armas al reconocer al capitán Ovando. Habían acudido al oír los gritos de la joven e intentaban descubrir a los que la espiaban.

—¿Qué hacéis aquí capitán? ¿Sabéis que hay gentes desconocidas por los alrededores de estanque? —dijo el alférez de la patrulla.

—Sí, estaba persiguiendo al espía con el guardia Cortés pero ha tenido una desafortunada caída y se encuentra herido —contestó Ovando— Ha huido por los jardines, buscadle por ahí, yo acompañaré al herido al hospital.

Los guardias desaparecieron en dirección a los jardines del Buen Retiro. Alfonso Cortés pidió entonces al capitán que le dejara ir solo y se ocupara de mantener la vigilancia de la joven, ya que ahora se encontraba más indefensa que nunca.

—Espero no enfrentarme a vuestra merced jamás, ya lo había oído antes pero ahora lo he sufrido en mis carnes, tenéis al diablo de vuestra parte —dijo mientras se alejaba del capitán en dirección al hospital de Palacio para que los doctores le atendieran con urgencia. Álvaro de Ovando sonrió, confiaba en aquel hombre.

Encontró a María Violeta en el interior de los vestuarios anexos al estanque, envuelta en una túnica blanca y tiritando de miedo. Su angelical rostro tenía una expresión de inocencia que incitaba a la ternura. Casi no mediaron palabra. Ella, instintivamente, le abrazó buscando su protección y entonces él se sintió el más dichoso de los mortales, y dio gracias al Cielo por la oportunidad que le había dado de sentir el cuerpo de aquella mujer que ocupaba todo los resquicios de su corazón. La apretó con fuerza, sus brazos se tensaron alrededor de aquel grácil cuerpo como si de un cinturón se tratase, y ella agradeció toda esa sensación de seguridad apoyando su rostro sobre el del capitán. Fueron apenas unos segundos, pero podrían haber durado toda la eternidad. Los susurros dieron paso a tímidos besos que ella le dio en el cuello mientras sus delicadas manos acariciaban la espalda del guerrero. Él la apretó aún más contra sí, sin saber exactamente qué estaba pasando ni cómo debía actuar. Por un momento los papeles se cambiaron y sintió un escalofrío mientras notaba la seguridad que emanaba de aquellas manos cortesanas, como si ahora el desvalido fuese él y ella la defensora que guiaba sus pasos. Le avergonzó que pudiese sentir la erección que no podía controlar y entonces, sintió una mano metiéndose en su entrepierna y acariciándole sin ningún pudor. Lo demás vino tan deprisa que apenas le dio tiempo a asimilarlo. Hicieron el amor con el deseo inconfesado de haberlo querido desde mucho tiempo atrás. La pasión corrió

por sus cuerpos haciéndoles suspirar, gemir, y hasta gritar de placer, dejándolos exhaustos en el duro suelo que para ellos se había convertido en el más cómodo de los jergones. De pronto recordaron que alguien podía verlos y se vistieron de prisa sin parar de besarse, de rozarse, mientras se abotonaban y colocaban a toda prisa sus ropas, de sentirse dichosos y felices como dos adolescentes que descubren el amor.

Primero salió el capitán. En el exterior no había nadie. Después salió María Violeta, tenía el pelo todavía mojado. La acompañó hasta el Alcázar conteniendo el deseo de abrazarla a cada instante. No hablaron más que palabras sueltas, sin sentido, pero sus manos se rozaban y el capitán Ovando supo que no podría sostener aquellos hermosos ojos mirándole fijamente. Se sintió de pronto muy vulnerable, feliz como un chiquillo, con ganas de saltar y correr, de subir montañas, de escapar con ella a cualquier lugar, porque allá donde fuese aquellos ojos le darían todo lo que siempre había soñado.

Apareció de nuevo la patrulla que había enviado a los jardines. Presentaron armas e informaron que no habían localizado a los intrusos. Para no levantar sospechas, el capitán les encargó que escoltaran a la dama hasta la Casa de las Muñecas y se despidió de ella con una leve inclinación, sin poder mirarla a los ojos. Al verla marchar sintió una angustia terrible, una sensación de vacío acuciante que sólo su presencia podía llenar y se juró que pasase lo que pasase, lucharía por el amor de aquella mujer.

Aquella misma tarde, durante su reunión con Martín Villanueva, el capitán le informó que ocuparía el puesto de Alfonso Cortés para vigilar personalmente a María Violeta de Enghien, lo cual le pareció correcto a su segundo, ya que ambos sabían que bien podía tratarse del próximo objetivo del asesino. Pocos minutos después el ama de llaves del equipo de vigilancia de María Teresa le hizo llegar un mensaje verbal del capitán, en el que le informaba que permanecería hasta la media noche frente a su ventana, vigilando para que nadie osara poner su vida en peligro y que si en algo le necesitaba, no tendría más que hacerle una señal.

Era aquella una noche cálida. El olor de la hierbabuena invadía los alrededores de la Casa de las Muñecas, mezclándose con el de las tempranas rosas y las adelfas. El capitán permanecía inmóvil, en un lugar

que le permitía observar la puerta de entrada y el muro lateral derecho donde, según le había indicado el ama de llaves, daba la habitación de su enamorada. Era la ventana del segundo piso, y en ella tenía clavados los ojos como si su destino estuviera escrito tras aquellas vidrieras. De pronto vio un candil encendido. Las hojas se abrieron y alguien apareció. Era María Violeta. Estaba muy hermosa, más que nunca, y el capitán sintió deseos de echar a correr y trepar por el muro hasta la ventana. Saliendo de la oscuridad se mostró a la aparecida y le hizo señales agitando su sombrero. Ella movió el candil y le indicó con la otra mano que se acercase. Cuando estaba bajo la ventana le arrojó algo y volvió a meterse dentro sin esperar contestación. Recogió lo que ella le había arrojado. Era un papel arrugado envuelto en un pañuelo, tenía una sola palabra escrita a grandes trazos. “Espérame”, decía, y él se sintió el hombre más feliz del mundo.

Pasaron los minutos, largos como siglos. De pronto vio llegar ante la Casa a una patrulla de alabarderos. En principio no era extraño dado que tenía al menos una docena merodeando por todo el recinto exterior del Alcázar día y noche y dando el alto a todo aquel personaje que les resultaba sospechoso, pero aquella no era una patrulla normal. Estaba compuesta por al menos veinte hombres, cifra muy superior a los ocho o diez que conformaban las patrullas habituales, además iban en perfecta formación, cosa mucho menos habitual ya que las patrullas seguían a un alférez u otro oficial pero ni con mucho guardaban la formación. En última instancia iban además alrededor de alguien, creando una protección circular que sólo se llevaba a cabo con miembros de la Casa Real. No le cupo duda alguna: El Rey se disponía a visitar la Casa de las Muñecas. Probablemente durante su ausencia le habrían buscado para informarle de la salida de Felipe IV y al no hallarle Martín Villanueva habría organizado la patrulla. Eran meros trámites para los que estaban preparados y que podían ocurrir en cualquier momento.

La mayor parte de los alabarderos quedaron a las puertas del edificio. Sólo un par de guardias penetraron dentro acompañando al monarca. Esto le fastidió. Su amada no podría bajar mientras aquella muchedumbre permaneciese en la puerta.

Siguió pasando el tiempo lentamente y entonces, vio encenderse de nuevo la luz de la habitación de María Violeta de Enghien, y comenzó a llorar de rabia. Por primera vez en toda su vida maldijo a Felipe IV y sintió el oscuro deseo de que el asesino que buscaba diese de una vez por todas con el cuerpo del Rey en vez de matar a sus inocentes queridas.

Durante más de dos horas el odio le fue creciendo y el tiempo se volvió eterno. Sintió el deseo de hacer llegar a doña Isabel de Borbón una nota en la que le descubriese todas las infidelidades de su marido. Pero tal vez no hubiera servido más que para conseguir llevarle a la cárcel “porque —pensó— era probable que la reina no fuera ajena a esas excursiones nocturnas”.

Por fin las puertas se abrieron y los guardias se pusieron en pie. Envuelto en su capa y embozado, el personaje principal ocupó su lugar en medio del círculo de la patrulla de alabarderos y se marcharon. La discreta luz de la habitación de María Violeta seguía encendida. No podía seguir quieto ni un minuto más. Se acercó hacia la ventana de su amada y con cuidado arrojó un guijarro que no acertó a dar en el vidrio. Volvió a intentarlo tres veces más. La tensión le impedía afinar la puntería. Al final dio en el blanco. Espero un rato pero la ventana no se abrió. De nuevo arrojó otro guijarro, esta vez acertó a la primera. No pasó nada. Repitió la operación dos veces más, hasta que el candil se acercó hasta la ventana y las hojas se abrieron. La vio tan hermosa como horas antes. Le hizo una seña que no entendió, después se apagó el candil.

No habían pasado ni cinco minutos cuando una figura salió de la casa, adentrándose con discreción entre las sombras para no ser vista y se dirigió hacia donde él se escondía. Cuando estaba muy cerca la llamó suavemente. Ella llegó y le abrazó sin ningún protocolo. Sus brazos la rodearon con fuerza, como si la unión les llevase a ser sólo uno. Permanecieron así varios minutos, sin mediar palabra, sin hacer un solo gesto, sólo sintiendo sus cuerpos unidos. Después se besaron precipitadamente, el cuello, el rostro, el cabello, de forma casi desesperada, como si más que un encuentro se tratase de una separación. Él comenzó a tocarla de forma desenfrenada y a quitarle la ropa, pero ello le paró las manos. No quería sexo, deseaba algo más puro, deseaba entregarle su amor, algo que no había dado a ningún otro hombre. Él le acarició el rostro y sintió las lágrimas manando a borbotones. En ese

momento sus sentimientos se confundieron entre el amor que sentía por ella y el odio hacia el Rey.

Estuvieron mucho tiempo así, abrazados el uno al otro en la mitad de la noche, en silencio, sobre la tierra, sintiendo el tenue frío en el rostro que no les afectaba porque su abrazo les daba el calor y la vida. Al fin ella comenzó a acariciarle, primero el rostro, luego el pecho. Abrió su peto y su camisa. Sus labios le besaron suavemente. Después sintió sus manos en su entrepierna y el calor de sus labios que lentamente le abrasaban. Con tierna delicadeza le fue desnudando, después se levantó la falda, se bajó las enaguas y colocándose encima dejó que el amor la embriagara como si jamás lo hubiera hecho antes. Él permanecía inmóvil, no quería ensuciar aquel momento. El Cielo podía esperar, aquello era mucho más hermoso.

Despuntaban las primeras luces del alba cuando se separaron. Ella le besó una vez más. Él la abrazó y le prometió que jamás nada la separaría de su lado. Entonces sus labios pronunciaron una frase que se le quedó grabado a fuego, que no perdonaría jamás, como una sentencia.

—No vamos a volver a vernos, esta es mi despedida.

Su mano le tapó la boca para que no dijese nada. La vio marchar con los ojos inyectados en lágrimas de dolor y de odio. Sus palabras pronunciadas en voz baja tenían la determinación del que está dispuesto a todo en un acceso de locura.

—Juro que le mataré, aunque sea la última cosa que haga en mi miserable vida.

CAPÍTULO XVIII

D EJÓ de tener frío por un instante y, ante el interés de la confesión que acababa de escuchar, la fiebre pareció remitir un poco. Juan Martín Calabazas se frotó los ojos para estar seguro de que no se trataba de un sueño o un estado de esquizofrenia temporal. El corazón le bombeaba con tanta fuerza que sentía palpitaciones en las sienes como si fuera a estallarle la cabeza. Olvidando el peligro que corría y la necesidad de que acabara cuanto antes aquella confesión pidió a la mujer que se explicara.

—Padre, soy la responsable de todas esas muertes. Llevo varios meses pidiendo a Dios justicia para mi hijo y una de las cosas por las que he rezado y hecho penitencia es para que murieran todas las putas del rey —contestó la arrepentida.

—Hija mía, ¿quién es vuestra merced?, ¿por qué habéis pedido a Dios esos crímenes? —preguntó el enano intentando sonsacarle más información.

—Soy María Calderón, padre —dijo ella entre susurros ahogados por accesos de llanto— Todos me conocen como “la calderona” y cuatro años atrás fui la amante del Rey, cuando nos contrataron para escenificar “La Filomena”, del maestro Lope. Caí en pecado mortal bajo los agasajos de don Felipe, vuestra ilustrísima sabe que el teatro no hace rico a nadie y en aquel tiempo las cosas no iban demasiado bien. Yací con él muchas noches. Era antes de que contratase a las cortesanas de la “Casa de las Muñecas”. — De nuevo el llanto hizo parar a la mujer, Calabacillas aguzó el oído, la cabeza le ardía— Sé que caí en pecado mortal, pero no pude evitarlo, al fin

y al cabo el Rey tiene prerrogativa divina y él quiso poseerme. Meses después quedé encintada de mi actual hijo Juan José. Pero el Rey no ha querido reconocerlo y tan sólo nos mantiene a él y a mí en Palacio con la excusa de nuevas representaciones teatrales. Yo quiero justicia para mi hijo, padre, porque tiene sangre real. Por eso he rezado muchas noches para que algo grave le ocurriera al Rey que cambiase su forma de pensar. Y desde que comenzaron las muertes siento que yo, y sólo yo, soy la culpable de todo lo que está pasando.

—Pero no podéis sentir os culpable de algo que no habéis llevado a cabo, ¿o tal vez conocéis al autor de los crímenes? —indagó Calabacillas.

—Es mi culpa, padre, es mi culpa. El fantasma que asesina a las mujeres es mi propio fantasma. Creedme, desde que comencé a rezar para que ocurriera algo terrible en Palacio las muertes se fueron sucediendo. No sólo es culpable la mano que empuña el cuchillo asesino, también quien la dirige, y yo soy la instigadora. Ya no sé como pararlo, padre, os juro que ya no sé cómo pararlo —María Calderón comenzó a llorar con la cabeza metida entre las manos, el sentimiento de culpabilidad la tenía destrozada.

Calabacillas sintió un profundo decaimiento. Intentó consolar a la mujer y le pidió que rezase en penitencia durante toda la tarde y hasta el amanecer del día siguiente para que las muertes terminasen. Había oído antes la historia de que el Rey tenía un hijo ilegítimo con una actriz de teatro, pero creía que eran habladurías, ahora se daba cuenta de que las prerrogativas reales no conocían límites y sus infidelidades tampoco.

Por suerte nadie más se postró en el confesionario tras “la calderona”. Aprovechó el momento de tranquilidad y salió por la puerta lateral, intentando pasar desapercibido entre las sombras. Todos los fieles estaban absortos escuchando la voz del capellán, que tronaba ya desde la mañana, convenciéndoles de que debían pedir perdón y estar preparados para el Apocalipsis. De nuevo sentía el frío metido en los huesos, le dolía todo y estaba profundamente cansado.

Consiguió llegar por fin hasta la puerta de entrada y salir al exterior. Era un día luminoso que anunciaba ya la primavera. Alcanzó el pabellón de los sirvientes lo más rápido que pudo, intentando evitar toparse con una patrulla, ya que desconocía el santo y seña del día. Tuvo suerte y lo alcanzó

sin contratiempos. Quienes lo vieron lo conocían de sobra y nadie le preguntó nada, ignorando su presencia, como casi siempre. Llegó hasta su dormitorio y consiguió tumbarse en el jergón. Se arrojó hasta la cabeza porque le ardían las sienes a causa de la fiebre. Después se durmió.

Estaba deshecho y profundamente cansado, pero en un tiempo indeterminado de sus sueños de nuevo regresó la pesadilla. La pequeña araña se deslizó desde el techo, saltando al suelo y acercándose lentamente. Trató de escapar, pero en su huída se enredó en la pegajosa tela mientras el animal multiplicaba su tamaño hasta ser igual al de un hombre y con las patas delanteras le enlazaba atándole con su seda hasta dejarlo completamente inmóvil, como hacía con las moscas y las torpes mariposas. Entonces sus fauces se abrieron y pudo ver los quelíceros afilados donde portaba el veneno mortal que le llevaría a los infiernos. El terror se apoderó de su cuerpo y comenzó a tener estertores mientras el vello se le erizaba y una especie de espuma le manaba por la boca. En ese momento el sonido de un objeto metálico al chocar contra el suelo le devolvió a la realidad, y con un rápido movimiento limpió con su manga derecha la babilla que le caía por la comisura de los labios. Comprobó que en sus violentas pesadillas había tirado un candil que se encontraba en su mesilla, junto a la cama, aquello era lo que le había despertado. Después se volvió a dormir profundamente y la araña no volvió a aparecer.

Estuvo durmiendo todo el día y cuando despertó le sonaban las tripas de hambre. Se encontraba mucho mejor y fue hasta las cocinas para pedir algo que comer. Acababan de recoger sobras de la cena del Rey y Calabacillas le hincó el diente a un capón prácticamente sin tocar y a un revuelto de habichuelas con ajetes y tocino frito que habían sobrado del plato de su majestad.

Con la barriga llena se dirigió de nuevo a su dormitorio y se echó otra vez sobre el jergón. Seguía teniendo un terrible sueño y tapándose con unas mantas volvió a quedarse profundamente dormido. Esta vez sus sueños no trajeron a las arañas. Según recordó más tarde, aunque no con gran lujo de detalles, veía la imagen de dos amantes. Se trataba del aprendiz Francisco Armentero y el capellán Fernando de Ortuña. Ambos estaban besándose en su habitación. Bajo su cama se encontraba él escondido, entonces notaba

que el colchón cedía y le aprisionaba contra el suelo hasta impedirle respirar. Quería pedir auxilio pero no podía porque el colchón le tapaba la boca y notaba como le faltaba el aliento una y otra vez hasta quedar asfixiado.

Entonces despertó. Debía ser muy tarde, de madrugada. Bajó al patio, donde recibió el alto de un soldado y después salió a los jardines. Era una noche mucho menos fría que la del día anterior, pero aun así se había abrigado convenientemente. Tenía una corazonada. Fue dando un rodeo y se dirigió hasta “el Cuarto del Príncipe”. Todo estaba en silencio. Quiso penetrar en su interior como otras veces, pero el candado tenía echada la llave. Un perro le ladró, se trataba del mastín que tenía uno de los jardineros y que habían dejado atado cerca de los talleres del maestro Velázquez para evitar intromisiones. Los ladridos debían haber alertado a las patrullas de vigilancia nocturna, así es que decidió regresar a su cuarto. De pronto creyó ver una sombra en el interior de los talleres y aguantó escondido tras unos setos. Sin duda alguna los ladridos del perro que él había provocado habían cogido por sorpresa al salteador, que intentaba escapar antes de que llegase la patrulla. Vio como abría una ventana del piso superior y se deslizaba por ella hasta el voladizo que existía sobre la arcada del piso inferior. Desde allí intentó descolgarse al suelo agarrándose a una madreselva que trepaba pegada al muro, pero la planta no aguantó el peso y el desconocido cayó pesadamente. Durante unos segundos permaneció inmóvil. Después se levantó y corrió cojeando en dirección al cementerio de los sirvientes. Calabacillas intentó seguirle a duras penas, pero entonces escuchó la llegada de la patrulla, y le dieron el alto, lo que provocó que escapara en una carrera alocada a través de los jardines. Escuchó ladridos y recordó que había visto a una patrulla con mastines y no le fue difícil entender que acababan de soltarlos para que le dieran caza.

Conocía bien el lugar y le resultó sencillo llegar hasta las cercanías del cementerio de los sirvientes, cercano a la iglesia-capilla, donde acababa de desaparecer el misterioso desconocido. La puerta del cementerio estaba cerrada. Oyó los ladridos más cerca. De nuevo se dirigió hacia la iglesia, donde había pasado la noche anterior. Casi milagrosamente la puerta estaba abierta. Se introdujo dentro cerrándola tras de sí, sabía que los perros no le

encontrarían allí dentro. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra y fue capaz de distinguir el altar mayor semidesnudo, a la espera de los cuadros de Velázquez. Volvió a ir hasta el confesionario. Sólo era cuestión de tiempo. El corazón le latía a una velocidad de vértigo. Si le descubrían lo pasaría muy mal. Oyó a los guardias y a los perros a la puerta de la iglesia. Intentaban saber dónde se había metido el fugitivo y lo buscaron infructuosamente en los setos de los alrededores del templo, donde los perros encontraron varios rastros fruto de sus andanzas la noche anterior.

Pasó una hora y dejó de escuchar los ladridos de los perros y las voces de los guardias. Como ya hiciera la noche antes, salió del confesionario y se dirigió hacia la entrada. La luna creciente hacía entrar tenues rayos por un rosetón y pudo adivinar el altar casi vacío y la puerta de acceso a la sacristía y a los aposentos del capellán. Entonces volvió a la puerta principal, comprobó que seguía abierta y salió fuera, vigilando que nadie estuviese en los alrededores. Alcanzó una vez más los setos y desde allí no le fue difícil acercarse hasta las proximidades del pabellón de sirvientes donde tenía sus aposentos. Se relajó. Sabía que le había visto salir el guardia de la entrada para ir a pasear, por eso se dirigió hacia él con la mayor naturalidad y le hizo un comentario sobre la calidez de la noche. Después subió a sus aposentos y se tiró literalmente sobre la cama. El sudor le corría por el rostro. Una vez allí intentó reflexionar de nuevo. Estaba nervioso. Intentó acostarse otra vez, tenía una corazonada que le impedía el sueño. Se echó de un lado y luego del otro. Había algo que no encajaba y su cerebro estaba procesando toda la información que había recibido en los últimos tiempos para descubrir qué había visto de especial sin percatarse. No sabía exactamente lo que era pero había algún detalle en todo aquello que se le había pasado por alto y que significaba mucho. Al final se quedó dormido intentando descifrar el enigma, y el amanecer le descubrió roncando plácidamente en la cama, con la sonrisa tonta de los inocentes.

Al abrir los ojos comprobó que era ya casi la hora del almuerzo. De nuevo fue a las cocinas. Mientras tomaba una sopa y un plato con restos de cordero preguntó al jefe de cocina, conocido quisquilloso local, si había oído hablar de una gran actriz llamada “la calderona”. Tenía cierta

desconfianza sobre la historia que ésta le había contado en el confesionario y quería estar seguro de que todo lo que le dijo era cierto.

—Claro, su historia la conoce todo el mundo, me extraña que me lo pregunte vuestra merced viviendo en Palacio —contestó con una sonrisa afable haciéndole un guiño al enano, a quien tenía por persona discreta pero bien informada, como todo sirviente palaciego que se precie.

—Bueno, conocerla sí la conozco, lo que quería saber es si habéis oído algo sobre su estado mental, es que hay un rumor y no sé si darle crédito, sobre su enloquecimiento por amor... —dijo sagazmente Calabacillas.

—Vuestra merced no debe dar crédito a lo que se dice, ya sabe que se cuentan muchas cosas de todo el mundo y que no se debe creer la quinta parte de la mitad de lo que se escucha —comentó el jefe de cocina mientras examinaba unos capones que servirían para un exquisito plato de la cena real nocturna. Después se acercó al bufón y bajo el tono de voz para hacerlo más discreto— Nada de locura por enamoramiento. Esa pérvida es una fulana de mucho cuidado. Lo que quiere es que el Rey reconozca a su hijo como infante y eso, como sabéis, no es posible. Ya tiene bastante con los ducados que se le pasan como protegida de nuestro señor por no hacer nada. Siempre anda diciendo que trabaja en una nueva obra pero a fe mía que es mentira. No obstante si queréis mayor información la podréis obtener de don Sebastián de Arce, él fue quien la contrató para que escenificase “La Filomena” y con quien mantiene un contacto más estrecho.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —dijo el enano mientras seguía comiendo a dos carrillos.

—En el Teatro Real, por supuesto —la voz del cocinero mayor adquirió de nuevo su tono normal— Es un maestro de la comedia y los montajes teatrales. Creo que ahora está preparando algo de un maestro italiano sobre un viaje a los infiernos.

Juan Martín Calabazas terminó de comer con rapidez y dando las gracias al Cocinero Jefe se dirigió hacia el Teatro Real, que se encontraba fuera del recinto del Alcázar. Era un edificio de gran porte que estaba siendo ampliado y que tenía un aforo para más de quinientas personas entre palcos, butacas y plateas. Constaba de tres alturas corridas en semicírculo que convergían sobre el escenario y permitían una gran visión desde

cualquier parte, pero sobre todo destacaba la calidad de audición que obtenían los espectadores desde cualquier punto del anfiteatro. Desde la llegada al trono de Felipe IV había conocido sus mejores momentos artísticos y no eran infrecuentes las representaciones de los clásicos junto a nuevas obras de dramaturgos de la época. Como se sabía, el Rey tenía una debilidad especial por el mundo de las bambalinas, y había hecho sus pinitos con alguna creación personal, escondida bajo el anonimato de seudónimo, sobre el “carpe diem” frente al exceso de mojigatería, muy al gusto de las nuevas corrientes, habiéndose escenificado con gran éxito de crítica, aunque no muy al gusto del público, que prefería la comedia y los autos sacramentales de gran pompa y boato.

Don Sebastián de Arce estaba preparando una obra con un grupo de actores en el escenario del teatro. Era un lugar frío y sobre los ceñidos trajes todos llevaban pellicas o capas de gruesa lana para poder taparse mientras no estaban actuando. No tenía un carácter agradable y le molestaba sobremanera que le interrumpiesen en su trabajo, así es que apenas hizo caso cuando descubrió que era un curioso bufón del Rey quien pretendía sacarle información.

—No tengo tiempo para juegos ni adivinanzas —le dijo de malos modos alzando la voz para que lo pudiese escuchar todo el mundo— Si queréis saber algo más sobre Doña María Calderón preguntádselo a ella en persona. No me gustan los correveidiles que tanto abundan en Palacio, y mucho menos si son enanos que sólo utilizan los rumores para hacer chanzas de las personas.

Pese a que sabía que tenía razón, no le parecieron en nada oportunas las formas soberbias que había usado con él y mucho menos los comentarios sobre los bufones y enanos, a quien a todas luces no reconocía arte alguno.

—No es mala persona, pero a veces tiene un genio que no hay quien le aguante —dijo un joven que se encontraba sentado muy cerca de él viendo el ensayo, con una pierna atada a dos maderas para mantenerle inmóvil — Las malas lenguas han hecho mucho daño a María Calderón y en boca de todos pasa por una puta, sin embargo todos sabemos que ha sufrido mucho a causa de sus amores. No debéis hacer mofa de su historia, en realidad es muy triste y dañaríais mucho su ya mermada cordura.

—No pretendo hacer gracias a su costa —se defendió el bufón— Sólo quería saber cómo se encuentra, me han dicho que está muy mal y me enterneció conocer su trágico amor. Ni pretendo ser chismoso ni desleal con una sirviente del arte tal como yo mismo lo soy, pese a mi condición de enano.

—Efectivamente está mal, muy mal. Antes venía mucho por aquí, pero desde hace varias semanas no ha aparecido. Hemos intentado verla pero no quiso salir del cuarto. Dicen que se pasa el día llorando y pidiendo a Dios por su hijo Juan José —el efebo mantuvo su tono delicado y su vocalización perfecta, obra de muchas horas de ensayos— Es una mujer tremendamente desafortunada y se encuentra muy hundida. El amor lleva a la felicidad pero a veces arrastra a la locura, sin que podamos hacer nada por evitarlo.

—Tenéis razón —afirmó Calabacillas— El amor es algo que pretendemos dominar pero pocas veces lo conseguimos. La historia de Calixto y Melibea se repite sin remedio y arrastra a los hombres a la perdición. Los enamorados se entregan a la pasión sin sopesar consecuencias ni futuro, sin reparar en daños ni pecados. Las flechas de Cupido aciertan por igual a príncipes y a villanos, nadie está a salvo, y los que lo prueban enloquecen con el sabor de sus mieles, para caer rendidos bajo el dolor de sus desventuras.

—Jamás había pensado que un enano como vuestra merced pudiera saber tanto de amor —confesó el joven manteniendo sus palabras suaves y la ternura que se desprendía de su voz— Yo también estuve enamorado, todavía no he logrado olvidar y ya hace mucho tiempo de aquello, pero la falta del amado provoca un vacío que es difícil llenar si no es con otro amor, y eso no ocurre fácilmente.

—Decidme —preguntó el bufón intentando retomar el objetivo que perseguía— ¿No teméis que esa mujer, “la calderona”, pueda cometer una locura y ponga en peligro su vida y la de otros súbditos?.

—¿Quién sabe de lo que es capaz una mente enferma como la suya? ¿Se atrevería vuestra merced a jurar que si el amor os torturase no llegaríais a sacarle el corazón a vuestro amado si éste os renegara? No hay médico para los amores. Los dolores del alma sólo le está permitido curarlos a Dios — las sentencias del efebo no convencieron demasiado a Juan Martín

Calabazas que intentó seguir con la conversación a la espera de que pudiera sonsacarle la información que quería.

—Pero podría ser que, en su locura, María Calderón llegase a intentar quitarse la vida, o la de aquellos a quienes culpa de sus sufrimientos...

—No es descabellado que así sea —dijo el joven sin dejar de mirar hacia el escenario donde sus compañeros ensayaban— Pero si decidiese acabar con la vida de quien la ha traicionado por amor estaría pensando en matar al propio Rey, y eso sería tan acertado como querer suicidarse ella misma.

Vieron venir hacia ellos a Sebastián de Arce con cara de pocos amigos. Al parecer, el rumor de los dos hablando le había incomodado y dirigiéndose directamente al enano le echó del lugar sin ningún tacto, jurándole que de no salir cuanto antes le haría prender por la guardia. Después cambió el tono de voz para dirigirse al joven convaleciente, sus palabras se tornaron amables y sus reproches fueron meras fórmulas para atraer su atención. No le fue difícil imaginar al enano que entre los dos había más que la simple relación del maestro con su alumno o del actor con su director de escena, al igual que tampoco le fue difícil concluir que “la calderona” le había dicho la verdad en el confesionario y que, pese a haber rezado para conseguir la muerte de las amantes del rey, en realidad ella no podía haber llevado a cabo los asesinatos.

Desde allí volvió hacia sus aposentos dando un paseo por los jardines de Palacio, aprovechando el luminoso día de finales de invierno. Se encontraba desasosegado porque no había obtenido ningún fruto y, sin embargo, tenía la sensación de que se hallaba muy cerca de la verdad. Mientras caminaba sintió una profunda compasión por la actriz, con quien en el fondo se sentía identificado. Él también había padecido el amor en todo su escarnio y ahora tenía un vacío en el fondo de su alma difícil de llenar. Recordó las felices tardes recitando poemas a María Isabel de Tolosa, en las que su sonrisa le hacía sentir el más feliz de los hombres y se preguntó si en verdad el amor no es siempre doloroso, o al menos lleva a los enamorados a cometer locuras que jamás hubieran llegado a hacer en su sano juicio, tal como le había confesado al joven actor, cuyo nombre por cierto no sabía. “No obstante —reflexionó— hubiera deseado seguir manteniendo aquel amor

con María Isabel aunque se supiera no correspondido”. Al fin y al cabo era muy difícil que una mujer como ella hubiera podido enamorarse jamás de un enano como él, por mucho que le gustasen sus poemas, pero su sola compañía le hacía sentirse especial, le daba un sentido a la vida, le hacía ser feliz como jamás lo había sido antes.

Decidió presentarse en Palacio por si el Rey requería de sus servicios, pero antes creyó que era de justicia visitar a la pobre “calderona” y ofrecerle su apoyo. No se hubiera perdonado dejarla a su suerte después de su conversación con el joven actor y, aunque no sabía qué iba a decirle, intentaría al menos presentarle su deformación como una verdadera causa de infelicidad, frente a un amor desgraciado, que siempre puede ser sustituido.

Encontró a dos alabarderos en la puerta que le dieron el alto en el acceso al pabellón de sirvientas sin explicación alguna, pese a darles la contraseña del día. Los guardias manifestaron que tenían órdenes expresas de no dejar pasar a nadie. Parecían nerviosos. En ese momento llegó a la puerta el capitán Ovando acompañado de Martín Villanueva y de varios soldados. Al pasar a su lado le hizo un gesto de saludo pero no se paró siquiera y la comitiva pasó como una exhalación. Juan Martín Calabazas empezó a temerse lo peor. Llegaron más soldados y los doctores del Rey que penetraron a toda carrera abriéndose paso. En ese alboroto de gentes Calabacillas consiguió burlar la vigilancia y corrió pasillo adelante tras la estela de los doctores, siguiéndoles de cerca como si de su ayudante se tratase. Subieron al ala derecha de la segunda planta, después giraron hacia el lado este y penetraron en una habitación donde estaban el capitán Ovando y sus guardias con las miradas clavadas en el cuerpo sin vida de una mujer con los brazos extendidos por encima de la cabeza.

En la cama estaba la actriz María Calderón con la cara girada sobre su lado izquierdo y los ojos cerrados. Estaba muy delgada. Tenía la tez muy pálida y grandes ojeras, fruto de los sufrimientos de las últimas semanas. Había ingerido un veneno procedente de un frasco de vidrio que los doctores comenzaron a examinar. Según comentaron, parecía veneno de serpiente, probablemente de víbora. A Calabacillas no le pareció normal la postura que había tomado la actriz al morir. Podía haberse tratado de

estertores de dolor, “pero entonces —pensó— se hubiera agarrado el estómago y se encontraría doblada sobre sí misma como suele ocurrir en estos casos, nunca estirada”. Sus dedos estaban abiertos como consecuencia del ataque al corazón que había sufrido y de su último intento de aferrarse a la vida, pero Calabacillas también pensó que “no era muy natural aquello, porque lo lógico es que sus manos estuvieran cerradas y sus dedos apretados si había sentido las punzadas del veneno”. Dos de las uñas de sus dedos de la mano derecha estaban rotas y había sangrado por una de ellas. El enano examinó entonces de un vistazo las paredes de la estancia y descubrió que había señales de arañazos en la pared justo cerca de la puerta, al otro extremo de donde se encontraba la cama con el cadáver. “Muy probablemente —siguió pensando— porque la mujer fue sujeta por atrás por alguien que entró por la puerta y ella echó las manos intentando agarrarle para desasirse, arañando la pared y rompiéndose las uñas. Los brazos estirados y la cara amarillenta eran síntomas inequívocos de la asfixia”. “Tal vez —sentenció el enano para sus adentros— porque su asesino la ahogó mientras la sujetaba antes de darle el veneno para que pareciese un suicidio”.

No quiso esperar más y salió de la habitación dejando al capitán y a sus guardias recogiendo el cadáver. Tenía una premonición y era urgente que actuara. Los guardias de la puerta le injuriaron al verle salir, jurando que le coserían a patadas si volvía a meterse donde no le llamaban, pero le dejaron ir. Tomó entonces dirección hacia “el Cuarto del Príncipe”. Pese a que era un día luminoso se había levantado un aire fresco que azotaba el rostro y movía con violencia las copas de los árboles. En la entrada a los talleres del maestro Velázquez otros dos guardias le dieron el alto, pero tras decirles el santo y seña, y contarles que venía a ver al pintor real por orden de su majestad, le dejaron pasar.

Como en su visita anterior, encontró trabajando a Juan de Olaizola, absorto en el Cristo que estaba pintando el maestro cuando visitó el taller días atrás, también estaban pintando en las salas anexas varios aprendices entre los que se encontraban José de Argensola, Francisco Armentero y Francisco Zurbarán, que había avanzado bastante en su cuadro mitológico. Había un aire de intensa concentración y cierta armonía en el ambiente,

probablemente potenciado por el olor de los óleos y la embriaguez del arte, que se sentía nada más penetrar en el taller. Apenas nadie reparó en su presencia. Había muchos pedidos que entregar y todo el mundo estaba trabajando a marchas forzadas para poder corresponder a los encargos retrasados. El maestro no estaba, o al menos no le vio en su rápida visita. Entonces se dirigió sin preámbulos a la sala donde amontonaban los lienzos desechados, allí donde había encontrado los cuadros rajados de las cortesanas, y buscó con la determinación del que sabe que hallará lo que desea.

Había varios óleos sin acabar pendientes de limpiar para ser reutilizados y, en uno de los extremos, sentenciados para el fuego, estaban marcos rotos y algunas pinturas irrecuperables pintadas por los aprendices que no eran de gusto del maestro. Tenía que estar allí. No le costó mucho ver la tela rajada. La mujer tenía la misma cara, su rostro, eso sí, era más luminoso, se veía mucho más bella y no estaba tan delgada, probablemente porque la pintó antes de la depresión que la había llevado a la muerte. Pero no le cupo ninguna duda. Se trataba de María Calderón. La maldición se había cumplido una vez más.

CAPÍTULO XIX

NO había vuelto a ver a María Violeta desde la noche en que la visitó el Rey pese a que le había hecho llegar varios mensajes de manos de sus inmediatas sirvientas. De la crispación ante la impotencia había pasado a la amarga resignación. Estaba aturdido y pasaba mucho tiempo intentando encontrar respuesta a aquel desdén. Entendía que la mujer no quisiese perder su privilegiada condición, pero estaba dispuesto a darlo todo por ella, a escapar si hacía falta y llevarla al Nuevo Mundo para iniciar una nueva vida, tal como soñó con Nula. Pero de nuevo el dios del amor se ponía en contra suya y lejos de querer escapar con él, su joven amada había preferido olvidarlo para mantener su condición de favorita del Rey.

En su fuero interno cada vez detestaba más a Felipe IV. Le veía claramente como un joven caprichoso, incapaz para el gobierno y mediocre para las artes, que estaba dejando el país en manos de un ministro y unos consejeros que les llevarían al más profundo de los desastres. Su reinado era como sus amores: un montón de ambiciones egoístas que demostraban su mentalidad de inmaduro y que cualquier día le estallarían en el rostro, arrastrando con él a toda la nación hasta el más profundo de los abismos. De hecho, los crímenes en cadena no eran más que una premonición de lo que estaba a punto de suceder con las guerras a las que había arrastrado al país, algo que todo el mundo intuía pero que nadie parecía creerse.

El aparente suicidio de la actriz María Calderón apenas le había logrado sacar de sus reflexiones penitentes. Tan sólo le había llevado a odiar un poco más al Rey, ya que, según decían, aquella mujer se había quitado la

vida porque no era correspondida por el monarca, de quien había concebido un hijo ilegítimo. Una vez más el capitán Ovando constataba que aquel Rey no era sino una lacra para la nación. Aquél por el que él mismo se había enfrentado cara a cara contra los piratas, desafiando a la muerte y arrojando a ella a muchos soldados que no pudieron disfrutar sus años de juventud. “España no merece tal Rey —pensó— Es injusto que Dios haya enviado al frente de nuestra poderosa nación a un ser tan caprichoso, inconsciente del sacrificio que tantos hacen para mantener la grandeza de sus reinos”.

En consecuencia tomó la determinación de que cuando todo aquello acabara se marcharía muy lejos de la Corte. Lo dejaría todo e iniciaría una nueva vida allá donde no hubiera tanta injusticia, donde los poderosos no pudieran hacer lo que quisiesen con las vidas de sus súbditos. Buscaría un lugar para ser libre de todo aquello. Tal vez, pensó, cuando descubriera al asesino el Rey le entregaría algún título nobiliario, y podría gobernar un ducado o algún nuevo territorio de Nueva España y perder de vista todo aquello de una vez por todas. Estaba seguro de que sería un buen gobernante y de que jamás incurriría en las injusticias que ahora denostaba. Pero antes tenía que descubrir al criminal e impedir que acabase con la vida de su amada.

Tenía una extraña sensación de angustia, como si fuera a pasar algo que marcaría su vida y no sabía exactamente de qué podía tratarse. Por eso aquella tarde, cuando recibió al ama de llaves de María Violeta de Enghien tuvo la certeza de que algo terrible había ocurrido. La mujer le dijo de forma apresurada que esa mañana María Violeta había acudido puntualmente como siempre a la primera misa, se había confesado y al salir, tras un breve paseo por los jardines en compañía de su inseparable amiga la bordadora, se había obstinado en localizar a don Diego Velázquez, quien no se encontraba en su taller, por lo cual había salido de Palacio sin que hasta el presente diera señales de vida.

—Es realmente extraño señor —dijo el ama de llaves— Doña María Violeta jamás ha faltado a sus labores con la princesa y en esta ocasión ni ella ni Juana Fernández, la bordadora, se han presentado. Bien podría ser que estuvieran en apuros. Lo último que supimos es que iban a buscar al

pintor al Real Monasterio de los Jerónimos y que tenían intención de presentarse antes del mediodía.

Apenas hora y media más tarde el capitán Ovando, al frente de un destacamento de veinte guardias reales, llegó a las puertas del Monasterio. Era un edificio con planta en cruz que había sido remodelado en los últimos años para aumentar su capacidad y paliar los desperfectos que varios siglos habían dejado en sus paredes y ahora se mostraba realmente grandioso, como una fortaleza al servicio de Dios. Estaba completamente cerrado por un muro alto que cercaba todo el conjunto del que colgaba la hiedra. Tras la entrada enrejada se abría un paseo principal flanqueado a ambos lados por altos cipreses que llevaban hasta las puertas del edificio principal. Todavía tenía algunas evidencias de sus orígenes románicos, no obstante, los altos pináculos y arcadas buscando los cielos hablaban de su terminación en un gótico plateresco un siglo atrás. El padre prior salió a recibirles y no supo darles noticia alguna del paradero de las dos jóvenes, informándoles que el Pintor del Rey había pasado allí la jornada para conocer el lugar donde iría colocado un cuadro que le habían encargado para el altar mayor y comprobar las luces que lo iluminarían y el espacio destinado al grandioso lienzo.

El nerviosismo comenzó a hacer mella en el capitán que, a medida que pasaba el tiempo, iba teniendo la certeza de que se trataba de un nuevo crimen y que su amada se hallaba en peligro de muerte, si no muerta ya. El destacamento regresó a toda prisa de nuevo a Palacio y con urgencia fueron desplegados la mayor parte de los efectivos de la “Guardia Amarilla”, compuesta por doscientos noventa hombres, que se perdieron por las calles de Madrid en compañía de alguaciles y serenos para buscar indicios que les llevaran hasta el paradero de las desaparecidas.

Al alba el capitán Ovando, sin haber dormido un solo minuto, se presentó ante el Conde-Duque para informarle de las desapariciones y de los movimientos de la Guardia y requerirle para que anulase cualquier evento que tuviera previsto y se quedase en sus aposentos, con el fin de poder asegurar mejor su vida.

De nuevo un clima de máxima tensión se apoderó de Palacio. Todo el mundo era sospechoso y el desconcierto más absoluto reinaba entre los

propios guardias, que peinaron la ciudad sin encontrar el menor rastro, como si las dos mujeres se hubieran desvanecido en la nada.

En su afán por tomar medidas desesperadas frente a la situación de máxima alerta, Álvaro de Ovando casi enloqueció mientras las horas pasaban interminables y ordenó la detención inmediata del Pintor del Rey que fue apresado en su propio taller, ante la estupefacción del no saber a ciencia cierta por qué le llevaban hasta los sótanos del Alcázar, lugar que desconocía y que desde entonces no olvidaría jamás.

Las paredes eran húmedas y estaban completamente despostilladas, como todo en aquel inmundo lugar donde las ratas campaban como reinas y el hedor era realmente insoportable. Hacía un gélido frío y la casi absoluta oscuridad convertía la estancia en un lugar fantasmal. Había unos grilletes en la pared e inequívocas señales de sangre en el suelo. Por suerte para el pintor los soldados que le confinaron en aquella celda no le pusieron cadenas y simplemente montaron guardia a la puerta esperando la llegada inminente de un superior. Poco tiempo después el eco de las botas marcando el paso de forma estruendosa anunció al detenido que el oficial que esperaban había llegado. Los guardias que custodiaban la puerta saludaron golpeando los talones y presentaron armas. La puerta de hierro se abrió chirriando y dio paso al capitán Álvaro de Ovando.

—Vengo personalmente a pedir os excusas por haber sido trasladado a estos calabozos —dijo el capitán con la voz opaca de quien está obligado a comunicar algo con lo que no está de acuerdo— Acabo de recibir órdenes expresas de su majestad para que seáis confinado en vuestros aposentos, donde permaneceréis custodiado por varios de mis guardias hasta nueva orden, de nuevo la desaparición de dos mujeres de Palacio está relacionada con vuestra merced.

—Os juro que no sé de qué me estáis hablando —protestó Velázquez con los brazos cruzados y dando visible tiritones por el frío que estaba soportando— Acataré las órdenes de su majestad y os facilitaré cualquier información que preciséis sobre mis movimientos y actividades, pero sacadme de aquí cuanto antes, me estoy muriendo de frío.

—Hace casi un día que la doncella María Violeta de Enghien y la bordadora Juana Fernández salieron de Palacio para ir a buscaros al

Monasterio de los Jerónimos —explicó de mala gana el capitán— Querían veros a toda costa por alguna cuestión poco clara y, desde entonces, nadie sabe el paradero de las dos mujeres, lo único que sabemos es que querían encontrarse con vuestra merced.

—Conozco a la doncella porque ha sido mi modelo para uno de los retratos que estoy elaborando para el Buen Retiro y que alguien rajó impunemente, pero tenéis mi palabra de que no llegué a verlas ayer y no tengo la menor idea de por qué me buscaban. En cualquier caso podéis comprobar por el testimonio de los padres jerónimos que estuve todo el día en el Monasterio —dijo el pintor mientras se cubría con una capa que le ofreció el capitán.

—Veréis —dijo entonces Ovando dando cierta confidencialidad a sus palabras— creo que el asesino se dedica a rajar los retratos de sus futuras víctimas para demostrar que es capaz de anunciar sus muertes y conseguir impunemente sus asesinatos. No hace mucho tiempo visitamos vuestro taller y descubrimos rajados los bocetos de cada una de las jóvenes que han ido muriendo. Hallamos también el dibujo de María Violeta de Enghien y un retrato del Conde-Duque de Olivares.

—Cierto —dijo el pintor visiblemente enfadado contra aquel que le había hecho encerrar sin tener pruebas en su contra — pero el retrato de don Gaspar de Guzmán no ha sido mutilado, es más, lo tengo prácticamente listo para su entrega. Todo tiene que ser una absurda coincidencia o la labor de un loco. Yo jamás he deseado la muerte de nadie, capitán, soy un artista entregado a mi trabajo, sólo eso, y el arte no mata, sólo lo hacen los hombres. Creo que me debéis más que una disculpa por todo lo que me habéis hecho pasar. Podéis ser el capitán del Regimiento de la Guardia, pero eso no os da derecho a usar vuestro poder contra cualquiera sin una razón justificada. Estáis no sólo ante el Pintor y Ayudante de Cámara del Rey, sino también ante un miembro de la Orden de Santiago, y habéis mancillado mi honor, algo que no se me olvidará fácilmente. No deseo volver a veros, y sabed que informaré a su majestad de todos vuestros actos, que lejos de dar frutos capturando al verdadero culpable de los asesinatos, están llenando los calabozos con inocentes como yo, sin ninguna consideración ni respeto.

El portazo seco de Velázquez saliendo de la celda dio por zanjada la conversación. Durante varios minutos Álvaro de Ovando siguió inmóvil, con la mirada perdida, intentando adivinar el camino que debía tomar, pero fue inútil y el silencio le hizo casi intolerable el bombeo incesante de su corazón, que percibía en las sienes amplificado por su impotencia. Las lágrimas afloraron de forma furtiva, tenía un presentimiento terrible.

Con el paso de las horas el cansancio y la desesperación comenzaron a apoderarse aún más del capitán que, perdiendo sus modales educados, mostraba una feroz ira cada vez que recibía los informes de los distintos grupos de rastreo que había diseminado por toda la ciudad, y que no eran capaces de hallar una sola señal de las desaparecidas. El amanecer del día siguiente descubrió a Álvaro de Ovando completamente extenuado por la vigilia, sentado en una silla del cuerpo de guardia con la cabeza entre los brazos. Martín Villanueva le echó una manta de lana sobre los hombros para que no se quedase helado y dio orden de que nadie entrase en la estancia. Todos eran ya conscientes de que la tragedia era inevitable, sólo restaba saber cómo, cuándo y dónde, porque nadie albergaba prácticamente esperanzas de encontrar vivas a las dos mujeres.

Le llamaron al mediodía. Martín Villanueva penetró en la habitación dando gritos y maldiciendo a Satanás. Álvaro de Ovando consiguió a duras penas volver en sí y mientras se restregaba los ojos notó que le dolían todos los huesos por haber dormido en tan incómoda posición. Inmediatamente salió tras su hombre de confianza y se dirigió con él hasta el cementerio de los sirvientes. Cruzaron entre el laberinto de cruces y llegaron hasta un lugar donde se amontonaban los restos de lápidas y tumbas viejas. Allí, al lado de un olivo, el capitán Ovando pudo ver los cuerpos de las dos desaparecidas. Junto a ellas estaba el enano Juan Martín Calabazas, a quien no le agradó ver en la escena. No tenía ganas de tener que soportar sus vanidosos comentarios ni sus insoportables muestras de inteligencia.

Estaban muertas, apuñaladas. María Violeta de Enghien tenía los ojos claros abiertos mirando al infinito, una herida mortal manchaba de sangre su pecho izquierdo, en su rostro no había ningún asomo de ira o temor, parecía como si la muerte le hubiese llegado de pronto, pero sus ropas estaban manchadas de barro. Junto a ella, Juana Fernández también tenía las

ropas sucias y presentaba síntomas de haber sufrido varios golpes en el rostro antes de recibir la puñalada fatal en el corazón, “tal vez porque fue la segunda en morir e intentó defenderse” —pensó Calabacillas, mientras analizaba la escena en el mismo momento de la llegada del capitán, pero lo más curioso es que ambas tenían agarrados en sus manos sendos cuchillos de Bolduque, un arma de procedencia inglesa cuyo uso y tenencia había sido prohibido por el propio Felipe IV, como si los hubieran utilizado en un combate para herirse mortalmente entre sí.

Álvaro de Ovando se arrodilló junto a María Violeta y agarró una de sus manos. Estaba helada. Pese a su inmóvil serenidad seguía siendo muy hermosa. Las lágrimas le brotaron a borbotones y sintió un profundo dolor. Amaba a aquella mujer y jamás podría volver a tenerla. “La vida había sido injusta con ellos obligándoles a asumir papeles que impidiesen su amor” —pensó mientras dejaba que sus lágrimas cayesen sobre el cadáver. Pasaron varios minutos hasta que Martín Villanueva le dio unos golpes en el hombro buscando su reacción y reafirmando su amistad. Tenía que volver en sí y actuar como el Capitán de la Guardia que era.

Con la mirada ida Álvaro de Ovando recibió el informe de los alabarderos que habían descubierto los cadáveres en una de las exploraciones que se habían realizado por todo el Palacio. Apenas hacía media hora de su descubrimiento, pero la sangre seca y el olor dejaban muy claro que llevaban varias horas muertas.

Juan Martín Calabazas, que hasta entonces se había mantenido al margen de la escena, se acercó al capitán. Intuía, como todos los presentes, que aquella mujer representaba alguien muy especial para el Jefe de la Guardia, quien no había hecho más que llorar como un chiquillo desde el descubrimiento del cadáver. No eran necesarias las palabras, los sentimientos eran patentes. Tal como había sucedido con su amada María Isabel de Tolosa, el asesino había segado la vida de la amada del capitán y Calabacillas sintió entonces una profunda solidaridad con el dolor de Álvaro de Ovando.

—El asesino no perdió el tiempo —dijo Calabacillas, dirigiéndose al capitán, quien no pareció prestarle ninguna atención— Les dio muerte cuando regresaron a Palacio de buscar a don Diego y después las arrastró

hasta aquí, un lugar anónimo fácilmente accesible y que casi todo el mundo intenta evitar.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó el capitán saliendo de su mutismo.

—Sus capas están deshilachadas y manchadas de tierra en su parte inferior. Tuvo que arrastrarlas agarrándolas para incorporarlas y probablemente se las cargó a hombros.

—¿Pero por qué a las dos? ¿Por qué un doble crimen?

—Fue una casualidad, ¿no os dais cuenta? —explicó Calabacillas evitando parecer grosero ni irrespetuoso— El asesino es una persona, no un demonio, y las personas se equivocan. Por alguna razón Doña María Violeta se adelantó y él intentó acabar con su vida antes de que llegara su acompañante. Imaginaos que le asaltó por la espalda saliendo tras unos arbustos. Fue cuestión de segundos. Le tapó la boca con la mano derecha y la acuchilló con la izquierda. Pretendía actuar rápidamente y desaparecer, pero se encontró con una violenta reacción de la joven que llegó a morderle la mano con la que intentaba evitar sus gritos, no tenéis más que ver que tiene sangre en la boca que no es suya y después, alertó con sus gritos a Juana Fernández. Cuando ésta llegó a la escena se encontró frente a frente con el agresor. Éste la golpeó en el rostro con violencia sin saber cómo actuar. Hasta entonces había matado a sangre fría y por la espalda, frente a una víctima era diferente. Probablemente intentó acabar con ella de una cuchillada antes de que gritase. No resulta ilógico que la mujer intentase escapar y llegara a atacarle para zafarse. Pero tras varios golpes la mujer cayó al suelo y entonces le asestó la puñalada mortal en el corazón. Después arrastró los cadáveres como os he dicho y se dio a la fuga.

—¿Y los cuchillos de Bolduque? —preguntó el capitán Ovando.

—Son un símbolo de rebeldía, tal vez el sello personal del “artista”, o quizá el perverso juego de una mente criminal —contestó el bufón reflexionando en alto— El asesino está actuando por un motivo y probablemente desea demostraros que sabe que vais tras él. Es inteligente, de eso no cabe duda, y conoce el terreno a la perfección. Cree estar cada vez más cerca de su objetivo y no hace sino mostrar su poder utilizando en sus asesinatos armas prohibidas.

—¿Creéis de verdad que es tan sagaz y maquiavélico? —balbuceó Ovando— ¿No es más posible que se trate de un loco empeñado en sembrar el terror en Palacio?. El propio Rey se muestra inseguro y se ha recluso en su Casa de Campo del Palacio del Buen Retiro, lejos del Alcázar, a la espera de que capture al criminal.

—Capitán —contestó entonces el enano— Si se trata de un loco o no ya no es relevante, pero si lo que quiere es sembrar el terror ha cumplido su objetivo con creces. Si no ha atentado contra el propio Rey lo más probable es porque no haya querido, ya que ha demostrado que es capaz de matar en cualquier lugar de Palacio y luego desvanecerse como un fantasma. Hay algo que persigue que es la clave de todos estos asesinatos, y os aseguro que si logramos descubrirlo nos llevará hasta él.

—Os juro que daría mi brazo derecho por poder tener una pista que me lo desvelara —dijo el capitán Ovando, restregándose los ojos para limpiar las lágrimas mientras mantenía la vista clavada en el cadáver de su amada.

—Tenemos una pista —dijo entonces sagazmente Calabacillas mostrando su sarcástico humor que ponía enfermo al capitán— Al asesino no le gustan los retratos de Velázquez.

Después miró fijamente al capitán y le puso su mano en el hombro en señal de consuelo.

—Creedme, sé como os sentís, pero al menos sabéis que ella os amaba —le dijo invadido por los recuerdos.

El llanto entrecortado de Álvaro de Ovando le hizo saber que era el momento de abandonar la estancia.

CAPÍTULO XX

UNA fina neblina daba un aire irreal a la atmósfera de Madrid. No había pasado el medio día cuando sonó la puerta del despacho de Álvaro de Ovando y entró la sirvienta que debía ocuparse de la limpieza del estudio de don Diego Velázquez. Era una mujer fornida, que se acercaba más a los sesenta que a los cincuenta, de aspecto bonachón y tranquilo, como si tras mucho vivir no hubiera nada que pudiera alterar su existencia, los que la conocían decían de ella que era mucho más inteligente e intuitiva de lo que una primera impresión suponía y, sobre todo, tenía la virtud de saber escuchar, algo que por otra parte era frecuente entre el servicio de Palacio, y que a más de una doncella había llevado a la ruina. Traía el rostro congestionado por la premura con la que había intentado llegar al despacho del Jefe del Regimiento de Guardias sin ser vista, para hacerle llegar una información que entendía era importante. Álvaro de Ovando echó el pestillo a la puerta para dar mayor seguridad a su espía y después se sentó frente a la mujer para conocer los últimos movimientos del pintor de Palacio, que para el capitán seguía encabezando la lista de sospechosos.

—He venido tan pronto como me ha sido posible —explicó la mujer todavía con el rostro visiblemente congestionado por el esfuerzo— pero antes tuve que pasar un rato limpiando los suelos del taller de don Diego para no levantar sospechas, lo que me ha llevado algún tiempo, en estos días no para de pintar y por más que intento mantener la limpieza cada vez que entro en las estancias del taller se encuentran sucias y desordenadas. Como os digo, he venido en cuanto he podido para haceros saber que esta

mañana ha visitado el taller una doncella llamada Raquel de Oropesa, segundona de la nobleza e incorporada a Palacio hace dos semanas en sustitución de la fallecida Clara, para conocer en persona a don Diego — durante un instante la mujer paró para tomar aire y prosiguió el relato de los hechos ante la mirada concentrada del capitán— No es corriente que las cortesanas visiten el “El Cuarto del Príncipe” si no es para hacerse retratar, por eso nada más verla entrar me esforcé por limpiar la sala donde estaba trabajando y así poder seguir a pie juntillas la conversación. Efectivamente yo tuve razón, es difícil que se me pase una cosa así, a mí, que estoy harta de limpiar el taller. Escuché así cómo le decía que su belleza era digna de ser immortalizada y la doncella le dijo que sería un honor para ella el verse retratada por el pintor más importante del mundo, después no pude escuchar mucho más porque don Diego me pidió que fuese a limpiar a otras estancias, pero antes de irme conseguí entender que fijaban un encuentro para el lunes de la semana entrante, al mediodía.

La oronda mujer se despidió con una inclinación tras recibir una bolsa con varios ducados por su trabajo y dejó a solas a Álvaro de Ovando, enfrascado en sus reflexiones. Según sabía, el Conde-Duque había interpelado de nuevo al pintor para que realizara varios retratos al rey y a su familia destinados a adornar el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro, pero Velázquez no quería dejar de immortalizar los cuerpos de hermosas mujeres, tal como había aprendido del maestro Rubens, y se dedicaba a compaginar sus encargos oficiales con los retratos de las cortesanas más hermosas de Palacio, argumentando que la realización de varios trabajos de personas tan distintas estimulaba su creación y le permitía mejorar la técnica de sus retratos.

Aquella noticia dejó perplejo a Álvaro de Ovando quien, después de su altercado con el Pintor, no quería saber nada de él, pero de nuevo el destino lo ponía en su punto de mira y una vez más intentando retratar a mujeres hermosas que se convertían casi de inmediato en candidatas a incrementar la lista de asesinadas. Así se lo manifestó al enano Juan Martín Calabazas a quien tras los últimos sucesos había devuelto su confianza, entendiendo que era mejor aguantar sus vanidades que no contar con sus habilidades intelectuales.

—No podemos mantener vigilancia sobre todas las mujeres de Palacio sin crear un clima de pánico que convierta el Alcázar en una caza de brujas. Ya hemos dado suficientes palos de ciego enredando una madeja que parece no terminar nunca. Tampoco podemos mantener la máxima de que todo el mundo es sospechoso, porque necesitaríamos un ejército de espías que vigilaran día y noche a todo aquél que se moviese por Palacio y dudo mucho que podamos contar con más de una veintena de hombres leales —confesó al bufón Álvaro de Ovando, haciendo una exposición de la realidad visiblemente amarga— Debéis saber además que ante la sucesión de inexplicables crímenes contra cortesanas cristianas, el arzobispo de Toledo ha pedido al Rey la intervención de los censores del Santo Oficio, y ha enviado a Palacio a un tal fray Jimeno Benítez, famoso por haber actuado en la quema de brujas de Béjar y el confinamiento de conversos en Hervás, a quien planea poner al frente de la investigación, dejándome a su servicio.

—Eso traerá complicaciones, no lo dudéis. Los inquisidores son capaces de hacer confesar sus crímenes al cristiano más inocente —dijo el enano no pudiendo evitar un escalofrío de temor ante el recuerdo del macabro personaje en la entrevista con el Rey que pudo presenciar como testigo— Tenemos que centrarnos cuanto antes en nuestras indagaciones y avanzar por ellas. Primero: sabemos que el asesino tiene especial predilección por las inquilinas de la Casa de las Muñecas, por eso debemos controlar especialmente a sus habitantes y segundo: conocemos la manía de rajar cada uno de los cuadros que realiza el maestro Velázquez de una mujer hermosa, lo que nos lleva a vigilar su taller tal como lo estamos haciendo. Creo que estamos en el buen camino, tarde o temprano el asesino cometerá un error y nosotros le atraparemos.

El capitán miró al enano con ojos agradecidos por esa bocanada de fresco optimismo que venía a penetrar en su tremendo decaimiento. Poco después el bufón abandonó el despacho y dejó solo a Álvaro de Ovando que, en medio de una profunda disquisición mental, se negaba a creer en la posible existencia brujas, maldiciones o seres venidos del más allá para tomar venganza contra las cortesanas del Rey. Intuía que algo extraño y terrible estaba a punto de suceder y se sentía incapaz de descubrirlo pese a resultarle familiar y cercano. Le hubiera gustado más tener de frente a un

enemigo tangible, como tantas veces en el campo de batalla y desarrollar una estrategia de ataque contra una situación real, aun a riesgo de poner en peligro su vida, pero ahora, una vez más, toda su capacidad mental estaba destinada a buscar a un asesino fantasmal que podía estar en cualquier lugar y ser cualquier mortal en aquella selva de la Corte, mientras pesaba sobre su cabeza como una espada de Damocles el influyente poder de la Inquisición.

A Álvaro de Ovando el Arzobispo de Toledo le parecía un ambicioso aprendiz de Armand Duplessis, el peligroso Cardenal Richelieu y primer ministro del rey Luis XIII, que estaba apoyando personalmente la intervención militar francesa en la campaña italiana contra España. El arzobispo era un oscuro hombre de poder, conocedor profundo de las fisuras en el gobierno de los Hasburgos y de las continuas rencillas en el seno de la Corte, que no dejaba de ser sospechoso de crímenes pasionales si se tenían en cuenta las decenas de romances que se le achacaban durante sus años de pastor de la Iglesia. Y ahora tenía frente a sí un hombre de confianza del Arzobispo del que nada sabía a ciencia cierta, pero a tenor de su fama no había venido precisamente a evangelizar, sino a quemar vivos a cuantos cayeran entre sus garras. “El arzobispo —pensó el capitán— no es más que otro sospechoso en una maraña de presuntos culpables, desde el último sirviente del Rey al propio Conde Duque de Olivares”.

Abandonó tales disquisiciones e intentó concentrarse en las líneas de investigación que tenía abiertas. Por eso decidió constatar primero si era cierto que el pintor iba a dibujar un boceto de Raquel de Oropesa y se dirigió hacia la iglesia de las Claras, donde debían encontrarse las cortesanas de Palacio asistiendo a la misa de la mañana.

Llegó sin contratiempos, penetró en el templo con suma discreción y disimuló su presencia apoyándose en una columna de la entrada, donde las tenues luces de un candelabro apenas permitían identificarle. “Allí estaban las queridas de Felipe IV —pensó— hermosas mujeres que le servían y amaban y morían por él”. Y entonces la vio. La bella Raquel estaba sentada en la fila de atrás, con los hombros escapando de un vestido encorsetado y provocativo que sólo era permisible para una de las preferidas del Rey. Todavía reposaba en su mente el recuerdo de su malograda María Violeta de Enghien, pero en su condición de hombre el deseo se hacía incontrolable. El

olor a incienso y la clandestinidad del momento dieron vía libre a su imaginación y soñó que la joven se acercaba hasta él y se despojaba lentamente de sus ropajes, entre las sombras de la capilla trasera, dejando al descubierto unos pechos altos y fuertes, rematados por pezones sonrosados que le apuntaban retadores.

En aquel momento terminó el oficio y se apretó aún más tras la columna para convertirse en una sombra y pasar desapercibido ante la masiva salida de las mujeres de Palacio, que desfilaron una a una muy cerca de él, pero la de Oropesa no salió. La descubrió arrodillada, muy cerca del confesionario, esperando a que fray Antonio de Sotomayor acudiese para perdonarle sus pecados. Álvaro de Ovando todavía notaba la erección y de nuevo sus fantasías sexuales le acercaron hasta aquellos hombros desnudos, aquel cuello provocativo y unos ojos enigmáticos y muy hermosos que pedían a gritos que la despojara de sus ropas y le hiciese el amor. La llegada del clérigo rompió todos sus sueños. Era un hombre afable y recto, según decían muy bondadoso con los pobres y estricto en el ayuno y el cumplimiento de sus funciones como pastor de la Iglesia. En aquellos momentos envidiaba a Sotomayor. Hubiera deseado poder estar en su lugar y sentir el cercano aliento de la joven contándole sus más íntimos pecados, mientras adivinaba tras la celosía los ojos misteriosos y el pecho arrebatador.

Pasaron unos minutos y Raquel salió del confesionario dirigiéndose al altar mayor. Allí se postró en el segundo banco y rezó en silencio la penitencia que le había sido impuesta por el clérigo. Ovando aprovechó aquellos momentos para llegar hasta el confesionario y arrodillarse ante la celosía frente al padre Sotomayor, por su frente corrían gruesas gotas de sudor pese a la frialdad de la nave.

—Padre, confieso que tengo pensamientos impuros y deseo fornicar con una mujer que no me pertenece.

—«De corde exeunt cogitationes malae». La carne es débil y el demonio acecha, hijo —contestó el clérigo con voz conciliadora— Lucifer usa la figura de la mujer para hacernos caer en pecado. Recordad que es un grave pecado desear a la mujer del prójimo y Dios castiga a quienes lo hacen, como le ocurrió al mismísimo David. No obstante Nuestro Señor

tiene perdón infinito para sus fieles y por eso debéis rezar dos Cremos, diez Padres Nuestros y cinco Ave Marías, y veréis como el maligno deja de taparos con sus libidinosos velos y contempláis el alma de esa sierva de Dios inmaculada y limpia, sin arrebatos carnales.

Mientras terminaba sus plegarias en latín Álvaro de Ovando se persignó haciendo votos para conseguir de verdad alejar la tentación y centrarse en su cometido como Jefe de la Guardia. Las palabras del cura le habían calado muy hondo, llevando paz y amabilidad a su violenta alma de guerrero y ahora se sentía mucho más puro, más humano, más creyente que nunca. Al salir depositó unas monedas en el cepillo y se persignó clavando su rodilla ante el pasillo que conducía al altar mayor, tenía la impresión de que no había sido el clérigo, sino el mismo Dios quien le había hablado.

Salió de la iglesia y respiró profundamente el cálido olor de la mañana. Por momentos dejó vagar su mirada a través de los magníficos jardines de Palacio y recordó las tierras donde pasara sus años de la infancia, qué lejos quedaba todo, parecía que hubieran pasado mil años.

Tras su paseo volvió a su despacho, a intentar atar cabos para descubrir alguna pista que le hiciera llegar hasta el asesino. No podía aparecer y desaparecer como un espíritu sin que nadie le viese, tenía que estar allí, muy cerca y seguro que cometería errores como cualquier ser humano, “a no ser —pensó con sorna— que no se trate de un ser humano”. De nuevo se dejó llevar por los recuerdos y echó de menos otros tiempos en que la soledad no era su más leal compañera. Cuánto le hubiera gustado poder sentarse con su hermano Pedro frente a su padre, como lo hacía entonces, y pedirle consejo, para escuchar la voz madura, profunda y cálida emanar de su garganta, contundente siempre contra el hereje pero cadenciosa y tremendamente comprensiva con las correrías de sus hijos. Todavía le recordaba sentado a la luz de un candil, leyéndole las andanzas de los Caballeros de la Orden de Malta en las Cruzadas contra el Turco, y prometiéndole que siempre estaría a su lado para guiar sus pasos. El viejo le había mentado, un maldito catarro se lo llevó el invierno en que Álvaro cumplía los veinte años, tres años después de la muerte de su hermano en la batalla de Breda.

Se encontraba sumido en tales pensamientos cuando unos golpes intencionados le sacaron de ellos. Alguien había llamado a la puerta de su estancia. Abrió con cautela, el alabardero que hacía guardia se echó a un lado y descubrió ante sí a la bella Raquel. Por un momento le faltó el aliento y su corazón comenzó a bombear sangre de una forma desenfrenada. Era ella, estaba allí. Hizo una señal al guardia para que la dejase pasar y la invitó a su despacho con torpes movimientos. Por fin le miró a la cara y, una vez más, se asombró de la profunda hermosura de la joven, no siendo ajeno al terror que sus misteriosos ojos escondían.

—Disculpad mi desvergüenza —dijo la recién llegada quitándose la toca que le cubría la cabeza y apenas dejaba ver su hermoso rostro— pero me veo obligada a acudir a vuestra merced porque siento desde hace unos días que alguien me acecha en las sombras e incluso en un par de ocasiones he tenido la certeza de escuchar un choque de metal sobre el enlosado de palacio, que bien pudiera tratarse de un cuchillo. En ambos momentos el encuentro ocasional con otras personas ha hecho desaparecer mis temores. Esta tarde, sin embargo, me he vuelto de pronto al escuchar un sonido desconocido y he conseguido poder ver su silueta por los pasillos cuando me dirigía hacia las estancias de la servidumbre. Intentando evitar la muerte me escondí presurosa tras unos cortinajes muy oportunos y, momentos después, le vi pasar mientras contenía el aliento aterrorizada para no delatarme. Efectivamente portaba un arma metálica que no acerté a descubrir pero sí a escuchar al golpear levemente contra el muro. Estoy prácticamente segura de que se trataba del capitán Villanueva.

Álvaro de Ovando sintió como si, de repente, le faltara el aliento. Su antecesor en el cargo, la persona que había mantenido a su lado en una demostración de confianza, podía tratarse del asesino de Palacio. No obstante pensó con cautela que tal vez se debía a la propia labor de seguimiento que estaban llevando a cabo sobre las posibles víctimas, por eso tras acompañar a la joven a sus estancias para dejarla a buen recaudo, se decidió a buscar a Villanueva y poner fin a sus sospechas antes de que todos aquellos acontecimientos le hiciesen enloquecer y ver asesinos donde no los había. Al partir besó la mano de la doncella a modo de despedida y, al contacto con aquellos dedos finos y cuidados, su vello se erizó, después

levantó con inevitable timidez el rostro y encontró los ojos de la joven mirándole fijamente mientras su boca dibujaba una fina y enigmática sonrisa.

—No os preocupéis —le dijo intentando evitar que le temblara la voz— Por vuestra merced sería capaz de dar mi propia vida.

—Os quiero vivo, capitán —fue su respuesta mientras coquetamente retiraba su mano y se volvía en dirección a sus aposentos.

Al cabo de más de una hora y tras preguntar a varios guardias de Palacio, encontró a Villanueva en el exterior del Alcázar, junto a las caballerizas.

En aquel momento un guardia llegó corriendo y sudoroso para informar aceleradamente de una nueva tragedia.

—Raquel de Oropesa ha sido asesinada, capitán —dijo con marcado acento andaluz— Su cuerpo ha sido descubierto hace unos minutos, al parecer ha caído desde la Torre Dorada, precipitándose sobre las rocas, pero no murió por la caída, alguien le atacó por la espalda e intentó degollarla, tiene el cuello abierto y las ropas ensangrentadas. El asesino ha sido visto por una sirvienta, no ha podido precisar cómo era porque le vio de lejos y la oscuridad le impedía observarlo bien, intentó seguirle pero le fue imposible porque se movía con prontitud y sin titubeos, desapareciendo en los jardines de Palacio donde la mujer no se atrevió a adentrarse.

La noticia fue un duro mazazo en las sienes de Álvaro de Ovando. La imagen ineludible de la derrota, de la desazonante impotencia ante los acontecimientos. Sabía que era probable la muerte de la joven y había ocurrido, pero lejos de ser una victoria, sus intuiciones habían resultado un fracaso más y la joven había muerto sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Álvaro de Ovando se presentó por orden del propio Rey en su despacho de la Casa de Campo del Palacio del Buen Retiro para informarle de las terribles noticias. Felipe IV estaba muy pálido y visiblemente conmovido por la muerte de la cortesana, pero aún se mostró más impactado por la terrible forma en que había sido degollada. Se encontraba sentado en uno de los sillones y, con la cabeza agachada, escuchó todos los detalles del nuevo asesinato que el Jefe de la Guardia le contó, sin

extrañarse de que el asesino se hubiera diluido en la noche. Para el capitán Ovando no resultaba fácil no poder ofrecer a su majestad más que el propio relato, sin ningún detenido, ni siquiera un sospechoso, y tampoco se aventuró a apuntar la posibilidad de que el capitán Villanueva pudiera estar implicado. Al terminar de informarle se sintió visiblemente abatido y lo peor de todo es que no pasó por alto que el Rey parecía tener una nueva noticia que decirle, de hecho, el silencio que durante unos minutos reinó en la sala no hizo sino confirmar su premonición.

—A solicitud del Arzobispo de Toledo he pedido a los inquisidores que tomen cartas en el asunto, —informó Felipe IV con la mirada ausente como si el retirar la confianza a su Jefe de la Guardia fuese un asunto que le aburría— tengo la convicción de que toda esta serie de crímenes son obra de los herejes o del mismo demonio. En cualquier caso, ni vuestro antecesor ni vuestra merced mismo es capaz de hallar al culpable, y las muertes se suceden con absoluta impunidad, por ello os pido que pongáis en manos de los inquisidores todos los datos que obran en vuestro poder. Mañana mismo fray Jimeno Benítez, hombre de confianza del Arzobispo, se hará cargo de la investigación e iniciará los interrogatorios a todos los sirvientes, os pondréis a su servicio y facilitaréis todos sus movimientos, incluyendo la detención de sospechosos en los calabozos. Ahora podéis retiraros, tengo un dolor de cabeza terrible.

CAPÍTULO XXI

NO se habían vuelto a ver todos juntos desde su anterior encuentro en Zaragoza y si entonces la reunión había tenido carácter de urgencia, ahora se tornaba prácticamente desesperada. En el Salón de los Reinos del Real Alcázar la temperatura era cálida, debido a que las chimeneas estaban funcionando desde el alba para que la amplia estancia tuviera un ambiente acogedor. Llegaron todos poco antes del mediodía, para estar puntuales a lo que no dudaban suponía más que una reunión ordinaria de la Junta Grande de Reformación.

Al otro lado de la larga mesa de comensales, presidida por un cuadro ecuestre de Felipe IV, estaba el primer ministro, don Gaspar de Guzmán, flanqueado por Hernando de Salazar, su consejero económico, y por don Fernando de Borja, el Condestable de Castilla, siempre impecable bajo su atuendo carente de adornos. Junto a él se sentaba Miguel Santos de San Pedro, el presidente del Consejo de Castilla, cuyas canas le daban una apariencia aún de mayor edad de la que en verdad tenía. Más allá estaba el Marqués de Feria, que para la ocasión se había puesto una casaca burdeos con ribetes de oro sobre la camisa blanca de hilo bejarano, a su lado el Marqués de Camarasa y Carpio se alisaba con cuidadoso esmero el bigote mientras parecía reflexionar mirando a los cuadros que adornaban el lujoso salón. Siguiendo el lado izquierdo de la mesa se encontraba sentado el Duque de Medina de las Torres, con su aspecto huraño que se había acrecentado en los últimos tiempos debido a los fuertes dolores de espalda que sufría y que le hacían tener que valerse de un bastón para poder andar.

Junto a él se sentaba, el licenciado Berenguel Daoiz, consejero personal en asuntos de finanzas del Duque de Olivares que en los últimos tiempos parecía haber perdido el aprecio que se le presuponía, por asuntos nada claros. Más allá se encontraba el general Juan Cerbellón, cerrando el círculo de los representantes civiles y militares para dar paso a continuación, en un orden no estudiado pero siempre presente, al Cardenal de La Cueva, uno de los hombres de la Iglesia que tenía mayor influencia directa con Roma, el abad Scaglia, el poderoso Arzobispo de Toledo y el Inquisidor General Andrés Pacheco. Cerraban el círculo de la mesa otros consejeros de Olivares que habían sido invitados especialmente a la reunión, entre ellos José González, confidente del propio Conde-Duque tanto en asuntos de orden público como sociales, Jaime de Ortiz, asesor en asuntos financieros, que había tomado el relevo de Daoiz en los últimos tiempos y González de Alcántara, experto conocedor de la situación militar en Flandes a quien el Duque había utilizado en más de una ocasión como correo personal y hombre de confianza para asuntos de cierto calado. Habían excusado su presencia el siempre a tener en cuenta Duque de Alba, por encontrarse al parecer sufriendo un ataque de gota, y el Conde de Sástago y de Puebla, que rehuía cualquier acto social o político desde su aventura en el cementerio de Palacio.

Nadie había preguntado el motivo de la reunión. Al fin y al cabo de todos era conocido que el país estaba inmerso en una crisis generalizada. Las continuas guerras, la corrupción y las levadas para tantas campañas habían provocado el malestar interno de la población y la situación política española pasaba por una decadencia que a nadie era extraña. El comercio trasatlántico estaba sumido en una profunda crisis surgida a raíz de la captura de la flota de la plata por Piet Heyn y la confiscación decretada por la corona del millón de ducados que contenían los galeones llegados de La Habana a Sanlúcar. Pero no era sólo el comercio, las pobres cosechas de los últimos años en los campos castellanos habían sumido en la pobreza más absoluta a gran parte del campesinado, que moría de hambre o emigraba a otras tierras en busca de fortuna y algo que llevarse a la boca. La Junta de Población creía que la culpa era de los agricultores por plantar viñas en vez de trigo ante la idea de que les sería más rentable el vino que la harina, lo

que llevó a una situación de desabastecimiento de trigo en la Corte jamás antes conocida.

España estaba al borde de la bancarrota y eso suponía poder perder no sólo una, sino todas las guerras en las que se hallaba inmersa. No era una situación puntual, sino generalizada durante los años de gobierno del Conde-duque y, para paliar tal situación, hasta entonces se había decidido aplicar la forma más fácil y peligrosa de conseguir dinero, como era fabricarlo para uso interno. En realidad era una medida desastrosa para la economía nacional debido a la inestabilidad monetaria y a la peligrosa inflación que generaba. Otra de las medidas que habían sido tomadas por el gobierno de Olivares para conseguir dinero consistió en reducir mediante “pragmática” los tipos de interés de “juros y censos”. De esta forma, no sólo se ahorra el Estado importantes cantidades en el pago de las rentas de la deuda pública, sino que favorecía el que los particulares se decidieran a realizar inversiones más productivas en la industria o el comercio que aumentaran la riqueza nacional. Finalmente, el Ministro también consideró conveniente que, cuando se dieran situaciones excepcionales en las que peligraran los planes exteriores de la Monarquía —como fue el caso durante todos aquellos años de guerras interminables—, se realizaran incautaciones de parte de la plata de los particulares que llegaba con la flota de Indias anualmente a Sevilla. Tal medida dio lugar a una caída de las inversiones del empresario y fue provocando paulatinamente una crisis del comercio oficial español con América, al tiempo que aumentaba considerablemente el contrabando, que llegó a cotas realmente alarmantes. Era una situación económica extenuada e insostenible. El Duque de Olivares quería mantener sus guerras con un dinero que no poseía, mientras los tentáculos de Richelieu se extendían cada día como un gigantesco pulpo que fuese estrechando su cerco alrededor de su presa. Madrid era un nido de espías y de matasietes a sueldo, el país se convulsionaba ante la miseria y las ambiciones reales, el imperio se eclipsaba con la misma velocidad que el sol en un atardecer de invierno.

—Estimados caballeros, hombres de valor y lealtad demostrada, a ninguno de ustedes les es ajeno todo lo que está sucediendo con nuestras finanzas —dijo el Conde-Duque solemnemente mientras repasaba el rostro

de cada uno de los asistentes y terminaba fijando su mirada en el retrato del Rey— Si estáis aquí no es por casualidad, es una cuestión de Estado, su majestad os pide ahora más que nunca que demostréis vuestra lealtad y apoyo a La Corona y nos aconsejéis sobre la manera de aumentar las rentas y reducir los gastos de nuestras arcas, dado que la situación actual exige medidas drásticas por nuestra parte. Sabemos que todo lo que está ocurriendo no es casual, tal vez Dios Todopoderoso está anunciándonos algo y no sepamos entenderlo, pero en estos momentos más que nunca en toda su historia, nuestra nación pasa por momentos difíciles y es precisa vuestra disposición total. ¡Dios guarde al Rey muchos años!.

Todos contestaron con un ¡Dios guarde al Rey!, y después hubo un cuchicheo generalizado entre los asistentes a la reunión. Había un silencio premeditado ya que nadie quería opinar antes de saber realmente lo que tramaba el Ministro de su majestad. Todos lo conocían lo suficiente como para saber que el plural de modestia utilizado para hablar escondía en realidad su dictatorial poder en la toma de decisiones, pese a que nombrase reiteradamente la figura del Rey como ejecutor político. Pero además, intuían que aquella petición de apoyo y consejo no era sino un premeditado acto de cortesía antes de anunciarles medidas que ya estaban tomadas, para conocer el nivel de aceptación a que todos ellos estaban dispuestos.

Pasaron varios minutos donde el silencio fue la tónica general, después la tensión inicial dio paso a un ir y venir de frases entrecortadas de los asistentes. El Marqués de Feria incluso llegó a permitirse un discreto bostezo hábilmente disimulado con el pañuelo ante lo que se avecinaba, que no era ni más ni menos que el manido tema de los impuestos. El Marqués de Camarasa le hizo un guiño de complicidad al duque de Medina de las Torres, mientras el general Juan Cerbellón se acomodaba en su sillón para poder estirar la pierna gotosa que llevaba meses arrastrando.

Aquellos murmullos no parecieron gustar nada al Conde-Duque, quien tras esperar que alguien interviniese dio dos sonoros golpes sobre la mesa exigiendo la atención de todos.

—Creo caballeros que si algo tienen que decir deben hacerlo en alto para que el resto podamos opinar sobre ello —dijo con una gravedad que devolvió la tensión inicial a la reunión.

—Estimados caballeros, señor ministro —dijo tomando la palabra Fernando de Borja, el Condestable de Castilla— No es la primera ocasión en la que manifiesto que el sistema tributario actual es inadmisibile, al hacer recaer sobre las regiones viticultoras y cerealistas de Castilla y Andalucía el peso de buena parte de los ingresos de la Corona. El campesinado se encuentra al borde de la sublevación y de no cambiar la situación nos veremos abocados en breves fechas a altercados públicos que deberíamos atajar antes de que se produzcan. Por ello sugiero la abolición del sistema tributario por uno distinto más equitativo y que afecte por igual a otras regiones y economías, retirando la losa que hasta la extenuación han soportado nuestros agricultores.

Todas las miradas se volvieron hacia el Conde-Duque. Aquella reivindicación no era novedosa, pero hasta entonces se había mantenido ya que las masas de los campesinos castellanos y andaluces estaban controladas y extender los tributos podía traer peligrosas consecuencias en regiones ya de por sí tendentes a los levantamientos como Cataluña, no sólo desde el pueblo, sino sobre todo por instigación de sus propios señores. Pero tal como había expuesto el Condestable de Castilla la situación había llegado a un punto prácticamente insostenible que exigía soluciones inmediatas.

—No creáis que vuestras anteriores intervenciones habían caído en saco roto —dijo por fin Olivares dirigiéndose en tono afable y conciliador hacia Fernando de Borja— Habéis de saber que una de las decisiones al respecto que, bajo mi consejo, ha tomado su majestad ha sido la de implantar un impuesto sobre la sal para incrementar los ingresos y hacer más igualitaria y equitativa la presión de los impuestos sobre otras regiones, sin que tal presión suponga un trauma sobre ninguna de ellas especialmente. Entendemos que de este modo podremos atender al gasto que nos supone una exigencia perentoria que tenemos que afrontar con urgencia, tal es el poder financiar el mantenimiento de las tropas en las fortalezas y presidios y disminuir en la medida de lo posible los reclutamientos forzosos.

Ante el anuncio de tales medidas hubo un murmullo generalizado de aprobación en la sala, más por el destino de los fondos que iban a lograrse del nuevo impuesto sobre la sal que por la creación del mismo. Con el

nuevo sistema el Duque de Olivares había anunciado el fin del reclutamiento de manos de los capitanes que había convertido el ejército en un nido de peligrosos buscavidas o forzados campesinos, saqueadores y delincuentes, generando el rechazo popular de todas las ciudades conquistadas por las continuas fechorías que llevaban a cabo impunemente las tropas españolas, y que contribuían a tener en contra a las poblaciones por los continuos saqueos, violaciones y robos sin tregua a que se veían sometidas. De este modo, a las sonadas victorias en Flandes en la toma de pueblos y ciudades proseguían días de delincuencia generalizada por parte de los ejércitos de Felipe IV, meses de enconada resistencia de la población a que dichos ejércitos mantuvieran sus posiciones, provocando su debilitación mediante atentados puntuales y, al final, la recuperación de las plazas de manos de los protestantes que les devolvían al menos su estabilidad en el gobierno y cierta seguridad para sus habitantes. Pero es que incluso en aquellas ciudades españolas donde se concentraban las tropas procedentes de levass y reclutamientos forzosos, preparadas para nuevas intervenciones, no eran infrecuentes la criminalidad y los robos bajo la más absoluta impunidad, lo que provocaba un profundo malestar en la población civil, que en nada apreciaba el renombre de los ejércitos del Rey.

—No creáis sin embargo que el nuevo impuesto soluciona el problema de nuestras finanzas —dijo el Conde-Duque tomando una vez más la palabra ante la falta de intervenciones— Necesitamos fuertes ingresos para poder afrontar los nuevos retos que se avecinan. No es preciso que os recuerde que antes o después tendremos que poner coto a los agravios a que nos somete Francia, y para ello es necesario que comencemos cuanto antes a prepararnos militarmente. Su majestad os pide nuevas medidas fiscales para conseguir fondos que llenen nuestras arcas sin provocar grandes descontentos a nuestras ciudades. Intentaremos hasta la saciedad firmar acuerdos para evitar que se produzca cualquier confrontación, pero como sabéis, esos acuerdos deben basarse en nuestra capacidad de reacción frente a una ingerencia en nuestras fronteras.

De nuevo el murmullo se hizo generalizado en la sala. Ahora no significaba la aprobación, sino que por los distintos tonos había dado lugar a opiniones contradictorias entre los presentes. Todos conocían la política

soterrada y violenta de Richelieu en el plano internacional, pero también sabían que las arcas de la Corona no podían pensar en sufragar los gastos de un nuevo frente, máxime si se trataba nada más y nada menos que contra la poderosa Francia de Luis XIII.

El murmullo siguió creciendo hasta alcanzar cotas tan altas que provocaron un indignado puñetazo de Olivares sobre la mesa, algo que no gustó a todos los presentes. El silencio volvió a reinar en Salón de los Reinos. Por fin Berenguel Daoiz intervino, concentrando sobre su elegante figura todas las miradas de los asistentes.

—Excelencia. Lo que nos pide su majestad no es nada fácil —comenzó diciendo antes de entrar en el fondo de la cuestión— en realidad es algo que nos preocupa a todos y para lo que no caben soluciones que no sean, digamos, traumáticas, dado el altísimo coste de los frentes que tenemos abiertos y cuyo sostenimiento debió ser previsto antes de iniciarlos.

Durante unos segundos el silencio se adueñó de la sala. La voz del Conde-Duque sonó profunda, como si esperara aquella intervención y hubiera meditado largamente cuál iba a ser la respuesta.

—No podíamos quedarnos de brazos cruzados ante los ataques sufridos contra nuestra religión por los seguidores de Lutero, ni dejar de afrontar nuestras responsabilidades internacionales en el marco de nuestras alianzas.

—Cierto, pero tampoco debimos abrir frentes que difícilmente podamos sostener en un futuro inmediato —Daoíz también parecía tener preparada su intervención— A mi entender y como ya os dije mediante correspondencia, la guerra de Mantua ha sido un grave error de insoportables consecuencias financieras.

—No os pedimos vuestra opinión sobre la política internacional de su majestad —contestó el Conde-Duque visiblemente ofendido y elevando esta vez su tono de voz— sino que pretendemos que nos aconsejéis sobre cómo elevar el nivel de ingresos de la mejor manera posible para sufragar las campañas militares que mantengan nuestras posiciones en la defensa de la Iglesia Católica en el mundo.

—Su excelencia es un hombre inteligente y sabe mejor que nadie que lo que pedís es un imposible —la voz de Daoíz mantenía un tono respetuoso pese a la rebeldía que mostraban sus palabras— ¿Cómo podéis plantearos

siquiera un nuevo frente si apenas podemos mantener los ya abiertos y la mitad de nuestras ciudades están al borde del levantamiento por la presión de los impuestos? —la pregunta retórica flotó sobre los asistentes sin esperar respuesta, era evidente que no hacía falta contestarla.

—Eso es lo que su majestad pretende que respondáis hombres tan sabios como vuestra merced si mantenéis la promesa de servirle bien —la frase resonó como un latigazo, estaba claro que al Duque de Olivares no le gustaban las críticas.

—Mi lealtad al Rey está fuera de toda duda y por eso mi preocupación en poderos aconsejar lo mejor que mi sabiduría y conciencia me permiten. Pido disculpas a su majestad y a su excelencia si mis palabras han sido inoportunas o exacerbadas — dijo Berenguel Daoíz retrocediendo en sus posiciones ante lo que era una batalla perdida— En realidad he de confesar que han sido el resultado de no encontrar respuestas a vuestra pregunta. Creo que elevar los impuestos pondrá en pie de guerra a nuestras propias ciudades y entonces, no sólo tendremos varios frentes abiertos en el exterior, la llama de la sublevación también incendiará nuestros propios campos y la nación se verá envuelta en un caos de difícil solución.

La mayoría de los asistentes aprobaron las palabras de Daoíz con un involuntario gesto. Todos eran conscientes de las grandes exigencias financieras que suponía una campaña militar y del derroche generalizado de los Administradores Generales cuyas cuentas se semejaban mucho a las famosas que el Gran Capitán presentara a los Reyes Católicos. Tampoco era un secreto que la nación estaba una vez más al borde de la bancarrota debido a la larga guerra contra los protestantes. Tal era la situación de las arcas del estado que José González, el confidente de Olivares, afirmaba en una carta enviada al Conde-Duque apenas una semana antes, que de los diez millones de ducados que aportaban cada año los castellanos, los gastos de Flandes se llevaban cinco y el rey sólo tres, dedicándose el resto a los funcionarios y diferentes gastos estatales.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que, por ahora, lo más prudente es evitar la guerra —dijo entonces Miguel Santos de San Pedro, el presidente del Consejo de Castilla, mesándose las canas— Sería ciertamente oportuno el poder conseguir un pacto secreto de no agresión

con Luis XIII y retrasar en todo lo posible una confrontación armada, ya que es mejor un mal pacto que una nueva guerra que, por cierto, tiene difícil justificación ante nuestro pueblo, dado que al fin y al cabo el vecino francés profesa nuestra religión.

—Pero mucho cuidado con el pájaro del ministro Richelieu, con vucencia —dijo el Conde de Sástago y Puebla dirigiendo una inclinación respetuosa a los representantes de la Iglesia que, en cualquier caso, tampoco tenían gran simpatía por el cardenal francés— ya que bien es sabido que por un lado extiende la mano y por el otro empuña el puñal, y si es verdad lo que se dice de él, es un hombre tan poderoso y peligroso que tiene en un puño al propio rey francés, usando el gobierno a su voluntad y con una crueldad contra los que no acatan sus opiniones muy impropia de un cristiano.

Las apreciaciones sobre la forma de gobernar de Richelieu no parecieron gustar demasiado el Conde-Duque, como tampoco el uso del poder por parte de los representantes de la Santa Inquisición, que con una leve tos parecieron indicar que aquellas palabras del Conde de Puebla eran cuanto menos desafortunadas al tomar derroteros ciertamente sinuosos. De todos era conocido que el famoso cardenal había manifestado en cierta ocasión que seis frases escritas de puño y letra de un hombre honrado podrían justificar su ejecución, pero tal demostración de carácter no era para muchos una debilidad, sino un símbolo de fortaleza necesario para mantener la grandeza de un estado.

—Por cierto que, según se dice, es responsable directo de los crímenes que acontecen en Palacio —intervino el general Juan Cerbellón que hasta entonces había permanecido como convidado de piedra.

—Tal cuestión nos tiene realmente preocupados, sobre todo porque nuestro Rey está en evidente peligro y ni siquiera el capitán Ovando, venido de La Habana especialmente para hacerse cargo del asunto, ha sido capaz de prender al culpable —comentó Miguel Santos, Presidente del Consejo de Castilla, dirigiéndose al Conde-Duque.

—En realidad como sabéis tales sucesos han provocado una profunda conmoción en el entorno de su majestad, pero nuestro Rey se halla perfectamente y ha preferido retirarse de la vida pública por un tiempo

hasta que tal cuestión sea resuelta —manifestó el Duque de Olivares sin dar importancia al asunto— lo que a mi entender no tardará mucho en ocurrir, dado que en la actualidad se ha hecho cargo del problema el inquisidor fray Jimeno Benítez, hombre de sobrada fama en solucionar con presteza y diligencia cuestiones de tal índole —dijo mientras miraba al Arzobispo de Toledo, quien asintió con una leve inclinación de cabeza.

—No dudamos de la eficacia que ha demostrado la Santa Inquisición en prender a herejes, adoradores del demonio, brujas, blasfemos y enemigos de la Iglesia, pero en el caso que nos ocupa tal vez se trate más de una actuación política tendente a desestabilizar nuestra nación y debilitarla hasta el extremo de hacerla fácilmente accesible para cualquier país que pretenda invadir sus territorios —intervino el Condestable de Castilla, que se mostraba visiblemente preocupado por aquel problema— Es más, si yo tuviera que declarar la guerra a nuestra nación la opción más inteligente sería atacar su cabeza y sumirla en la más profunda crisis para que no pudiera reaccionar a tiempo cuando tomase la iniciativa, y tales artimañas parecen sacadas de la cabeza de Richelieu, o del mismo Satanás.

Un fuerte murmullo se levantó en la sala provocado por las palabras de Fernando de Borja. La comparación del cardenal francés con el Príncipe de las Tinieblas no dejó indiferente a los responsables de la Iglesia, y la respuesta no se hizo esperar.

—Entendemos vuestro nerviosismo merced a los terribles acontecimientos que han ocurrido en Palacio —intervino el Arzobispo de Toledo en tono conciliador— pero como habéis escuchado al ministro, el caso se encuentra ya en nuestras manos como debía haber ocurrido mucho tiempo atrás ya que, de haber sido así, a estas alturas estaría solucionado. Dad el beneficio de la duda a fray Jimeno y ya veréis como no os defraudará. En cuanto al Cardenal, habéis de saber que mantenemos comunicación directa con él a través de Roma y sabemos que no tiene intención alguna de invadir nuestros territorios, es más, estamos en trámite de poder mediar un acuerdo de respeto militar entre nuestros estados que impedirá en un futuro cualquier tipo de intervención armada, no puedo contaros más al respecto, pero el ministro sabe a qué me refiero y en breve

podrá informaros directamente del final de tales negociaciones que llevamos a cabo como mediadores por orden suya y del propio Rey.

—Ojalá sea así, lo que decís podría poner fin a la amenaza de una nueva guerra, a la necesidad de cobrar nuevos impuestos y a los crímenes en Palacio —contestó el Condestable con honesta convicción— pero si no fuera así y la crisis se mantuviera en el tiempo...

—Será así, mi buen don Fernando, no lo dudéis —terció el Conde-Duque para poner fin a una conversación que cabalgaba por peligrosos derroteros— ¿Quién puede dudar de la eficacia de la Santa Inquisición?

Ninguno de los presentes osó opinar en voz alta lo que aquellas palabras les trajeron a la mente. Mucho más tarde alguno recordaría con sarcasmo la frase que Olivares dejó colgada en el ambiente, pero en aquellos momentos nadie se atrevió a contradecir la confianza que el Ministro había depositado en los inquisidores, al fin y al cabo, como había dicho Richelieu, “en seis frases escritas de puño y letra por un hombre honrado podían encontrarse razones suficientes para enviarlo al patíbulo”.

CAPÍTULO XXII

CORRÍA el tiempo y, lejos de aclararse, las muertes de las cortesanas se estaban convirtiendo en una auténtica pesadilla que tenía al borde de un ataque de nervios a todo aquel que deambulaba por Palacio. En los días siguientes los inquisidores, bajo la dirección implacable de fray Jimeno, llevaron a cabo treinta detenciones, descubriendo a mayordomos que habían robado cubiertos pertenecientes a las famosas colecciones reales, brujas que escondían sus ritos prohibidos bajo la inocente piel de asistentes y limpiadoras y judíos que renegaban de Cristo bajo sus hipócritas promesas de conversión obligada. Todo el mundo en el Alcázar parecía ser culpable hasta que no se demostrase lo contrario, y corrían malos tiempos para todo aquel que tuviera cuentas pendientes con los allegados al Rey o hubiera manifestado en algún momento críticas contra la política internacional del Conde-Duque. El inquisidor, estrechando aún más la fórmula que llevara a cabo el capitán Ovando, intentaba cerrar así el círculo contra el asesino y devolver la calma a Palacio, pero lejos de tranquilizar la situación, sus actuaciones estaban haciendo tambalearse los cimientos del Alcázar y ya nadie se sentía seguro.

Siguiendo las tradicionales costumbres de su Orden, fray Jimeno había multiplicado las confesiones descubriendo mil y una pequeñas faltas de los sirvientes, a quienes convertía en sus espías a cambio de perdonar los azotes por sus “debilidades”. Nadie estaba a salvo y todo el mundo era consciente de que el antiguo amigo podría ser un delator. Nadie preguntaba cuando en medio de la noche escuchaban los gritos de algún detenido que era llevado a

rastras hasta los calabozos. Nadie sabía a ciencia cierta si el siguiente turno era el suyo, por eso el Alcázar se había convertido en un cementerio donde todo el mundo hablaba a media voz y caminaba con la cabeza agachada y el terror en los huesos.

Esa noche alguien empujó la puerta de la habitación del capitán Ovando, incomprensiblemente los guardias no se encontraban custodiando la entrada. Penetró en silencio, sabía que, tras la puerta, el capitán colocaba habitualmente una silla para prevenir cualquier movimiento en el interior y provocar que alguien que entrase a hurtadillas se delatase. Retiró la silla y sacó un arma afilada, con ella en la mano avanzó lentamente hasta el bulto sobre la cama, en ese momento el tenue sueño del capitán se desvaneció al escuchar un sonido sordo y se despertó violentamente, presentando la daga a su enemigo. Pero era tarde, con un violento movimiento el asaltante golpeó la mano del capitán que se abrió perdiendo el puñal. El acero chocó contra el enlosado de forma estrepitosa. Estaba vencido. El destino era inevitable. Sólo un instante para ver aquel rostro descarnado, sonriente bajo la capa negra, con sus manos aferradas a una guadaña que elevaba inexorablemente. Entonces despertó. La inconfundible voz de Juan Martín Calabazas le sacó de su pesadilla en medio de fríos sudores que habían humedecido su rostro.

—Levantaos rápido, tenéis que huir cuanto antes, vendrán por vuestra merced en unos minutos, no tenéis tiempo que perder —dijo mientras le daba un empujón para que se vistiera.

—¿No entiendo? ¿Qué es lo que hacéis? ¿Estáis completamente loco? —exclamó Álvaro de Ovando quitándose de encima al enano de un empujón mientras intentaba volver a la dignidad de la vida real.

—Lo sé, lo sé, sé que no entendéis nada, pero creo que os han tendido una trampa y, si no escapáis ahora, será difícil que no consigan su objetivo —explicó el bufón apresuradamente sin acertar las palabras que provocaran la reacción que buscaba en el capitán.

—¿Pero de qué habláis, queréis decirme de una vez qué es lo que pasa? —dijo Ovando mientras comenzaba a vestirse a toda prisa.

—El Conde-Duque ha recibido un mensaje procedente de Sevilla pidiendo vuestra inmediata detención y lo ha puesto en manos de los

inquisidores. Se os involucra en realizar ritos satánicos durante vuestro viaje de regreso de La Habana. Lo he sabido todo porque me encontraba junto al Rey cuando han acudido a informarle y a anunciar que os detendrán para investigar el suceso —le dijo mientras le pasaba las botas para que se las calzase.

—¿Pero cómo puede darse crédito a esa farsa? ¿Qué pruebas pueden tener contra mí que procedo de una familia de cristianos viejos? —dijo el capitán mientras se ponía las botas altas de cuero.

—La misiva procede al parecer del Corregidor de Sevilla. Detuvieron a una bruja y durante su interrogatorio os ha delatado, tenía una espada con vuestras iniciales —dijo el enano mientras le daba la capa y el sombrero de ala ancha— Ahora marchémonos cuanto antes, no tenéis un minuto que perder, si los guardias de la Santa Inquisición os detienen aquí, poco podréis hacer por vuestra defensa.

—Pero si huyo seré un proscrito y me declararán culpable —dijo el capitán dudando sobre seguir al enano o hacer frente a lo que se le venía encima.

—No sabéis como es la Inquisición, capitán —dijo Calabacillas tirando literalmente de Ovando hacia el pasillo— Están deseosos de hincarle el diente a un hueso como vuestra merced. Habéis suplantando su poder en Palacio y eso es algo que no os perdonan, sobre todo el abad Scaglia y probablemente muchos más que no conocemos. Si os torturan confesaréis lo inconfesable para que os dejen morir en paz. He visto sollozar como niños por menos a otros hombres que también se creían intocables.

—Pero así no demostraré nada, ¿nos os dais cuenta de que si huyo darán por hecho que ha sido cierto y mancillaré el honor de mi familia? —le dijo el capitán parando en seco al enano.

—¿Y de qué vale el honor si estaréis muerto y darán por hecho que sois un hereje? Necesitáis poneos a salvo y buscar apoyos ahora que podéis. Luego ya veremos como demostrar vuestra inocencia. Ahora corred y dejaos de hablar si en algo apreciáis vuestra vida —le dijo tirando de él una vez más y consiguiendo que por fin le acompañase hacia el pasillo que llevaba a las plantas inferiores.

Alcanzaron la parte sur del Alcázar para llegar hasta las caballerizas. El capitán seguía al bufón todavía a regañadientes, dudando sobre si el escapar y no hacer frente al problema sería una solución correcta. Jamás en la vida le había vuelto la espalda al peligro por más terror que éste le hubiera provocado y ahora estaba corriendo como un cobarde, para ponerse a salvo de una acusación que no tenía fundamento alguno. Por fin se paró, dispuesto a volver sobre sus pasos antes de seguir con aquella locura.

—Tengo que regresar. —le dijo al enano que se volvió mirándolo con escepticismo— Todo el mundo me aprecia en Palacio. Soy un héroe, todos lo dicen, no me pasará nada, me creerán, ya lo veréis. Tiene que haber otra salida, no pueden acusarme de algo que no he hecho. No soy un hereje, he puesto mi vida en peligro mil veces para defender nuestra bandera. Esto no puede sucederme a mí. Apelaré a mis validos, ellos me defenderán.

—Os equivocáis —replicó el bufón en un último intento por convencerle— Los mismos que ayer os aclamaban hoy no dudarán en enviaros a la hoguera. ¿No os dais cuenta de que todo es un juego de intereses? ¿De que la mitad de los que os saludaban en la fiesta de recepción ahora quieren veros encerrado?.

—¿Y mis éxitos militares? ¿Todo lo que he hecho en el campo de batalla? ¿Creéis que no valorarán eso? —protestó el capitán demostrando una vez más su terquedad.

—El éxito no siempre es reconocido por los mediocres, de hecho vuestra merced es un notable personaje y el pago de los tontos es la envidia —le dijo Calabacillas.

El capitán Ovando bajó entonces la voz para dar mayor intimidad a sus palabras mientras un rictus de diabólico sarcasmo se apoderaba de su rostro.

—Soy un cristiano viejo, por mis venas corre sangre impoluta y nadie osará creer a ese Corregidor de Sevilla que según tengo entendido tiene una nariz que le tapa el rostro-su voz bajó aún más el tono aunque sin esconder su envenenado matiz sarcástico— Bien pudiera tener ascendencia judía y pertenecer a la familia de uno de esos usureros prestamistas que tienen subyugadas nuestras finanzas y se enriquecen con la plata de nuestras minas. Si por mí fuera a más de uno colgaría de la torre del Alcázar, después de hacer jurar su lealtad a Cristo Nuestro Señor.

Calabacillas no daba crédito a las palabras del capitán Ovando en un momento como aquél. Su rostro se convirtió entonces en una mueca de desprecio y sus palabras resonaron duras y lacerantes.

—Me decepcionáis, capitán. Creía que valorabais a los hombres por la grandeza de sus actos, la tolerancia con sus vecinos y la heroicidad de su corazón y no por el tamaño de sus narices, el apellido de sus antepasados o la suerte de su naturaleza. ¿Tiene el burro culpa por nacer burro y, sin embargo, es menos útil al labriego que el caballo?. ¿Creéis acaso que existe un dios para los judíos y otro para los cristianos? ¿Creéis entonces que mi dios no es el vuestro porque nací pequeño y deforme?.

—No voy a permitir que un aprendiz de hombre se permita poner en duda mi honor, por mucho que aprecie vuestra colaboración y compañía — fue la respuesta envenenada de Álvaro de Ovando.

—“Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila, solus eris” —con la cita de Ovidio por respuesta, Calabacillas hizo una mueca de desprecio y se inclinó ante el capitán con un sarcástico saludo como si del mismo Rey se tratase.

No hubo más que hablar. Álvaro de Ovando se volvió en dirección a sus aposentos mascullando maldiciones contra el enano y jurándose que jamás volvería a dar crédito a un bufón, por muy inteligente que le pareciese. Ahora tocaba enfrentarse al destino con honor y dignidad, y se sentía convencido de que saldría victorioso de esa batalla.

Calabacillas le vio marcharse con tristeza. Del enfado había pasado a la compasión. Sabía que el orgullo y la arrogancia del capitán le iban a llevar a la tortura y tal vez, a la muerte.

A las puertas de sus aposentos tres soldados con uniformes negros estaban esperando la llegada del capitán Ovando. Su actitud no era de respeto y no presentaron armas cuando le vieron ante ellos con el escudo del Rey bordado en la casaca y las insignias de Jefe de la “Guardia Amarilla”, lejos de eso, la voz de uno de ellos, el oficial de mayor rango, resultó ciertamente dura y distante.

—Quedáis detenido por orden de la Santa Inquisición, debéis entregarnos vuestras armas y seguidnos —dijo lacónicamente.

El capitán Ovando obedeció y siguió los pasos del que había hablado, tras él avanzaban los otros dos. Se dirigieron directamente al Cuerpo de Guardia y desde allí, a los calabozos del piso inferior, donde fue instalado en una de las celdas, semejante a donde él mismo había encerrado a don Diego Velázquez poco tiempo atrás. Dos soldados quedaron custodiando la puerta mientras el oficial penetraba en su interior con el detenido.

—Deseo ver al secretario del Rey o al Conde-Duque —ordenó el Jefe de la “Guardia Amarilla”— Esto tiene que tener una explicación y estoy dispuesto a dársela.

—¡Usted hará lo que le digamos! —fue la contestación del oficial de la Inquisición— ¡Ahora no estáis en manos del Rey sino de la Iglesia, y ante ella responderéis!.

—Soy inocente —repitió el capitán con desesperación— Tenéis que dejarme demostrar mi inocencia, soy un cristiano viejo, un creyente, os estáis equivocando.

—¡Eso dicen todos los herejes! ¡Hay pruebas irrefutables que demuestran que sois un adorador de Satanás!. ¡Tendréis un juicio sumario. Os aseguro que la muerte será poco castigo para vuestra merced! —dijo el oficial sin dejar de gritarle.

Ante esa respuesta el capitán sintió que la ira le hacía hervir la sangre. Jamás había permitido tamaña injusticia bajo su mando y no estaba dispuesto a tolerar que un soldado de rango muy inferior le tratase como a un delincuente. Con un rápido movimiento lanzó de revés su mano derecha alcanzando en el rostro al oficial, que gritó pidiendo auxilio. Los dos soldados que habían quedado en la puerta de la celda penetraron dentro, espadas en mano. Con un rápido gesto Álvaro de Ovando agarró la espada del oficial y la desenvainó mientras empujaba a éste contra los guardias. Los dos soldados intentaron atacar a la vez, sabedores de que sería prácticamente imposible detenerlos. El oficial aprovechó para salir de la celda y gritar pidiendo refuerzos. El capitán se echó sobre la pared a su izquierda para impedir un ataque conjunto y hacer frente sólo al soldado que atacaba por ese lado. Los aceros se cruzaron. Su espada paró el primer golpe que buscaba su cabeza y, dejando que el acero se escurriera con velocidad hacia el suelo, hirió en la pierna a su enemigo, como hiciera

tantas veces en el campo de batalla. De un desesperado giro de revés alcanzó también en una mano al otro soldado. Antes de que los soldados de la Inquisición se recuperasen del sorprendente ataque salió de la celda y cerró la puerta por fuera. Ante él, por el pasillo, descubrió al oficial pidiendo auxilio a gritos. Corrió como un diablo y de un salto le alcanzó con una patada que le arrojó violentamente al suelo.

Después subió por la escalera que daba a la planta superior. Al salir se topó de frente con varios alabarderos del Cuerpo de Guardia que habían acudido al oír las voces. Iban armados y le apuntaban. Álvaro de Ovando arrojó entonces su espada ante ellos y besó la insignia de su casaca.

—¡Quiero ver cuanto antes al Conde-Duque o al mismo Rey! —ordenó tajante— ¡Decidles que me ha detenido la Inquisición sin ninguna causa!. ¡Decid a su majestad que si quiere mi vida puede disponer de ella, pero mi honor sólo he de entregarlo a Dios, quien ha de juzgar si soy culpable o inocente de herejía! ¡Y soy inocente!. Y por favor, haceos cargo de mi persona, no dejéis que esas alimañas de ahí abajo pongan sus sucias manos sobre vuestro capitán.

En ese momento el oficial de la Inquisición apareció por las escaleras, espada en mano, dirigiéndose directamente hacia el detenido.

—¡Ha herido a mis hombres y ha intentado escaparse! —dijo echando furiosas llamaradas de ira por sus ojos— ¡Es culpable de brujería y ahora también de sedición! ¡Merece mil veces la muerte!.

El capitán estaba firme cuando recibió la patada del oficial en la entrepierna que le dobló haciéndole caer al suelo. Allí se tapó la cabeza con las manos para evitar que nuevos golpes le acertasen en el rostro, pero no hubo más. Los alabarderos reales habían presentado armas contra el oficial de la Inquisición.

—¡Esa no es forma de tratar al Jefe de la “Guardia Amarilla”! —dijo el de mayor graduación— ¡Si es delincuente o no será sentencia de un tribunal no de vuestra merced!.

El inquisidor masculló una maldición en voz baja, pero cambió de actitud y pidió que encerraran al detenido. El capitán Ovando volvió a los calabozos, custodiado esta vez por guardias del Rey. No opuso resistencia cuando le colocaron en los pies los grilletes clavados en la pared, ni

tampoco cuando esposaron sus manos con una cadena, al fin y al cabo había intentado escaparse.

Después pasaron las horas mientras la humedad se le metía en los huesos y los temblores por el frío se hacían insoportables. No entendía cómo tardaban tanto en venir a verle. Se imaginó suplantado por un capitán de la Inquisición que sugería al Rey que no acudiese nadie a escucharle. Sus reflexiones le torturaban minuto a minuto y le menoscababan su ya debilitada fortaleza mental. En aquellos momentos echó de menos a su guarnición de La Habana, aquellos fieles soldados que hubieran dado su vida por salvarle. Supo que había sido un error venir a la Corte, y comprendió por qué el imperio se estaba desmoronando irremediablemente. Hombres como él daban su vida en el campo de batalla para defender una monarquía que no les garantizaba ni siquiera el derecho a vivir. La todopoderosa Iglesia tenía en sus manos el poder para dar o quitar la vida en nombre de Dios y nadie estaba a salvo. Le habían enseñado a odiar a los protestantes holandeses, a los católicos franceses, a los corsarios ingleses, a los indígenas ateos, pero se preguntó si eran mejores que aquellos a quienes servía. “¿Le hubieran metido alguna vez en una celda las tropas de Richelieu si hubiera estado en sus huestes?. ¿Merecía la pena sacrificar la vida por una Iglesia que mataba inocentes?” —se preguntó, y en esos momentos se arrepintió de haber pateado al oficial de la Inquisición y no haberlo atravesado de parte a parte con su espada.

Por fin hubo ruido de pasos frente a su celda. Habían transcurrido muchas horas. Tenía hambre y mucha, mucha sed. La herrumbrosa puerta chirrió y se abrió lentamente. Dos soldados penetraron en el interior. Tras ellos iba un sacerdote armado, en su vestimenta negra llevaba bordado el temible escudo de la Inquisición.

—Su majestad ha accedido a que nos hagamos cargo de vuestro interrogatorio —dijo sin presentaciones— Hemos inspeccionado vuestras estancias y hemos hallado allí una botella con el bebedizo que según confesó antes de morir, os entregó la bruja para que invocais al demonio. No cabe duda de que sois culpable y vuestro destino será la hoguera liberadora. ¿Tenéis algo que decir en vuestro favor?.

El capitán Ovando guardó silencio. No tenía palabras con qué afrontar la realidad. De pronto sintió un terrible abatimiento y se desmoronó. Tuvieron que ayudarlo a ponerse en pie porque las piernas no le sostenían. Le golpearon varias veces hasta que se puso a andar, pero apenas sintió los golpes, tan sólo notaba como la sangre de una de sus cejas rotas le nublaba el rostro, pero no se limpió. La sangre le llegó hasta la comisura de los labios, abrió la boca y dejó que le enjugara la garganta. La puerta de la celda se cerró tras él y por un momento se sintió como si le llevaran al patíbulo. Estaba solo, más solo que nunca, y terriblemente abandonado a su suerte por aquellos que horas antes le habían agasajado con toda clase de honores, como predijera el enano Calabacillas.

Al pasar ante el Cuerpo de Guardia los soldados presentaron armas, mostrándole respeto, pero él ni siquiera les vio. Miraba al infinito, muy lejos, hacia las profundidades de su existencia, y allí descubrió a su hermano. Había pasado mucho tiempo. El esqueleto de Pedro de Ovando estaba frente a él, subido en su caballo, y le sonreía mientras tendía su mano derecha para tocarle, en ese momento la lanza de un holandés le atravesó de parte a parte. Intentó levantar las manos para ayudarlo pero las pesadas cadenas se lo impidieron, entonces volvió a la realidad y no le pareció menos terrible.

De nuevo sintió un golpe y más sangre sobre el rostro, después la claridad del día al salir al exterior le obligó a cerrar los ojos, porque llevaba horas sin sentir la luz del sol. La sed le quemaba la garganta hasta casi hacerle enloquecer. Le vendaron los ojos y le montaron en un carro. Uno de los verdugos le dio de beber un líquido inmundo. No pudo soportarlo y vomitó. Lentamente el vehículo fue atravesando las calles de Madrid. Hacía calor y el aire le cortaba el rostro, pero en medio del delirio Álvaro de Ovando agradeció poder respirar el aire del exterior porque tal vez era la última vez que lo hiciera en su vida. Le dolía todo el cuerpo, sobre todo las muñecas y los tobillos aprisionados por los grilletes. La cabeza le ardía y la sed se hacía cada vez más insoportable. El carro paró de pronto. Oyó como abrían la puerta de atrás y tiraban de él brutalmente. Cayó de golpe haciéndose daño en las rodillas. Después alguien le golpeó en la cabeza con algo muy duro. Un nuevo golpe y todo se nubló, como si la noche hubiera

vencido a la luminosidad de la vida, tal como siempre le había sucedido cuando alcanzaba algunas cotas de felicidad.

Abrió los ojos en otra celda tan inmunda como la anterior. Le habían echado un cubo de agua fría encima para despertarle. Estaba sentado en una silla de hierro, atado con cadenas a las patas y con dos grilletes a los brazos de la silla. Todo estaba muy oscuro, tan sólo la luz tenue de un candil de aceite iluminaba parte de la estancia. Olía mal, muy mal, un olor fétido procedente tal vez de la canalización de aguas fecales. En el ambiente flotaba un hedor casi asfixiante, como si la humedad constante produjera la podredumbre de todo cuanto allí se encontraba. Alguien le colocó por la espalda un casco de hierro en la cabeza con alambre de espinos en su interior. Se lo ajustó a la barbilla con una correa de cuero hasta conseguir que le quedara sujeto, aunque no muy apretado. Era pesado y sintió como las afiladas puntas le rasgaron el cráneo por multitud de pequeñas heridas, pero no le dolía demasiado. De nuevo sintió un frío terrible que le hizo tiritar: era la fiebre, que le estaba subiendo por momentos. Sus ojos consiguieron adaptarse a la penumbra. Ante él había un monje y el sacerdote armado que había visto en Palacio con el uniforme de la Inquisición. El monje tenía una Biblia entre sus manos y rezaba incesantemente. El inquisidor le miraba mientras un soldado que no había visto le echaba un nuevo cubo de agua infecta para terminar de despertarle. Abrió la boca y dejó que el asqueroso líquido que le corría por el rostro le aliviase su reseca lengua. Todo estaba en silencio.

—¡Jurad en nombre de Dios que diréis la verdad y sólo la verdad! —dijo el monje con un grito atronador mientras le mostraba la Biblia.

—Lo juro —respondió en bajo el capitán Ovando.

—Jurad que sois cristiano y creyente en la doctrina de Cristo Nuestro Señor.

—Lo juro.

—¡Jurad que amáis a Dios Todopoderoso, a Cristo su hijo y reconocéis a la Virgen, Inmaculada Concepción y Madre de Nuestro Señor!.

—Lo juro.

—¡Jurad que creéis en el Misterio de la Santa Trinidad, que reúne en tres personas distintas, Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo, a un solo Dios

verdadero!.

—Lo juro.

—¡Jurad que creéis en la Iglesia como heredera de la voluntad de nuestro Señor, y reconocéis al Papa como sucesor legítimo de San Pedro!.

—Lo juro.

Durante más de una hora el monje fue exigiendo juramentos de reconocimiento de los Apóstoles, los Libros Sagrados del Testamento, los milagros de Jesucristo y los hechos recogidos en la Biblia que negaban las principales sectas que proliferaban en España. Todas y cada una de las preguntas recibieron el mecánico juramento del capitán Ovando, quien permanecía con los ojos mirando al infinito y la mente puesta muy lejos, en las calles empedradas del Cáceres de su infancia, en las tierras de Holanda y en la bahía de La Habana, donde había pasado los mejores momentos de su azarosa vida.

Por fin le tocó el turno al inquisidor fray Jimeno. Portaba una rama de abedul en su mano derecha. Su voz sonó firme y explosiva, como una detonación en la húmeda celda.

—¡Jurad en nombre de Dios que no conocisteis a una bruja en Sevilla llamada Juana Herrerueta!.

Por toda respuesta se hizo el silencio. El capitán Ovando intentaba recordar su visita a Sevilla, no mucho tiempo atrás, entonces sintió un profundo dolor en la cabeza al recibir en el casco el golpe de la rama de abedul, las puntas habían hecho su trabajo.

—¡Jurad que no conocisteis a Juana Herrerueta! —repitió fray Jimeno.

De nuevo el silencio. La rama silbó al cortar el aire para golpear con fuerza el casco sobre la cabeza del capitán. Este chilló de dolor.

—¡Jurad que no llevasteis a cabo un aquelarre para hablar con vuestros muertos!.

De nuevo el silencio.

—¡Jurad que no os entregasteis a ritos satánicos y a la adivinación del pasado invocando a Satanás!.

—Lo juro —respondió por fin el capitán, esperando el inevitable castigo.

El palo golpeó una vez más el casco. El dolor se hizo mucho más fuerte. Álvaro de Ovando gritó, sentía como la sangre le manaba de la cabeza por mil heridas. Y sabía que aquello no había hecho más que empezar.

El inquisidor se giró y habló en voz baja unas palabras con el soldado que había arrojado el agua. Este se dirigió entonces a la puerta de la celda y dio unas órdenes a los guardias del exterior. Pasaron unos interminables minutos sin que nada sucediera. De pronto se oyó un grito de dolor que retumbó en los pasillos acrecentado por el eco. El lamento se repitió varias veces y se multiplicó por mil en la mente del capitán Ovando. Alguien más estaba siendo interrogado en los calabozos. Por un momento se apiadó de aquel pobre miserable y rezó en voz baja para mantener la cordura. Poco después chirrió otra puerta, se escucharon unos pasos avanzando por el pasillo y dos soldados penetraron en la habitación sosteniendo el cuerpo de otro preso. Tenía la cara deformada por los golpes, el pelo largo le caía a medias sobre el rostro e impedía reconocer sus facciones, pero sus ojos verdes seguían teniendo una intensidad que le delataba.

—No le reconozco —dijo dirigiéndose al inquisidor que todavía portaba la vara de abedul como si de un cetro se tratase.

—El palo silbó en el aire y alcanzó el rostro del preso recién llegado. Este no se inmutó, sin duda había sufrido torturas mucho más terribles durante los días pasados y aquello no significaba nada comparable a lo vivido.

—¿Queréis volver al potro? —preguntó fray Jimeno desafiante — Jurasteis que reconoceríais a los culpables de herejía en cuanto os los mostrásemos y ahí tenéis a uno de ellos.

—No, no le reconozco, creo que no era él —repitió Lorenzo Gadir sin mirar siquiera al capitán. Entonces sintió un mareo y las piernas no le sostuvieron. Los guardias le sujetaron para que no diera con sus huesos en el frío suelo.

En aquel momento Álvaro de Ovando sintió un escalofrío de admiración por aquel hombre que se estaba jugando la vida para salvarle. Se juró que si alguna vez volvía a ser el que había sido le tendría a su lado, porque jamás había visto una mayor prueba de lealtad por alguien a quien apenas conocía y que sólo pretendía salvarle de una muerte segura.

—¡Dejadle, él no ha hecho nada! —dijo entonces el capitán Ovando—
¡Sólo me acompañaban cuando estuve en Sevilla!

—¿Quién más os acompañaba además de “el cordobés”? —interrogó el inquisidor haciendo tartamudear por primera vez al capitán.

—Nadie, no había nadie más, lo juro —contestó Álvaro de Ovando.

—¡Mentís! ¡Sois sólo un blasfemo sin agallas! —gritó fray Jimeno golpeando nuevamente con fuerza el casco del capitán, que se desplomó sin sentido sobre la silla mientras escuchaba a lo lejos las últimas palabras de su agresor.

—¡Además sois un encubridor y un mentiroso! ¡El hereje Fernando del Amo os ha delatado antes de morir en la hoguera!.

CAPÍTULO XXIII

DESDE media mañana Felipe IV se había recluso en su nuevo despacho del Palacio del Buen Retiro. Era una sala amplia y lujosamente decorada con multitud de cuadros de los más famosos pintores de la época y estanterías donde se agolpaban los libros de los más insignes literatos del momento, que el Rey devoraba con extrema avidez. En la puerta dos alabarderos montaban guardia con la orden expresa de que nadie molestase al monarca, pero ante la llegada de su bufón pidiendo verle uno de ellos llamó con suaves golpes en la puerta de madera y giró con delicadeza el pomo para dejarla entreabierta unos dedos, lo suficiente para que el Rey pudiera escucharle.

—Majestad, el enano Calabacillas está aquí y desea veros —afirmó el guardia— Dice que es urgente.

—Hacedle pasar —ordenó Felipe IV desde la distancia.

Los guardias abrieron la puerta para dejar paso al bufón, con la convicción de que, al menos, entretendría un rato al monarca. Calabacillas penetró en el interior del despacho con pasos firmes. El Rey se encontraba leyendo junto a uno de los grandes ventanales aprovechando la luz que entraba a raudales. Estaba acomodado en un lujoso sillón de terciopelo rojo y con los pies apoyados en alto sobre un cómodo reposapiés de estilo veneciano. Debía estar muy concentrado en la lectura, pensó Calabacillas, porque cerró el libro sosteniéndolo en su mano derecha pero con el índice metido en el lugar donde había acabado su lectura, sin duda con el fin de

volver sobre la misma una vez hubiera escuchado las nuevas que le traía su bufón.

—Dichosos los ojos que os traen a mi presencia —le dijo a Calabacillas sin mucha convicción.

—También a mí me alegra volver a veros, mi señor —contestó el enano con premura— En realidad necesitaba hacerlo con urgencia porque ha ocurrido un acontecimiento de gran relevancia en Palacio del que deberíais estar informado.

—Decidme pues —dijo Felipe IV visiblemente interesado— Os escucho.

—Pues he aquí que vais a escuchar la cosa más sorprendente que sin duda alguna halláis sospechado, algo que no sólo supone una dolorosa nueva sino una afrenta contra vuestra propia condición.

—Pues venga, suelta ya eso que tanto deseas decirme y que no acabo de conocer —instó el monarca con ávida curiosidad.

—Pues veréis, durante el transcurso de la mañana ha sido prendido por soldados de la Santa Inquisición vuestro Jefe de la Guardia, bajo la ridícula acusación de haber practicado la brujería —resumió Calabacillas.

—Lo sé —contestó lacónico Felipe IV— Fui informado de ello por fray Jimeno.

—¿Pero no vais a hacer nada por impedirlo? ¿Vais a dejar en manos de los inquisidores a vuestro hombre de confianza? ¿Permitiréis que se inmiscuyan en los asuntos y secretos de la Corte? ¿Dejaréis en manos de los torturadores al que fuera vuestro más leal capitán? —interpeló el enano gesticulando nerviosamente frente a los ojos del Rey.

—No puedo hacer nada —contestó el Rey sin demasiado entusiasmo— Parece ser que en su venida a Madrid y tras llegar a Sevilla desde La Habana, el capitán Ovando en compañía de otros dos soldados cayó en la tentación de acudir a una conocida bruja sevillana que ha sido quemada poco tiempo atrás. Ahora está en manos de la Inquisición saber hasta qué punto es reo o si se debe o no cuestionar su inocencia, tales asuntos no son de mi competencia.

—Pero Su Majestad sabe que en manos del verdugo la lengua puede querer contentar al inquisidor con tal de poder aliviar los sufrimientos de la

carne. Y lo que ayer era falso hoy puede ser verdad. Y lo que ayer era de una manera, hoy puede tornarse en otra muy distinta. Su Majestad es inteligente y muy letrado, amén de cristiano justo y de buen corazón y, como tal, no sois ajeno a las flaquezas humanas cuando el dolor se hace insoportable, pero además, si de verdad el capitán debe ser recluido, qué mejor que bajo la jurisdicción de vuestras armas e interrogado por vuestros capitanes que no por los inquisidores, ansiosos por demostraros flaquezas en vuestros más leales hombres —Calabacillas esgrimía toda su fortaleza dialéctica en un intento desesperado por convencer al Rey, pero lejos de conseguirlo Felipe IV abrió de nuevo su libro y reanudó su lectura.

—Si eso es todo lo que puedo esperar de vuestra merced, podéis marcharos por donde habéis venido —le dijo en tono despectivo— La verdad es que de un tiempo a esta parte os preocupáis cada vez más de asuntos que no os atañen, en vez de distraerme con chanzas y conversaciones sobre libros y artistas, como sabéis que tanto me gustan. En verdad que para esto no os traje a mi servicio, y de seguir así podría prescindir muy pronto de vuestras chanzas y devolveros al servicio de mi hermano, ya que en nada me contentáis dedicándoos a intentar salvar a un hombre que además de hereje ha demostrado ser un inepto en sus funciones.

La impotencia más absoluta hizo mella en la seguridad de Calabacillas, que a punto estuvo de salir por la puerta dejando atrás al insensible Rey, pero sabía que si se daba por vencido la vida del capitán Ovando estaría en serio peligro, y por eso hizo un último intento.

—Majestad. Sólo Dios Nuestro Señor es perfecto y, pese a que el hombre fue hecho a su imagen y semejanza, le fue vedada la perfección que le asemejaría al Todopoderoso, por eso a los cristianos les es exigida la caridad de la comprensión y la tolerancia, y por eso, debéis recordar ahora que el capitán al que denostáis por no poner fin a los crímenes de Palacio es el mismo que meses atrás se jugó la vida impidiendo que La Habana cayera en manos de los corsarios, lo que hubiera dejado al país sin plata y a vuestras campañas guerreras en un callejón sin salida.

—No sé si sois consciente de que vuestros argumentos sobre el cristianismo en favor de la tolerancia os acercan peligrosamente a la doctrina de Lutero —contestó el Rey con la habilidad dialéctica que le

caracterizaba cuando no quería entrar en el fondo de un asunto, no obstante, pareció de nuevo interesado en las argumentaciones del enano y cerró una vez más el libro manteniendo el dedo índice como separador de páginas— Pero ya veo que sois persona perseverante y tenaz para con vuestros anhelos. Os daré por ello una oportunidad de sacar a vuestro capitán de manos de la Inquisición si aceptáis un reto intelectual que os proponga.

—Que así sea —aceptó lacónico el enano.

—Veréis —explicó Felipe IV visiblemente divertido— Yo os diré la moraleja de una novela y vuestra merced tendrá que adivinar de qué libro se trata, aunque para que no os parezca un imposible os confesaré que es obra de un autor de sobra conocido.

Con un asentimiento de cabeza el bufón aceptó el juego del monarca, un brillo de inteligencia emergió de sus ojos, en su interior maldecía el tener que jugar a los acertijos para poder salvar al capitán y no haber sido capaz de conmovier al Rey con los argumentos que le propuso, pero ahora sólo le cabía aferrarse a la última oportunidad que le deparaba el destino.

El Rey abrió el libro que tenía en sus manos y leyó con voz alta y pausada: “Y yo quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo, de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre; y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oído exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas”. De nuevo cerró el libro. Se produjo el silencio. Durante unos segundos el monarca clavó sus pupilas en la figura del enano que le miraba con ojos muy abiertos, como ido, sin entender el por qué de aquella sonrisa contenida en la comisura de sus labios.

—Es “El celoso extremeño”, de Miguel de Cervantes —dijo por fin vocalizando una a una cada una de sus palabras.

El Rey lo miró divertido. Depositó el libro encima de la mesa y aplaudió el impresionante conocimiento literario que una vez más le había demostrado el enano.

—¡Bravo!. Lo habéis logrado —dijo Felipe IV mientras tomaba pluma y papel para pedir la excarcelación del capitán Ovando— Pero habéis de saber que mi orden no supondrá más que sacar de los calabozos al capitán

hasta que decidan su culpabilidad o inocencia. Mientras tanto deberá permanecer dentro del recinto del Alcázar y no se le permitirá salir del mismo bajo ningún concepto. Por cierto, ¿cómo podéis retener todo aquello que leéis con esa claridad y aún más, cómo habéis podido averiguar el autor con sólo unas líneas de su novela?.

—Es fácil recordar de que se trata, sobre todo porque vuestro libro lleva impreso en la tapa el título de la obra, y ¿quién no conoce al autor de las “Novelas Ejemplares”? —contestó el enano mientras tomaba la orden firmada y sellada por el Rey que permitiría salir de los calabozos a Álvaro de Ovando. Sin embargo su rostro no mostraba la vanidosa sonrisa que esgrimía en otras ocasiones, muy al contrario, su gesto denotaba que en nada le había gustado tener que acudir a un juego para obtener el favor del Rey en lo que le pedía. La vida del capitán Ovando había dependido de que él supiera acertar un capricho literario de Felipe IV, y el enano estaba visiblemente decepcionado con la calidad humana demostrada por el monarca.

Mientras escuchaba cerrarse la puerta tras la presurosa salida de su bufón, el Rey se quedó riendo por la sagacidad que una vez más éste le había demostrado. De nuevo se sentía orgulloso de que aquel pequeño ser fuera capaz no sólo de saber el acertijo que le había planteado, sino de la forma en que lo había hecho. “En realidad —se dijo mientras acariciaba su prominente bigote— pertenece a un mundo muy distinto al nuestro, donde los hombres desarrollan su inteligencia multiplicándola por el esfuerzo que sus cuerpos no hicieron para crecer”.

Apenas una hora más tarde la puerta de hierro chirrió y dejó entrar la luz en el húmedo calabozo. El capitán Ovando tuvo que taparse los ojos para poder mirar. En su mente sonaron lejanos tambores. Dos guardias penetraron en la estancia y le desencadenaron de la pared, abriendo los grilletes. No había pasado ni un día desde que fuera interrogado y, pese a que había perdido la noción del tiempo, era consciente de que habían transcurrido muchas horas desde que cayera desmayado al sufrir los azotes del verdugo, tras el anuncio del inquisidor de que había sido delatado por Fernando del Amo antes de ser ajusticiado. Le costó mantenerse en pie y se sostuvo apoyado en el muro del húmedo calabozo, pero apenas si tenía

fuerzas para salir de la celda. Pidió agua a los guardias de la Inquisición y bebió hasta saciarse de una jarra que le ofrecieron de mala gana. Algo había cambiado que él desconocía, porque momentos después le acompañaron hasta la entrada de los calabozos donde le entregaron las armas que le habían sido confiscadas en el momento de su detención y le dejaron salir al exterior.

—Son órdenes directas del Rey —le dijeron— Nos han comunicado que os dejemos en libertad dentro del recinto del Alcázar mientras se investigan las acusaciones que pesan sobre vuestra merced. El propio monarca ha firmado una orden de excarcelación de su puño y letra que ha sido entregada al oficial de guardia por uno de sus sirvientes —Nada especificaron de que tal sirviente era un bufón— Debéis rezar porque Dios está de vuestro lado.

El capitán no esperó a mayores razones y decidió ir a sus aposentos para tomar cuanto antes un descanso y dejar para más tarde las averiguaciones sobre su liberación. En cualquier caso sintió un profundo agradecimiento por el Rey, a quien poco tiempo atrás odiara por arrebatarle a su amada, ya que gracias a él, podía respirar el aire limpio fuera de aquel inmundo calabozo y tal vez salvara la vida frente a la crueldad de los inquisidores.

Con pasos lentos e inseguros atravesó la plazoleta este de Palacio y avanzó sin titubear hacia sus aposentos, pero por dos veces se volvió para comprobar que nadie le seguía y, pese a que en ningún momento descubrió nada anormal, algo le hacía presentir que no estaba solo, hasta tal punto que se le erizaron los pelos de los brazos y sintió un escalofrío que le recorrió la médula, intuyendo que tal vez el asesino no era de este mundo y por eso tenía impunidad para matar y no dejar huella.

Respiró con cierto alivio al llegar a la puerta del pabellón de la “Guardia Amarilla”, empujó con las escasas fuerzas que le quedaban las hojas de madera y penetró en el interior volviéndose una vez más. Entonces adivinó una sombra al otro extremo de la plazoleta. Cerró la puerta y esperó tras ella un minuto, dos minutos, después tomó aire y salió de nuevo al exterior empuñando con la diestra la espada con la que tantas veces defendió su vida y su honor en combate. De frente, a escasos metros, topó con una figura de

negros ropajes que ante la sorpresa intentó huir, pero resbaló y cayó al suelo, sin atrever a levantarse al sentir el frío contacto del acero.

—Creo que me debéis una explicación —dijo Álvaro de Ovando

—No soy ningún asesino —se explicó entrecortadamente el fraile, en su rostro se hizo patente el desasosiego por haber sido descubierto por el capitán— en realidad sólo os seguía por orden expresa de fray Jimeno, quien me ha dicho que no os pierda de vista mientras gozáis de la excarcelación concedida por el Rey.

El capitán bajó la espada y de nuevo se sintió profundamente cansado. Era previsible que el inquisidor no iba a dejar de vigilarle ni a sol ni a sombra y aquel hombre no tenía culpa de ello. Invadido por la solidaridad de los que sufren envainó la espada y se dio la vuelta, pero antes de entrar en el pabellón se giró para mirar al fraile, que todavía se encontraba en pie donde había sido descubierto sin saber qué hacer, y le dijo:

—Estaré descansando hasta el atardecer, os doy mi palabra, no tenéis por qué incomodaros intentando vigilarme hasta entonces —después entró dentro del pabellón y se arrastró hasta su habitación, cayendo de bruces sobre su jergón donde quedó tendido, roncando de forma estrepitosa.

Era noche cerrada cuando Álvaro de Ovando abrió los ojos. Le sonaban las tripas por el hambre y pensó que tal vez esa había sido la razón de su repentino despertar. Las cocinas estaban ya cerradas, pero en su interior se encontraban todavía cenando el personal de limpieza y los alabarderos del Cuerpo de Guardia. Comió como si jamás lo hubiera hecho antes, repitiendo hasta dos platos de potaje y conejo en salsa, aderezado con sabrosas especias. También bebió vino de Rioja y tomó tres cuentas de morcillas, un pedazo de queso manchego y una cuajada con miel. Los que le vieron comer no daban crédito al ansia con la que engullía y uno de los soldados de guardia, que se sentaba en el banco de madera frente a él, se atrevió a hacer una gracia sobre lo desagradable que debía ser el rancho en los calabozos, mordiéndose la lengua ante la belicosa mirada del capitán, que por un momento, pareció dispuesto a saltar sobre él y atravesarlo de parte a parte.

Con el estómago lleno salió a dar un paseo por los jardines interiores del Alcázar, intentando aspirar con intensidad el aire seco del anochecer. Nadie

le seguía, o al menos no descubrió a nadie espiando sus movimientos, pero en realidad no le importaba. Había echado de menos ese aire durante las horas pasadas en la celda en las que creía que jamás volvería a tener libertad para poder degustarlo. “En realidad —pensó— los jardines de Palacio son el más hermoso lugar del mundo”, e inevitablemente recordó a María Violeta de Enghien y los exiguos momentos de felicidad que había compartido con ella antes de que los acontecimientos se precipitasen y pasase de ser el cazador a la presa, el juzgador al reo. Estuvo muy pocas horas en manos de los inquisidores, pero el dolor y el sufrimiento habían sido tan terribles que hubiera jurado que habían pasado años desde que gozó de la sensualidad de María Violeta y de la complicidad de la noche para poseer su cuerpo.

Ahora la vida, en ese complicado juego que se llama destino, había hecho que el Rey, al que había jurado matar por quitarle a su cortesana, fuera el libertador a quien debía su vida. Pensó en que quizá era un designio, una señal para que supiese comprender y tal vez perdonar. Pensó, que en el fondo el Rey no era peor que él mismo y que anhelaba como hombre lo mismo que él, con la fortuna de que el destino le había hecho merecedor del designio divino de tener poder sobre todos sus vasallos.

Su paseo le fue acercando a la Casa de las Muñecas, que tan gratos y terribles recuerdos le traía y allí se quedó sentado, apoyado en el tronco de un árbol, con la mirada perdida en los cielos, inmerso en un montón de recuerdos que parecían colmar toda su existencia. “Es curioso —pensó— que la vida de un hombre pueda traducirse en unos cuantos momentos que quedan grabados en su memoria y que el resto desaparezca como si jamás hubiese ocurrido. Casi todo es efímero, tan sólo lo importante queda impreso en la mente de cada hombre y da sentido a su existencia”. “La memoria —filosofó mirando a las estrellas— es como la orilla de un río donde poder pintar con un palo hasta que llegan las lluvias y las aguas embravecidas borran los símbolos escritos en el barro”. Recordó el río de Heráclito que había oído nombrar al enano Calabacillas, ese cuyas aguas jamás vuelven a ser las mismas, y se dio cuenta de que, en realidad, se pasa la vida sin que valoremos las cosas importantes hasta que han pasado y por más que anhelamos nunca volverán.

Acomodado en aquel asiento que le brindaba la naturaleza, meditabundo en sus profundas reflexiones se fue quedando dormido, degustando el aire de los jardines y la plácida quietud nocturna, hasta que un grito ahogado rompió en mil pedazos la tranquilidad de la noche. Era el lamento de una mujer y venía de la cercana Casa de las Muñecas. El capitán corrió hasta el lugar e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada por dentro. Llamó golpeando con todas sus fuerzas y oyó como en el interior alguien corría a oscuras, tropezando con objetos que tiraba a su paso. Después se abrió de golpe una de las hojas de madera y de la oscuridad del interior emergió como del infierno un fuego abrasador que le alcanzó de lleno en el costado izquierdo, haciéndole doblarse por el dolor y caer al suelo todavía con la espada empuñada en la diestra.

Antes de que la inconsciencia le arrebatase del mundo de los vivos acertó a ver una figura saltando sobre su maltrecho cuerpo que intentó alcanzar con una estocada apresurada. La suerte estuvo de su parte y la hoja alcanzó al fugitivo, quien se perdió en la noche. Álvaro de Ovando sintió que el dolor se hacía insoportable y se hizo un ovillo en el suelo agarrándose la herida con ambas manos mientras escuchaba la llegada apresurada de los primeros guardias. Justo antes de que sus ojos se cerrasen logró ver entre tinieblas el fantasma de su hermano que se acercaba, pero esta vez no sonreía, sino que adelantaba una de sus cadavéricas manos en señal de ayuda.

—Es el Jefe de la Guardia —dijo uno de los soldados— Han herido al Jefe de la Guardia.

—Alerta, la herida es grave, se desangra —dijo otro— Llamen a los doctores, va a morir, el capitán va a morir.

Eran voces lejanas que se fueron perdiendo como los caminos de montaña tomados por la niebla mientras se le nublaba la visión. En sus sueños una mano hurgó entre sus ropas y encontró el frasco que le cambió por su espada la bruja sevillana. El amargo líquido de misteriosas esencias corrió por su garganta. A lo lejos sonaban los tambores de Breda. Se encontró frente a las tropas protestantes y volvió a recordar el dolor del plomo, el olor de la pólvora y la carne quemada tras ser mordida por el fuego y, antes de perder definitivamente la consciencia, tuvo dudas de que

su vida no hubiera acabado en realidad aquel lejano día, durante la carga de caballería contra los holandeses, y todo lo demás hubiera sido un sueño en su cansino viaje hasta el Purgatorio donde debería pagar por sus pecados.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXIV

A la mañana siguiente todos los sirvientes que permanecieron en la Casa Real la noche anterior fueron detenidos y confinados en los calabozos por orden expresa de los inquisidores. Las noticias del asesinato de Isabel de Siruela y del ataque del asesino al Jefe de la “Guardia Amarilla”, que se debatía entre la vida y la muerte, fueron la guinda definitiva a la insostenible situación de inseguridad que se vivía en el Alcázar. Como medida desesperada y por consejo de la madre Marcela de Ulloa —que se estaba convirtiendo ya por aquel entonces en confidente de Felipe IV— el Rey ordenó despedir a sus bellas cortesanas y contratar a enanas desfavorecidas para que actuaran como cortesanas de la infanta Margarita y del príncipe Baltasar y evitar así más muertes, achacando abiertamente los asesinatos a la presencia de algún depravado criminal que envidiaba la hermosura de aquellas jóvenes. Mientras tanto, Álvaro de Ovando permanecía muy grave, siendo atendido en el Hospital del Alcázar por los doctores del Rey que, pese a los bálsamos cicatrizantes a base de esencias de ortigas mezcladas con aceite, los baños con vinagre y los paños calientes, no eran en nada optimistas sobre la gravedad de sus heridas.

Calabacillas, que llevaba tiempo sin ser llamado a presencia real, se dirigió nada más conocer las graves noticias hacia el lugar donde la noche antes ocurrió la tragedia. Habían limpiado casi toda la sangre y retirado cualquier vestigio del drama, no obstante, era todavía temprano y las limpiadoras se afanaban en dejar inmaculada la Casa de las Muñecas. Penetró en el interior, comprobando que la puerta no había sido forzada y se

dirigió a una de las sirvientas para preguntarle por los enseres del capitán. Estaban encima de una mesa, esperando que los inquisidores se hicieran cargo de ellos. El bufón observó detenidamente la espada de Álvaro de Ovando. Su punta estaba manchada de sangre, sangre que podía ser la del propio herido, pero que apenas era perceptible más que en el extremo final del arma. Junto a la espada había un mosquete que debía haber sido el disparado por el asesino, pensó, quien sin duda lo abandonó en su huida para poder correr más veloz. Si era cierto lo que le habían dicho, el capitán había sido herido en la parte izquierda, por lo que el arma fue disparada de abajo a arriba por alguien zurdo, que buscaba no errar el disparo y a ser posible acertar de lleno en su víctima para provocarle la muerte instantánea, pero no lo consiguió, probablemente porque el fuerte retroceso del arma desvió el disparo, lo que demostraba que no era ducho en tales lides ni estaba acostumbrado a utilizar el mosquete, sentenció para sí.

No encontró nada más que llamase su atención, así es que Calabacillas decidió visitar al herido y comprobar su estado, “sería un sarcasmo del destino que después de luchar tanto para que el Rey lo dejara en libertad el día antes, esa liberación le hubiera llevado a la muerte”, pensó apesadumbrado el enano. Acto seguido se dirigió al hospital y coincidió allí con el capitán Villanueva, quien mostraba un rostro visiblemente desenchajado. “Es un hombre torpe pero honrado —reflexionó Calabacillas— y tiene a su favor que sabe ser agradecido con el que confía en él”. También se cruzó con dos guardias que se rieron con descaro de la pinta descuidada que llevaba y con un cochero que casi le atropella cuando se dirigía con su carruaje hacia la puerta principal del Alcázar. Un poco más adelante se topó con el clérigo fray Antonio de Sotomayor, quien parecía ir hacia la iglesia, probablemente para preparar los Oficios de la mañana. Por último divisó a lo lejos la figura del enterrador, al que conociera en el cementerio de los sirvientes, que avanzaba con su macabra carreta hacia las estancias donde permanecía el cuerpo insepulto de la joven asesinada. En los últimos tiempos se decía que estaba completamente loco y que en una ocasión había sido visto fornicando con una muerta, antes de darle cristiana sepultura, aunque el enano no lo había creído. Tenía una solidaria

compasión por aquel hombre, al que achacaban tales leyendas negras más por su desgraciado físico que por sus actuaciones reales.

Vigilando la estancia del hospital donde reposaba el capitán Ovando se encontraban dos soldados de la “Guardia Amarilla”, que impidieron el paso a Calabacillas cruzando sus alabardas.

—No veis que soy el bufón del Rey —les dijo cómicamente— y éste me envía para que compruebe el estado de su capitán, ¿o acaso creéis que represento la figura de un peligroso degollador de mujeres a las que ni siquiera podría agarrar por el cuello sin subirme a una escalera?.

Riendo la chanza los soldados dejaron paso al enano, quien se introdujo en la estancia y observó cómo ésta tenía un ventanal a la altura de su cabeza que daba al patio exterior protegido por rejas. A los pies de la cama un doctor examinaba al herido con cara preocupada, absorto en los remedios que debía mandarle, concentrado hasta tal punto que hizo caso omiso de la presencia del bufón.

—¿Cree que se salvará o debemos poner en su boca una moneda para que Caronte, el barquero, lo lleve por las aguas de la laguna Estigia?— preguntó Calabacillas.

—No lo sé en verdad —contestó pausadamente el doctor, a quien no parecieron hacerle demasiada gracia las palabras del enano, al entender que eran parte de una broma de muy mal gusto para la ocasión— Ha perdido mucha sangre y, pese a que es un hombre fuerte y curtido, podría morir en las próximas horas. Todo depende de sí mismo, si es capaz de soportar las fiebres y el dolor de los primeros días salvará la vida, de lo contrario mañana el enterrador tendrá de nuevo trabajo.

En un intento por no entretener los cuidados del doctor, Calabacillas decidió marcharse, pero antes se volvió y preguntó de forma descuidada en qué lugar del cuerpo había sido acuchillada Isabel de Siruela.

—No fue una puñalada —explicó el doctor— sino varias, aunque asestadas de forma imprecisa, como si al verdugo le corriera prisa terminar y el nerviosismo le impidiese acertarle en el corazón. Tiene la zona derecha del pecho destrozada por heridas incisivas y penetrantes y también sangre en los labios, aunque no presenta herida alguna.

—¿Cree entonces que el asesino le asaltó por la espalda y le tapó la boca con una mano, mientras la apuñalaba con la otra y que ella llegó a morder la mano que tapaba su boca para gritar, con lo que consiguió alertar al capitán?— dijo el enano dando a sus palabras un discreto matiz de curiosidad.

—En realidad no lo había pensado —confesó el cansado doctor— pero es bastante posible, si fuera así la sangre de su boca pertenece al asesino y éste debe presentar una herida en la mano...

—En la mano derecha —sentenció Calabacillas dando una risotada sin gracia— porque era zurdo, es fácil de comprobar teniendo en cuenta el lugar donde infringe sus heridas a las víctimas.

El doctor se volvió entonces y se frotó los ojos para ver con mayor claridad el rostro del enano, que hasta ese momento ni siquiera había mirado, y comprobó sin extrañeza que la cara del imbécil mostraba un destello muy vivo de inteligencia en sus ojos profundos. Pero justo cuando éste se dio cuenta de que le estaba mirando modificó sus facciones y volvió a presentar la cara de idiota que tanta gracia parecía hacer a los miembros de la Corte.

Desde el hospital Calabacillas se dirigió hacia el estudio de don Diego Velázquez, donde encontró al pintor recostado en una silla y con la mirada absorta, sin esconder un estado visiblemente abatido.

—Una maldición pesa sobre mis pinceles —dijo al recién llegado sin saludo ni cortesía alguna— todas las mujeres que pinto terminan asesinadas.

Calabacillas no dijo palabra, pero se dio cuenta de que el pintor tenía razón, todas las víctimas habían sido retratadas por Velázquez, aunque en honor a la verdad la mitad de la nobleza de la Corte estaba siendo retratada por el pintor y sus ayudantes. De repente le asaltó una duda.

—Pero a Raquel de Oropesa no la habíais retratado.

—En realidad había hecho un boceto del cuadro, como a la mayoría de ellas— dijo el maestro haciendo una seña al enano para que le siguiese hasta el almacén anexo al estudio donde se amontonaban las pinturas desechadas. Allí tomó un lienzo y lo desenrolló, apareciendo el fino boceto de la inconfundible Raquel recostada, con su magnífico pelo negro rizado

sobre los hombros, sus grandes e inolvidables ojos, su pecho sensual tenuemente dibujado pero que la imaginación completaba con vehemente sensualidad. El lienzo había sido rajado de parte a parte, destrozando la hermosa figura.

—Era realmente una doncella muy hermosa y vuestras manos la han reflejado fielmente, pero decidme, ¿por qué rompisteis la tela?.

—Nada tuve que ver en ello. Fue la maldición —explicó el pintor dando un aire escatológico a sus sombrías palabras— En las últimas semanas un fantasma invade las estancias y raja los bocetos de mis modelos y después los asesina, por eso estoy dispuesto a dejar definitivamente Palacio y marchar lejos, quizá de vuelta a Italia, no puedo soportar la idea de ser el culpable de sus muertes.

—Vuestra merced no da la muerte sino la vida, porque inmortaliza el esplendor de las personas en vuestros cuadros y los hace incorruptos en el tiempo —dijo Calabacillas tras quedar extasiado por el magnífico boceto de la fallecida— La muerte nos llega a todos por igual, bufones y reyes, y nos convierte en polvo despojándonos de cetros, blasones y títulos nobiliarios, convirtiéndonos en hombres desnudos de privilegios. La señora de la guadaña no es piadosa, pero sí justa, y su único enemigo son vuestros pinceles, que consiguen el milagro que ningún arma es capaz de ejecutar. Vuestras pinturas son la magia del arte en un mundo donde todo es perecedero. Colores que se convierten en cuerpos, en caras, en rostros con vida propia, y hacen realidad el sueño de todos los mortales: ser para siempre, llegar a sus descendientes con la fuerza de su mejor momento. ¿Conocéis a alguien que sea capaz de milagro semejante?. No debéis desfallecer, no sois culpable de las muertes, sois sólo la excusa de un desequilibrado que os utiliza para derramar sangre joven sobre las losas de Palacio. En un mundo de mediocres fuisteis elegido por la diosa del arte y ahora, tenéis una deuda que pagarle.

—Gracias —dijo sinceramente Velázquez, sintiendo que su vanidad se acrecentaba gracias a las palabras del hombrecillo— Tal vez tengáis razón y deba retomar cuanto antes mis encargos pendientes para la Capilla del Alcázar, al menos los mártires no pueden ser asesinados de nuevo. Es cierto que de alguna manera mis pinceles contribuyen a la inmortalidad de los

hombres, esa es la magia que me empuja a seguir pintando, a forzar las luces y los espacios para crear un mundo estático y perenne dentro de un mundo dinámico y cambiante. Detener el río de la vida no es un imposible para los pinceles. La belleza es temporal, la pintura es eterna.

Las sentenciosas palabras del pintor hicieron especial mella en Calabacillas, que sintió una especie de revelación milagrosa. Por un momento todo le resultó muy claro y sin poder evitarlo, le invadió una tremenda tristeza, como si debiera haberlo sabido desde el primer momento, como si todo en realidad no hubiera sido más que una tragicomedia de las que tantas veces había representado para agradar con sus chanzas literarias a los ilustres de la Corte. Quedaban eso sí, algunas preguntas pendientes de contestar, pequeños pasajes del auto de fe que habían sido incorporados por un dramaturgo enloquecido, que pretendía dar una lección magistral a la inmortalidad de los hombres, pero por lo demás todo estaba muy claro y aunque mentalmente sintió que la tensión había terminado, no pudo evitar la invasión del decaimiento al no poder probar lo que intuía, lo que ya sabía y debía haber adivinado mucho tiempo atrás.

Ahora se daba cuenta de su torpeza, en todo momento las señales fueron muy claras pero él no pudo o no supo verlas, y todas aquellas jóvenes estaban muertas para siempre.

Rememoró a la sensual Clara atravesada por una daga en el estudio del pintor, y a la exuberante Inés con las manos atadas abrazando una cruz junto al cementerio, a la joven Teresa y a Encarnación Salazar, salvajemente apuñaladas, a su amada, la pelirroja María Isabel con el corazón atravesado en el fondo de un pozo, a la hermosa María Violeta arrojada desde la Torre Dorada con el cuello abierto y a Raquel de Oropesa, la bella Raquel, acuchillada frenéticamente en la Casa de las Muñecas. Todas reunían los atributos de la hermosa Venus, todas habían sido retratadas y casi convertidas a la inmortalidad por los pinceles del genio. Todas habían usurpado un espacio que quizá no les correspondía, un lugar sólo reservado al mundo de los dioses.

Entonces sopesó que debía adelantarse al dramaturgo y crear un golpe de efecto en la obra que le permitiese dar veracidad a todo lo que sabía y por eso, se dirigió de nuevo al hospital. Los alabarderos ya no le impidieron

el paso y encontró al doctor acompañado de otros dos matasanos discutiendo sobre la medicina que debía ser proporcionada al paciente, basada en los conocimientos legados de los árabes, mucho más adelantados que los científicos cristianos en el arte de luchar contra las enfermedades. Calabacillas dijo a los presentes que traía un recado del propio monarca para el doctor y que debía hablar con éste a solas, lo que produjo un efecto inmediato, quedando frente a frente el médico y el bufón.

—Su majestad quiere que dejéis correr el rumor de que el herido se está recuperando y que su vida no está en peligro —le dijo sin fórmulas de cortesía— Además, debéis pedir inmediatamente a los guardias que retiren la vigilancia de la puerta.

—Pero eso es una falacia, en estos momentos se encuentra entre la vida y la muerte y a decir verdad, tal vez esté más cerca de lo segundo que de lo primero —contestó de mala gana el matasanos.

—No importa, es de vital importancia que todo el mundo crea que don Álvaro de Ovando se recuperará totalmente en los próximos días —sentenció el bufón, dando tal firmeza a sus palabras que el doctor, pese a su disconformidad con aquel juego, asintió con la cabeza— En cualquier caso y para vuestra tranquilidad cristiana podéis ordenar que se den al paciente los Santos Oficios por si fuera finalmente la dama de la guadaña quien triunfe sobre la vida, de este modo jamás tendréis la muerte del capitán sobre vuestra conciencia. *Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque turres.*

El doctor salió de la habitación y dejó al bufón junto al herido. Calabacillas inspeccionó entonces la estancia y desalojando el interior de un pequeño armario, retiró las baldas y se colocó dentro lo más cómodamente posible, lo que consiguió en buena medida gracias a su tamaño, dejando entreabierto un cajón por el que podía escuchar todo lo que ocurría en la sala y colocando a su lado una daga de considerables dimensiones que llevaba escondida entre sus ropajes.

Sabía que el tiempo jugaba en su favor y que sólo la mala fortuna podría llevar al asesino a escaparse de entre sus dedos, porque de lo que no tenía dudas es que ya sabía quién y por qué había llevado a cabo aquella serie de crímenes.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXV

NO habrían pasado ni dos horas cuando alguien entró en la habitación del hospital donde el Jefe del Regimiento de Guardias del Rey se debatía entre la vida y la muerte. Penetró despacio, manipulando el pomo de la puerta con exquisito cuidado, evitando los ruidos y cerciorándose de la soledad del paciente, aunque probablemente era sabedor de que en ese momento nadie más que el herido se encontraba en la estancia.

Desde su escondite el pequeño bufón no lograba ver más que los pies de la cama del herido, y el desconocido no se colocó en aquel lugar. Durante unos instantes el recién llegado pareció dudar y quedó inmóvil junto a la puerta, como si intuyese que alguna trampa se escondía en la soledad de la habitación y que, en algún lugar de la misma, dos ojos intentaban sorprenderle.

Por un momento el corazón de Calabacillas comenzó a latir de manera desaforada, con una intensidad tan grande que estuvo a punto de saltar de su escondite al parecerle imposible que el recién llegado no pudiera escuchar sus latidos, amplificados en sus sienes, haciéndole sudar desmesuradamente y enloqueciendo sus ojos, que no podían contemplar más que el ángulo vacío de la estancia. Pero mitad por miedo y mitad por intriga, logró aguantar inmóvil. Tras varios minutos de espera no ocurrió nada, la habitación permanecía completamente en silencio, como si ningún ser vivo estuviese en su interior. Calabacillas comenzó a preguntarse si el asesino le había visto entrar en la estancia y sabía que permanecía escondido en algún lugar de la misma. Se imaginó al degollador de mujeres observando

minuciosamente el cuarto a la espera de que cometiera cualquier ruido imprudente que pudiera delatarle, para asestarle entonces una frenética puñalada como al resto de sus víctimas. Pero pese a que su corazón estaba a punto de estallar y sus sienes bombeaban aceleradamente la sangre a su cabeza, no se movió ni un milímetro, dominando la respiración hasta convertirla en insonora, casi inexistente.

Dando dos pasos al frente, el desconocido se mantuvo fuera del ángulo de visión del hombrecillo. Respiró profundamente, como dispuesto a hacer algo que marcaría su vida para siempre, y entonces desenvainó su espada y la enarboló con ambas manos, apuntando a los cielos y elevando los ojos hacia nubes inexistentes como pidiendo fuerzas a un dios sólo por él conocido.

Desde su escondite Calabacillas pareció oír un chasquido que le recordó al de una daga justo en el momento en que el misterioso personaje se puso en el ángulo de visión del bufón y éste pudo ver claramente los ropajes elegantes de la “Guardia Amarilla” y los blasones de la casaca del capitán Villanueva, pero en sus manos no había un cuchillo, sino una espada, la del propio Ovando, y con voz firme Villanueva habló al herido como si, pese a sus ojos cerrados y su sensación de ausencia, éste pudiera escucharle.

—Aquí os traigo vuestra espada, que tantas veces os ha ayudado en mil batallas, para que con ella venzáis de nuevo en ésta a la dama de la guadaña. Os admiro y respeto, porque sois hombre de honor, pero sobre todo porque me mantuvisteis a vuestro lado cuando el propio Rey dudaba de mi lealtad, pese a que también sé que dudasteis de mí en mis secretas persecuciones sentimentales tras la bella Raquel, por lo que no os censuro. Salid de ésta capitán y os juro que en mí tendréis por siempre a un fiel vasallo y sobre todo a un amigo.

Tras depositar la espada a los pies del herido, el capitán Villanueva abandonó la sala y durante más de una hora reinó en la misma el silencio y la soledad

.Desde su seguro escondite el enano, convencido de que su intuición no tenía más que aliado que el transcurso del tiempo, intentó pasarlo de la manera más entretenida que pudo y fue repasando uno a uno los recuerdos de las víctimas y sus expresivas miradas en los bocetos de Velázquez, como

si los pinceles las hubieran descubierto en una de sus semblanzas más personales, inmortalizando el gesto, la mirada, la expresión, que las hacía únicas. Eran indudablemente hermosas, cada una de una forma, con un estilo, con un color de piel, de pelo o de ojos, pero todas tenían en su haber la virtud de la belleza que sólo la naturaleza otorga como don divino a un escaso número de mortales. Esa belleza que marchita y cae como los pétalos de la rosa, pero que da sentido a la flor y, tal vez, a la existencia, por efímera que sea.

Calabacillas sabía lo que era envidiar la belleza. Cuánto no habría dado por ser un hombre normal, sin aspecto de bufón, sin tener que hacer muecas y groseros chascarrillos para tener que ser escuchado, o demostrar su portentosa memoria a iletrados y analfabetos que no sabían apreciar la profundidad de un decasílabo o el sentimiento escondido en el soneto de un gran maestro. En sus sueños existió siempre la figura de otro hombre, un héroe como el capitán Álvaro de Ovando, admirado por todos y elevado a los altares de la Corte y sin embargo, el espejo, el execrable espejo, le devolvió siempre la imagen de un ser en quien no se reconocía, un enano de aspecto soez y repugnante, de dientes indisciplinados y vista demasiado tendente a la unidad, que sólo con sus burlas hacía bajar las cabezas para demostrar su existencia.

En demasiadas ocasiones anheló la figura de un hombre normal para poder satisfacer sus deseos sexuales sin que la puta de turno tuviese que hacer despiadadas muecas de asco y mirar para otra parte mientras fornicaba con ella. Jamás conoció una mujer que lo amase, nunca recibió una mirada femenina de deseo y tuvo que contentarse con las admiraciones y halagos de doña María Isabel de Tolosa cuando le leía el pasaje de algún libro, o le recitaba poesías que a veces recordaba y otras muchas improvisaba para ella, como si de un perro que supiera hacer una gracia especial se tratase.

Muchas veces se había preguntado por qué Dios le envió ese castigo cuando todavía era un inocente sin posibilidad siquiera para el pecado, tal vez porque su padre sacrificó la vida por él, ¿ese era su estigma, su cuenta pendiente?. Por qué ese Dios que hablaba de la justicia y la igualdad de todos los hombres, de poner la otra mejilla como respuesta a la agresión, le

había maldecido de aquella manera haciéndole nacer deforme en medio de la miseria y el hambre de una tierra tan desconocida para los todopoderosos Reyes y Duques que la poseían y de tan poco valor para los hombres que la sufrían. Había demasiadas respuestas que no conocía y que habían marcado para siempre su rebelde superación como ser humano, convirtiéndole en favorito de nobles y reyes hasta alcanzar la Corte, y poder vivir tomando las migajas del lujo de los ricos y disfrutar la visión de las mujeres más hermosas que jamás hubiera imaginado en su miserable existencia.

Por eso y quizá sólo por eso, la búsqueda del criminal era para él una oportunidad más de demostrar su no reconocida calidad humana, y se había convertido en una gesta personal contra aquel demonio que arrasaba todo lo que él había anhelado desde el primero de los días en que tuvo conciencia para saber que era sólo un aprendiz de hombre, un experimento de Dios, como en tantas ocasiones se había definido en una burla que hacía reír al auditorio.

Recordó la primera vez que se cruzó en Palacio con doña María Isabel de Tolosa, le impresionaron sus bucles rojizos, su tez blanca, sus pecas graciosas y sobre todo sus ojos claros y perfectos, iluminando la estancia con una fuerza que parecía nacer de otro mundo. Ella apenas le miró un instante y ni siquiera se dignó a dirigirle la palabra, en realidad actuaba como el resto de los sirvientes, porque un bufón no era más que un ser maldecido por la naturaleza a la que sólo el rey o los nobles dedicaban sus ratos de ocio para divertir a sus invitados con groseras ocurrencias.

La recordó también mirándolo absorta tras escuchar los versos que le leyó del Quijote, al descubrir que el bufón era también un hombre con sentimientos, y con las otras cortesanas en la capilla de Palacio, postrada en los asientos del fondo, donde solía ponerse la servidumbre, escondiendo la cara entre las manos para no delatar una cómplice sonrisa con uno de los más apuestos soldados de la “Guardia Amarilla”, y se descubrió profundamente envidioso de aquel muchacho, de aquella aventura de amor a hurtadillas que le era desconocida pero que intuía y quería para sí.

Devanando sus pensamientos pasaron lentamente los minutos hasta que alguien empujó de nuevo la puerta, que se abrió chirriando lentamente. Tras ella un nuevo personaje se introdujo en la sala y se paró durante unos

instantes frente al moribundo para comenzar a cantar en latín una oración antigua sobre el arrepentimiento y la salvación de los muertos. Después tomó algo que traía en sus manos y sin que todavía el escondido Calabacillas hubiera podido identificarle vio como movía el hisopo en el aire para rociar con agua bendita el cuerpo de Álvaro de Ovando mientras oraba y pedía a Dios por el descanso de su alma.

En ese momento la figura se postró a los pies del herido y Calabacillas consiguió por fin ratificar la presencia del recién llegado, aunque no hacía falta verle para saber de quién se trataba. Llevaba mucho tiempo esperándolo y sus intuiciones se habían hecho realidad, pero lejos de tener un sentimiento de victoria se sintió tremendamente cansado.

Entonces intentó descubrir por qué estaba envolviendo el cuerpo del herido y, con estupor, se dio cuenta de que el capitán Álvaro de Ovando iba a ser enterrado vivo.

CAPÍTULO XXVI

TRAS los sagrados oficios se hizo el silencio durante unos minutos y Calabacillas consiguió pegarse más a la rendija por la que espiaba la escena. No sin cierta alarma descubrió al personaje llenando una copa sagrada y mientras agarraba la misma con la mano izquierda vio como echaba la misteriosa sustancia que portaba en un frasco. El desconocido vaciló un poco al sostener el pesado recipiente de oro, como si alguna herida en el brazo le impidiese su movilidad. Después se dirigió decididamente hacia el herido, tomó su cabeza y llevó la copa a sus labios mientras susurraba oraciones en latín.

Era el momento, no podía demorarse, por eso empujó la puerta del armario y ante la estupefacción del confesor del Rey, fray Antonio de Sotomayor, desenvainó la daga y se la puso en el cuello, estirando su brazo e inmovilizando con tal acción cualquier movimiento del sacerdote, quien sintió como el arma penetraba ligeramente en su carne y un hilillo de sangre teñía el metal, dándole la seguridad de que si no permanecía inmóvil moriría en el acto.

El pequeño bufón se había preparado mucho para aquel instante, quería haber herido de muerte a aquel hombre, hacerle sentir el dolor que había infligido a tantas mujeres y sobre todo, quería saber si había alguien más moviendo los hilos de aquellos crímenes, pero apenas si logró decir nada.

En ese instante Sotomayor se sintió acorralado, sin salida, y toda su fortaleza se derrumbó al darse cuenta de que estaba perdido. Sabía lo que le esperaba, los interrogatorios interminables de fray Jimeno, siempre deseoso

de pecadores terrenales que inmolar al Sagrado, el potro de ejecución y probablemente, la hoguera. Entonces sintió la copa en su mano y con un impulso suicida dio un fuerte empujón al enano arrojándolo al suelo y bebió de un trago hasta la última gota. Acto seguido salió corriendo de la estancia hasta alcanzar la iglesia, para arrodillarse ante la imagen del Santísimo y esperar la inmediata llegada de la muerte con las manos entrelazadas y la cabeza humillada frente a Dios, como correspondía a un sacerdote.

Calabacillas ni siquiera intentó alcanzarle cuando lo vio salir. Había perdido su oportunidad para capturarlo y ahora ya no había tiempo para hacerle confesar. Íntimamente seguía culpándose por su torpeza al no haber comprendido antes que para el confesor del Rey la única inmortalidad posible era la religiosa, y los pinceles del artista debían estar al servicio de Dios y no de la carne. De hecho, la salvación del pintor residía en la magnificencia de su obra religiosa y en la protección real, de otro modo no hubiera tardado mucho tiempo en pagar aquellos retratos femeninos en la purificación de la hoguera.

El bufón real había comenzado a sospechar desde el principio que el asesino pretendía dejar muestras patentes de sus razones para matar. Ahora todos los signos le resultaban evidentes y todas las pequeñas señales que el confesor de Felipe IV fue dejando en su lista de crímenes le resultaron luces de inequívoca claridad “Pretendía amedrentar a Velázquez —meditaba mentalmente— por eso mató a doña Clara Silviana en el propio estudio del artista, cuando se encontraba posando semidesnuda, y clavó el cuchillo que encontró el capitán Villanueva en el cuadro de doña Inés de Gibraleón, después de terminar con la vida de ésta, probablemente cuando salía de la iglesia, muy cerca de donde la halló un palafrenero, colocando entre sus manos una cruz de hierro. La misma que, sacada probablemente al azar la tumba de “la segedana”, fue la que utilizó conscientemente para golpear a doña Encarnación Salazar, antes de darle una puñalada en el corazón que le quitó la vida en el acto, y que luego devolvió a su lugar con el fin de desviar mi atención hacia la búsqueda de un asesino procedente del más allá, aunque mis investigaciones me llevaron hasta el desgraciado Conde de Sástago”.

“Al comprobar que el pintor no captaba sus mensajes —reflexionaba Calabacillas— siguió rajando las pinturas y apuñaló en el abdomen y el costado a mi amada doña Teresa de Toscana hasta darle muerte en la misma salida del templo, donde fue a rezar por el alma de su amiga asesinada y la arrastró luego hasta el pozo de la plaza, para evitar concentrar las miradas sobre la iglesia, e hizo lo mismo con doña Maria Isabel de Tolosa, estigmatizándolas para hacer que don Diego Velázquez quedara impresionado y rechazara seguir con sus dibujos. Sólo la muerte de María Calderón, asfixiada primero y envenenada después, se apartaba de la forma en que había llevado a cabo el resto de sus crímenes lo que se debió sin duda a que pretendía que pareciese un suicidio por el amor no correspondido de Felipe IV”.

“A esas alturas debía haber perdido completamente el juicio y se dejó arrastar por la satisfacción y el poder que le daban sus crímenes—pensó mientras mentalmente recreaba todo lo acontecido— De hecho me parece inexplicable de otro modo la teatralidad de las muertes de doña María Violeta de Enghien y de Juana Fernández a quienes debió sorprender a su regreso del Monasterio de los Jerónimos, y que luego arrastró hasta el cementerio de los sirvientes poniendo en sus manos sendos cuchillos de Bolduque”.

“El asesino no había abandonado su objetivo porque necesitaba una justificación de todos sus crímenes e intentó que el pintor recibiese el tácito mensaje de una forma sutil pero ineludible y, pese a saber que doña Raquel de Oropesa estaba siendo vigilada, consiguió llevarla con algún engaño hasta la Torre Dorada y allí rajarle el cuello antes de arrojarla al vacío” — reflexionaba Calabacillas mientras se apretaba con los dedos la barbilla, cosa que hacía en momentos de máxima concentración.

“El hecho de no haber sido descubierto le llevo a una nueva temeridad: atentar contra la vida de doña Isabel de Siruela, la última de las cortesanas hermosas de Palacio. Era una nueva señal. La última muerte debía dejar impresa la evidencia más clara, ya que quería terminar de una vez por todas no sólo con la devoción por la carne que inmortalizaba el pintor en sus cuadros, sino también con el pecado en que vivía el Rey utilizando como prostíbulo personal la Casa de las Muñecas, disfrazando a sus cortesanas

como cortesanas aunque de todos fuera conocida su auténtica profesión. Por eso se arriesgó de nuevo y una vez más consiguió degollar a su víctima, pero los gritos de ésta y la aparición repentina del capitán Ovando, que tal vez esperaba aquella acción o simplemente se encontraba en el lugar de los hechos por mera fortuna, provocaron que tuviera que huir y dejar herido a un testigo que podía haberle reconocido”, sentenció el intuitivo bufón, dándose cuenta de que todo concordaba y de que el camino del laberinto había contado siempre con un hilo de Ariadna a través de los lienzos rajados, que él no supo seguir hasta muy tarde, cuando todo había ocurrido ya.

Por un momento Calabacillas regresó al día en que doña María Isabel de Tolosa se encontraba postrada en la capilla, oyendo una misa por los difuntos y sonriendo a hurtadillas a su amado soldado de la “Guardia Amarilla”, y recordó entonces la plática del confesor del Rey, su voz profunda que retumbaba y se repetía con un lejano eco entre los elevados muros de piedra y el mensaje resonó claro en su memoria, un mensaje que debió comprender entonces, cuando todavía su hermosa doncella no había sido asesinada, pero que la falta de concentración, además de los acontecimientos que se sucedieron en aquel oscuro día, le habían impedido oír. Si hubiera sabido escuchar, si no se hubiese dejado llevar por la placidez de formas de la joven y sobre todo, si no se hubiera atormentado por la visión de su rostro arrebatado de placer mientras fornicaba con su amado en la discreción de los jardines, tal vez seguiría en el mundo de los mortales.

Pero aún había más. Él tenía que haber comprendido que los desafortunados óleos que halló en el pabellón del cementerio de los sirvientes no eran sino obra de un malogrado y envidioso pintor que había intentado suplantar al maestro para decorar el altar mayor de su templo, ante los continuos retrasos del Pintor del Rey para entregarle las obras.

Cinco días más tarde Álvaro de Ovando recuperó la conciencia y escuchó de boca del capitán Villanueva el relato de los hechos que se había perdido en su convalecencia. Supo así que el bufón había contado al Rey con más lujo de detalles de lo que la verdad hubiera exigido, cómo había logrado saber la identidad del asesino, partiendo según el enano de una

homilía del confesor Sotomayor en la que manifestaba que el pecado de la carne hacía resquebrajarse los cimientos de los defensores del cristianismo y de que la pintura era una de las artes creadas por Dios para la inmortalidad de sus mártires y santos a través de sus imágenes.

—Según parece, una conversación con el pintor de la Corte le hizo reflexionar y atar cabos, relacionando aquella homilía con las palabras del artista, quien le informó que había dejado de ejecutar los cuadros de santos para la nueva capilla para retratar por petición real a las cortesanas y cortesanas dejando entrever sus más escondidos encantos —explicó Villanueva al atento Álvaro de Ovando y, sin esconder cierto atisbo de envidia, prosiguió bajando la voz— sin embargo, yo no estoy seguro de que todo no se tratase de una casualidad y de que el bufón esté ganando puntos frente al Rey al que tiene realmente admirado con sus presuntas proezas intelectuales para aclarar el misterio de los asesinatos.

En cualquier caso el héroe de Breda y las Antillas no dejó de maravillarse de la imaginación del enano al contar cómo había intuido que fray Antonio de Sotomayor mataba a sus víctimas expiando su culpa al avisarlas de su sentencia de muerte rajando las telas de los bocetos del pintor y después, usando el mismo arma, las atravesaba el corazón a puñaladas. Sobre todo no pudo por menos que asombrarse ante el inteligente plan ideado por el bufón en el que él mismo había sido una pieza fundamental pese a su inconsciencia, porque las noticias del doctor sobre su ficticia recuperación habían surtido el efecto deseado, y el confesor del rey tuvo que arriesgarse a darle personalmente la extremaunción para poder envenenarle y evitar en cualquier caso su recuperación y que llegase a delatarle.

—¿Sabes Villanueva?. En verdad no pude reconocer a nadie saliendo de la Casa de las Muñecas —confesó el capitán Ovando— estaba tan ofuscado por los acontecimientos que actué como un principiante y no tomé la menor de las precauciones, porque creía que tras todo aquello se encontraban los tentáculos del inquisidor fray Jimeno, con quien por cierto tengo una cuenta pendiente que me agradecerá saldar. De haber actuado con la cabeza hubiera avisado a la Guardia y prendido al asesino tras el último de sus crímenes, pero su acierto al dispararme me dejó fuera de juego y hubiera conseguido

su total impunidad, si no fuera porque los rumores de mi recuperación llegaron a ponerle nervioso y tuvo que arriesgarse de nuevo para darme muerte. Muy astuto el enano, la verdad es que en cierto modo le debo la vida, o quizá me la debe él a mí por utilizarme como cebo para atrapar al pez, en cualquier caso ha sido toda una lección.

Al igual que Villanueva, Álvaro de Ovando estaba seguro de que Calabacillas había adornado su historia con intuiciones y descubrimientos que tal vez nunca se produjeron pero que la hacían más interesante y realzaban sin duda su indiscutible inteligencia.

—A ver si ahora se lava al menos una vez a la semana, como buen cristiano, porque últimamente no se puede uno acercar a él —dijo con chanza el capitán Villanueva.

—No es el único al que el gusta poco el agua, ese es un mal del que no se salvan ni los condes ni los duques —comentó Ovando haciéndole un guiño en un humorístico intento por mostrarse más recuperado de lo que se encontraba.

—Sabed, además, que por petición real el propio don Diego de Velázquez ha prometido immortalizarlo en un cuadro, como si de un rey o un noble se tratase, la verdad es que lo tiene merecido el muy cabrón —sentenció el capitán Villanueva mientras hacía un guiño de complicidad al herido, que no pudo por menos que esbozar una sonrisa.

F I N

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA PARA LA AMBIENTACIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DE LA OBRA:

Elliot J.H. El Conde Duque de Olivares, Edit. Grijalva Mondadori, (Barcelona 1998).

Ismael Gutiérrez. Velázquez, Cuadernos Historia 16, Madrid 1996.

Bardi, P.M. La obra pictórica completa de Velásquez. (Barcelona, 1977).

Carmón Aznar, José. Velázquez (volúmenes I y II) (Madrid, 1964).

Gudiol, José. Velázquez 1599-1660. Historia de su vida, catálogo de su obra, estudio de la evolución de su técnica. (Barcelona, 1973).

Francisco Martín Sanz. La Política Internacional de Felipe IV. Editorial Libros en Red, 2003, Colección Historia. (Segovia, 1988).

Calvo Poyato, José. Felipe IV y el ocaso de un imperio. Edit Planeta (Barcelona, 1995).

Chamorro Eduardo. La vida y la época de Felipe IV. Edit Plantea (Barcelona, 1998).

Flores García, Francisco. La Corte del rey-poeta. Edit: Ruiz Hermanos. (Madrid, 1916).

Hume Martín. La Corte de Felipe IV. (Barcelona, 1949).

Pantorba Bernardino de. Felipe IV y su época: estampas históricas. Edit: Gran Capitán. (Madrid, 1945).

Sánchez de Toca, Joaquín. Felipe IV y Sor María de Agreda: estudio crítico. Edit: Minerva. (Barcelona, 1940).

Stradling, Robert.A. Felipe IV y el gobierno de España. Edit: Cátedra. (Madrid, 1989).

Simón Díaz, José. Dos privados frente a frente: el cardenal F.Baberini y el Conde-Duque de Olivares. (Madrid, 1926).

Elliott, J. H. *Richelieu y Olivares* (Barcelona, Crítica, 1984).

Elliott, J. H., *1640: La Monarquía Hispánica en crisis* (Barcelona, Crítica, 1992).

Aspectos de la organización naval y militar durante el ministerio de Olivares, páginas 249-274 de *La España del conde-duque de Olivares*. (Valladolid, 1990).

Tomás y Valiente, Francisco, Los validos en la monarquía española del siglo XVII (Madrid, 1.963)

Echevarría Bacigalupe, Miguel Ángel, La diplomacia secreta en Flandes, 1.598-1643 (Bilbao, 1.984).

El conde-duque de Olivares y la herencia de Felipe II (Valladolid, 1.977).

El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia (Barcelona, 1.991; 1ª ed. en castellano: 1.990).

Richelieu y Olivares (Barcelona, 1.984).

El viejo mundo y el nuevo, 1.492-1.650 (Madrid, 1.984; 1ª ed. en castellano: 1.972).

La España imperial, 1.469-1.716 (Barcelona, 1.965).

"El programa de Olivares y los movimientos de 1.640", páginas 333-523 de La España de Felipe IV. El gobierno de la Monarquía, la crisis de 1.640 y el fracaso de la hegemonía europea, en la Historia de España Ramón Menéndez Pidal, vol. 25 (Madrid, 1.982).

"La decadencia de España", páginas 129-155 de La decadencia económica de los imperios (Madrid, 1.989; 1ª ed. en castellano: 1.972).

"Introspección colectiva y decadencia en España a principios del siglo XVII", España y su mundo, 1.500-1.700 (Madrid, 1.990), pp. 287-311.

"Política exterior y crisis interna: España, 1.598-1659", España y su mundo, 1.500-1.700 (Madrid, 1.990), pp. 146-171.

"La Corte de los Habsburgo españoles: ¿una institución singular?", España y su mundo, 1.500-1.700 (Madrid, 1.990), pp. 179-200.

"Poder y propaganda en la España de Felipe IV", España y su mundo, 1.500-1.700 (Madrid, 1.990), pp. 201-228.

"Revueltas en la Monarquía española", Revoluciones y rebeliones de la Europa moderna (Cinco estudios sobre sus precondiciones y precipitantes) (Madrid, 1.972), pp. 123-144.

Jonathan Brown, Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la Corte de Felipe IV (Madrid, 1.985; 1ª ed. en castellano: 1.981).

José F. de la Peña, Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares, 2 vols. (Madrid, 1.978-1.980).

Etreros, M., La sátira política en el siglo XVII (Madrid, 1.983).

Evans, R. J. W., *La Monarquía de los Habsburgos (1550-1700)* (Barcelona, 1.989).

Ezquerria Abadía, Ramón, *La conspiración del Duque de Híjar, 1.648* (Madrid, 1.934).

Fernández Álvarez, Manuel, *Don Gonzalo Fernández de Córdoba y la guerra de sucesión de Mantua y del Monferrato, 1.627-1.629* (Madrid, 1.955).

"El fracaso de la hegemonía española en Europa (Guerra y diplomacia en la época de Felipe IV)", páginas 635-789 de *La España de Felipe IV. El gobierno de la Monarquía, la crisis de 1.640 y el fracaso de la hegemonía europea*, en la *Historia de España* Ramón Menéndez Pidal, vol. 25 (Madrid, 1.982).

Fernández Duro, C., *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, 9 vols. (Madrid, 1.894-1.903); interesan los vols. 4 y 5.

Feros, Antonio, "Lerma y Olivares: la práctica del valimiento en la primera mitad del seiscientos", páginas 195-224 de *La España del conde-duque de Olivares* (Valladolid, 1.990).

Simón Tarrés, A., Rodríguez Sánchez, A. y Contreras, J., *La España moderna: siglos XVI-XVII*, *Manual de Historia de España* (Madrid, 1.991).

Gelabert, Juan Eloy, *La Bolsa del Rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1.598-1.648)* (Barcelona, 1.997).

González-Arnau Conde-Duque, Mariano, "Las Flotas del Tesoro", *Historia* 16, 214 (1.994), pp. 29-40.

Haring, C. H., *Comercio y navegación entre España y las Indias* (México, 1.939).

Harrison, J. B., "Europa y Asia", páginas 452-473 de *La decadencia española y la Guerra de los Treinta Años, 1.610-1.648/59*, en la *Historia del Mundo Moderno*, vol. 4 (Barcelona, 1.987; 1ª ed. en castellano: 1.974).

"Un conflicto entre imperios: España y los Países Bajos, 1.618-1.648", *Poder y sociedad en la España de los Austrias* (Barcelona, 1.982), pp. 145-197.

"La política exterior", páginas 521-561 de *La crisis de la hegemonía española: el siglo XVII*, en la *Historia General de España y América*, vol.8

(Madrid, 1.986).

Koenigsberger, H. G., "La Guerra de los Treinta Años. Una guerra civil europea", páginas 201-257 de La época de la expansión. Europa y el mundo desde 1.559 hasta 1.660, en la Historia de las Civilizaciones, vol. 8 (Madrid, 1.988).

Livet, G., "Las relaciones internacionales y el papel de Francia (1.648-1.660)", páginas 289-304 de La decadencia española y la Guerra de los Treinta Años, 1.610-1.648/59, en la Historia del Mundo Moderno, vol. 4 (Barcelona, 1.987; 1ª ed. en castellano: 1.974).

López Muñiz, General, dir., Diccionario enciclopédico de la guerra, 13 vols. (Madrid, 1.958).

Shaw, D. L., "Olivares y el Almirante de Castilla (1.638)", Hispania, 27 (1.967), pp. 342-353.

Silvela, Francisco, Cartas de la Venerable Sor María de Ágreda y del Señor Rey Don Felipe IV, 2 vols. (Madrid, 1.885-1.886).

Simón Tarrés, A., "La revuelta catalana de 1.640. Una interpretación", en 1.640: la Monarquía hispánica en crisis (Barcelona, 1.992), pp. 17-43.

Stoye, John, El despliegue de Europa, 1.648-1.688 (Madrid, 1.979; 1ª ed. en castellano: 1.974).

Stradling, R. A., Felipe IV y el gobierno de España, 1.621-1.625 (Madrid, 1.989).

Europa y el declive de la estructura imperial española, 1.580-1.720 (Madrid, 1.992; 1ª ed. en castellano: 1.983).

La Armada de Flandes. Política naval española y guerra europea, 1.568-1.668 (Madrid, 1.992).

"La ambición militar de Felipe IV", Historia 16, 81 (1.983), pp. 39-48.

"Los dos grandes luminares de la tierra: España y Francia en la política de Olivares", páginas 129-160 de La España del conde-duque de Olivares (Valladolid, 1.990).

Thompson, I. A. A., Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1.560-1.620 (Barcelona, 1.981).

"El reinado de Felipe IV", páginas 443-492 de La crisis de la hegemonía española: el siglo XVII, en la Historia General de España y América, vol.8 (Madrid, 1.986).

Torres Ramírez, Bibiano, *La Armada de Barlovento* (Sevilla, 1.981).

Trevor-Roper, H. R., "España y Europa, 1.598-1.621", páginas 184-200 de *La decadencia española y la guerra de los Treinta años, 1.610-1.648/59*, en la *Historia del Mundo Moderno*, vol. 4 (Barcelona, 1.987; 1ª ed. en castellano: 1.974).

Valladares Ramírez, Rafael, *Felipe IV y la restauración de Portugal* (Málaga, 1.994).

Vilar, Pierre, "El tiempo del Quijote", páginas 113-127 de *La decadencia económica de los imperios* (Madrid, 1.973).

Vila Vilar, Enriqueta, *Historia de Puerto Rico, 1.600-1.650* (Sevilla, 1.974).

Vosters, Simon A., *La Rendición de Breda en la literatura y el arte de España* (Londres, 1.973).

"Spínola, el último condottiero", *Historia* 16, 120 (1.986), pp. 16-26.

Zudaire Huarte, Eulogio, "Ideario político de D. Gaspar de Guzmán, privado de Felipe IV", *Hispania*, 25 (1.965), pp. 413-425.

"El Cardenal Infante, virrey de Cataluña", *Hispania*, 21 (1.961), pp. 580-630.

Lynch, John, *Los Austrias (1598-1700)* (Barcelona, 1.993).

Marañón, Gregorio, *El conde-duque de Olivares (La pasión de mandar)* (Madrid, 1.952; 1ª ed.: 1.936).

Maravall, José Antonio, *Teoría española del Estado en el siglo XVII* (Madrid, 1.944).

La oposición política bajo los Austrias (Barcelona, 1.972).

La cultura del barroco. Análisis de una estructura histórica (Barcelona, 1.975).

Poder, honor y élites en el siglo XVII (Madrid, 1.979).

Marrades, Pedro, *El camino del imperio: Notas para el estudio de la cuestión de la Valtelina* (Madrid, 1.943).

Martínez de Campos, C., *España bélica. Siglo XVII: la decadencia del Imperio* (Madrid, 1.968).

Otero Lana, Enrique, "Los corsarios españoles. Apogeo del corso peninsular en el reinado de Felipe IV", *Historia* 16, 147 (1.988), pp. 29-36.

Parker, Geoffrey, El ejército de Flandes y el Camino Español, 1.567-1.659. La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos (Madrid, 1.985; 1ª ed. en castellano: 1.976).

España y los Países Bajos, 1.559-1.659. Diez estudios (Madrid, 1.986).

España y la rebelión de Flandes (Madrid, 1.989).

Europa en crisis, 1.598-1.648, (Madrid, 1.986; 1ª ed. en castellano: 1.981).

La Guerra de los Treinta Años (Barcelona, 1.988).

La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de occidente, 1.500-1.800 (Barcelona, 1.990).

Pérez Bustamante, C., La España de Felipe III, en la Historia de España Ramón Menéndez Pidal, vol. 24 (Madrid, 1.979).

Rahn Phillips, Carla, Seis galeones para el rey de España: defensa imperial en el siglo XVII (Madrid, 1.991).

Ramos Pérez, D. y Lohmann Villena, G., coord., América en el siglo XVII. Los problemas generales, Historia General de España y América, vol. 9.1 (Madrid, 1.985).

América en el siglo XVII. Evolución de los reinos indios, Historia General de España y América, vol. 9.2 (Madrid, 1.984).

Regan, Geoffrey, Historia de la incompetencia militar (Barcelona, 1.989).

Ródenas Vilar, Rafael, La política europea de España durante la Guerra de los Treinta Años, 1.624-1.630 (Madrid, 1.967).

"Un gran proyecto antiholandés en tiempo de Felipe IV. La destrucción del comercio rebelde en Europa", Hispania, 22 (1.962), pp. 542-558.

Rodríguez Villa, Antonio, Ambrosio Spínola, primer marqués de los Balbases (Madrid, 1.904).

Romero García, Eladio, "Mazarino contra Felipe IV. Guerra franco-española en Toscana (1.646-1650)", Historia 16, 173 (1.990), pp. 40-44.

Ruiz Martín, Felipe, Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV, 1.621-1.665 (Madrid, 1.990).

Lovet A.. W.: La España de los primeros Habsburgo (Barcelona, Labor, 1989), pags. 119-314.

Thompson I. A. A., "El reinado de Felipe IV". Historia de España de editorial Rialp, tomo VIII, *La crisis de la hegemonía española* (Madrid, Rialp, 1986), pags. 419-443 y 443-492.

EL AUTOR

Salvador Vaquero Montesino (Plasencia, 1966), es Licenciado en Derecho por la Universidad de Extremadura y Diplomado en Gestión Inmobiliaria por el Instituto Europeo de Formación Empresarial Superior.

Actualmente es director y profesor de la Academia de Formación Privada "Hamlet" de Cáceres, aunque con anterioridad trabajó como redactor del Periódico Extremadura y fue corresponsal del Diario ABC en Cáceres, y actualmente es colaborador en la Revista Cultural Extremeña Qazris, con sus "Relatos del Oeste".

Su afición por la escritura viene de muchos años atrás, y le llevó a ser finalista del Premio Provincial de Coca-cola de Cuentos en 1979. En 1983 consiguió el Primer Premio en el certamen nacional de cuentos "Valbón de Valencia de Alcántara, y el mismo galardón en el Certamen Nacional de Cuentos "Gerardo Rovira" del IB Gabriel y Galán de Plasencia. En 1997 fue Primer Finalista del Concurso de cuentos de la Asociación de la Prensa de Badajoz y consiguió el Quinto puesto en el Concurso Internacional de Cuentos "La Felguera" 2001. En el 2003 ha sido Primer Premio del Certamen Nacional de Prosa "V Letras de Baños" de Baños de Montemayor y finalista en el Concurso Nacional de Cuentos de Sestao. Y en abril de este año ha sido ganador del primer premio de Novela Corta del XII Certamen Literario "La Cárcel", del Ayuntamiento de Totana, Murcia.

Entre sus publicaciones destacan un conjunto de Rutas en la Naturaleza Extremeña que le valieron en 1994 el Primer Premio Regional de Periodismo "Dionisio Acedo" de Extremadura, y la novela "Aprendiz de Hombre", cuya primera edición fue presentada a principios de diciembre de 2003 agotándose en apenas cuatro meses.

Pero tal vez su faceta personal más conocida sea la de conservacionista, siendo fundador y actual director de la Escuela de Animación Natura 2000

desde 1995, lo que ha marcado profundamente su vida como escritor, con relatos conservacionistas como “La leyenda de la Guadaña Oxidada” o “El ciervo”.

A principios de 1631, en pleno reinado de Felipe IV, España estaba sumida en una turbulenta situación bélica en Flandes e Italia, enfrentada al Vaticano y en estado de preguerra con la Francia de Richelieu. En ese contexto la muerte en cadena de varias meninas que había contratado el rey para el cuidado de los infantes se convirtió en una pesadilla que amenazaba con resquebrajar los cimientos de la propia monarquía. Había que actuar pronto y descubrir no sólo al culpable de los crímenes, sino al instigador de una maraña de intrigas y sublevaciones que estaban desestabilizando al país.

El rey había depositado su confianza en el gobierno de España en D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, pero éste no sabía como poner fin a aquella pesadilla, mientras el monarca se dedicaba a contratar pintores para decorar los salones del Buen Retiro y bufones que le distrajeran de sus ocupaciones...

OceanofPDF.com